

RAVNOS

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Saga: «Clanes», vol.08)

KATHLEEN RYAN

"Clan Novel: Ravnos" © 2000

Traducción: Isabel Merino Bodes

PRIMERA PARTE:

«AMO»

_____ 1 _____

MIÉRCOLES, 28 DE JULIO DE 1999, 7:54 PM

DENTRO DE UN ESPACIO REDUCIDO. EN UN LUGAR DESCONOCIDO

Khalil Ravana despertó en medio de una oscuridad ardiente y ruidosa. A medida que el letargo del día se fue desvaneciendo, fue consciente de la presión que le constreñía por todas partes... los brazos confinados junto a sus costados... las piernas dobladas, heladas e insensibles... el cuello inclinado hacia el pecho... los dedos de los pies y sus retorcidas manos soportando el peso de su cuerpo... la fricción de alguna sustancia áspera contra su piel desnuda... un bulto duro y firme clavado contra su mentón...

En el exterior de su diminuta prisión podía oír golpes, voces apagadas y un suave sonido chirriante. Khalil se estiró, en un intento de rellenar el escaso espacio disponible. Entonces, el bulto que se

clavaba en su barbilla empezó a ascender, moleestamente, hasta sus mandíbulas y por fin se dio cuenta de lo que era: su rodilla izquierda. El Ravnos volvió a encogerse, intentando liberar sus manos. No estaban atadas... podía moverlas... un poco...

De repente, el suave chirrido se detuvo. Khalil sintió que también él se detenía y entonces fue consciente de que algo lo había estado moviendo. Apenas un segundo después de percibir el movimiento, su cuerpo y el armazón que lo envolvía se inclinaron e iniciaron un largo descenso. Tuvo la sensación de que seguía cayendo durante una eternidad y advirtió las quejas de su estómago vacío.

El impacto lo lanzó hacia arriba. Ahora, en vez de estar apoyado sobre sus extremidades, tenía la cabeza en el fondo del armazón. Desde la esquina llegaba una irritante y sonora vibración muy molesta para los oídos (descubrió que su ataúd era rectangular). Khalil intentó ignorar la sacudida y el ruido. El cambio de posición había liberado un poco más sus manos, por lo que podía tantear los límites de su mundo. Advirtió que las "paredes" estaban cubiertas por unas protuberancias redondeadas, erizadas y suaves. Tiró de una de ellas y se quedó con la punta en la mano. Era espuma...

Dejó caer el pequeño bulto y siguió explorando. Más lejos de él, en un pequeño claro que formaban los esponjosos bultos, descubrió un pequeño mango, un cerrojo de metal y un botón. Pulsó éste último y apareció una suave luz. Sintió una oleada de alivio.

Se encontraba en el interior de una maleta o un estuche de armas que había sido forrado con un relleno gris bastante cómodo, similar al de las cajas de huevos. Deseó, fugazmente, que quienquiera que hubiera hecho el trabajo hubiese tenido un verdadero baúl o ataúd a mano, pero teniendo en cuenta la urgencia con la que su nuevo aliado había preparado la huida de Calcuta, se trataba de un alojamiento de primera clase. Khalil miró el picaporte... sí, se abría desde dentro. Los hombres de Hesha Ruhadze eran astutos. Se dedicaban al contrabando internacional de cadáveres y, aparentemente, nunca tenían problemas. El Setita se había ido a dormir a la misma hora que Khalil, de modo que sus criados habían sido capaces de transportar, en el último minuto, tanto las mercancías de contrabando como el alojamiento de su inesperado pasajero. De

Calcuta a Nueva Delhi, de Nueva Delhi a Londres, de Londres a Chicago... añadió el tiempo de las escalas y decidió que en esos momentos debía de estar oscureciendo en el centro de América. Estuvo a punto de reír a carcajadas. El extraño balanceo, la larga caída, el metal chirriante, los fuertes ruidos del exterior... supuso que se encontraba en la cinta transportadora del aeropuerto O'Hare, chocando contra el resto de los equipajes. Algo cayó sobre él desde arriba y su caja quedó apoyada sobre uno de sus lados. Ahora, las dos esquinas del fondo chirriaban, pero Khalil consiguió acomodarse en su capullo de espuma.

Sólo tenía que esperar un poco más. Pronto vendría a recogerlo uno de los chicos, cruzaría la aduana sin problemas y lo llevaría con su "socio" Heshu hasta alguna suite lujosa provista de sangre en abundancia. Sangre fría, pensó tristemente Khalil; sin embargo, era libre...

Sangre...

Khalil estaba hambriento. Era bastante evidente. En la India, cuando era un cingaro honesto, estuvo a punto de morir de hambre. Más adelante, su familia murió y él se convirtió en un ratero, pero la pobreza nunca lo abandonó. Cuando el *shilmulo* (el vampiro) lo adoptó, pudo ingerir alimentos de verdad y comidas regulares durante uno o dos meses, y rellenar sus devastados músculos y su rostro ahuecado. Cuando llegó la oportunidad, cuando el *shilmulo* lo convirtió para siempre en su hijo, supo qué era pasar hambre de verdad. Aprendió todos los trucos para eludirla, alimentarla, recriminarla, darle caza. Aprendió a colmarla de promesas cuando no había sangre y a llenarla hasta la saciedad cuando la había. Sin embargo, el hambre que había pasado durante las cuatro pasadas noches había sido totalmente diferente.

Deseaba sangre de la familia. Podía saborearla en su mente. En su interior se despertó el recuerdo de su "padre" y del primer vino dulce de la inmortalidad. El de una chica a la que había amado y con la que había compartido besos veinte años después... Recordó al antiguo cuya fuerte sangre cerró las heridas que había sufrido Khalil al defenderlo... y al Rom que probó la sangre de *shilmulo*, al que había destruido tras una larga lucha. Recordó a todos y cada uno de los

Ravnos a los que había conocido: el demonio que había en su interior los deseaba con más fuerza que la que había sentido nunca por nadie. Hacía tres noches que lo sentía... desde el terremoto... desde que salió de Calcuta... Sentía el sobrecogedor impulso de correr y devorar a sus parientes. Cada día soñaba con la muerte de su legendario ancestro Ravana: el sol calcinaba su inmenso cuerpo y su sombra surgía sobre sus hijos para ordenarles, con su irresistible voz (que hacía estremecer a Khalil), que deshicieran todas sus obras y limpiaran su raza de la faz de la tierra. El difunto Rey Rakshasa centelleaba ante los ojos de sus descendientes. Khalil se hubiera levantado para buscar a los demás... hubiera realizado una guardia de honor hasta los infiernos con él... hubiera...

La pequeña criatura acucillada en la caja tembló y cerró los ojos para no ver la imagen. El hambre que sentía pasó a adoptar un segundo plano y el miedo lo inundó.

En Calcuta no había más Ravnos (excepto uno, se obligó a recordarse). Sin embargo, ¿cómo podía saber qué había sucedido en Chicago? ¿Acaso las instrucciones de su fundador habían llegado hasta este lugar? ¿Habría algún pariente en la ciudad que pudiera oler la sangre fresca del Ravnos?

Maldijo a Heshu.

—Date prisa, maldita sea —murmuró, conteniendo la respiración.

HESHA NO VA A VENIR, dijo una voz dentro de su cabeza.

De pronto, la caja le pareció mucho más pequeña que antes. Khalil intentó rechazar esa sensación. La voz lo había sobresaltado. Creía que la había dejado atrás.

—Sal de mi cabeza, desgraciado —dijo en voz alta. La presencia se retiró ligeramente. El pecho del joven Ravnos se llenó de orgullo: por una vez, había conseguido que hiciera lo que él quería... al fin y al cabo, quizá ocho mil kilómetros fueran una distancia suficiente. Entonces percibió el sabor de la mente de aquella voz. Era altanera. Engreída. Estaba satisfecha porque aquí tenía el mismo control sobre él que el que había ejercido en la India. Incluso le pareció notar que asentía ante sus pensamientos. De repente, Khalil echó la cabeza hacia atrás y los tendones de su cuello ardieron.

—Era lo bastante fuerte como para desafiarte en Calcuta —gritó—.

Le dije a Hesha que tu precioso Ojo estaba en Chicago, no en Nueva York, bastardo.

La presencia sacudió la cabeza con tristeza.

NO FUISTE LO BASTANTE FUERTE NI PARA DEJAR DE MENTIR. ERES DÉBIL. ¿CÓMO PUEDES TENER LA ESPERANZA DE DESAFIARME? Su tono cambió, se hizo más despectivo. *Y HESHA PUDO VER A TRAVÉS DE TI DEL MISMO MODO QUE UN GRIFO VE A TRAVÉS DE LA ROPA DEL DANZANTE DEL TEMPLO. ERES PATÉTICO. HE SUPLICADO A SIVA QUE ME PERMITA ENCONTRAR UN SIERVO MÁS DIGNO A TRAVÉS DE TI.*

Khalil sintió que la cinta transportadora reducía la velocidad hasta que finalmente se detenía. Los chirridos cesaron y las pocas voces que quedaban en el exterior se alejaron. Pasó el tiempo. Khalil se retorció. Le pareció que pasaban horas y empezó a sospechar que el viejo estaba en lo cierto. Si Hesha lo había abandonado, tendría que ponerse pronto en marcha. Aunque no se presentara ningún *shilmulo* para matarlo, aunque ningún desconocido terror americano acechara en las sombras, alguien podía descubrirlo por la mañana.

ME ALEGRO DE QUE HAYAS CONSEGUIDO VER MI PUNTO DE VISTA. AHORA IRÁS A NUEVA YORK Y HARÁS EXACTAMENTE LO QUE YO TE DIGA. ESPERA... ESPERA... AHORA NO MIRA NADIE. SAL DE AHÍ.

Khalil empujó el cerrojo y rompió la caja.

El equipaje del último vuelo procedente de Londres había sido enviado a la última cinta transportadora de la sala. Las únicas personas que quedaban en ese extremo de la plataforma eran una anciana mujer de la limpieza, que estaba barriendo allí donde era menos posible que hubiera pasajeros a esas horas, y un guardia de seguridad, prácticamente adolescente, que estaba liando a escondidas un cigarro sumamente ilegal. Ninguno de ellos prestaba ningún tipo de atención al único objeto que quedaba en la cinta de Calcuta: un baúl negro poco profundo con quincalla de níquel pulido. Cuando la parte superior saltó por los aires y cayó contra la base de la cinta transportadora, sus fatigados cerebros apenas percibieron el ruido. Cuando el primero de ellos se giró, el sonido ya era totalmente justificable: un atractivo joven de piel oscura y cabello rizado se había

apoyado en la cinta. Su ropa, con estilo y a la moda, estaba tan arrugada como la de cualquier otra víctima de los asientos de clase turista. Parecía bastante pálido y delgado, pero los vuelos baratos bien podían dejarte con ese aspecto. El guardia se alejó un poco para ocultar su cigarro. La mujer de la mopa observó el rostro diabólico y la negra barba del pasajero y deseó haber tenido cuarenta años menos.

Khalil Ravana guiñó el ojo a la anciana y cruzó tranquilamente la desatendida aduana.

—Nada que declarar —murmuró para sí mismo, sonriendo.

2

SÁBADO, 31 DE JULIO DE 1999, 12:14 AM

RED HOOK, BROOKLYN CIUDAD DE NUEVA YORK

La calle estaba desierta y poco iluminada. Las grietas y los baches la habían deteriorado y el putrefacto verano hacía que resultara sofocante pasear por ella. El aire estaba cargado de humedad y llevaba consigo el aroma de la bahía superior y el de los ríos Hudson y East. La brisa avanzaba lentamente, transportando el hedor de la basura descompuesta (comida, bebida, alcohol, cuerpos) desde los antiguos edificios, los solares abandonados y las casas en construcción que asomaban en la distancia.

La calle estaba rodeada por los fantasmas de los antiguos muelles. A ambos lados se alzaban almacenes de ladrillo. Algunos estaban vacíos y otros albergaban a aquellas personas que no podían permitirse nada mejor. Algunos se habían convertido en zonas de oficina o apartamentos de artistas y los demás seguían utilizándose para aquello por lo que habían sido contruidos... aunque ya no almacenaban la sangre vital de la industria, sino aquello que nadie quería.

A media calle se alzaba un edificio que estaba ligeramente apartado de sus compañeros. Tenía cuatro pisos de altura y estaba

intacto. En la primera planta había puertas metálicas macizas y ventanas cubiertas por ladrillos. En los niveles superiores, las ventanas enrejadas estaban a oscuras, pero la mayoría conservaba sus cristales. El lugar desprendía un aroma a vida: alguien reparaba los vidrios agrietados, alguien que se ocupaba del mantenimiento de las farolas de la calle y reemplazaba las bombillas cuando se quemaban o las rompían. Las luces cuidadosamente dispuestas por el propietario mostraron un movimiento en la puerta principal. Apareció un hombre solitario.

Era negro e iba bien afeitado. Tenía la cabeza calva y lisa como una cáscara de huevo. Sus angulosos huesos y sus rasgos recelosos complicaban su rostro. Tenía carácter. No era atractivo según los cánones de ninguna moda analizable. Su belleza (fuerza y magnetismo) tenía menos que ver con su aspecto que con su personalidad. Estaba por encima del peso medio y no era demasiado alto. En esos instantes, su cuerpo no resultaba intimidador. Llevaba un traje de sastre que disimulaba sus fuertes músculos y tendones, aunque normalmente solía esconderlos. Podía ocultarlos aunque fuera vestido con harapos, pues recurría con más frecuencia al papel de mendigo que al de matón... Sin embargo, aquella noche vestía una cara gabardina ligera sobre un traje de seda y llevaba un bastón de ébano con mango de plata. Su reloj de platino brillaba suavemente y la montura de oro de su monóculo parpadeaba desde el bolsillo del pecho. Pero la bolsa que había a su lado era muy diferente...

Hesha Ruhadze puso una mano sobre la solapa del áspero saco de lona (la pesada tela engomada estaba mugrienta y ligeramente húmeda, a pesar de la capa protectora). Hesha era un mago de las finanzas, un personaje público, y por esa razón no debería transportar este tipo de cosas por la ciudad. Sin embargo, el hecho de llevar esa bolsa en la mano ponía en peligro algo más que su simple reputación mortal.

La bolsa contenía el Ojo de Hazimel.

Contenía el mayor premio que Hesha había ganado en su vida. Lo había conseguido tras realizar una larguísima búsqueda, por la que había tenido que pagar un coste sumamente elevado (tanto en vidas como en tiempo, pecados y servicios).

El portal, pesado y sin ventanas, se cerró tras él y Hesha oyó con satisfacción cómo volvían a ensamblarse los cerrojos de acero. Había (hubo) una mujer que fue un obstáculo para su éxito. Le había causado graves problemas y lo había alejado del verdadero camino. Elizabeth (su nombre apareció suavemente en su mente y estuvo a punto de pronunciarlo en voz alta). Elizabeth Dimitros (añadió el apellido y percibió con claridad la distancia que había entre ellos). Había sido una mortal inconvenientemente perceptiva, entrometida y traidora. *Y ahora expiarnos nuestras culpas, Señor, rezó Hesha en silencio a su dios, Set. Ella está esperando al sol; la he sacrificado a tu voluntad. Soy tuyo y ella es tuya, pero Ronald Thompson nunca lo será... y la culpa es mía. La compasión es pecado. Acepta esta ofrenda y perdóname. Dirige mis pasos hacia tu servicio.*

La devoción le obligó a recordar que era necesario darse prisa. Llevaba casi treinta segundos esperando. Una mueca de impaciencia apareció detrás de su rostro. Aunque no le estaba permitido desfigurar sus rasgos, la impaciencia se dibujaba en su mente. Ahora que Thompson se había ido, los demás siervos se retorcían como una serpiente sin cabeza. Los sustitutos de sus antiguos criados eran menos puntuales, menos profesionales y estaban menos familiarizados con las necesidades de Hesha. Por supuesto, eran competentes (él y Thompson los habían escogido entre una horda de guardias y detectives bien adiestrados), pero no habían sido instruidos. Hesha sabía que no habría tiempo para enseñarles todo lo necesario hasta que el asunto del Ojo hubiera finalizado.

Si Vogel hubiera sobrevivido... Erich Vogel había sido el lugarteniente de Hesha, su socio menor. Podría haberse hecho cargo del personal. Podría haber compartido la pesada carga de esta victoria. Habría interpretado correctamente las señales que conducían al asesinato de Elizabeth... Hesha detuvo estos pensamientos de golpe. En breve conocería todo aquello que pudiera saberse sobre el destino de Erich Vogel. Deseó con todas sus fuerzas que la información mereciera los riesgos que tendría que asumir.

Sintió la bolsa bajo su mano y meditó. El barro que había en su interior se había dejado de derramar. Tenía la consistencia del flan, olía peor que el puerto y pesaba mucho más de lo que debería. La

antigua inscripción que le había dado los conocimientos necesarios para guardar el Ojo afirmaba que la reliquia estaría segura y sería imposible detectarla en cuanto estuviera cubierta por el lodo endurecido de un río sagrado (en este caso, el Ganges). Sin embargo, no decía nada sobre el tiempo que transcurría hasta que se secaba la envoltura.

Los profundos ojos marrones de Hesha observaron atentamente la calle. Si había otros que aún pudieran oler el orbe o que averiguaran por otros medios que era él quien lo poseía...

Se decía que Hazimel era un Ravnos. Era posible que el clan "cíngaro" intentara negociar con Hesha o engañarlo para arrebatarse el objeto. Si las leyendas eran ciertas, los *shilmulo* eran sus propietarios más legítimos y quienes tenían mayores posibilidades de encontrarlo. Pensó en Khalil, que se encontraba en Chicago, y se preguntó qué tal habría ido el viaje del pequeño Rom.

Sin embargo, a pesar de todas las precauciones y la confidencialidad, era más probable que los Nosferatu supieran que era él quien tenía el Ojo, pues eran los Cainitas con más posibilidades de enterarse de todo. Dos meses antes podrían haber sido sus aliados... cuando Vogel y Thompson se fueron, podría haberles pedido ayuda para proteger el tesoro. Sin embargo, había perdido el contacto con Vogel. Éste había sido destruido o capturado por el enemigo... en una fiesta celebrada en Atlanta. Los Nosferatu habían insistido en que Hesha asistiera a aquella fiesta. Quizá el ataque había sido una sorpresa para ellos. Pero podía ser que no. Si se trataba de una emboscada, habían atrapado al hombre equivocado, de modo que los Nosferatu intentarían cobrarse su presa en otra ocasión. Y si había sido una trampa... Hesha volvería a ocuparse de ellos en el momento adecuado. Aunque el Setita no era partidario de la venganza, reconocía los beneficiosos efectos que tenía en los observadores.

Y en cuanto al resto... los Tremere poseían los conocimientos arcanos necesarios para comprender el potencial del Ojo, pero desconocían su existencia. Cualquier hechicero daría lo que fuera por él... o intentaría arrebatárselo por la fuerza. El Sabbat y la Camarilla tenían las manos ocupadas librando una guerra por hacerse con el control de la Costa Este. Sin embargo, el hecho de que su primera

batalla hubiese tenido lugar en Atlanta y que el Ojo hubiese aparecido justo en ese lugar demostraba que alguien sabía algo. Incluso podría haber sido robado por uno de los grupos. Pensó en el informe que afirmaba que la capilla de los Tremere de Atlanta había sido destruida durante el solsticio y se extrañó.

Un sedán negro dobló rápidamente la esquina. Se dirigió a toda velocidad hacia él y derrapó al frenar ante la puerta del almacén. Los vidrios tintados le impedían ver a la conductora, pero Hesha sabía que ésta podía ver su rostro, de modo que se permitió esbozar una mueca de desaprobación. Dio media vuelta y avanzó tres metros por la acera. El sedán avanzó lentamente para detenerse en el punto en el que se encontraba ahora y la puerta posterior derecha se abrió de forma automática. Hesha se deslizó silenciosamente en su interior y esperó, sentado al borde del asiento y sin dejar de mirar la acera. La conductora presionó los controles de la puerta. La carrocería blindada, a prueba de balas e ignífuga, se cerró, y el Setita se acomodó en el centro exacto del compartimento de pasajeros. Dejó el pesado saco de lona sobre su regazo y sus ojos se posaron sobre la mujer que ocupaba el asiento delantero.

Durante un embarazoso momento, la mortal que había al volante no hizo nada. Parecía estar aguardando a que su jefe hablara. Movié con indecisión la cabeza hacia la parte posterior (Hesha pudo ver una mejilla suavemente aceitunada, unos indecisos ojos negros como el carbón, unos sencillos pendientes de plata en sus orejas y unos agujeros vacíos en su nariz y sus cejas). Un segundo después, su adiestramiento salió a la luz. Su lisa cabeza se detuvo y el cabello, que al moverse le había caído sobre la barbilla, volvió a colocarse en su sitio, alrededor de la mandíbula.

Aunque no tenga ni idea de adónde ir, es mejor que el coche sea un blanco móvil, pensó Pauline Miles. Levantó el pie del freno y dejó que el poderoso motor empujara el coche hacia delante.

El difunto que ocupaba la parte posterior del vehículo observó todo esto con atención. Pudo seguir con bastante claridad la progresión del pensamiento de su guardaespaldas, desde la confusión hasta la conclusión. Había adiestrado a sus siervos durante siglos. Hesha abrió la boca para hablar, percibiendo los músculos firmemente

apretados de la mandíbula y los blancos nudillos de la mujer. Recordaba un chofer, en Inglaterra, que había empezado de la misma forma...

–Miles.

–Señor –la voz de Pauline tembló ligeramente.

–Has llegado tarde –el tono cuidadosamente modulado de Hesha no expresaba desaprobación. De hecho, no expresaba nada. Su chófer palideció un poco más–. En el futuro, no te detengas junto a una boca de alcantarilla, una cloaca ni una reja de ventilación. No pasaré sobre ninguna de esas cosas para llegar hasta ti.

–Lo siento, señor.

–No te preocupes –acompañó su breve respuesta con media sonrisa–. No te lo había dicho nunca.

Siguió hablando, tolerante.

–Existen ciertas medidas de seguridad habituales a las que tendrás que acostumbrarte... ciertas técnicas nuevas que deberás aprender. –Miles sujetó el volante con menos fuerza y Hesha notó que su respiración se relajaba ligeramente–. En primer lugar, supongo que necesitarás más práctica con el coche. Me esperan ciertos asuntos en el Bronx –continuó diciendo, resuelto–. Presta atención. Ve por el Puente de Brooklyn. Dirígete al norte por el SoHo y Greenwich Village. Elige la ruta que prefieras por el Centro... –Hesha se estiró y cogió el teléfono.

»Cuando vayamos hacia el norte, mantente en todo momento a una distancia de cómo mínimo tres manzanas de Central Park. Después –dijo, apretando un botón–, continúa hacia el oeste. Existe un espacio limitado entre Barnard College y la esquina noroeste del parque... intenta mantenerte a una distancia idéntica de ambos. A continuación, dirígete al noreste hasta el Grand Concourse. Te daré la dirección en cuanto hayamos abandonado la isla. ¿Está claro?

Los labios de Pauline Miles se movieron ligeramente y el dedo índice de su mano izquierda trazó una línea imaginaria en el centro del volante.

–Sí, señor –respondió. Con los ojos brillantes y un movimiento certero, giró a la derecha e inició el trayecto indicado.

El Setita la observó y asintió. Parecía que lo único que había

exigido Thompson a esa mujer era memoria. Hesha cogió el microteléfono y acabó de marcar. Sólo tuvo que esperar un tono.

–Hola, señor –la voz de Janet Lindbergh parecía tenue y resbaladiza en el diminuto transmisor; sin embargo, tenía fuerza. Hesha sonrió al pensar en la anciana, a salvo en su refugio de Maryland. Era una de sus herramientas que aún conservaba su fuerza y estaba intacta.

–Buenas tardes. –Advirtió que en su saludo había más calidez de la habitual, e incluso una pizca de gratitud. Ambas emociones accidentales le inquietaron. Por esta razón, cuando volvió a hablar, lo hizo con brusquedad: – Informe.

–Los asuntos ordinarios siguen como siempre, señor. ¿Quiere conocer los detalles?

–Supongo que eso puede esperar a mi regreso.

–De acuerdo. –Janet pasó de página en sus notas mentales.

»Baltimore –continuó, adoptando un tono grave– está experimentando un ligero incremento en homicidios y muertes por "exposición", "hemofilia" y "anemia". Sin embargo, parece que no han estallado enfrentamientos directos. Además, ni sus parientes más cercanos ni el resto de su Familia ha intentado ponerse en contacto con usted a través de mis canales desde la última vez que hablamos.

»El nuevo... –*Matthew Voss*, pensó Hesha. Janet evitaba utilizar nombres reales en líneas no protegidas – ...llegó sano y salvo; nuestros chicos le están explicando sus nuevas responsabilidades. El doctor envió un mensaje para usted desde Alaska...

–Dudo que quiera oírlo.

–Era halagador, señor –Hesha prácticamente podía ver el rostro arrugado y sonriente de Janet.

–No tiene nada que ver con el tema –era una broma familiar, reconfortante. Sintió tentaciones de abandonar Nueva York inmediatamente... coger a su séquito, empaquetar su premio y marcharse.

El recital de su secretaria envolvía sus oídos. Una pequeña parte de él tomaba nota y guardaba la información para más adelante, pero sus verdaderos pensamientos eran más profundos: este viaje al Bronx era una jugada terrible y fantástica, pues iba a pasar junto al borde del

territorio enemigo, transportando lo que podría ser la baliza arcana más brillante (*no*, pensó Hesha de pronto, la *más oscura*) del continente. En Baltimore tenía un refugio y seguridad. Podía sentarse en el centro de su red y conocer exactamente los movimientos de todo el mundo que había en ese lugar. Tenía que acabar el proyecto de Hazimel y poner fin a todo ese asunto. Sus instintos le apremiaban hacia el sur, hacia la seguridad...

Por otra parte, si Vogel había sido capturado pero no asesinado, su seguridad no sería más que una simple ilusión. Quizá el Sabbat le había interrogado hasta descubrir todos los secretos que compartía con Hesha; quizá había convertido la granja de Maryland en una trampa mortal. El Setita más joven había sido fuerte física, psíquica y espiritualmente (y puede que aún lo fuera)... pero el Sabbat podía ser aún más fuerte.

La semana de la batalla por Atlanta había viajado hacia el este, hacia Queens, para reclutar a dos jóvenes serpientes, Orthese y Bat Qol, para su investigación. Les había proporcionado un avión privado que los llevaría a Atlanta, además de dinero, apoyo, información, tecnología, contactos políticos y todas aquellas armas que sus manos heladas podían blandir. El templo local había hablado muy bien del equipo y Hesha conocía personalmente a sus integrantes. Tenían que estar a la altura de la situación. Ambos eran lo bastante astutos como para escapar de las situaciones difíciles sin necesidad de luchar. Ambos habían comprendido que lo que su jefe quería de ellos era información, no un rescate, ni heroísmo, ni más desapariciones. El día 24 de junio, su mensaje sugería que habían encontrado un lugar en el que tenían a los prisioneros del ataque al museo de arte. El día 25 no realizaron su informe diario. Hesha intentó olvidarse de su pérdida y no envió a nadie a por ellos; asumió que habían sido destruidos por el Sabbat.

Y esa noche, después de tantas, Bat Qol había vuelto a aparecer y había dejado un mensaje en el que solicitaba reunirse con él en un lugar diferente, más próximo al templo del Setita... y más cercano al territorio del Sabbat. Tenía que tratarse de una trampa. Baltimore podría ser una trampa. Cada refugio que había conocido Vogel podría ser una trampa. Pero si la muchacha tuviese información sobre Erich o

Atlanta, Hesha tendría que saberlo.

Una ligera presión en la voz de Janet le obligó a dedicarle de nuevo toda su atención.

—Hay dos cosas más, señor, que creo que le gustaría atender personalmente —Janet vaciló—. Amaryllis Rutherford ha vuelto a llamar, intentando ponerse en contacto con Elizabeth. He intentado distraerla, pero cada vez me resulta más difícil. En segundo lugar, esta semana Rutherford House ha enviado una factura por los servicios de la señorita Dimitros. ¿Cómo quiere que trate estos asuntos?

Las respuestas de Hesha fueron rápidas y claras:

—Continúa distrayendo a la señora Rutherford. Paga a los socios. Prepararemos una desaparición pública y adecuada para la señorita Dimitros en cuanto se asiente el polvo de esta crisis.

Las manos de Pauline Miles aferraron con más fuerza el volante. Tenía los ojos clavados en la carretera e intentaba, en vano, mantener la mente centrada en su trabajo.

En algún lugar remoto de Maryland, Janet Lindbergh sacudió la cabeza. Apretó los dientes y se tragó todo lo que le hubiera gustado decirle a su jefe.

Hesha advirtió el silencio:

—Cuando termine con mis compromisos —empezó a decir—, quiero que se utilicen todos y cada uno de los recursos disponibles para sacarnos de Nueva York. Recurre a la agencia para la protección y señuelos. Reserva plaza en un avión que vaya al oeste... a O'Hare, creo... con mi nombre. Nos esconderemos hasta que las peleas de la Familia se hayan resuelto de una forma u otra. Todavía nos queda mucho trabajo que hacer para poner en orden nuestra casa. Ocupate de todo —dicho esto, pulsó el botón para que se cerrara el panel que lo separaba de la conductora. Conectó el teléfono al intercomunicador del conductor y colgó. Janet y Miles podrían coordinar los detalles sin su ayuda, y no tenía ganas de oír sus opiniones. Fuera lo que fuera lo que pensarán las dos mujeres sobre el asunto que habían dejado atrás en Brooklyn, ambas tenían órdenes y las llevarían a cabo.

*SÁBADO, 31 DE JULIO DE 1999, 12:14 AM
RIVERSIDE PARK, MIDDLE WEST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

El césped verde y bien cuidado adoptaba un tono levemente gris a ambos lados del camino de gravilla. Sobre él, se alzaban elevados árboles centenarios. La luna decreciente lanzaba débiles rayos entre los agujeros del dosel, arrebatando el recuerdo del color de los lechos de flores que había por todas partes. La escuálida y demacrada silueta de un hombre se abrió camino febril sobre una loma, esforzándose desesperadamente por llegar a una zona iluminada. Se aferró perplejo al espacio plateado y, a continuación, gruñó con desaprobación y bajó la cabeza como un animal derrotado. Su ojo (sólo tenía uno) quedó envuelto en lágrimas sangrientas. Un fluido salobre y oscuro se deslizó por su demacrado rostro, trazando un surco entre la mugre y... otras cosas... que se habían secado en ese lugar con anterioridad. Fatigosamente, la cabeza volvió a levantarse, el ojo se volvió a abrir y el miserable hizo acopio de fuerzas y se dirigió, lo mejor que pudo, hacia otro lugar brillante en la distancia.

Hubo una época... años atrás... en la que el nombre de la criatura podría haber sido Leopold.

Ahora, sin embargo, aquello que se tambaleaba bajo la luz de la luna carecía de nombre propio. Se movía entre una oscuridad informe y no reconocía nada, sólo un dolor insoportable en lo más profundo de su ser y una visión (una visión divina y gloriosa) en el exterior. Delante de él, danzando allá donde la luna lograba abrirse camino entre las abundantes hojas estivales, podía ver a la muchacha (al fantasma), a la diosa... su musa.

Cada vez que alcanzaba su objetivo, ella se alejaba de él un instante antes de que pudiera tocarla.

Su pie izquierdo tropezaba y se retorció constantemente. Ya había resbalado antes... bastantes veces, tal y como mostraba la piel

arañada y andrajosa de sus espinillas. Había caído en varias ocasiones, al igual que ahora, sobre los codos y las palmas de las manos, que estaban en carne viva. El polvo del camino y la gravilla se habían incrustado en su piel, delgada como el papel. El amante no sentía dolor... simplemente desazón. Cada vez que el horizonte se sacudía y se ladeaba, estaba a punto de perderla de vista. Sus pies buscaban los de ella... buscaban sus largas piernas ocultas bajo el hábito... y la emoción le obligaba a levantarse de nuevo.

Para su muda sorpresa, descubrió que había ganado terreno.

Podría tratarse de otra trampa... Qué cruel era huyendo de él, sin dirigirle nunca la palabra, sin inclinarse nunca sobre él para ayudarlo a levantarse... Ahora estaba en pie, totalmente quieta (era imposible que hiciera algo que no fuera perfecto)... y eso también era cruel. Le tomaba el pelo y se burlaba de él de forma despiadada.

De repente, llegó junto a sus pies. Se encontraba en el centro de un pedestal, blanco como la piedra bajo la luna.

Tocó la base... Seguía allí...

Puso un pie junto a los de ella...

Ella lo ignoró por completo...

Puso sus brazos alrededor de su bello y precioso cuerpo y acercó sus labios a los de ella...

¡La diosa le aceptó! O, al menos, se quedó donde estaba... Acarició el cuerpo de su amada con sus manos callosas y resquebrajadas y supo que era frío, como el suyo... La besó con abandono...

Y sollozó.

Ella no le devolvió ninguno de los besos. Lentamente, la realidad se fue introduciendo en su arruinada mente. Lo que había delante de él no era su musa, su diosa. Sus brazos estaban abrazando a una piedra, y ésta no se había rendido a él porque nunca podría hacerlo. Se alejó unos pasos de la estatua y observó su rostro. Puro, inocente, joven, frío, pero repleto de gracia... Aunque era bella, carecía de la pasión de su ídolo. El escultor no había dotado de crueldad a este rostro.

Oyó la risa de su amante, dulce como un cuchillo, en el viento que lo envolvía. Era dulce, amarga, ácida... Su ojo volvió a cerrarse y

brotó más sangre por la costra endurecida.

El haz de luz de una linterna le golpeó por detrás. Proyectó su lúgubre sombra negra y blanca sobre la muchacha y su beatífico rostro de piedra esbozó una efímera mueca, ilusoria y horrible.

–Disculpe, señor –dijo la voz de la autoridad. El hombre que había junto a la estatua se sobresaltó–. Sí, me refiero a usted. Dé la vuelta lentamente y baje hasta aquí.

El policía continuó.

–No puede quedarse allí arriba y no creo que quiera que suba a por usted. –En un tono más bajo, dijo por la radio: – ¿Zamojski? Sí. Soy Schaeffer. Tengo un posible borracho y perturbado en Juana de Arco.

El transmisor respondió entre zumbidos.

–Concuerda con la persona que estamos buscando. Envíen un coche.

Lentamente, el vagabundo descendió del pedestal.

El agente mantuvo la distancia y alzó la linterna para enfocar directamente a los ojos del individuo. Vio la sangre, el cuerpo consumido, y sacudió la cabeza.

–Envíen también una ambulancia. Parece que alguien ha molido a palos a este tipo.

Cautelosamente, Schaeffer, con una mano en su pistola, dio unos pasos hacia delante para ofrecer a ese nombre enfermo y herido un poco de auxilio.

DETENTE.

Khalil miró por la ventanilla del coche y vio el nombre que aparecía en la señal.

–Calle Bond. Aquí es donde quiero bajar, querida. Para por aquí, ¿de acuerdo?

La conductora dirigió sus pestañas maquilladas hacia él y detuvo el coche en una zona en la que estaba prohibido estacionar, justo delante de una boca de incendios.

–¿Te va bien aquí?

–Perfecto, querida –la miró a los ojos y sacudió la cabeza con tristeza–. Si no fuera el final del trayecto...

Khalil se inclinó sobre el cambio de marchas y la besó.

–No tiene por qué serlo...

–Tengo que trabajar...

–Toma –la mujer cogió su cartera y sacó una caja plateada de tarjetas. Cogió una de color celeste y se la tendió con sus largas uñas pintadas de color beige–. Toma esto. Es el número del trabajo. Llámame.

Khalil puso la tarjeta, además de su mano, entre sus dos palmas, y la volvió a besar, mordiéndole la lengua en esta ocasión, para distraerla...

–¡Eh!

Se echó hacia atrás.

–¿Demasiado brusco? –preguntó con voz tierna.

–Me has quitado el anillo de boda.

Khalil sonrió tristemente.

–Sí, lo he hecho. Y también te robaría a ti, si pudiera. No puedo soportar la idea de que una mujer como tú tenga un marido que la encadene. No te enfades... sólo es otra de mis bromas, querida.

SAL DE AQUÍ.

El *shilmulo* buscó la manilla de su puerta.

–Mi bolsa.

Volvieron a encontrarse detrás del coche; ella abrió el maletero y Khalil cogió su maleta, dejando allí las bolsas de la compra de la mujer. La acompañó de nuevo hasta el asiento del conductor, murmurando falsas promesas de amor en sus oídos.

–¿Me das otro beso? –preguntó, juguetón, por la ventanilla abierta.

Y se lo dio... quedándose además con una gran cantidad de su

sangre... y su cartera... y su reloj. Se mantuvo en donde estaba mientras ella se alejaba, y entoces giró por una calle lateral y contó su dinero.

5

*SÁBADO, 31 DE JULIO DE 1999, 1:16 AM
RIVERSIDE PARK, UPPER WEST SIDE,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Leopold cruzó el parque dirigiéndose al norte, junto a la orilla del río. Sabía su nombre. Era consciente del césped que había bajo sus pies. Sentía la tierra que había bajo el césped, la piedra que había bajo la tierra, la emotividad de la madera enterrada, la obstinación de los cimientos de las antiguas casas, la reverberación de los túneles, la mezcla de roca y agua, la solidez de la roca pura, el calor y la sustancia plástica y maleable que estaba debajo del todo... y era suave, como la arcilla.

Regresó a él una percepción más personal. Vio sus harapos y decidió, vagamente, que tenía que poner fin a eso. Vio a su musa por el rabillo del ojo, pero ni corrió hacia ella como un loco ni olvidó su naturaleza. Estaba enfadada porque Leopold había perdido el regalo que le había concedido. No dejaba de pensar en cómo podría recuperarlo; era la herramienta que necesitaba para cumplir con las aspiraciones de la diosa. Observó sus manos (que, por alguna razón, se estaban curando) y durante unos instantes se preguntó de dónde habría salido el trozo de metal que estaban aferrando. Lentamente se dio cuenta de que ese pequeño escudo metálico era la placa de un policía. Empezó a modelarlo con sus dedos, intentando dar forma al frío metal, tal y como solía hacer con la cera... y tal y como había modelado la piedra.

Leopold siguió caminando, alejándose del agua. Su despejado

cerebro empezó a hacerse cargo de la situación. Se dio cuenta de que le faltaba una parte de sí mismo... no sólo el ojo que hubiera rellenado su vacía, desgarrada y distendida cuenca izquierda. Sintió que la sangre fluía intentando curárselo, aunque hubiera preferido que quedara abierta, lista para introducir el gran Ojo en cuanto lo encontrara.

La pérdida... no era su ojo, ni el Ojo, ni siquiera el hambre... Se sentía lleno, hecho que resultaba sorprendente si tenía en cuenta que no recordaba haberse alimentado durante una larga, larguísima temporada. Tampoco era la musa: aunque la había perdido, seguía con él, bendiciéndolo, y regresaría con todos sus favores en cuanto volviera a encontrar el Ojo. No, la pérdida que le mortificaba estaba relacionada con su memoria. El último recuerdo claro que tenía era el de la estatua terminada de su caverna. Una oleada de orgullo le invadió. Era digna de la diosa, digna del material, digna de su talento: una obra de arte. Leopold blasfemó. Aquella obra de arte sería la última que haría hasta que recuperara el Ojo. ¿Cuándo lo había perdido? Había desaparecido con el tiempo olvidado y en el tiempo olvidado. Desde las Montañas Adirondack hasta Nueva York... Sin duda, había invertido muchas noches y grandes esfuerzos en aquel viaje... ¿Por qué no lograba recordar nada? ¿Por qué el tiempo que había transcurrido antes de la caverna estaba tan oscuro? *Atlanta*, pensó, y en su mente apareció una imagen que acompañó a sus pensamientos.

Distraídamente, miró el trozo de metal que llevaba en la mano. La placa se había ablandado bajo sus dedos para convertirse en la cabeza en miniatura de una mujer. Leopold sonrió. *Victoria*. Formaba parte de lo que estaba perdido. Golpeó los contornos de las mejillas y el cabello y apareció un nuevo rostro. Mi *musa*. Sus diminutos ojos y labios se abrieron. A Leopold le pareció bastante natural. Ella lo llamó... le apremió a seguir adelante.

El poder de *modelar* había regresado a sus manos. Alegrementemente, empezó a correr. Sus pies apenas tocaban el suelo... Recorrió calles, dobló esquinas y cruzó entre el tráfico para atajar. Los coches chocaban a su alrededor y algunos mortales gritaban... maldiciéndole, abucheándolo y alertándose del demente que había en

medio de la avenida. Leopold ni los oía ni le preocupaban. El Ojo había regresado. La Musa le había conducido hacia él con la misma seguridad que la de dos amantes que se encuentran. Ahora estaba tan cerca... Corrió rápidamente entre dos edificios y sintió que los últimos obstáculos se habían quedado atrás.

Hizo un último esfuerzo, corriendo más rápidamente que nadie. Cuando vio la prisión de su premio (un sedán negro), se abalanzó sobre él.

Levantó un dedo y sintió que el Ojo saltaba hacia él.

Abrió su mente al poder e invocó la esencia de la tierra sobre el asfalto para detener al coche que huía.

* * *

Pauline Miles miraba por los espejos retrovisores cada cinco segundos. Era un acto reflejo que formaba parte de su adiestramiento. Normalmente, la única consecuencia de estas miradas era una reducción de velocidad (si aparecía un coche patrulla) o un cambio de carril, velocidad o dirección, si un coche que le resultaba familiar se aproximaba demasiado a ella.

Lado, lado, centro... Miles miraba de reojo. Allí, a la derecha. Ningún coche... dobló una esquina para acceder a una calle más grande y la figura volvió a aparecer.

—Señor —dijo. El panel de vidrio empezó a descender—. Hay un hombre persiguiéndonos a pie. No va armado, pero... es extraño.

Hesha deslizó un espejo convexo desde el techo tapizado. Observó a su perseguidor durante unos instantes.

—Acelera —ordenó.

Miles hundió el pie en el acelerador y el coche ganó velocidad. Encontró un hueco entre los vehículos que había a su alrededor y consiguió, haciendo caso omiso de dos semáforos, poner el coche a sesenta y cinco kilómetros por hora, a pesar del tráfico de fin de semana.

Los faros de los coches que había dejado atrás brillaban en el retrovisor, a través de la ventana tintada. Vio que la silueta del hombre que les perseguía eclipsaba el más cercano y frunció el ceño.

–Sigue detrás de nosotros –se lamentó, mientras clavaba con fuerza el pie en el acelerador.

El sedán negro salió disparado.

Hesha sintió un movimiento en la bolsa que llevaba en el regazo. La lona se clavaba bruscamente en su abdomen. La levantó por el asa y vio cómo se balanceaba, como un imán en una cuerda, hacia atrás y hacia el monstruo que les estaba dando caza. En la tela se formó un bulto del tamaño de una bola de béisbol, en el punto más cercano a su perseguidor. Hesha frunció el ceño. El Ojo del interior había sido extraído del centro del suave barro (¿o acaso había excavado el camino él mismo?). Rápidamente y con aprensión, dio la vuelta al saco y puso la masa de lodo del río entre el Ojo y el lugar hacia el que estaba haciendo fuerza.

El instinto pudo con él.

–¡Para!

La conductora, desconcertada pero obediente, intentó complacerlo. Los frenos chirriaron y se aferraron al suelo con esfuerzo; el pedal tembló bajo el pie de Pauline mientras los sistemas de seguridad la tiraban hacia atrás. Bajo los chirridos del metal, algo más empezó a gemir. Miles movió la cabeza hacia un lado para oírlo mejor. Un segundo después, el sonido era tan fuerte que le hacía daño en los oídos; no pudo reprimir una mueca de dolor. Recordó que la artillería hacía un ruido similar, pensó en los bombardeos que agrietaban la tierra y agarró el volante con más fuerza.

Lentamente, sin ninguna explosión ni la metralla de granada alguna, la capa de asfalto que había delante del coche ondeó y se levantó como una ola de choque. Hesha observó atento el fenómeno, alarmado, e intentó buscar en su memoria algo similar que hubiera sucedido durante la historia del Ojo, pero sus esfuerzos fueron en vano.

Miles gritó y viró. Su pie izquierdo apretó con fuerza el pedal del freno de emergencia. Durante unos instantes el coche derrapó hacia un lado, dirigiéndose hacia el centro de la carretera, y acabó chocando contra la parte inferior de la pendiente de aquel muro de tres metros de alquitrán y gravilla. El sedán negro salió proyectado hacia delante como si fuera una tabla de surf y su conductora forcejeó para controlar

las ruedas sobre esa superficie resbaladiza e indefinida. Metió un brazo en el volante para sujetarse, alcanzó el freno de mano, tiró con fuerza de él, volvió a pisar el acelerador y consiguió recuperar la tracción a tiempo de sacar el coche de debajo de la "tritadora". En un sombrío silencio, Miles dejó atrás otra colina creciente de asfalto y subió a la acera. El sedán pasó entre una multitud de peatones, sin lastimar a ninguno, y dobló una esquina a toda velocidad.

—Para —repitió la voz que había a sus espaldas. Pauline le miró por el retrovisor con incredulidad. La mano de su jefe agarraba con decisión la manilla de la puerta.

—Hay otra acercándose...

—Bien. Me ocuparé de ella —se acercó al borde del asiento—. Sal de aquí. Te llamaré cuando todo esto termine.

Sus manos y pies volvieron a ocuparse de los controles.

—¡Señor! —al evadir la ola, se vio obligada a reducir la velocidad y descubrió que la puerta trasera estaba abierta.

—No puedes ayudarme con esto, Miles —desapareció en la curva y la puerta se cerró automáticamente tras él. Pauline se mordió el labio, se encaramó a una ola y se preparó para volver a enfrentarse a la carretera...

...Y de repente se encontró sola, conduciendo un coche silencioso por una calle de la ciudad completamente normal.

* * *

Después de que su presa hubiera abandonado el vehículo, el alquitrán se abalanzó sobre el sedán durante unos instantes. Avanzaba ávido, pero a ciegas, y entonces se convirtió en olas pequeñas. Lentamente fue reduciendo su altura hasta que, por último, se desvaneció.

Hesha Ruhadze no lo vio.

Desde el mismo instante en que pisó el pavimento, la preciada bolsa empezó a acunarse en el centro de rotación (la llevaba entre su estómago y sus brazos para protegerla del impacto). El Setita no había mirado hacia atrás ni había dejado de moverse. Dejó toda la distancia que pudo entre él y el sedán... por una parte, para proteger a su sierva

y permitirle escapar y, por otra, para experimentar con lo que había empezado a denominar "la alteración". Oyó girar unas ruedas y asintió con satisfacción cuando el sonido del motor se alejó a toda velocidad.

La apática brisa lo envolvió, llevando consigo el olor de goma quemada.

A favor del viento, pensó el Setita, es una dirección tan buena como cualquiera otra... mejor que la mayoría... y va hacia el norte... hacia el templo, por si lo necesito. Salió del estrecho callejón en el que se encontraba y avanzó a grandes pasos que, aunque devoraban el espacio, le permitían reaccionar ante los peatones. Mujeres vestidas para comerciar con su cuerpo le llamaban con voz chillona; hombres vestidos con trajes raídos se burlaban de él y le gritaban; delante, un grupo de machitos embutidos en costosos trajes que no estaban hechos a medida se giraron ante el ruido. Lucían bandas de tela brillante en sus cabezas, cuellos, brazos o piernas y, a pesar de las evidentes diferencias que había entre ellos, eran terriblemente parecidos... eran copias en papel carbón de sí mismos y de aquellos niños que blandían espadas a los que Hesha había conocido en África, India y Europa. Diferentes pares de ojos idénticos miraban hacia la acera del mismo modo que él había observado a los wadis de Sudán en su juventud.

El chico que estaba al frente (no el líder) se hizo a un lado para que sus compañeros pudieran verlo mejor y dispararle antes, si tenían ganas de hacerlo. Entre ellos circularon breves palabras y sus manos se acercaron lentamente a sus bolsillos y pretinas. Sus pequeñas mochilas deportivas empezaron a descender por sus espaldas.

Sin dejar de dar zancadas, Hesha invocó a Set para que le concediera divinidad. Observó que los rostros de la pandilla iban pasando de la agresividad a la incertidumbre, hasta que reflejaron un ciego respeto. Se abalanzó por el camino que, de repente, había quedado despejado y pasó entre ellos como un dios (ignorándolos por completo, tal y como hacían los dioses modernos). Las dos hileras que habían formado se cerraron a su paso, en un silencio reverencial.

Los muchachos volvieron a lo suyo, haciendo ver que no había pasado nada que ellos no hubieran permitido. Volvieron a charlar entre sí, aunque ahora se dirigieron hacia el norte, en vez de hacia el sur,

sin saber por qué lo hacían. Ninguno de ellos mencionó al hermano rico que había pasado junto a ellos. El que más cerca estuvo de hacerlo fue el más ambicioso, quien propuso, con indecisión, la idea de unirse a una organización superior (siempre y cuando encontraran alguna que mereciera su tiempo). En todas sus cabezas, el hombre que corría con la gabardina y el traje oscuro se alzó como el tipo al que estarían deseosos de complacer.

Con curiosidad, el ambicioso mantuvo la mirada en la figura que huía. Ésta había cruzado la calle a gran velocidad y había desaparecido entre la multitud. Frunció el ceño y miró hacia atrás. ¿Qué era lo que hacía correr a ese hombre?

Fue una aparición. Tuvo que cerrar los ojos y volver a mirar antes de poder creer lo que veía. Había un vagabundo alto y delgado como un palo acercándose a ellos a un paso más rápido que el de una carrera de velocidad. Cuando el muchacho redujo la velocidad de la imagen en su mente, sintió un gran desprecio: el pordiosero se movía como un drogadicto. En esos instantes se encontraba delante de donde había ocurrido el último accidente. Los amigos del chico empezaron a advertir su presencia. El primero sacudió la cabeza: aquella velocidad... tenía que ser algún efecto angustioso provocado por el último lote que habían probado la noche anterior. Siguió observándolo fijamente mientras se aproximaba. Ahora sabía por qué había llamado su atención: aquel tipo tenía un ojo que no pestañeaba en el lado derecho de la cara y un agujero del tamaño de una pelota de béisbol en el izquierdo. La piel de esa zona se sacudía al mismo ritmo que sus rápidos pasos y el color de su piel... era sombríamente blanco, como el papel, y resplandecía bajo la iluminación de la calle... Además, tenía vetas oscuras, muy oscuras, por todas partes. Vetas rojas. Ropa roja. Ropa empapada de rojo y relucientes brazos rojos... No era la primera vez que aquellos adolescentes veían sangre... ya habían matado a otras personas. Habían visto morir de un disparo a diversos amigos. Habían llevado hamburguesas a las salas de emergencias y sabían a cuánto fluido tenía que renunciar el cuerpo humano cuando sangraba hasta la muerte. El tipo que estaba persiguiendo a su hombre debía de haber estado nadando en una piscina de sangre. Sus brazos estaban envueltos por un largo y rígido

vello y sus harapos, del color de la muerte, estaban cubiertos de manchas ensangrentadas. El chico se adelantó hasta la carretera para enfrentarse a aquella cosa que se acercaba a su territorio, que pretendía asesinar en su jurisdicción, que intentaba dar caza a *su* gente.

Hesha tuvo tiempo de inspeccionar los alrededores. De momento, el suelo seguía firme bajo sus pies, pero un débil sonido procedente del sur le advertía de que la alteración, fuera lo que fuera, le estaba persiguiendo a él, no al coche. Cuando el asfalto más próximo empezó a ondearse, saltó en dirección a la siguiente acera. *Viene a por el Ojo*, le confirmó su mente. La capa que había bajo sus pies empezó a moverse, aunque el hormigón y el cemento no se derritieron tal y como había hecho la alquitranada calle.

A través de una ventana vio al grupo de adolescentes. Se habían situado en el centro de la calle e irradiaban arrogancia, debido a su ignorancia, su número y sus pistolas. El Setita continuó corriendo, siguiendo el escaparate hacia el oeste.

Los jóvenes dispararon al intruso.

Los gritos de los transeúntes inundaron la estrecha calle.

El ronco tormento de los adolescentes, aún no agonizantes, incrementó los agudos gritos de los espectadores.

Más disparos, más gritos, mas aullidos mortales...

En las oscuras y móviles imágenes de los escaparates, Hesha vio cómo se deshacían los cadáveres de los muchachos. Un hueso gris plateado asomó entre el horror. Doce sombras de piel oscura formaban remolinos y se mezclaban. La grasa espumosa y amarilla entró en erupción y se deslizó por los... tobillos... o lo que quedaba de ellos. Se abrieron grietas cerca del *gestalt* y brotó un chorro de sangre de seis metros de altura. Aquella fuente salpicó los edificios que había a ambos lados y cayó en forma de lluvia fina y roja sobre la multitud que había salido aquel sábado por la noche, tanto la que estaba paralizada como la que huía. Hesha observaba, atónito. Sus pies seguían corriendo por su cuenta, y su mente se puso de acuerdo con ellos unos instantes después.

El modelador de carne. El cerebro del Setita pensaba en las implicaciones mientras escogía una nueva ruta: una que había sido

pavimentada con hormigón macizo, no con alquitrán y gravilla. *Si puede modelar carne significa que es un Tzimisce.* Hesha dejó a un lado, por un momento, la habilidad de la criatura para modelar la tierra a su antojo. Y si *es un Tzimisce, significa que forma parte del Sabbat.* De modo que la pregunta es, *¿cuántos Sabbat?* Sabía que él era capaz de destruir a las rabiosas cuadrillas de ataque de la secta. Estaba seguro de poder dominar a la carne de cañón, incluso con la interferencia de la cosa que tenía a sus espaldas.

Sin embargo, un modelador de carne con tanto poder...

Quizá, en una lucha justa, en un buen terreno... y si el Ojo no estuviera en medio. Imploró fervientemente a Set que su enemigo no fuera un grupo de antiguos que poseyeran poderes tan inexplicables como los de aquella cosa.

La acera lo llevó por un solar vacío y la tierra se levantó. Una ducha de basura, suciedad y escombros cayó a su alrededor. Hesha endureció su piel con fuertes escamas y corrió a mayor velocidad. Fuera cual fuera el poder que utilizaba su perseguidor, afectaba al suelo desnudo con más fuerza que al asfalto. El edificio de delante... no... los cimientos de la nueva tienda, construida con austeridad, se sacudían por la tensión. Hesha observó la calle... justo allí había una mediana de hormigón; saltó hacia ella nada más verla. Logró aterrizar en la esquina contraria en el mismo instante en que la fachada de ceniza se derrumbaba sobre la calle y el terreno que había debajo se amontonaba entre las grietas.

La tierra se mueve... el alquitrán se mueve... pero el cemento se mantiene unido... ¿Estaría más seguro sobre piedra? El Setita giró hacia el norte y divisó, en la distancia, una serie de espirales y andamios. Una cruz sobresalía del caos; una cruz negra como el azabache y oscura contra el brumoso cielo naranja de la noche. *Una catedral... suelo sagrado...* El hombre que intentaba alcanzarle parecía europeo. Las bendiciones de Dios nunca habían interesado a Hesha, pero puede que tuvieran algún efecto sobre el otro. Y los cristianos construían sus templos más grandes sobre roca...

Siguió corriendo mientras la calle se lanzaba perezosamente hacia él. Aunque, en cuanto se ponía en marcha, aquella cosa era rápida, sus (Hesha buscó la palabra adecuada) *reacciones* eran

lentas. Había descubierto que las esquinas le molestaban un poco y que los cambios súbitos de dirección confundían a la mente ciega de la criatura. Hesha hizo tantos zigzagues como pudo y a continuación se abalanzó hacia el solar en el que se estaba construyendo la inmensa iglesia.

Bordeó el muro y se encaramó a un pequeño cobertizo. Desde arriba, mientras seguía corriendo, examinó la catedral que tenía delante. La esquina más próxima, una torre, estuvo a punto de dibujar una sonrisa en sus delgados labios: cuatro plantas acabadas y los cimientos en la parte inferior... una bóveda y contrafuertes adicionales en el sótano, si sus suposiciones eran correctas. Perfecto. Puede que incluso pudiera llegar al segundo nivel. Bajó del tejado del cobertizo en dirección a una pequeña zona similar a una cantera, donde estaría por encima de la altura de las "olas" más grandes que había visto hasta ahora. Saltó de una piedra a otra. Con una escalera (dos, a lo sumo) podría defenderse desde el interior, y el sonido de cristales rotos le advertiría si algún intrépido siervo del Sabbat intentaba atacarle desde fuera. Sus botas aplastaron fragmentos de mármol. Pequeñas motas de polvo de piedra formaban remolinos bajo la ligera brisa que levantaba su gabardina al moverse. Decidió que, en cuanto alcanzara la torre, llamaría al templo Setita y pediría refuerzos. A esas horas de la noche, el Parque Morningside debía de estar repleto de serpientes. Se encaramó, como si fuera una escalera, a un montón de piedras combadas del patio y saltó sobre la valla.

Miró hacia abajo y sólo vio tierra cubierta de césped. Profirió una maldición.

La zona de albañilería era una isla de roca situada en un gran jardín al aire libre. Podría atajar por allí. Podía correr a cualquiera de los lados e intentar avanzar por las aceras (no, no podía ir por allí, pues eran delgadas cintas de cemento agrietado). O podía luchar en el lugar dónde se encontraba.

Se abalanzó sin dudarle hacia el ángulo más cercano del sendero del jardín. Sus botas se posaron suavemente sobre la dura pizarra. Siguió las marcas de piedra por unos rosales blancos y un seto de hoja perenne y halló una figura grotesca que le bloqueaba el paso. Tenía la piel escamosa y roja, las extremidades nudosas y, en

su cabeza prácticamente esférica, no había nada que se pareciera remotamente a un rostro. Hesha se agazapó, preparado para luchar contra la criatura de guerra de los Tzimisce...

Pero ésta permaneció plácidamente inmóvil.

La luna decreciente se liberó de una nube y Hesha pudo ver qué era realmente aquella forma retorcida: arte moderno... barras de hierro que habían soldado en forma de mujer y que habían dejado a la intemperie para que se oxidaran y mostraran... ¿respeto? La estatua parecía inclinarse o postrarse ante algo mayor.

Hesha apartó la mirada y se abalanzó hacia el pequeño grupo de devotos. Había perdido el tiempo. Se encontraba a medio camino de la iglesia cuando los recuadros que había bajo sus pies empezaron a moverse. El Setita saltó, ignorando que tenía una pierna prácticamente atrapada en el césped ondulante. El sendero flotaba sobre la verde hierba del mismo modo que la espuma sobre las olas. Hesha aterrizó sobre un pie y se alejó del esponjoso pantano, encaramándose a una plataforma de hormigón. Dos esculturas le flanqueaban: la silueta de un hombre y el bloque de metal del que la había tallado el artista. Una parte de su mente reconoció la imagen de la sombra de la explosión de Hiroshima; sin embargo, la mayor parte de su cerebro estaba concentrada en la siguiente estructura sólida alineada a la torre: un objeto alto, con diversas hileras, cuyo significado ni siquiera podía imaginar. Estaba lo bastante cerca como para alcanzarlo, siempre y cuando pudiera confiar en poner un pie sobre la pizarra para coger impulso. La tierra se alzaba como una ola... una baldosa corría por la cima y Hesha se abalanzó hasta ella, saltó y se encontró en la parte superior de una fuente de piedra sin agua. El sol le miraba burlón y él hizo una mueca en respuesta a su feo rostro. La extraña estatua estaba cubierta por pequeñas protuberancias en forma de anémona que se convirtieron en excelentes asideros. El Setita no estaba seguro de a qué se estaba sujetando, pero consiguió mantener el equilibrio, encaramarse un poco más y escudriñar el ondulante jardín en busca de otra zona estable que estuviera de camino hacia su objetivo.

A su alrededor, las colinas se abalanzaban hacia él. Si iba a saltar, tendría que ser...

Los músculos del cuello de Hesha se crisparon como si alguien

le estuviera observando. Se giró y, por primera vez, tuvo una buena perspectiva de su perseguidor.

No... Los ojos del Setita se abrieron de par en par por la consternación. Aquel hombre, tan flaco como una cerilla, era la criatura a la que había dejado en letargo en las montañas. Era el Cainita que había poseído el Ojo antes que él. No era un antiguo ni un Tzimisce... aquella criatura había sido tan débil que un simple mortal le había arrebatado el Ojo. Tendría que haber permanecido inconsciente durante años. Debería haber quedado atrapada entre las rocas que se desmoronaron...

Hesha intentó olvidarse de todo lo que "debería" haber sucedido. Las olas de tierra le estaban encerrando y en cualquier momento sería engullido, apaleado o aplastado. Hesha se lanzó desde el borde del grotesco sol. Sus manos se convirtieron en largas garras y las arqueó, preparado para clavarlas en el corazón del extraño. Unos colmillos como agujas se deslizaron por sus finas encías grises. La lengua del Setita se transformó en un látigo delgado, bífido y afilado, que se enrolló para golpear a su atacante. Su cuerpo alargado y serpentino se unió y se equilibró para el impacto. La larga gabardina revoloteaba y crujía como una bandera ondeada por fuertes vientos y todo lo que llevaba Hesha se movió con él... incluso el peso del Ojo... durante el eterno segundo que transcurrió antes de que diera alcance a su presa.

Hesha aterrizó pesadamente. Sus garras desgarraron la cavidad del pecho de su adversario; las costillas del hombre se convirtieron en algo mejor que una escalera, y sus piernas encrespadas encontraron apoyo en una rodilla doblada. La lengua de la serpiente asomó para cortar la única córnea que le quedaba al Cainita. El saco donde guardaba el Ojo golpeó con fuerza la espalda de Hesha y la gabardina se arremolinó con alevosía alrededor de sus espinillas.

El hombre flaco se tambaleó.

Hesha dejó que el impulso los hiciera rodar a ambos por el césped (que de repente era estable, liso, inmóvil) y le dio un golpe y un empujón adicional con la parte izquierda de su cuerpo, para asegurarse de que aterrizaría sobre su víctima. Sintió que su rostro se combaba mientras una de las garras del Cainita le desgarraba un músculo sobre el pómulo, que empezó a curarse inmediatamente. El

arañazo no había sido provocado por ningún poder oculto. Extrajo la mano derecha del pecho de la criatura, extendió los dedos al máximo y estiró con fuerza del abdomen y los intestinos indefensos. Sus atrofiados órganos asomaron por sus heridas y, allí donde se unieron las cinco pequeñas guadañas para seccionar el cuerpo, cayeron grandes trozos de carne muerta. Mantuvo la mano izquierda firmemente acuñada entre las tablillas de la caja torácica y retorció sus garras para asegurarse de que nada podría curarlo.

El hombre delgado azotaba y desmenuzaba la ropa de Hesha. Aunque sólo utilizó un brazo, consiguió clavárselo con la profundidad necesaria para romper las resbaladizas escamas y desgarrar el músculo.

El Setita no opuso resistencia a aquellas garras oscilantes. Su adversario era tan novato que golpeaba la carne y dejaba los tendones intactos (ignoraba los ojos e intentaba hacerse con el control de las manos), intentado abrir la garganta del muerto en vez de rasgar los esponjosos tejidos de su torso. Aunque la velocidad podía vencer a la técnica, aquello no sucedería aquella noche. Hesha abrió una herida en el hombro izquierdo de su enemigo y seccionó los nervios. La extremidad se soltó y se crispó durante un segundo; los músculos opuestos se contrajeron y, a continuación, el antebrazo del hombre flaco se curvó hacia abajo, quedando totalmente inservible.

Hesha levantó el inútil armazón del suelo. Tenía la intención de hablar con la pobre sanguijuela, tener piedad de ella y hacer que ese momento resultara útil. La criatura tenía que saber algo valioso sobre el Ojo, y el poder que ejercía sobre la tierra hostigaba al Setita. Hesha le seccionó el otro brazo y pensó si, quedando incapacitado, el hombre flaco lograría sobrevivir o sólo duraría un día más...

Cómplices, pensó Hesha, preguntándose por qué el peligro había regresado a él de forma tan repentina. ¿Se había movido algo? El jardín parecía vacío, excepto por el prisionero, él y las estatuas.

Algo le dio un suave codazo en la espalda. Se dio la vuelta (sin dejar de sujetar al otro hombre por las costillas) y vio otra pieza de metal cortado, una buena. No había nada más.

La estatua... Momentos antes podría haber dicho la posición de todos los obstáculos y de todos los refugios de ese campo de batalla

con los ojos cerrados. *Reconoce el terreno*, recordó las palabras de los sacerdotes que lo habían adiestrado. *Pero antes se encontraba un metro más atrás. Estaba seguro...*

El Setita, desconcertado por su error, dio la vuelta y volvió a reconocer los alrededores. Vio otras estatuas que seguían sobre sus pedestales, aunque desde su ángulo no parecían estar ocupando la posición central. Se encontraban más cerca de él. *Estaban en un lugar incorrecto.*

Hesha observó la fuente de piedra con ansiedad.

Algo rozó suavemente su gabardina.

Hesha saltó hacia delante, pero lo hizo demasiado tarde. El bronce dentado alcanzó el saco de lona que llevaba en la cadera. Diminutas hebras de algodón se rompieron, la parte impermeabilizada se desgarró y el barro se escurrió por un agujero del tamaño de una moneda. Un grueso chorro brotó del orificio.

El saco de lona explotó por la presión y una esfera pegajosa cayó al suelo, a los pies de Hesha. El hombre delgado abrió el ojo que no tenía... y una luz pálida y fría salió del Ojo aún cerrado que yacía en el camino...

Unos puños de hierro golpearon a Hesha. Sus largos huesos se rompieron y diminutas astillas seccionaron su carne en una agonía de agujas. Maldijo el dolor y obligó a la sangre de sus extremidades a curar sus heridas. Con sus temblorosas piernas se abalanzó hacia un lado, intentando evitar los oxidados troncos que la devota escultura tenía por manos. Un tercer enemigo... un cuarto y un quinto... y sería imposible huir. Por el rabillo de los ojos vio que el acero retorcido oscilaba hacia su rostro; se tiró al suelo y se giró. Algo se clavó en su cráneo por la parte posterior y lo cruzó de oreja a oreja. Entonces, incluso pensar se convirtió en una tortura. La fuerza del ataque retorció el cuerpo del prisionero y Hesha observó, con ligero pesar, cómo flotaba por el aire. El hombre flaco aterrizó sobre el césped a dos metros del Ojo. Mientras Hesha avanzaba a rastras como un cangrejo, lenta y torpemente, dirigiéndose a la seguridad que le brindaría la fuente de piedra, su enemigo yacía inmóvil.

Hierro, bronce y cobre se acercaron a él. A través de la lluvia de golpes y el espeso velo de la estatua, Hesha creyó ver a su enemigo

rodar en dirección al Ojo. Aquello no tenía ningún sentido.

Una explosión de algo irreconocible (ni ácido, ni llamas ni sangre venenosa) levantó el suelo. Se movía como una bala... sólo era ligeramente más lenta que un parpadeo. Hesha vio un pálido destello de color blanco azulado que se abalanzaba hacia él. Cerró los ojos automáticamente... El objeto le golpeó y no pudo volver a abrir los ojos... incluso sus labios se cerraron herméticamente... o quizá su rostro ya no estaba allí. El dolor y la furia clavaron sus colmillos en él y le robaron lo poco que quedaba de su mente.

* * *

Bajo Calcuta hubo una sensación de infalibilidad y cierta determinación a luchar.

Bajo Manhattan, una inteligencia tenebrosa se expandió y dejó de preocuparse.

En Atlanta, un Malkavian solitario se levantó con la certeza inesperada, pero incuestionable, de que tenía que ir a dar un paseo.

En la rama más baja del Árbol de la Vida (una escultura que había sido votada como la Más Fea de Nueva York por la asociación de residentes de Morningside Heights), Hesha Ruhadze entró en un frenesí inconsciente. Oyó las reverberaciones de Calcuta y Manhattan a través de la piedra blanca que llevaba alrededor de la muñeca. La piedra roja que llevaba al cuello le indicó en qué momento se alzó el Ojo y pudo sentir cómo se alejaba, como si formara parte de su propio cuerpo.

En el jardín de la Catedral de San Juan el Divino, Leopold acabó de colocar la carne en su sitio y descansó durante unos instantes. Sus brazos y cuerpo se unieron perfectamente. Observó cómo avanzaban las nubes y se entretuvo mirándolas, guiñando el ojo izquierdo y después, el derecho. A continuación las miró con ambos párpados bien abiertos e incluso con ambos bien cerrados.

* * *

Leopold, totalmente recuperado y bastante íntegro, se alejó por

el sendero encaminándose a la acera. La pelea había terminado, al menos para él. Todas sus dudas murieron al recuperar la visión. ¿Qué faltaba? Nada: al girar la esquina, supo dónde estaba ella...

La musa estaba delante de él, en el centro de un círculo de setos, aguardando.

Aguardándolo.

El viaje acaba cuando los amantes se encuentran... la letra de alguna canción antigua y bella corrió por su cabeza.

La perfección lo esperaba con los brazos abiertos y, al verla, el grotesco rostro de Leopold se iluminó. Por un instante, su expresión reflejó la belleza de su musa, del mismo modo que las ruinas reflejan el palacio que formaban anteriormente. Totalmente extasiado se abalanzó hacia ella y, al hacerlo, sintió que una suave barra se arqueaba bajo sus pies. Era un hueso retorcido y sin forma del cadáver que ahí yacía. Leopold cogió los delicados dedos de su musa y los rozó con sus labios. Ella le condujo, tímidamente y sin recurrir a sus malvadas trampas, lejos del campo de batalla... hacia un mundo propio. La tierra desapareció y ambos escaparon hacia la niebla de plata.

* * *

El espectador vio todo esto de una forma bien diferente: Un vampiro solitario y herido se alejó, dando bandazos, del jardín de la Catedral de San Juan el Divino. Sus asimétricos ojos eran terribles y llevaba con él, como la varita de un zahori, la fracturada mano de piedra de un mártir, que se retorció como si tuviera vida.

El espectador salió de su escondite mucho después y arrastró un montón marchito de carne necrótica desde debajo de una pila de metal retorcido. Analizó el cadáver detenidamente, tal y como hacía con todas las cosas, y, tras reflexionar unos instantes, tiró del cuerpo ennegrecido hacia el agujero desde el que se había arrastrado. Tenía que darse prisa, pues el sol estaba saliendo de su escondite. Media hora después de que el espectador recogiera todo lo que quería, unos rayos brillantes y letales bordearon la cúspide del cielo de Nueva York.

SÁBADO, 31 DE JULIO DE 1999; 3:56 AM

RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Khalil Ravana paseaba plácidamente por las oscuras calles de Brooklyn. Aquellas dos noches de viaje (cogiendo autobuses, mendigando trayectos a camioneros compasivos, explicando su historia a representantes de ventas que conducían en soledad durante la noche, recogiendo a mujeres que tendrían que haber sido más precavidas y no pudieron resistirse a él) habían puesto en orden los nervios del Ravnos. Se había alimentado bien, se había divertido y había salido al mundo. Toda su ropa reflejaba dinero y clase... aunque ninguna de las prendas le sentaba tan bien como a sus propietarios originales. Los americanos eran sorprendentes: te daban la camiseta que llevaban puesta si simplemente se la pedías (sonrió burlón). Incluso el ratero más torpe de Calcuta podría ganarse la vida con las indefensas carteras de este país, de modo que un *shilmulo* inteligente como él podría amasar una gran fortuna.

Meció su "ataúd" alegremente. Le había sido de gran ayuda para representar el papel de turista desamparado. Cuando se le ocurrió la idea de hacerse pasar por músico de gira, invocó la imagen de un saxofón roto y recolectó compasión y algo de dinero de sus "compañeros" artistas. Los pasajeros de los autobuses llevaban equipaje; los hombres de negocios viajaban con sus maletines. Durante la noche, Khalil guardaba allí su vestuario y su creciente número de objetos valiosos y, durante el día, ocultaba su cuerpo alérgico al sol. ¡Qué gran regalo le había hecho Hesha! Tendría que encontrar la forma adecuada de agradecerse al Setita.

Lo antes posible, decidió Khalil con desagrado. Empezó a silbar.

Una repentina necesidad lo condujo por un oscuro callejón hasta una zona de la acera bien iluminada y limpia.

—Muy bien —murmuró el caminante—. No tienes que golpearme

con eso.

NO ESTABA SEGURO DE QUE PUDIERAS OÍRME CON TODOS ESOS ALARDES. Aquella noche, la voz parecía seca y árida. *ÉSTE ES EL LUGAR.*

Khalil se detuvo despreocupadamente. Dejó el equipaje en el suelo sin mirar a su alrededor y se palpó los bolsillos como si estuviera buscando las llaves. Con un ojo en la cerradura y el otro en la bolsa, sacó dos trozos de alambre del bolsillo derecho del abrigo, y un alfiler del izquierdo. Los tres objetos entraron en el agujero a la vez. Cualquier observador podría haber jurado que aquel joven, que llegaba a casa muy tarde o volvía del trabajo demasiado temprano, había cogido el llavero con ambas manos y tenía problemas con una cerradura oxidada y dura.

—Más vale que tengas razón —susurró—. El sol saldrá en cualquier momento.

CONFÍA EN MÍ.

Oh, sí, pensó Khalil para sí mismo. *Seguro que lo haré.*

La vieja cerradura fue perdiendo terreno bajo su improvisada ganzúa y, por fin, el pomo de la puerta giró entre sus dedos. Al otro lado del pesado portal de acero había un lúgubre pasillo poco acogedor. El techo era tan elevado que parecía mucho más estrecho de lo que era en realidad, y el hecho de que lo acabaran de barrer sólo hacía que la suciedad que había en las esquinas fuera más evidente. El Ravnos cogió la maleta y se adentró en el pasillo sintiendo un ligero desdén. Examinó las puertas a medida que avanzaba, mientras su mente seguía pensando en todo lo que tenía que hacer: *Fotógrafos... cámaras... tengo que encontrar un traficante en esta ciudad... Importaciones... las "importaciones" encubren una multitud de pecados... me pregunto con qué harán contrabando... Abogados... malditos entrometidos... Egh... Puedo ver las escaleras. Maldito hijo de puta...* Su "jefe" le apremió a subir unas escaleras. Viejos ventanales con diversos cristales dejaban que una pequeña y sucia luz se filtrara en el hueco de la escalera. Un nuevo vestíbulo lo condujo hacia una pared exterior. Se encontró delante de un tabique de ladrillo y argamasa desmenuzada; el suelo que pisaba era madera vieja y astillada. *Dime, viejo, ¿Porqué tengo la impresión de que las*

serpientes ricas no vivirían en este basurero? Se acercó a otra escalera y a otro ventanal. De momento, la única luz procedente del exterior era la de las farolas de la calle. Khalil levantó la cabeza y vio más cristales: las claraboyas del techo... aquel techo era prácticamente un conjunto de claraboyas. Empezó a caminar por un pasillo de metal intentado no hacer demasiado ruido, pero sus zapatos prestados le traicionaron: eran nuevos y de cuero rígido (cuero italiano del mejor, había presumido el donante), por lo que cada paso resonaba con fuerza.

El Rom se sobresaltó pero siguió adelante.

El último objeto de la pasarela era una inmensa placa de acero del tamaño de una puerta de establo. Khalil llegó hasta ella y tocó sus bordes, observó las ruedas oxidadas de la parte superior y los surcos de la inferior y sintió un impulso interno que le alejaba de ella. Aquel impulso no se sintió satisfecho hasta que retrocedió unos pasos y se detuvo ante un objeto bastante menos interesante: una puerta lisa y sin marcas, idéntica a otra que había visto en el piso inferior.

—¿Aquí?

AQUÍ.

—El sol está a punto de salir. Este lugar...

ABRE LA MALDITA PUERTA.

Se puso manos a la obra y la puerta se meció para dar paso a una habitación con dos enormes paredes que no tenían más que ventanas (no pudo evitar advertirlo).

Desde la puerta, parecía que alguien vivía en aquel gran espacio. Había libros, sillas y otros muebles, limpios de polvo y dispuestos en pequeños grupos como si unas paredes invisibles los separaran en diferentes habitaciones. *Pero no hay muros*, pensó Khalil. *Maldito seas. Si tengo que volver a dormir en esa jodida caja...*

Sus palabras se detuvieron de golpe pues divisó algo (alguien) que le interesó: era la mascota mortal de Hesha, Elizabeth D-algo... Dim-algo... La chica de Hesha, en cualquier caso. Estaba sentada en silencio, helada y pálida como la muerte en el centro de la sala. Parecía aterrada y Khalil levantó una diabólica ceja y sonrió. La muchacha no dijo nada, ni siquiera se movió. El Ravnos la observó atentamente.

No sólo estaba sentada en la silla, sino que también estaba encadenada a ella. Sus manos descansaban de forma bastante apacible sobre sus brazos, pero unos grilletes le sujetaban las muñecas (los ojos de Khalil miraron hacia abajo) y los tobillos.

Si Hesha estuviera en este lugar, ya se habría acercado a la puerta. Y si Hesha no estaba aquí... el Ravnos se relajó.

–Hola, querida –dijo Khalil Ravana sonriendo con malicia–. ¿Me has echado de menos?

Cerró la puerta perezosamente y entró en la habitación. Con pasos orgullosos, se acercó a la mujer encadenada y la observó con satisfacción. Se detuvo lo bastante cerca de ella como para obligarla a retroceder, y se sintió terriblemente complacido cuando lo hizo. Desde aquella distancia podía ver más detalles: Elizabeth tenía sangre en el cuello. En aquellos instantes, la palidez de un rostro humano aterrado tendría que haber adoptado un tono más rosado, o uno encarnado por la furia o la indignación, incluso moteado por el miedo. Sin embargo, el rostro de Elizabeth seguía estando totalmente blanco.

–Ya veo que te han promocionado –Khalil se inclinó sobre ella con condescendencia–. Bienvenida a la Familia, querida.

Los labios y la garganta de la mujer se retorcieron como si estuviera a punto de vomitar.

–Gracias –respondió por fin, débilmente.

Khalil, aprovechándose de su inmovilidad, se alejó de su campo visual. Había tres cajas ovales sobre una delgada mesa, justo detrás de la silla. Levantó la más grande y oyó un alentador tintineo de monedas. El Ravnos las movió entre sus sucias uñas: inglesas... alemanas... monedas que, de todas formas, no servían de nada en este lugar.

–Así que –preguntó locuazmente–, ¿dónde ha ido Hesha esta tarde, pequeña Lizzie?

La segunda caja contenía un montón de botones sueltos, llaves, agujas y clips. Khalil rebuscó entre ellos. Reconoció dos objetos familiares entre la chatarra: una llave que parecía encajar con la de la puerta del almacén y otra idéntica a la del apartamento. Las introdujo en el bolsillo de sus pantalones. Al otro lado de la columna de acero, Elizabeth Dimitros miraba fijamente hacia el este.

–No lo sé –respondió.

–¿De verdad? –murmuró Khalil, quitando la tapa del recipiente más pequeño—. ¿Por qué no te creo, cariño?

Oro y plata relucieron ante él: pendientes, un brazalete, un reloj de bolsillo. El Ravnos vació la caja en su chaqueta y miró a su alrededor en busca de más tesoros.

–Se ha ido –respondió la mujer. Su tono consiguió llamar la atención de Khalil; sabía reconocer la verdadera desesperación.

Sus ojos advirtieron una nota abandonada sobre el sofá: en la parte superior habían garabateado rápidamente "Lizzie" sobre un grupo de palabras dirigidas a ella. *Éste es su apartamento*, descubrió con consternación. Frunció el ceño. En aquella gran sala sólo había una puerta, que evidentemente conducía al lavabo. No había señales de que alguien hubiera entrado por la fuerza (a parte de él, por supuesto) ni de que hubiera habido alguna pelea. ¿Qué diablos hacía una Setita recién muerta sola, indefensa y expuesta al sol? Khalil echó una mirada al exterior y decidió que disponía de tiempo suficiente para hacer algunas preguntas e intentar descubrir todo lo que pudiera. Eso significaría que tendría que dormir en la caja, pero...

–¿De verdad? –preguntó en voz alta—. Esto es muy extraño. Erais uña y carne la última vez que os vi... y, obviamente, os habéis ido acercando...

Puso un dedo suave como una pluma en la mancha de sangre de su cuello y ella se estremeció.

–...más desde entonces. Fue él quien hizo esto, ¿verdad?

–Sí...

ASÍ FUE.

Khalil examinó las gruesas cadenas por el punto en el que se cruzaban con la columna. La muchacha había forcejeado... cuando ya era demasiado tarde. Había profundos arañazos en la pintura y sus tensos músculos habían golpeado el óxido de sus eslabones.

–¿Y estas cadenas?

Elizabeth no respondió.

Sí, confirmó la voz que había en la cabeza de Khalil. Una nueva pregunta afloró en los labios del joven Ravnos. La reprimió y se alejó de la mujer. Cuando ésta no podía oírle, murmuró irritado:

–¿Dónde está Hesha?

INEVITABLEMENTE... DETENIDO.

–¿Entonces, qué cojones hago aquí?

ES POR LA MUJER.

–Sabías que no estaba aquí y no me lo dijiste –Khalil volvió a subir el tono–. No me dijiste nada. Me estoy hartando de todo esto.

ESTÁ VINCULADA A ÉL. La voz habló aunque Khalil aún no se había callado. *TE SERÁ ÚTIL PARA ENCONTRARLO.*

–Espera un segundo. Pensaba que sabías dónde estaba. Dime, ahora mismo, dónde está...

NO ME INTERRUMPAS, CACHORRO. POR SUPUESTO QUE SÉ DÓNDE ESTÁ... PERO SI HESHA DESCUBRE TODOS LOS PODERES DE LAS PIEDRAS, PODRÁ UTILIZARLAS EN CUALQUIER MOMENTO. ¿POR QUÉ DEBERÍA ENCARGARME DE DARLE CAZA SI TÚ PUEDES HACERLO IGUAL DE BIEN TENIENDO EN TUS MANOS LA HERRAMIENTA ADECUADA? ES MÁS, NO TENGO NINGÚN DESEO NI TAMPOCO DISPONGO DEL TIEMPO NECESARIO PARA LLEVAR, DE LA MANO, A UN DEMONIO HASTA UNA SERPIENTE. TENGO MÁS ASUNTOS DE LOS QUE OCUPARME, PERRO.

El vello de la espalda de Khalil se erizó, pero consiguió guardar silencio.

VAS A PREGUNTARLE SOBRE SU "VERDADERO AMOR" Y LA AMENAZARÁS PARA AVERIGUAR TODO LO QUE SABE. A CONTINUACIÓN, LE SUGERIRÁS QUE, SI LO INTENTA Y AUNQUE NO SE LO HAYAN DICHO, PUEDE DESCUBRIR EL PARADERO DE HESHA. CONSIGUE ESTA INFORMACIÓN Y TE DIRÉ SI ESTÁ MINTIENDO. ADELANTE.

Khalil se arrodilló junto a la muchacha. Sus manos avanzaron a rastras, como una araña, por la cadena, de eslabón a eslabón. Siguió los grilletes hasta sus brazos. La piel de Elizabeth se tensó y se erizó, pero permaneció inmóvil. Los dedos de Khalil llegaron a sus muñecas y acariciaron los pesados brazaletes de metal; cantó dulcemente en su oído, con menos aire que un susurro.

–Dime... ¿Aún estás enamorada de él? ¿Lo adoras? ¿Le quieres con locura? ¿Harías cualquier cosa por él?

Elizabeth apretó los dientes y movió la cabeza. Una lágrima de color rojo oscuro se deslizó por su mejilla. *Su amo llega tarde*, pensó Khalil, *y su infeliz esclava está sola...*

—Pongamos las cartas sobre la mesa, querida. Estoy buscando a Hesha. Si me ayudas, uniré felizmente a dos amantes que han cruzado las estrellas. Si me mientes, si me engañas, si intentas hacer cualquier cosa, te dejaré aquí aguardando el sol. ¿Trato hecho?

—Pero yo no...

—Pero tú sí que lo sabes y podrás ayudarme a encontrarlo, porque lo amas.

Elizabeth abrió los ojos de par en par y, a continuación, su rostro volvió a expresar temor. Su voz tembló.

—¿Qué piensas hacer si lo encuentras?

—Deja que sea yo quien haga las preguntas, querida. No quedan demasiados minutos de noche.

Khalil se llevó la mano a un bolsillo y sacó un sencillo anillo de oro en el que se había engarzado una borrosa piedra verde. Abrió la mano derecha de Elizabeth y depositó en ella la gema.

—Si me dices la verdad, la piedra será cristalina. Si me mientes —le dijo en tono amenazador—, la piedra se volverá negra.

El Ravnos observó atentamente la piedra verde y se preparó para crear una ligera ilusión.

—Hesha te ama, ¿verdad cariño? Incluso yo me di cuenta de eso en Calcuta. Así que... ¿Por qué iba a hacerte algo así?

Elizabeth observó el anillo, pero no dijo nada.

—La mañana será preciosa. ¿Por qué no te dejo aquí para que la disfrutes?

Elizabeth abrió la boca rápidamente... y se mordió el labio con la misma rapidez. Khalil observó la lucha interna que había detrás de sus ojos. Su expresión... ¿qué significaba? Era evidente que no era de miedo, aunque miraba hacia las ventanas con la misma frecuencia y aprensión que él. *Bueno, la luz...* ¿Acaso era orgullo? ¿Por qué? ¿De qué? ¿Acaso estaba intentando ocultar sus sentimientos? No... Khalil sabía que su rostro revelaba demasiadas cosas, aunque él no lograba comprender su lenguaje.

—¡No quería que le siguiera! —gritó finalmente, con

desesperación.

ES CIERTO, confirmó la voz.

Khalil envolvió la piedra en una visión más clara y pálida de sí misma. Elizabeth, observándola, parecía impresionada. El Ravnos, sorprendido al descubrir la sorpresa de la mujer, intentó que no lo advirtiera. Elizabeth continuó hablando.

—Él... tenía algo que hacer en Long Island.

La gema se aclaró un poco más y Elizabeth la miró fijamente, atónita. Khalil se jactó en silencio. Aunque este pequeño detector de mentiras había sido una idea improvisada, era obvio que funcionaba a la perfección.

—No me dijo nada, pero supe que iba a hacer algo peligroso. Por la mirada de sus ojos... Era una mirada desesperada —Liz estaba a punto de llorar—. No quería que fuera solo... pero él no quería que lo acompañara. Yo... perdí el control. Tuvo que reducirme... del mismo modo que te redujo a ti en Calcuta.

VERDAD, dijo el oyente inadvertido. Khalil aclaró un poco más la imagen de la esmeralda pero refunfuñó.

—Yo lo recuerdo de una forma ligeramente distinta.

Elizabeth rió, prácticamente histérica.

—¿Para qué desperdiciar una estaca cuando tienes estas bonitas argollas a mano?

—Sí —el Ravnos estuvo de acuerdo con ella—. Son muy bonitas.

—Se llevó la llave con él —añadió esperanzada.

ES TODO CIERTO. AHORA LIBÉRALA Y BUSCA UN LUGAR SEGURO.

—Y creo que le ha pasado algo terrible... aún no ha regresado y ya no queda tiempo... —tragó saliva con dificultad y movió la barbilla hacia el taller—. Hay herramientas para cortar cerraduras debajo del banco. Las utilizo para abrir cerraduras viejas, pero podrán cortar esto.

Khalil se levantó y se abalanzó hacia la mesa. Miró la cuchilla de acero de mango largo y reflexionó durante unos instantes. A continuación, cogió una lata de café llena de alicates y herramientas de relojería de la estantería superior.

—¿Aceite? —preguntó bruscamente.

—En la estantería superior, en el bote azul. ¡Date prisa!

Se colocó junto a las esposas con sus propias ganzúas y algunas cosas útiles que había recogido de la mesa. En dos minutos, había abierto los grilletes del tobillo izquierdo y la muñeca. Temblando, Elizabeth se liberó de la silla. El Ravnos desenrolló la cadena de la columna y la madera. Le puso una mano en la espalda para que se diera prisa y la empujó hacia el baño, sin quitarle las cadenas de las otras dos extremidades.

Elizabeth avanzó cojeando dolorosamente y Khalil tuvo que ayudarla a recorrer la sala. La pequeña luz del amanecer que empezaba a asomar por el horizonte le picaba y anegaba los ojos; sin embargo, parecía golpearla a ella con más fuerza, y se alegró de que sus primeras noches hubieran quedado atrás hacía mucho tiempo. Cerró la puerta de golpe y pasó la llave. Con una puerta entre él y la mañana se sintió un poco mejor. Liz buscó a tientas el interruptor, pero Khalil se puso delante de ella y lo apagó con brusquedad. Cogió rápidamente una toalla y la embutió frenéticamente bajo la puerta. La cegadora banda de luz del día se estaba haciendo más brillante y su piel ardía. La mujer se movió a sus espaldas y depositó una toalla grande en sus manos. La colocó a empujones en la grieta y tendió la mano para que le pasara más. Una toalla de mano, una camiseta, la alfombrilla y la cortina de la ducha... juntos, Khalil y Elizabeth destrozaron la habitación y construyeron una barricada contra el sol. Les llevó treinta segundos que pasaron tan lentamente como treinta horas. Más tarde, en la oscuridad, Khalil puso las manos sobre los brazos de Elizabeth y la llevó hacia el suelo.

Khalil se quitó la chaqueta y la enrolló a modo de almohada. Sin decir ninguna palabra, la depositó bajo la cabeza de la muchacha. Estiró el cuerpo de su nueva compañera bajo el lavamanos y alrededor de la peana de las toallas, intentado que estuviera lo más cómoda posible. Acabó de quitarle los grilletes. Esperó... luchando contra la necesidad de tumbarse tal y como estaba... hasta que los ojos de la mujer se hubieran cerrado y su rostro se relajara en el sueño diurno.

Entonces, Khalil pasó las cadenas por las desnudas tuberías, bajo el lavamanos y volvió a atar con ellas una mano y un pie de Elizabeth. Se tambaleó y cayó dentro de la bañera. La inconsciencia

se adueñó de él.

SÁBADO, 31 DE JULIO DE 1999, 9:27 PM

CATEDRAL DE SAN JUAN EL DIVINO, CIUDAD DE NUEVA YORK

Khalil Ravana se detuvo unos instantes en el sendero al que le había conducido su amo. Desde la esquina de la calle que había enfrente de la inmensa silueta de una iglesia, examinó los alrededores con precaución. Algunos focos iluminaban los muros de piedra tallada y proyectaban largas sombras de tonalidades negras por todas partes. El Ravnos podía sentir que sus pies le apremiaban hacia el lugar más oscuro, intrincado e indescifrable que había a la vista, y la breve pausa que había hecho en su camino se alargó hasta convertirse en una verdadera parada.

De forma instintiva se frotó la incipiente barba del mentón, se acarició la barba y el bigote y miró hacia abajo para verse a sí mismo. Inmediatamente se sintió un poco mejor. Había cambiado el rasposo traje por un atuendo más de su gusto. Llevaba una suave camisa de seda de color vino, con amplias solapas y las mangas dobladas; había dejado los botones desabrochados para mostrar su estómago musculoso y el vello negro y rizado de su pecho. Además, vestía unos pantalones militares; siempre los había despreciado por su falta de color e imaginación, pero eso había cambiado en América. Ahora los llevaba siguiendo el estilo que había visto y envidiado cuando salió de Chicago: sin cinturón y casi en las caderas, para que dejaran ver una brillante y bella banda de seda: unos elegantes bóxers estampados de raso, que también llevaba bastante bajos, como los pantalones. Una corta cadena redonda de oro decoraba su cuello, y el borroso anillo de esmeralda se mecía en una tira de cuero negro más larga. Los zapatos eran baratos... ante del más barato, con delgadas suelas de goma, pero silenciosos; y, como los llevaba sin calcetines, se sentía

casi tan cómodo como si fuera descalzo. El conjunto (pensó sonriendo) lo había comprado con el dinero que había conseguido al empeñar las joyas de la chiquilla de Hesha. Khalil se chupó un dedo, se echó hacia atrás el cabello y avanzó por la calle, dirigiéndose al cementerio de la iglesia.

–Háblame –murmuró en el cruce–. ¿Qué estoy haciendo?

ANOCHÉ, EL OJO CAMBIÓ DE MANOS EN ESTE LUGAR.

Khalil entrecerró los ojos.

–¿Hesha fue detenido... en este lugar?

Sí.

El joven Ravnos se mordió el pulgar, receloso. No dijo nada, pero decidió hacerse con un plano de la ciudad lo antes posible. Esta catedral parecía encontrarse a una distancia considerable de Long Island. Quizá Hesha había recorrido un largo camino la pasada noche. Quizá el viejo bastardo no sabía tanto como hacía creer... Khalil tocó el anillo que colgaba de su cuello, mientras seguía haciéndose preguntas.

Surgieron más dudas, como las llagas. ¿Por qué, si suponía que Elizabeth era tan útil, la voz había insistido en que la dejara atrás aquella noche? Khalil odiaba abandonar su escondite (en el que ahora su mente incluía a la chica) y dejarlo sin protección. ¿Qué sucedería si Hesha regresaba para recoger sus cenizas? ¿Y si uno de sus hombres había pasado la noche aguardando en las cercanías... En Calcuta, el Setita había estado rodeado por grandes bandas de acólitos... ¿Acaso no podía suceder lo mismo en Nueva York? Un escalofrío recorrió la espalda del Ravnos. Thompson... o peor aún, el Áspid, podían haber entrado en el apartamento mientras él dormía. Este pensamiento le impidió seguir caminando.

MUÉVETE. Khalil tenía el estómago revuelto. Lo ignoró.

Tenía que buscar otra fuente de información. La confianza que tenía en aquella cosa que se llamaba a sí misma amo le resultaba intolerable.

VENGA, RATA MUGRIENTA. La voz lo espoleó como a un caballo. Khalil decidió quedarse quieto un poco más, aunque sólo fuera para ver si podía. Entonces, se unió un látigo a las espuelas... dolor en viejas heridas. El siervo se estremeció ligeramente ante el

ataque, pero logró resistir. Sonrió. Aunque el alcance de esa vieja cosa hubiera dado la vuelta al mundo desde Calcuta, la distancia había debilitado sus poderes. Khalil, profundamente satisfecho, permitió que la fuerza le siguiera dirigiendo.

Cuando llegó a la esquina contraria, parpadeó y frunció el ceño. A lo lejos veía una tenue luz que no podía proceder de ninguna farola mundana ni de ningún reflejo. La curiosidad le llevó hasta ella, de forma circunspecta y tortuosa... de hecho, la flanqueó. Una estrecha cinta de resplandor azul pálido y borroso se alejaba, formando un arco, de un callejón situado a dos o tres edificios de la otra calle, que iba de norte a sur y limitaba con el complejo de la catedral. El arco continuaba sobre un edificio bajo y desaparecía tras una valla.

–¿Estás poniendo tú eso o realmente está allí? –preguntó Khalil a su amo.

TU FALTA DE LUCIDEZ Y DE EXPRESIÓN ME SORPRENDE. SUPONGO QUE TE REFIERES AL RESIDUO EMITIDO POR EL OJO, NO AL CIELO, AL SUELO NI A NINGUNA OTRA DE LAS MIL COSAS QUE HAY EN LOS ALREDEDORES.

–El resplandor azul –dijo Khalil, apretando con fuerza los dientes.

ESTÁ ALLÍ. SIMPLEMENTE TE HE PERMITIDO VERLO. DE HECHO, SIN MI AYUDA, SÓLO UNOS OJOS EXCEPCIONALES LOGRARÍAN VERLO.

Khalil avanzó por los alrededores del recinto sagrado. Pasó bajo el arco de luz azulada y lo sometió al rápido escrutinio que realizaba sobre todo aquello que le ofrecía el miembro de su clan. Sólo tenía unos centímetros de ancho y profundidad. Describía un camino retorcido y errático a través de la noche y, desde cierta distancia, parecía totalmente liso. Tocó la estela con la mano y sintió un ligero escalofrío. Un ojo que mirara a través de la luz no vería nada más que la calle y la ciudad, pero al mirar a lo largo de la hebra se tenía una idea más clara del color del fenómeno: era una especie de azul venoso, el matiz de la piel anegada o de los labios de un hombre muerto, pero bastante más pálido. El Ravnos lo aceptó como real (con ciertas reservas) y caminó hacia el otro lado de la zona cercada para ver si el Ojo había vuelto a salir.

Para los ojos ignorantes de Khalil, había una cruz entre un jardín y una chatarrería. Aquella luz azul muerte descendía, ascendía, iba a un lado, al otro y por los setos y las flores, siguiendo un sendero totalmente imposible. En un lugar, el fuego fatuo se zambullía bajo el césped suave y continuo; en otro, el Ravnos pudo ver dos arcos que estaban unidos, probablemente en el punto en el que había aterrizado y despegado de nuevo la persona que llevaba el Ojo, a cuatro metros del suelo.

—No sabía que las serpientes pudieran volar —comentó misteriosamente, y decidió seguir el enigma hasta el final.

* * *

Una muchacha, muerta, sola y vigilante le observaba desde debajo de un espeso seto de tejo. Se había precipitado a su oscura sombra y había escondido sus pálidas manos y su rostro entre las hojas, en el mismo instante en que advirtió al extraño. Durante unos segundos, abrigó la esperanza de que fuera un ciudadano normal de la ciudad... de que, si quisiera, podría deslizarse por el jardín sin más problema que el de evitar las luces que habían dejado los vándalos.

La certidumbre de que no era inofensivo ni humano y de que no estaba en ese lugar por casualidad se fue reforzando con cada paso que daba. Podía ver bastante bien la luz espectral que brillaba en el aire (y sabía que él también la veía y que tenía un interés siniestro y definido en ella). Ya no se atrevía a moverse. Antes de que apareciera, había efectuado un pequeño rastreo, por su cuenta, cerca de aquella desagradable fuente. El aire que había alrededor del lugar era más espeso debido a la masa resplandeciente, y por eso, en esos instantes, el extraño se había detenido a menos de un metro de ella y no la había advertido. Cuando retrocedió para ver el laberinto de luz desde una perspectiva diferente, su tobillo desnudo se detuvo a menos de quince centímetros de su nariz. Olía a tumba, tal y como esperaba. En esos momentos desearía saber si cuando te hundías en la tierra hacías ruido o no, y si una vez en el suelo podrían desenterrar tu cuerpo, clavarle una estaca o quemarlo. Desearía saber cuánto tiempo duraría aquella estela en el aire... la niebla que no era niebla, al

menos en esta ola de calor. Si empezaba a desvanecerse, tendría que salir de su escondite. No importaba quién fuera el extraño ni qué estaba haciendo. No podía dejar que desapareciera su única pista.

¿Y si él es una pista?, se preguntó.

El extraño se detuvo sobre un punto más brillante. Desde allí, el resplandor ascendía (*Hasta la altura de un hombre*, pensó la mujer bajo los arbustos) y trazaba una sencilla línea recta dirigiéndose de nuevo a la calle...

Y desaparecía por completo antes de llegar a la acera. El extraño observó el resplandor durante algo más de un minuto y a continuación levantó los brazos, airado y furioso. Dijo algo y la muchacha le dedicó toda su atención, intentando entender sus palabras.

–¿Qué d-d-diablos está p-p-pasando? –dijo Khalil, tartamudeando de pura rabia... a punto rebasar el límite de su cordura.

HA SIDO APRESADO Y ESCONDIDO DE FORMA SUMAMENTE INTELIGENTE.

–¿Qué? ¿Incluso de ti?

La presencia asomó, larga y amenazadora, en la mente de Khalil. Se acobardó inconscientemente.

POR SUPUESTO QUE NO. ES MÍO. PUEDO VER DÓNDE ESTÁ. SIMPLEMENTE NO SÉ DÓNDE ESTÁ. Tras los lúgubres tonos, el joven Ravnos sintió algo inesperado: admiración. ***TAMPOCO HAY NADA EN SUS ALREDEDORES QUE ME PUEDA DECIR EL LUGAR EN EL QUE SE ENCUENTRA. SEA QUIEN SEA, HA SIDO MUY ASTUTO.***

–¿Y entonces por qué me has hecho seguir ese puto neón hasta el final? ¿Por qué diablos no has podido encontrar ni una sola pista de sangre?

NO ME LO HAS PEDIDO, dijo la voz, enojada.

Las manos de Khalil empezaron a temblar. Haciendo un esfuerzo supremo por controlarse, preguntó:

–¿Quién ha sido? En este lugar ha habido una pelea. Dijiste que había cambiado de manos. Por lo tanto... –respiró para no quedarse sin aliento–, Hesha ya no lo tiene. Así que, ¿quién tiene el Ojo...?

Sólo el débil énfasis de su siguiente palabra puso en evidencia la

frustración que sentía:

–¿...Ahora?

LEOPOLD.

–Leopold.

EL TOREADOR A QUIEN HESHA Y SU FAMILIA

ARREBATARON EL OJO. La voz se detuvo y adoptó un nuevo registro. *VIGILA TUS ESPALDAS.*

La mente de Khalil sólo tardó una fracción de segundo en cambiar de tema... Se giró rápidamente, consciente de que el enemigo podría haber aprovechado esos instantes de demora para atacar. Sin embargo, tuvo tiempo suficiente para recuperar el equilibrio, observar a la figura solitaria que se alzaba ante él y estudiarla sin recibir ningún ataque.

Ella lo esperó. Había bajado los brazos, aunque sus garras estaban extendidas. Sus ojos le miraban fijamente, pero era obvio que sus oídos estaban por todas partes: los tensos tendones de su cuello temblaban y movía la cabeza para percibir incluso el sonido más débil. Aunque estaba bastante tranquila, su postura era extraña, casual. Sus pies formaban un ángulo recto entre sí, como los de un bailarín, un marinero o un boxeador. A diferencia del artista marcial (muerto hacía tiempo) al que le recordaron sus movimientos, ella decidió alzarse sobre los dedos de los pies. De hecho, había cargado todo su peso sobre la puntera, y Khalil se preguntó cómo podía seguir con los tobillos doblados y cómo era posible que éstos aún fueran útiles. Era extraño: sentía la necesidad de luchar, aunque raramente se quedara a hacerlo. Sin embargo, llegó a la conclusión de que, por muy buena que fuera por naturaleza, no había recibido ningún tipo de adiestramiento. Se sintió un poco (sólo un poco) mejor.

La luz estaba en su contra; sabía que ella podía verlo con más claridad. Además, si lograba cambiar ligeramente de posición, podía comprobar si a sus espaldas había algún lugar mejor por donde escapar. Avanzó en el sentido contrario a las agujas del reloj y se alegró al ver que ella hacía lo mismo. De nuevo, se movió ligeramente hacia la derecha y la chica mantuvo la distancia. Un paso más y ella estaría delante del resplandor de un pequeño foco que iluminaba una estatua de color oxidado.

La muchacha estaba sucia. Vestía una ceñida camiseta sin mangas y unos téjanos que no eran de gran ayuda para su figura (excepto, quizá, para permitir que se moviera). Hojas secas, espinas y agujas de pino colgaban de su ropa y se pegaban en su rizado cabello de color negro azabache, que llevaba atado en una cola. Su rostro era... oscuro, con líneas sombrías. Había algo en él. Khalil la obligó a completar el círculo rápidamente para que estuviera ante el resplandor del foco. Éste la iluminó desde abajo y proyectó sombras macabras sobre su rostro. Una cicatriz... no, una herida abierta, apareció en la curva de su mejilla. Entonces, la luz iluminó, con todo detalle, las afiladas puntas de sus orejas inhumanas.

Una Gangrel, pensó Khalil. ¡Qué mala suerte la suya! *Visito la ciudad más grande del mundo y prácticamente la primera sanguijuela con la que tropiezo es una amante de la selva.* Entre su clan y el de ella hervía la contienda más antigua y fiera que habían provocado los Rom: un altercado que nunca, en toda su muerte, había logrado entender. Sin duda alguna, los cíngaros habían extendido esa contienda por el nuevo mundo. De todas formas, a simple vista, ella no podía saber que él era un Ravnos. ¿O acaso podía? Empezó a lamentar su cambio de vestimenta. ¿De qué sirve vestirse para impresionar a tus primos cuando no estás seguro de si tienes alguno, ni tampoco sabes cómo encontrarlos en esta ciudad, si es que realmente hay alguno? *Mierda.*

El Ravnos se dio cuenta de que había llegado al lugar que antes ocupaba su presa. Había mantenido la mirada fija en ella. Justo a sus espaldas había una ruta de escape rápida y sencilla. Ahora podría retroceder, dando a entender que tenía miedo de ella... dar la vuelta confiadamente y alejarse, esperando que la amnistía durara, o podía obligarla a luchar en el momento que él decidiera... También podía girarse y lanzarse sobre ella. Miró de nuevo sus pies deformes. Probablemente podría correr más rápido que él. Khalil abrió la boca. Generalmente, el diálogo era su mejor arma.

Pero la Gangrel se le adelantó con la misma idea.

—Puedes ver la estela —dijo la mujer salvaje con un tono tajante, apremiante y muy joven. Continuó insistiendo—. La estabas siguiendo.

—¿De verdad? —Khalil forzó todo lo que pudo el acento de la

BBC en su voz. Falso inglés británico, falso Brahmán, falso babuino... cualquier cosa excepto el acento golfo de un Rom—. ¿Qué estela?

—Te he estado observando todo el rato. También te he oído

—añadió con tono acusador—. Dime. ¿Quién diablos es Hesha?

—¿Disculpa?

—Dijiste que Hesha tenía el... que lo tenía. Después preguntaste quién lo tenía ahora. Y te respondiste a ti mismo un segundo después: Leopold —la Gangrel dio un paso en dirección a Khalil y éste retrocedió tan discretamente como pudo—. De modo que, ¿quién es Hesha?

¿Quién es Leopold?

Khalil se humedeció los labios.

—Eso depende de quién lo pregunte, ¿no? —los infiernos sabían que tenía razón.

—Ramona —respondió la muchacha frunciendo el ceño.

La tensión se relajó ligeramente y fue reemplazada por un sombrío orgullo.

—Ramona chiquilla de Tanner —vaciló como si fuera a añadir algo más, aunque finalmente cerró los labios con decisión.

—Hesha es un Setita, señorita chiquilla de Tanner —el rostro de la mujer no se alteró. Khalil continuó hablando, con aire meditabundo: — ¿Sabes qué es un Setita?

—No es un Toreador —aunque la frase era, indudablemente, una afirmación, su tono sugería una imperceptible pregunta.

—No —respondió, acariciándose el bigote. *¿Y por qué pensabas que lo era?*, se preguntó a sí mismo—. Tienes bastante razón.

Dijo esto en voz alta, ignorando la duda que transmitía la voz de la mujer y sonriendo como si ésta hubiera dicho algo ligeramente gracioso.

El cuerpo de la Gangrel se relajó un poco más.

—Estoy buscando a un Toreador. Tenía el... lo tenía la última vez que los vi.

Khalil la miró de arriba abajo y decidió explicarle una pequeña verdad.

—El nombre de tu Toreador es Leopold.

Las orejas de Ramona se irguieron y entrecerró los ojos.

—¿Cómo cojones lo sabes? —espetó.

–También yo lo estoy buscando –respondió el Ravnos alegremente, cambiando el rumbo de la conversación–. He venido desde la India para buscar a ese Toreador y destruirlo... con las manos desnudas, si es necesario.

Oyó una risita ahogada en la parte posterior de su cabeza; la ignoró.

–Gozo de cierta reputación –bajó la mirada con modestia– como cazador de diablos y asesino de lupinos en las ciudades de mi patria.

La reacción de la muchacha le cogió desprevenido. Profirió una carcajada alarmante, como un ladrido.

–¿Tú? ¿Solo?

ESTÚPIDO MENTIROSO. PUEDE VER LA ESTELA; TIENE LA MARCA DEL OJO EN ELLA. SABE MUCHO MEJOR QUE TÚ LO QUE ES CAPAZ DE HACER.

Khalil ocultó la amarga reacción tras sus ojos negros y sonrió sabiamente a la muchacha.

–Por supuesto que no –dio un paso hacia ella, confiadamente, intentando demostrarle que ya no había posibilidad alguna de pelear. Pareció funcionar–. No soy estúpido (*si tu lo dices, viejo bastardo*), pero tenía que ponerte a prueba. Tu herida... –Levantó la mano, aún a diversos metros de su rostro, e indicó el profundo corte–. ¿Puedo echarle un vistazo?

–Puedes verla perfectamente desde donde estás –respondió Ramona.

–Es una prueba de que has estado cerca del Ojo –se detuvo–. Y has sobrevivido. Y puede que yo conozca la forma de curarla...

QUE CONOCES LA FORMA. ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO, CHAVAL?

El rostro de Ramona se crispó de dolor, pero se acercó y permitió que observara su herida. Él levantó las manos, con las garras retraídas, y tocó su piel justo por encima y por debajo de la herida.

–Lo siento –dijo cuando ella se echó hacia atrás. De forma bastante natural, puso una mano en su cuello para que no se moviera.

–¿Eres americana? –preguntó, para darle conversación.

–Sí.

–¿De Nueva York? –Khalil seguía con los ojos fijos en la mejilla. La inclinó ligeramente para tener más luz.

–No –respondió Ramona rápidamente. A continuación, más lentamente, añadió–: De California. Eso fue... antes de toda esta mierda. Llevo viviendo aquí un año, creo.

–Entonces, ¿conoces bien la ciudad?

–Por supuesto.

–¿Conoces a los Ravnos de este lugar?

Ella reflexionó unos instantes.

–Por supuesto –respondió confiada–. La banda callejera de Queens.

–Exactamente –dijo Khalil. Alejó sus manos del cuello de la mujer y se sentó a cierta distancia de ella. Ella le siguió, apoyándose en el borde de un tiesto.

–Este Leopold... es cierto que estoy buscándolo. Sé ciertas cosas sobre el Ojo y tengo aliados que podrán ayudarme, pero no conozco la ciudad. Tengo que encontrar a alguien que controle el terreno. Podrías ser tú. Quizá podríamos ayudarnos mutuamente.

Por un minuto, Ramona guardó silencio. Levantó las rodillas y pasó los brazos a su alrededor, mirando atentamente al extraño. Frunció el ceño y bajó los hombros un poco más; su mirada descendió hasta el suelo. Khalil la observaba, fascinado, mientras sus mugrientas manos acariciaban la rígida tela vaquera de sus pantalones y seguían los hilos distraída. Finalmente tomó una determinación (apretó con fuerza la mandíbula y sus manos se convirtieron en puños), volvió a mirarlo y él le devolvió la mirada, con una honradez vehemente.

–Será necesario algo más que nosotros dos para detener a esa cosa.

–Lo sé –respondió Khalil–. Lo sé. Pero alguien tiene que hacerlo.

Ramona se levantó y se aproximó un poco más a su nuevo amigo.

–¿Cómo te llamas? –preguntó.

–Khalil.

La Gangrel asintió, como si aprobara su nombre, y se estiró cuidadosamente. *Igual que un gato que ha accedido a adoptarte,*

pensó el Ravnos, *o el gesto de alguien que piensa que ha hecho un buen negocio, o el de una mujer dispuesta a llevarte a su casa... aún vigilante, pero aún mía...* Pensó en su vuelta a la ciudad, en Elizabeth encadenada a las tuberías... Observó a Ramona, que seguía mirando la estela del aire... Miró más allá, a la ciudad, y se repitió para sí mismo: *Mía*.

Y la voz, demasiado bajo para que Khalil pudiera oírla, también murmuró:

MÍA.

8

DOMINGO, 1 DE AGOSTO DE 1999, 9:39 PM

FULTON MALL, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Khalil Ravana contempló con amor la diminuta pantalla del ordenador. Su brillante rostro verde le preguntó, educadamente, si le importaba (pues éste no era su propio banco) que añadiera un recargo adicional de un dólar y cincuenta centavos a su reintegro. Khalil apretó el brillante botón plateado para decir "No" y la máquina respondió: "Por favor, recoja su dinero". El Ravnos sonrió y lo hizo. "Por favor, coja el recibo". El Ravnos retiró el pequeño bucle de papel y leyó, con placer, los números que había impresos en él. "No olvide su tarjeta". El Ravnos la recogió de la ranura en cuanto asomó. "Gracias por acudir a nosotros, Elizabeth Dimitros. Vuelva cuando quiera".

—Gracias —respondió Khalil alegremente—. Lo haré. *Liz es una chica precavida. No guarda el número secreto de su tarjeta en la cartera, como mi amigo el músico... pero lo archiva en el apartado de Comprobación de sus registros...* Sonrió burlón y se alejó por la acera.

—Ahora, dime... Estoy seguro de que esa zorra Gangrel va a preguntarme a qué hora se reúne conmigo mañana... ¿Cómo puedo curar la herida del Ojo?

NO ESTOY DE ACUERDO CON QUE COOPERES CON ESA

CHICA. SE PONDRÁ EN TU CONTRA, COMO EL RESTO DE SU CLAN.

–Bueno, yo no lo tengo tan claro. No sabe nada de mí ni de la contienda y, creo que ni siquiera sabe nada de su propia gente. De modo que lo haremos a mi manera. ¿De acuerdo?

Silencio.

–¿Sí?

SUPONGO QUE SERÁ ÚTIL QUE PRACTIQUES EL MÉTODO SOBRE OTRA PERSONA. INCLUSO PUEDE QUE ASÍ CONSIGAS EL VALOR NECESARIO PARA UTILIZARLO SOBRE TI MISMO EN CASO DE NECESIDAD. Otra pausa. PERO VUELVO A REPETIRTE QUE... NO ESTOY SEGURO DE QUE HAYA VALOR EN TU INTERIOR. SERÍA MEJOR QUE LA CHICA APRENDIERA LA TÉCNICA AL MISMO TIEMPO QUE TÚ, PARA QUE HUBIERA UNA SANADORA DISPONIBLE CUANDO EL...

En este punto, resonó una risa ahogada en el cerebro de Khalil.

...EL GRAN CAZADOR DE DIABLOS Y ASESINO DE LUPINOS LOCALICE AL DUEÑO DEL OJO. BUSCA ALGO DE AZAFRÁN. COMO MÍNIMO, NECESITARÁS UNA RAÍZ ENTERA Y SECA O BASTANTES TROZOS.

–¿Y de dónde la saco?

PIENSA. TIENE QUE HABER MERCADERES DE ESPECIAS EN ESTA CIUDAD. HECHICEROS. HERBOLARIOS. ESO ES PROBLEMA TUYO, CHICO. PREOCÚPATE DE ELLO DESPUÉS. AHORA TIENES OTRO ASUNTO QUE ATENDER. BUSCA UN MEDIO DE TRANSPORTE.

Khalil bajó del bordillo y llamó a un taxi. Un coche amarillo de formas cuadradas se paró rápidamente a su lado y se tambaleó al detenerse. En su interior, sentado sobre un asiento de plástico mugriento, el Rom sintió una punzada de nostalgia. Había una estatua de Ganesha pegada al salpicadero, y del retrovisor colgaban unas sucias y descoloridas flores de seda, atadas muy juntas entre sí, a modo de ofrenda. El nombre del conductor estaba escrito en una pequeña tarjeta: *Sarat Mukherjee*.

DILE A TAXISTA QUE VAYA A 2417-B...

Khalil escuchó con media "oreja" la voz mientras el taxista

hablaba, dándole la bienvenida en bengalí.

–¿*Nomoshkar*? –continuó hablando, entusiasmado, en la misma lengua mientras Khalil sonreía y asentía –. ¿Adónde quiere ir?

–Harlem, 2417 –B Oeste, Calle 119.

Mukherjee hizo una mueca.

–No es una parte de la ciudad buena para usted, amigo. Déjeme llevarle junto a mi primo. Tiene un restaurante muy bueno... muy popular, muy exclusivo... pero podré conseguirle una mesa. Su acento parece de Calcuta y él está especializado en la cocina de Calcuta. Como en casa.

–Lo siento. Tengo un compromiso ineludible. Si supiera cuánto tiempo voy a tener que quedarme allí... –dejó la pregunta en el aire, esperando que su amo la respondiera.

–Bueno –dijo el conductor, sacando una tarjeta de la guantera –. Cuando acabe, llame a este número y pida el 758. Estaré trabajando y puede que aún me encuentre en esta zona de la ciudad... probablemente un poco más al sur, si se retrasa demasiado. Querrá salir del barrio sano y salvo, y podré aplicarle otra tarifa... además, puede que el restaurante de mi primo aún esté abierto.

Khalil cogió la tarjeta.

–Gracias. –Respondió, mientras el coche empezaba a moverse. Deslizó el número en el bolsillo de su camisa. Como por casualidad, preguntó: – Hermano, ¿su primo, el cocinero, podría decirme dónde puedo conseguir algo de azafrán seco?

–¿Curry en polvo?

–No, la raíz.

–Mi tío tiene una tienda de alimentación en Queens. Sabrá dónde puede encontrarlo. ¿Quiere que se lo pregunte?

Khalil sonrió y le tendió al hombre un puñado de monedas.

–Si puede abusar de la amabilidad de su primo, lo tomaré como un favor personal, hermano. Le llamaré en cuanto termine.

* * *

El 2417 –B se alzaba a tres pisos y medio de la calle. Una escalera de hierro conducía a una puerta clásica, metálica, que había

sido pintada de color verde pino. Una serie de escalones de cemento conducían, bajo las escaleras, a una entrada de sótano algo deteriorada. Las ventanas del primer piso brillaban suavemente y mostraban adornos y cortinas bien escogidas. Los apartamentos de encima estaban a oscuras.

Khalil subió las escaleras. Al nivel de sus ojos vio un reluciente picaporte en forma de pino; de todas formas, el Ravnos prefirió llamar a la puerta con los nudillos y descubrió que la deteriorada madera era falsa: había sido fabricada con un metal duro, de sonido sólido, que le dejó la mano magullada y escocida.

Las luces de ambos lados de las escaleras se encendieron suavemente. Khalil arrastró los pies bajo su resplandor. A continuación, la puerta se abrió y una mujer sonriente y morena, vestida con un limpio traje gris y una blusa blanca, le condujo al interior de la casa.

–Por favor, sígame, señor –abrió otra puerta (el vestíbulo de color beige estaba repleto de puertas) y lo llevó hasta una pequeña sala de espera–. Haré saber al señor James que ha llegado.

Khalil sonrió para ocultar su inquietud. La mujer (¿la secretaria?) estaba viva, pero podría ser... cualquier persona. Cualquier cosa. Con el mayor de sus encantos, asintió.

–Gracias, ¿señora...?

–Bernadette.

Tras decir esto, se alejó. El Ravnos se sentó en una de las cuatro butacas tapizadas de verde y examinó todo lo que le rodeaba. Los grabados enmarcados que colgaban de las paredes no revelaban nada sobre el gusto o los intereses del propietario. Una televisión y un mando esperaban, sin ser utilizados, en un pequeño armario situado enfrente de su asiento. En el centro de la sala, el *Cosmopolitan* y el *USA Today* de la semana anterior descansaban sobre una mesa oval. En una estantería contigua se esparcían diversas revistas del mes anterior: *New Yorker*, *People*, *Time* y *Life*, arrugadas y ligeramente rotas. Las etiquetas con la dirección habían sido retiradas por completo. Khalil miró a sus pies para observar la moqueta, que tenía un estampado abstracto. Nunca antes había visto una guarida tan carente de personalidad. En la India, como mínimo, podías averiguar

el clan...

–El señor James le espera –dijo Bernadette cuando regresó. Su voz no tenía ningún acento marcado. Khalil se levantó y la siguió; el recibidor le pareció aún más neutro que antes.

–Buenas tardes –dijo un hombre grande que esperaba en pie junto a otra puerta lisa y sin marcas. Añadió con cordialidad –: Pase, por favor.

El desafortunado Ravnos se dejó escoltar hasta otro bonito y frío asiento (tapicería azul y salmón, esta vez) y esperó paciente mientras su anfitrión se sentaba en una versión con ruedas de la misma silla. La gran mesa que había entre ellos era de reluciente caoba encerada. Una lámpara de vidrio escarchado ocupaba una esquina de la estancia, esencialmente administrativa. Un perchero de latón ocupaba la otra. Una placa grabada, personalizada y brillante proclamaba que el hombre que había delante de él era Walter James, Doctor en Filosofía. Entre ambos se diseminaban las piezas de un conjunto de escritorio muy elegante, en cuero de color marrón.

El señor James abrió una cartera que llevaba en la mano y miró en su interior, como si intentara refrescar la memoria sobre el caso. Khalil cada vez tenía una impresión más fuerte de que aquel despacho era legal: las estanterías que se alzaban a ambos lados de la mesa parecían vagamente legislativas.

–Bien –dijo el señor James, cerrando y dejando a un lado sus notas –. Me alegro de informarle de que nuestro pequeño encargo ha sido completado con éxito. Confío en que nuestro cliente común esté satisfecho con el trabajo. –A continuación, añadió con franqueza –. Ha sido un caso difícil, supongo que es consciente de ello.

Khalil unió las cejas gravemente e inclinó la cabeza como si fuera totalmente consciente de ello.

–Así es, señor James –dijo, a modo de felicitación, temperada por el *savoir faire*.

–Por favor, llámeme Walter –el hombre parecía honesto, cordial... estaba muerto, por supuesto, de modo que era poco probable que fuera cualquiera de esas dos cosas –. Nuestro cliente común efectuó el pago esta mañana... sin ningún impedimento. Me complace decirle que no puso ningún impedimento. Este hecho permite que le

entreguemos el objeto –sonrió–. Y que podamos decidir los términos de la entrega...

Khalil asintió y levantó una ceja.

–Tengo instrucciones de nuestro cliente. Me ha pedido que le haga algunas preguntas –Walter James hizo una pausa y su sonrisa adoptó un aspecto más clínico– para evitar que haya algún malentendido, tergiversación, interpretación errónea... ya me entiende.

–Por supuesto; cuando quiera –respondió el Ravnos.

–¿Cómo se llama?

Un pánico absoluto invadió a Khalil. Entonces, la voz pronunció *JAREK BHANDARA*. El *shilmulo* lo repitió en voz alta, aliviado de que esas personas desconocieran su verdadero nombre.

Walter James sonrió alentadoramente.

–¿De qué color es el objeto?

ROJO ATARDECER. DI EXACTAMENTE ESO.

Y Khalil lo hizo.

–Ahora, ¿cuál es la palabra, señor Bhandara?

Khalil escuchó. Su boca tembló ligeramente y, entonces, la respuesta de la voz fue pronunciada por su lengua.

–Adulación –*hijo puta*.

–Y la última pregunta...

–No hay cuarta pregunta –le desafió Khalil súbitamente.

–Exacto –comentó Walter James–. Muy bien.

Apretó el botón del intercomunicador.

–¿Bernadette? ¿Puedes traer el paquete del señor Bhandara?

–relajándose en su gran silla, observó a su huésped con satisfacción–. A mis socios y a mí nos gustaría expresar lo mucho que hemos disfrutado trabajando con usted y su... agencia. No ocurre con frecuencia que tengamos el placer de cobrar por adelantado... En la actualidad, algunos de nuestros clientes no tienen ningún tipo de dignidad.

En este punto de la conversación, la gris secretaria hizo acto de presencia. Depositó sobre la mesa, junto a Khalil, un pequeño paquete envuelto en papel marrón. Walter James le dio las gracias con una mirada.

–Supongo que deseará examinarlo, ¿verdad?

AQUÍ NO. QUIERE VER TU REACCIÓN. LEVÁNTATE Y VETE.

Khalil recogió la caja y mantuvo la mirada fija en su interlocutor.

–Gracias, pero no será necesario.

Walter James arqueó las cejas.

–Creo que es usted demasiado confiado.

Una horda de comentarios, ingeniosos y de otro tipo, intentaron llamar la atención de Khalil. Con un esfuerzo enorme, hizo una ligera reverencia y salió lo más rápido que le fue posible. Bernadette le abrió la puerta exterior y él murmuró algo educado e insignificante en respuesta a su alegre "Buenas noches". El Ravnos dejó atrás un edificio, y otro, y otro, hasta que ya no sintió hormigas subiendo por su columna vertebral. Parpadeó, se detuvo y murmuró.

–¿Dónde diablos estaba?

EN LAS OFICINAS DE NEGOCIOS DE LA COFRADÍA LOCAL ASSAMITA. EL PALACIO SAGRADO DE LA MUERTE DE ESTA CIUDAD.

–Assamitas... –Khalil se estremeció.

EN LA INDIA, NO TE PREOCUPÓ DEMASIADO CONTRATAR A AQUELLA MUJER PARA EL ASESINATO DE MICHEL.

–¡Sí, por supuesto que me preocupó! –los ojos del Ravnos estuvieron a punto de saltar de sus cuencas–. Estoy intentando mantener la distancia con esos sangrientos fanáticos. ¿Cómo puedes enviarme a una de las guaridas de esos devoradores sin avisarme?

¿CÓMO IBA A HACERLO? HUBIERAS SIDO TAN TRANSPARENTE COMO EL CRISTAL Y EL DOBLE DE FRÁGIL. DE ESTE MODO, EN TU IGNORANCIA... HAS CONSEGUIDO QUE TENGAN UN GRAN CONCEPTO DE TI. ¿NO TE ALEGRA SABERLO, CHICO?

Khalil buscó la tarjeta del taxista con la mano vacilante.

*DE CAMINO AL RESTAURANTE NAWAB DE BENGALA,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

Por alguna razón que Khalil no pudo determinar (y debido a cierta sensación de inquietud que tampoco lograba entender), el Rom se fue quedando absorto en el dios de cabeza de elefante que colgaba del salpicadero del taxi de su nuevo aliado. Sarat Mukherjee charlaba sin cesar, hasta que se dio cuenta de que su pasajero ya no le respondía. Khalil Ravana había encontrado un sentido profundo e inoportuno en Ganesha, el dios de plástico que no paraba de brincar.

NO TE ANGUSTIES POR LOS DIOS FALSOS, MUCHACHO. SÓLO DEBES PRESTAR ATENCIÓN AL QUE TE DIO LA VIDA PORQUE QUISO. REPRIME ESTE CAPRICHITO TUYO INMEDIATAMENTE. QUIERO QUE ESE PAQUETE LLEGUE SANO Y SALVO AL APARTAMENTO.

Khalil sacudió la cabeza, pero el zumbido continuó. ¿Qué debía infundirle más miedo? ¿Un dios pequeño o un dios lejano? ¿Un dios de plástico o un dios incorpóreo? Esperó a que la voz respondiera, le espoleara o se riera, pero no sucedió nada de eso. Puede que se encontrara demasiado lejos y que fuera lo bastante incorpóreo. A lo mejor, Khalil no sería un peón eternamente.

O puede que ese fuera su destino.

Volvió a dirigir la mirada a la imagen del dios hindú. En su visión periférica detectaba el resplandor de las luces de la ciudad entre las altas torres de metal y piedra, y tuvo la sensación de estar persiguiendo a Ganesha por una caverna. *O siguiendo. Siempre siguiendo. Siempre bajo el tacón de otro.*

Puede que fuera inevitable que Khalil encontrara un poco de consuelo en aquel dios hindú, en el hinduismo. Era evidente que no lo encontró como mortal, pero entonces suponía que era extraño que las personas a las que se les había asignado el escalón inferior de la vida aclamaran las decisiones y decretos de aquellos que les obligaron a ocupar ese lugar. *A los jodidos filósofos que se encuentran en la cima les resulta muy sencillo sentarse en corro durante todo el día, iluminándose, pues disponen de los medios necesarios para decidir que el resto de la humanidad debe hacer su trabajo.*

Khalil suspiró profundamente y se hundió en su asiento. Por supuesto, si hubiera creído, si hubiera sido hindú, no se habría sentido demasiado bien cuando recibió el Abrazo. Y no porque el mundo fuera diferente en su superficie ni porque el sistema de castas también hubiera persistido en ese lugar, sino porque su ciclo vital se hubiera roto. Tenía la impresión de que, cuando los Brahmanes hablaban de *moksha*, de liberarse del encierro de la reencarnación, no estaban pensando en vampiros imperecederos.

O puede que así fuera, y que los Brahmanes estuvieran pensando justamente en eso.

–¡Mierda! –murmuró Khalil en voz alta y en bengalí.

El conductor miró por el retrovisor inquieto, pero no dijo nada.

SÍ, YO ERA UN BRAHMÁN, Y SIENTO UNA ENORME VERGÜENZA AL TENER QUE REBAJARME A UTILIZAR UN TROZO DE BASURA COMO TÚ. PERO AHORA INTENTA CONTROLARTE. LO ÚNICO QUE ESTÁS CONSIGUIENDO ES ASUSTAR A TU AMIGO Y, POR LO TANTO, PONER EN PELIGRO MI POSESIÓN.

Khalil se preguntó si la "posesión" en cuestión era él o el paquete. Por supuesto, si la voz de su cabeza era realmente la de un brahmán, no se trataba realmente de una pregunta. La única diferencia que había entre su cuerpo inerte y el contenido de la caja era que había pagado un precio mucho más elevado por esto último.

Sin embargo, como Khalil había logrado sobrevivir a los años que pasó en la rígida sociedad de la India gracias a su habilidad de dejar a un lado los pensamientos amargos y centrarse en la necesidad del momento, decidió esbozar una sonrisa para tranquilizar al taxista y volvió a adoptar su fingido aspecto de confianza.

–Hábleme, amigo mío, del curry de su primo –dijo Khalil, con falso y confiado placer.

Sarat sonrió y le respondió en bengalí.

–Es demasiado delicado para describirlo... o demasiado picante para probarlo –rió–. Es como usted prefiera, pero sea como sea, será el mejor que haya probado en su vida.

Khalil frunció el ceño.

–¡Ah! Pero esa es la razón por la que se lo pregunto. Y por la que maldigo. He tomado demasiada comida americana

espeluznante... pensaba que había conseguido librarme de las náuseas, pero creo que mi estómago no va a poder soportar digerir una comida de verdad, acompañada de una bebida de verdad. Pero, amigo mío, realmente deseo conocer a su primo y ver su restaurante. Además, puede que tenga raíz de azafrán. El azafrán es un gran purgante para el cuerpo, ¿verdad?

Sarat dejó de mirar por el retrovisor, giró la cabeza y observó con inquietud a su pasajero, a pesar del denso tráfico.

—Estoy seguro de que mi tío habrá enviado una raíz de azafrán al restaurante. Jamás permitiría que uno de nuestros hermanos sufriera, encontrándose tan lejos de casa.

Khalil estaba radiante.

—¡Qué buenas noticias, amigo! Me ha brindado un gran recibimiento.

Khalil continuó charlando con el taxista, balbuciendo frases superficiales y ocultando sus pensamientos más profundos. Sí, había estado en Calcuta durante la tormenta. Sí, era hijo de esa ciudad. No, no era hindú. Sí, era la primera vez que viajaba a América. La conversación no era tan importante como su resultado, que era el de ganarse la confianza de aquel hombre. Para él, disponer de un refugio adecuado en Nueva York era una necesidad. Khalil necesitaba personas en las que confiar y otro lugar, aparte de su apartamento, al que poder huir si surgían problemas. Este alegre paisano, con sus parientes y su vehículo, era un buen lugar por donde empezar.

Estaba tan preocupado que no advirtió el recelo de los ojos de Sarat ni la cordialidad que había en la conducta del taxista, que era tan falsa como la de Khalil.

Unos minutos después, la ociosa conversación y las reflexiones de Khalil acabaron, pues el taxi redujo de velocidad, se detuvo y tocó dos veces el claxon.

—¿Qué pasa? —Khalil se sobresaltó y miró a su alrededor, buscando el obstáculo.

—Estamos en el Nawab, el restaurante de mi primo, amigo mío

—Sarat sonrió de modo tranquilizador mientras abría su puerta y salía.

Entonces, Khalil advirtió que habían aparcado en un lugar reservado, enfrente de un restaurante decorado con muy buen gusto y

elegancia. Sin embargo, algo había logrado colarse en su atareado programa y le obligaba a estar alerta.

–¿Siempre pitas de esa forma?

Sarat sonrió un poco más e indicó a Khalil que le siguiera.

–Así abrirán la puerta. Mi primo cierra a las once de la noche, aunque la verdad es que los sábados podría atraer al tráfico de la salida del teatro. Además, así saben qué quiero comer: dos pitidos significa que quiero el especial.

Khalil no estaba satisfecho, pero lo ocultó con amabilidad.

–¿Y un bocinazo?

–Lo de siempre –Sarat rió mientras se daba palmaditas en el estómago.

Khalil caminó hacia la puerta. Un niño, de aproximadamente ocho años había quitado el cerrojo y abierto la puerta desde el interior. Sarat, que se encontraba detrás de Khalil, habló con el muchacho.

–Chico, date prisa y limpia esas mesas. Limpia también la mía esta noche. Tenemos un invitado que no debe sentarse en una mesa sucia.

El niño se alejó corriendo y Khalil entró mientras Sarat sujetaba la puerta y la cerraba tras él.

–Pero qué maleducado que soy. Usted tiene el estómago revuelto, así que no debe tener ganas de sentarse a la mesa. ¿Tendría la amabilidad de acompañarme hasta mi casa? Está en el tercer piso, sobre nosotros.

Khalil no respondió inmediatamente; en vez de ello, permaneció alerta mientras entraba. Había algo que no le acababa de gustar. Sentía un picor en la cabeza, aunque últimamente siempre parecía sentirlo, desde que tenía la voz de su amo estaba en su interior.

EN ESTE LUGAR HAY OTRO DE NUESTRO CLAN.

–Perfecto –respondió Khalil, tanto a Sarat como a la voz de Calcuta.

Khalil analizó rápidamente su posición, buscando alguna trampa. Sarat se encontraba a sus espaldas y parecía bastante mortal. No había el menor olor de sangre de Vástago que le estuviera convirtiendo en ghoul, aunque en ocasiones eso era muy difícil de detectar. Quizá resultaba demasiado fácil cometer un error.

Por otra parte, quizá la locura de Calcuta había acabado. La ardiente e incitante sed de sangre de su raza había remitido desde que llegó a América, pero podía ser que eso cambiara en cuanto viera al miembro de su clan. Sin embargo, en aquellos instantes no sentía ninguna seducción especial.

Considerando aún sus opciones, Khalil fingió debilidad y avanzó hasta la pared para apoyar ligeramente la cabeza. A su izquierda, el recibidor le permitía ver dos mesas, totalmente limpias, que se encontraban junto a la ventana. A su derecha había una estatua de metro y medio de Devi, pero no con su temible aspecto de Kali, el dios de diversos brazos, sino con el de Lakshmi, la diosa de la riqueza. Khalil se sintió un poco mejor. *Es un buen presagio para una mala situación*, pensó. Le resultaría más sencillo trabajar con aquellos que adoraban las ganancias que con aquellos que veneraban la destrucción.

Sarat se acercó un poco más a él, observando atentamente su rostro. ¿Lo hacía para ser solícito o para bloquear la salida? ¿Cuánto sabía, exactamente ese taxista mortal?

EL OTRO ES GHOSE. TENGO ENTENDIDO QUE ES BASTANTE ESTÚPIDO, PERO NO QUIERO QUE ÉL CONSIDERE QUE TÚ TAMBIÉN LO ERES... AUNQUE NO ES DEMASIADO VIEJO, ES MAYOR QUE TÚ Y, POR LO TANTO, MÁS FUERTE.

Sarat puso un brazo, compasivo, sobre el hombro de Khalil.

—Quizá el olor a comida no le sienta bien...

Khalil se giró rápidamente, agarró el antebrazo del hombre y lo retorció tras su espalda. Ahora era la frente de Sarat la que estaba apoyada contra la pared.

—Qué...

De puntillas, Khalil siseó al oído de Sarat.

—¡Silencio! ¿Qué es lo que pretendes hacer conmigo en este lugar? —empujó a Sarat contra la pared para hacer hincapié en el peligro al que se estaba enfrentando—. Y no intentes engañarme, amigo mío, porque sé quién está aquí esperándome. Puede que incluso esté mirándonos en estos momentos.

Sarat parecía confuso.

—¿Quién? ¿Qué? Yo no...

–Tu amo está cerca. ¿Dónde está Ghose? –insistió Khalil en voz baja, empujando con más fuerza a Sarat contra la pared.

–No sirve de nada susurrar, hermano –dijo una voz armoniosa que se encontraba tan cerca de él que se sintió terriblemente incómodo. Khalil apartó a Sarat de forma convulsa. El mortal se alejó hasta el vestíbulo tambaleándose y se encaminó hacia la puerta. Khalil pensó en abalanzarse sobre él, pero se detuvo cuando la estatua de Lakshmi que había cerca de la entrada empezó a perder su color dorado y se alzó.

El otro Ravnos era un hombre alto y esbelto. Aunque tenía la piel más clara que Khalil, no había ninguna duda de que era hindú. Vestía ropa holgada de algodón, tan nueva que Khalil aún podía oler el tinte, incluso a diversos metros de distancia. Calzaba unas sencillas sandalias de cuero y su cabello negro era tan corto que hacía que su redondo rostro pareciera esférico. Estaba de pie, con las manos abiertas y las palmas mirando a Khalil. Parpadeó lentamente, con sus largas y densas pestañas.

–¿Tienes algún deseo excepcional de asesinarme?

Khalil, reuniendo algo de compostura, vaciló.

–Me parece que no. ¿Si pensaras que iba a tenerlo, me hubieras dejado venir? ¿Por qué me has traído a este lugar?

Ghose sonrió secamente.

–En parte, sentía curiosidad por saber cómo iba a reaccionar yo. Me complace decir que creo que la locura ha terminado.

–Buenas noticias –respondió Khalil–. Debo admitir que no se me había pasado por la cabeza que pudiera encontrarme con uno de los nuestros aquí; si no, tu siervo no me hubiera cogido tan desprevenido.

–Soy Ghose. Me parece que ya lo sabías, pero dejaré que me expliques más tarde cómo conocías mi nombre. Sarat y los demás son de mi familia. Te los presentaré, pues puede que también formen parte de la tuya. No es fácil vivir en esta inmensa ciudad sin contar con la ayuda de los parientes.

Khalil se preparó para las presentaciones mientras intentaba buscar frenético una explicación inocua que justificara el hecho de que hubiera sobrevivido a su maldición y ahora se encontrara en Nueva

York.

La voz de su interior no se molestó en ayudarlo.

LUNES, 2 DE AGOSTO DE 1999

RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

La mañana siguiente, Khalil y su prisionera Setita sellaron la puerta al día (de forma más segura, con papel de aluminio, plástico negro y diversas capas de cinta adhesiva) y se prepararon para dormir con mucha más comodidad, provistos de almohadas, mantas y alfombrillas. Saboreando su relax tras la tregua que había hecho con Ghose y su banda, el Ravnos colgó su chaqueta de la ducha y se acordó de la caja marrón. La abrió perezosamente y sacó el premio de su interior: un ojo, tallado en piedra del color del crepúsculo, con un iris tan negro como el azabache. La parte posterior del objeto estaba ahuecada, la delantera era suave y los lados habían sido tallados siguiendo un extraño modelo en espiral.

–Hmm –Khalil se pasó la gema entre los dedos (arriba, abajo, arriba, abajo) con una facilidad y fluidez fruto de miles y miles de años de juegos malabares. Medio minuto después, miró a Elizabeth para asegurarse de que estaba observando el espectáculo. Ella le estaba mirando, pero más que admiración o diversión, su expresión reflejaba... *reconocimiento*.

De pronto, la gema se quedó quieta.

–Tú sabes qué es esto –dijo Khalil con demasiado entusiasmo... y se dio cuenta de que también le podría haber dicho que él no lo sabía. Un poco más calmado, intentando recuperarse, añadió –: Ya lo habías visto antes. –Elizabeth lo contempló en silencio–. Simplemente siento curiosidad por saber dónde lo habías visto. Los tipos de quienes lo conseguí no son exactamente de tu tipo, si es que sabes a qué me refiero –Khalil lanzó la piedra al aire con el pulgar y no tuvo que mover

la mano para atraparla. Volvió a lanzar al aire la piedra—. Sé todo tipo de cosas que se pueden hacer con esta pequeña maravilla.

—No, no sabes nada.

La piedra estuvo a punto de caer al suelo.

—¡Serás insolente...! —levantó la mano para golpearla. Liz retrocedió, pero no lo suficiente.

SU SIRE POSEE LA PAREJA DE LA PIEDRA. ¿ACASO CREES SABER MÁS QUE RUHADZE, ILUSO?

La mano de Khalil se estremeció, pero no llegó a dar ningún golpe.

ELLA TAMPOCO LO CREE.

—¿Puedo encontrar el Ojo con esto? —Silencio—. Bueno, creo que será mejor que lo venda.

Khalil meditaba con resentimiento, dando la espalda a Liz e inspeccionando cuidadosamente la piedra.

NO LA VENDERÁS, GUSANO. ME LA DEVOLVERÁS.

—Estoy seguro de que algún joyero podría darme un buen pellizco por esta piedra. Sería absurdo que me la quedara...

IGNORA MIS DESEOS Y NUNCA MÁS SE VOLVERÁ A OÍR HABLAR DE TI.

Había silencio en la mente de Khalil... también en el lavabo, hasta que empezó a dar golpes en el suelo con el pie.

—Estoy esperando...

Liz miró malhumorada hacia la esquina. Khalil la ignoró.

RELLENA EL HUECO CON SANGRE... CON TU SANGRE... Y PODRÁS LOCALIZAR A OTROS DE TU CLAN.

—Hmm. Por supuesto, no me podrías haber explicado esto hace unas horas, cuando lo podría haber utilizado para saber desde dónde me espiaba Ghose —murmuro Khalil. Echó un vistazo a la diminuta habitación. Rebuscó en un armario y encontró unas tijeras para las uñas; las cogió y se las clavó en la palma de la mano. A continuación, estiró la mano para que la sangre cayera en el hueco de la piedra. Cuando estuvo lleno, lamió la herida para cerrarla.

—Mira y aprende, Doña Sabelotodo.

Para sorpresa de ambos, el nivel de sangre de la piedra empezó a disminuir, como si se estuviera vaciando. Khalil miró por debajo. Liz,

intentando con todas sus fuerzas no parecer intrigada, también miró. La sangre no había caído al suelo. Instantes después, la piedra volvía a estar vacía, pero no había ningún agujero dentro del hueco; la sangre no podía haberse vaciado en el interior de la misma.

Khalil sostuvo en alto la piedra seca.

Esperó.

—Nada.

Elizabeth, que ahora, además de taciturna, se sentía orgullosa, cruzó los brazos y continuó ignorando a su cabizbajo secuestrador.

¿VES A ALGUIEN DE TU RAZA?

—Creo que podré cuando esté solo —murmuró Khalil, apretando los dientes.

LA SANGRE IRRELEVANTE TIENE UN ALCANCE MENOR.

Khalil se metió la piedra en el bolsillo de sus pantalones.

DE TODAS FORMAS, LA PIEDRA HA ARMONIZADO CON TU SANGRE. CUANDO EL PRÓXIMO DE LOS NUESTROS ESTÉ CERCA, LO SABRÁS. Satisfecha, la voz guardó silencio.

Khalil, bastante menos que satisfecho, pegó una patada a Liz en el pie y se acostó para pasar el día.

Cuando el sol asomó, ambos muertos se quedaron dormidos.

Ramona chiquilla de Tanner se encaramó torpemente al asiento posterior de su pequeño taxi. Miró a su alrededor con inquietud. La calle estaba vacía y eso era bueno. Como nadie vivía en los alrededores, y no se acercaba ninguna persona por ninguna dirección. La esquina en la que se encontraba estaba bien iluminada, hecho que la convertía en un blanco fácil. No había visto ningún trozo de suelo desnudo a menos de tres edificios, y eso significaba que no podría

sumergirse en él si necesitaba un agujero en caso de emergencia. Este almacén... se alzaba sobre ella y tenía demasiados ojos. No tenía ninguna razón (todavía) para dejarlo todo y escapar de Khalil, pero las medias razones (sus instintos) se estaban amontonando como las moscas sobre una rata muerta.

Después de estar hablando en la catedral, él había organizado un encuentro para el domingo. Llegó solo, tal y como ella le había pedido, pero no le había dicho nada nuevo ni le había curado la mejilla. Además, había sido capaz de pedir un taxi (el taxi del que acababa de apearse en aquellos instantes) en una parte de la ciudad que los taxistas preferían evitar si deseaban conservar su vida.

–Sé qué es lo que tengo que hacer con tu herida –le había dicho Khalil mientras se alejaba–. Vuelve a este lugar mañana por la noche y haré que uno de mis hombres te recoja y te lleve a mi nuevo hogar.

Se había ido antes de que pudiera añadir algo. Sus opciones eran pocas, dulces y brutales: entrar en el juego y, quizá, quemarse, o ignorar el encuentro y decir adiós a la gran esperanza de vengar a sus amigos...

De pronto, recordó lo que estaba haciendo en ese lugar. Dio media vuelta y vio que el taxista había sacado medio cuerpo del vehículo. Ramona extrajo algunos mugrientos billetes de sus bolsillos y se los tendió. Éste sonrió y movió las manos, rechazándolos.

–No, no. Gracias. Está todo arreglado –rebuscó en el maletero y continuó hablando–. Si tiene la bondad de esperar un momento, señorita...

Levantó con dificultad seis botes de pintura para interiores que se apoyaban en una bandeja de cartulina.

–Esto es para el señor Ravana. ¿Podría –se agachó ligeramente por el peso– llamar al timbre por mí, por favor?

Ramona se acercó para ayudarle con los botes, pero el conductor ya avanzaba, torpemente, hacía el portal. Ella salió disparada, lo dejó atrás y apretó el botón; a continuación, deslizó sus pequeñas y fuertes manos bajo las del taxista, que eran largas y huesudas.

–Lo tengo –dijo. Tras protestar un poco, el conductor aceptó

agradecido. Cuando la puerta chasqueó, él la abrió y le dio, en un inglés educado y con fuerte acento, instrucciones detalladas para llegar hasta el apartamento situado en lo alto del almacén.

* * *

Con gran esfuerzo (pues el taxista había repetido algunos de los giros, en un intento de ser excesivamente servicial), lo encontró. Khalil Ravana la esperaba en el umbral, sujetando la puerta. Miró a ambos lados de la pasarela y esbozó lo que parecía una sonrisa de bienvenida. Pasó un brazo bajo la caja y avanzó a grandes zancadas por la habitación con su pintura.

—¿Has tenido algún problema viniendo hasta aquí? ¿Mukherjee te ha tratado bien? —sin esperar a sus respuestas, subió unos escalones y dejó caer la caja sobre una vieja mesa deteriorada que se alzaba, solitaria, en medio del nivel superior.

—Haz como si estuvieras en tu casa mientras termino con esta capa.

Ramona se alejó y miró a su alrededor. El apartamento era grande y estaba bien ventilado. Comparado con las habitaciones en las que había crecido, el contraste era agradable. Tenía ventanas altas y elegantes, una tercera parte de las cuales habían sido pintadas de negro. Observó un hilo de pintura que había goteado desde uno de los cristales superiores y había salpicado el suelo. En un extremo del estudio, capas y más capas de un áspero tejido blanco pendían de una barra de las vigas. Algunas se habían soltado de sus anillas y, en la más cercana, pudo ver negras huellas de manos. Dio la vuelta y examinó el resto de la habitación.

El Ravnos vertió otro chorro de aquella oscura sustancia pegajosa en una bandeja de aluminio y cogió el rodillo de mango telescópico. Empapó el rizado tubo en el látex negro mate y lo deslizó por la siguiente banda.

—¿Qué te parece mi apartamento? ¿Está listo para salir en una revista de decoración? ¿O en los programas que muestran las casas de los ricos y famosos? —los ojos de Ramona se volvieron hacia él; recelaba de su levedad y de su imposible acento inglés. Khalil

continuó hablando, sin advertirlo.

–La exposición al norte es demasiado fuerte, lo admito, pero me estoy ocupando de ello –volvió a empapar el rodillo–. Puedes quedarte aquí, si quieres. Cuantos más seamos, más nos divertiremos, especialmente si llegan invitados inesperados. Por cierto, ¿te está buscando alguien?

Khalil se giró para ver su reacción.

Ella sacudió la cabeza.

–Nadie sabe que estoy aquí. Todos los que me conocen están muertos –afirmó con rotundidad.

–Perfecto –respondió Khalil precipitadamente–. Me refiero a que tú eres el cazador, no la presa. Se trata de una situación mucho más cómoda.

Tras una pausa, se volvió a oír el rítmico chirrido del rodillo.

* * *

Ramona se alejó de su anfitrión y desapareció tras una cortina de sábanas. Las garras le picaban. Sobre la mesa que había junto a la sábana había extraños objetos... estaban rotos y listos para ir a la basura. Cogió un bolígrafo ociosa y le quitó la tapa; era una estilográfica; con ella, trazó una nerviosa línea en un bloc de notas. Una deslucida bandeja de metal llamó su atención. Observó sus grabados y descubrió montones de escudos, animales y diminutas consignas en latín, que podía leer pero no comprender. *Vincit qui si vincit... Vocatus atque non vocatus deus aderit...* La dejó en donde estaba y oyó que Khalil seguía hablando.

–¿Quieres ayudarme a pintar?

–No.

–Entonces, ¿hay algo con lo que puedas entretenerme mientras termino?

Ramona deslizó una mano sobre su enredado cabello (de tan sucio que lo tenía, le resultaba imposible pasar los dedos a través de él).

–Podría usar la ducha –admitió.

A Khalil le costó sonreír. Elizabeth seguía encadenada a la pila

del lavabo. Como esta Gangrel no sabía lo suficiente para odiarle, tampoco sabía lo necesario para desconfiar del bebé de serpiente. Debería haberlo pensado antes de llevar a Ramona a ese lugar... pero ¿cómo podía imaginarse que una sucia forastera quisiera lavarse? En Calcuta, todos parecían sentirse orgullosos de su hedor. Tendría que mover a la Setita y...

–¿La ducha? –repitió él en voz baja.

–Maldita sea, no me importa –espetó, golpeando el aire que había entre ellos con un gesto exagerado. Murmuró algo amargo en español.

–No –el Ravnos rió con poco entusiasmo–. No hay ningún problema, pero deja que aparte algunas cosas de en medio y me asegure de que el agua está conectada...

Bajó de la escalera y se enjugó las manos. Cogiendo algo del bolsillo trasero de su pantalón, se dirigió a las cortinas que había alrededor del dormitorio, blasfemando en voz baja. De la bañera salían unas tuberías y había un radiador firmemente unido al tabique. Khalil tiró de las cortinas, acercándolas un poco más al extremo de la sala, y sigilosamente abrió la puerta tras la que se encontraba Elizabeth.

Ramona se acercó a unas estanterías repletas de libros. Los títulos le decepcionaron: mitos, antigüedades, lenguas muertas e historias de lugares de los que nunca había oído hablar. De todas formas, el mueble era muy bonito y estaba decorado con velas y fotografías. Se dirigió a un grupo de sillas y sofás. *Qué agradable, estoy en casa*, pensó, aunque el apartamento no se parecía a nada que tuviera ella. Todo era muy cómodo y acogedor; además, olía bien. Se acercó al sofá más grande para olerlo y paseó melancólicamente sobre la peluda moqueta de la "sala de estar".

–Arriba –dijo Khalil. Aunque fue un susurro, los agudos oídos de la Gangrel pudieron oírlo. A continuación oyó unos suaves golpes y pudo ver al Ravnos empujando a alguien tras la sección tapada del apartamento. Ramona se acercó silenciosamente a un agujero que había en las cortinas y espió. Había una chica... no, una mujer madura... atada de pies y manos con cadenas, como un preso. Y estaba absolutamente callada. Liz advirtió que Ramona les estaba observando mucho antes de que lo hiciera su secuestrador. A la joven

le impresionaron sus ojos: a pesar de lo que estuviera haciendo Khalil con ella, aún conservaban su dignidad. Suplicaban. La mujer no se mostraba desafiante ni hacía nada por lo que pudiera recibir un castigo (*Zhavon*, pensó Ramona, *buscaba problemas...*). Tampoco era una prisionera aterrorizada (*Al final, Zhavon se sentía aterrado*, recordó Ramona, sintiéndose culpable). Aquellos extraños ojos de color marrón dorado simplemente decían: "Estás viendo lo que me hace". Sin una palabra, la mujer consiguió que Ramona reflexionara sobre ello y, cuando Khalil la vio, su fiero rostro estaba tan negro como la noche.

—¿Qué estás haciendo? —dijo la Gangrel, amenazadora. Khalil sintió que la sala estaba cada vez más fría. Se puso fuera del alcance del radiador (y de Ramona) e intentó cambiar su expresión: de pánico y culpabilidad pasó a reflejar sorpresa. Escogió al azar una especie de respuesta.

—Moverla —respondió despreocupadamente—. Querías usar la ducha, ¿verdad? Lizzie y yo hemos tenido que refugiarnos aquí durante los dos últimos días.

Señaló las ventanas haciendo un ligero gesto con el dedo y continuó.

—Estoy intentando disponer de más espacio, pero hay un montón de ventanas que pintar. Esta noche, ella tendrá que volver a dormir en la bañera.

—¿Pero por qué está encadenada? —apremió Ramona con un desagradable tono de voz.

Khalil se mojó los labios y se acercó un poco más a su compañera.

—Su amante, Hesh, es el hombre al que estamos buscando para que nos ayude a encontrar a Leopold. Ha desaparecido —murmuró, a modo de disculpa—. Podría estar muerto... y ella está teniendo ciertos problemas para superar su pérdida.

Miró por encima del hombro a la Setita.

—Además, para ella, todo esto es nuevo... de modo que es susceptible a perder el control. Así que, para evitar que se haga daño a sí misma y a otras personas —añadió con una sonrisa de desaprobación—, estas cadenas son una desafortunada necesidad.

–¿Por qué está aquí? La tenías escondida –lo acusó.

–Intentaba que tuviera algo de intimidad. Ella... oh... sólo tiene tres noches de edad... ayer todavía tenía náuseas. ¿Acaso no consideras que es más educado dejarla sola mientras le suceden esas cosas?

Ramona recordó las primeras y solitarias noches que vivió después del cambio... recordó su cuerpo desembarazándose de todo, excepto de la sangre... recordó a sus padres golpeando la puerta del baño... recordó su huida a las alcantarillas para evitar las preguntas.

–Tienes razón –respondió, compasiva.

Khalil susurró, enérgicamente.

–Verás, Leopold tiene el Ojo. Hesha Ruhadze puede encontrar el Ojo, si es que aún está vivo, y ella es su chiquilla. Podrá encontrarlo en cuanto reaparezca. Es mi perro de caza, y el cebo. ¿De acuerdo?

–se aproximó un poco más a ella y espetó: – Estamos a punto de atrapar a Leopold, pero para hacerlo, dependemos de ella.

Airadamente, empujó a Liz hasta el radiador y abrió la argolla de su mano izquierda.

Profundamente afligida, Ramona sopesó sus opciones. Tenía tantas ganas de vengar su muerte que podía saborear su dulce picor en la garganta. Sin embargo, era incapaz de participar en un secuestro; no deseaba que nadie tuviera que estar enjaulado como Zhavon. Por otra parte, sabía cómo había sido ella misma cuando había perdido el control, en aquella época en la que hubiera sido mejor estar encadenada que haber permitido que la Bestia hiciera lo que quisiera. Más adelante, esta mujer les agradecería que la hubieran retenido. Hizo una mueca y la expresión abrió de nuevo el corte de su mejilla. Suciediera lo que sucediera, tenía que conseguir que le curaran aquella herida. Si ese tipo le había dicho la verdad cuando afirmó que podría curar lo que el Toreador le había hecho, puede que entonces también creyera lo que le había contado sobre esa mujer. Pero si no podía curarla, pagaría por sus mentiras con sangre y liberaría a la mujer antes de irse.

De este modo, la venganza y la incertidumbre triunfaron sobre el abuso moral. Tuvo que apartar la mirada de la mujer mientras Khalil encerraba su puño en el radiador. Cuando deslizó la cadena por la

columna, el fuerte sonido metálico sacudió la consciencia de la Gangrel.

–Espera –Khalil se giró y la miró fijamente–. Al menos, podría sentarse aquí con nosotros.

Cogió una papelería y la sostuvo torpemente.

–Podría ver la televisión o leer algo. Seguro que hay algún sitio más cómodo en el que pueda estar y en el que nosotros también estemos seguros.

Cinco minutos después, Elizabeth volvía a estar atada a la columna central del apartamento. Sin embargo, ahora estaba sentada en el sofá. Debido a la insistencia de Ramona, Khalil había accedido a dejarle una mano libre. A regañadientes, ansioso, advirtió a la Gangrel una y otra vez que no se pusiera al alcance del brazo de la serpiente.

–¡Ten cuidado! –cogió la helada pintura y observó a su compañera, que estaba acercando diversos objetos a Elizabeth.

–No le dejes lápices. Podría clavarte uno como si fuera una estaca –le mintió–. Es peligrosa, ¿me estás escuchando? Vigila.

Malhumorado, volvió a mojar el rodillo.

–Aquí está el mando de la televisión –dijo Ramona–. Y el cubo de la basura está allí.

Sacudió su enmarañada cabeza de forma inquisitiva.

–¿Quieres que te acerque algo más?

Elizabeth observó atentamente a la nueva guardiana de su prisión: morena, hispana, adolescente (se tuvo que recordar que podría llevar muerta varios siglos), independiente, sucia, bastante guapa bajo la mugre, desfigurada y, posiblemente, sincera. Pensó largo y tendido en algo que pudiera pedirle.

–¿Podrías acercarme ese escritorio? –dijo la mujer con voz suave y agradable.

Ramona se acercó a la mesa de café y encontró una especie de bandeja repleta de papeles, bolígrafos y libros pequeños. Se la acercó para que pudiera alcanzarla con la mano libre y la mujer la depositó sobre su regazo.

–Gracias –dijo en voz baja. Sin volver a mirar a Ramona, añadió–: hay toallas limpias, una esponja, jabón y un cepillo nuevo en el armario de mimbre que hay junto a mi cómoda. Puedes coger la

ropa que quieras de mi armario.

Ramona la observó unos instantes. Elizabeth destapó un bolígrafo y empezó a escribir algo, y la Gangrel se alejó de ella sin decir nada más.

* * *

Todas las ventanas tenían el color del alquitrán. Los gases que despedía la pintura al secarse ahogaban la atmósfera, pero no tuvieron ningún efecto nocivo sobre las tres criaturas que se encontraban en el interior del apartamento. Elizabeth, sentada en el sofá y absorta en sus dibujos y notas, apenas percibía el olor. Ramona, que estaba sentada totalmente erguida en la silla del escritorio de nogal, había estornudado, escupido e intentado ignorar el olor durante horas. En aquellos momentos, su nariz ya se había insensibilizado al disolvente. Khalil, que disfrutaba de los efectos que tenía aquel producto químico sobre la Gangrel, había rechazado solemnemente todos los intentos que hizo ésta por abrir la puerta o ventilar la habitación.

El Ravnos conectó un aparato (una lámpara con diversos brazos y una gran lupa en el centro) y colocó la resplandeciente bombilla sobre el corte de la mejilla de Ramona. En la banqueta que había entre ambos había diversas herramientas; escogió un rizado pico de dentista y un palo de metal redondeado, similar a una espátula. Con el objeto poco afilado recorrió la mayor parte de la herida abierta; con el otro examinó su interior, con la mayor delicadeza posible. Su paciente se agarró con fuerza a los brazos de la butaca, pero se mantuvo inmóvil durante todo el reconocimiento. Khalil se detuvo en todos los agujeros de su piel, examinó cada uno de ellos y finalmente, volvió a depositar los instrumentos sobre la banqueta.

Desde fuera, la herida parecía una línea superficial, estrecha y curvada... era como si la muchacha hubiera recibido una pequeña salpicadura de ácido. Sin embargo, bajo la superficie, la úlcera iba directa al hueso. Cada punto del exterior tenía un gran hueco de carne podrida y desgarrada debajo, como si aquello que había golpeado su rostro se lo hubiese ido carcomiendo por dentro tras el impacto.

Khalil cogió un cuchillo de artesano con la mano derecha.

–¿Vas a cortarlo? –preguntó Ramona.

–No puedo –Khalil cogió la nudosa raíz de azafrán que tenía en el puño izquierdo y se puso manos a la obra.

»Aunque te cortara esta parte de tu rostro –sonrió alegremente–, a no ser que el veneno desapareciera, la herida no se curaría nunca. Tenemos que destruir el veneno y evitar que se extienda.

Empezó a cortar un palo de gran tamaño y lo dejó más ancho por un extremo que por el otro. Era mañoso y rápidamente lo convirtió en una gruesa cuchara, similar a una cuña. Con la cuchilla afilada y fina, realizó una serie de cortes paralelos en el extremo. El resultado era más parecido a un pincel primitivo que a cualquier otra cosa.

–¿Qué es eso?

–Raíz de azafrán. Va muy bien para los exorcismos –dejó el Exacto sobre la banqueta y cogió algo más: un mechero. Elizabeth, observándolos desde el sofá, levantó una ceja y añadió otra línea a sus notas.

–¿Podrás soportar un poco de fuego? –preguntó Khalil malicioso.

Los ojos marrones de Ramona se clavaron en los de él.

–Sí –respondió cautelosamente, pues consideraba que estaba bastante acostumbrada al humo y la magia–. ¿Vas a utilizar el humo para quitármelo?

–No. –Su rostro perdió su aspecto jovial y continuó hablando con seriedad:– Cierra los ojos y agárrate fuerte a la silla.

A continuación, ligeramente preocupado, añadió:

–Y recuerda que estoy haciendo esto para ayudarte.

Khalil necesitó cinco intentos para encender el mechero y siete agonizantes segundos para coger la raíz de azafrán. Sus ojos se humedecieron con el humo de la hierba en llamas. Esperó hasta que la raíz seca empezó a arder sin llamas. Le inquietaba tener que sujetar un objeto encendido; sin embargo, eso le preocupaba mucho menos que lo que la voz le había dicho que tenía que hacer a continuación.

Con el cuchillo, trazó una línea que unía todas las heridas que había provocado el Malvado Ojo en el rostro de Ramona. Era

totalmente consciente de que la fiera mirada de la mujer no se apartaba en ningún momento del movimiento de sus manos. Con la desafilada espátula mantuvo abierta la lengüeta de piel y, tras reunir el valor necesario, hundió la fiera raíz humeante en el centro de la herida.

Ramona gritó y gimió. Levantó las piernas y apartó violentamente la cabeza. Khalil consiguió, a duras penas, mantener la hierba en llamas dentro de la carne de la Gangrel. La introdujo más adentro y siguió el camino que había recorrido el ácido por el cuerpo de la mujer. Si había llegado al hueso, tendría que...

ESTÁ TODO EN ESA ZONA. LAS HERIDAS NO SON DEMASIADO GRAVES.

Khalil retrocedió con gratitud y dejó caer el azafrán en un cubo de agua. Esperó a ver qué hacía la muchacha cuando se detuvieran los primeros espasmos. Si se escondía detrás de Elizabeth, Ramona atacaría en primer lugar a la Setita y él tendría la oportunidad de escapar antes de que la sed de sangre le hiciera perder totalmente el control.

Ramona temblaba de los pies a la cabeza. La furia hervía en sus ojos y el hedor de su propio cuerpo, ardiente, inundaba sus fosas nasales. Recuerdos del sol, de una estaca en su corazón, de este mismo hedor... sol y fuego y muerte... Con gran esfuerzo, consiguió mantener el control. Cerró con fuerza los puños y obligó a la sangre a que se dirigiera a su mejilla, del mismo modo que había hecho con tanta frecuencia durante las seis noches pasadas (al principio, con cuidado y lentamente, y después, con más impaciencia). Tenía la ligera sensación de que la herida se estaba cerrando. Sus dedos avanzaron hasta la barbilla... en esta ocasión, ningún chorro de vida desperdiciada rezumaba de la herida. Ramona palpó la zona: ¡la herida era más pequeña! Al tocarla, se contrajo y decidió hacer un mayor esfuerzo para curarla. Por fin, tras lo que le parecieron años de esfuerzos y diversos litros de preciosa sangre, la piel de su rostro volvió a ser suave. Se recostó en la silla, aliviada y agradecida, pero también cegada por el hambre. Una vez desaparecido el veneno, el diminuto corte había requerido una gran cantidad de sangre para acabar de curarse, por lo que una desafilada furia danzaba en sus

intestinos. Supo que tendría que ir a cazar antes del alba; si no, al día siguiente sufriría dolores peores y, posiblemente, incontrolables.

Ramona se levantó temblorosa y avanzó torpe hacia la puerta del apartamento. Khalil salió de su escondite.

–¿Adónde vas?

–Me muero de hambre –refunfuñó Ramona.

Khalil retrocedió. Con alegría, vio que el rostro de la mujer se había curado por completo.

–¿Quieres... quieres quedarte a dormir aquí esta noche?

–Me verás cuando me veas –gruñó la Gangrel, buscando a tientas los cerrojos. Salió rápidamente por la puerta.

–¿Regresarás? –le preguntó desesperadamente Khalil.

Nadie ni nada le respondió y el Ravnos volvió a cerrar el bloque de acero, sin saber si volvería a ver a aquella mujer.

12

MIÉRCOLES, 4 DE AGOSTO DE 1999, 1:06 AM

BOERUM HILL, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Ambos vestían ropa ceñida y brillante que dejaba al descubierto sus brazos, marcaba sus músculos y les permitía mover libremente las piernas. La mujer, además, llevaba un escote de vértigo. El oro brillaba en sus cuellos y en sus muñecas, además de en las orejas y los dedos de la mujer. Cuentas de sudor perfumadas con tabaco, colonia y alcohol brillaban sobre sus pieles de bronce y oliva. La joven pareja había pasado una agradable velada bailando salsa con unos amigos en el lugar de siempre. Tras abrazarse y estrecharse las manos para despedirse, descendieron con gracia las escaleras del club. Ella se despidió de otra amiga con un beso en la mejilla y prometió llamarla; él cogió a un amigo del brazo y bromearon sobre el trabajo. A continuación, ambos se alejaron del círculo de música dirigiéndose a la acera... hacia el norte, lejos de la oscuridad de Red Hook... y en la

misma dirección que Khalil había previsto.

El Ravnos avanzaba por el asimétrico pavimento a menos de seis metros de sus víctimas. Las palabras de Ramona le habían despertado el apetito. Le había explicado a Elizabeth que se sentía bastante hambriento, pero a ella no le había gustado el comentario. Estaba seguro de que tampoco iba a gustarle el resto de la tarde.

Su fuerte apetito le apremiaba y decidió acortar la distancia que le separaba de la pareja. Cuando los tres llegaron a un agradable lugar repleto de sombras, Khalil saltó hacia delante y pellizcó a la mujer. Ésta dio media vuelta con los ojos airados y su compañero, tras intercambiar con ella unas palabras, se acercó al agresor mostrándole sus bíceps. Un torrente de insultos salió de su boca, acompañado de sus puños. Khalil lo esquivó, guiñó un ojo a la mujer y deseó comprender más español. A continuación, golpeó al hombre con tanta fuerza que tuvo que dejar de hablar para recuperar el aliento. Khalil lo golpeó, se giró y le esquivó; la pelea fue retrocediendo lentamente hacia la oscuridad que reinaba entre dos edificios anónimos. Hizo un astuto juego de piernas... y el mortal se vio obligado a retroceder hasta el callejón. Su chica, que por fin se había dado cuenta de que los nudillos de su novio no tenían ningún efecto en el extraño, saltó sobre la espalda de Khalil e intentó arrancarle los ojos. Entonces, el Ravnos se dejó de tonterías, golpeó con fuerza al hombre en la barbilla, noqueándolo, dejó inconsciente a la mujer antes de que gritara más fuerte y arrastró a sus víctimas hacia el callejón.

Dos contenedores gigantesos flanqueaban la puerta trasera de un pequeño café que a esas horas ya estaba cerrado. Elizabeth, con la boca amordazada, le aguardaba sentada y encadenada junto al más cercano. Aunque, según la leyenda, en Nueva York nadie había respondido nunca a una llamada de socorro, el Ravnos no había querido correr ningún riesgo.

Khalil dejó en el suelo a sus dos víctimas, una al lado de la otra, y las observó.

—La cena está servida —dijo con sarcasmo, quitando la cinta adhesiva de la boca de su prisionera. El hombre era más fuerte, así que Khalil empujó a la mujer hacia su lado del callejón. Encontró asiento sobre un montón de periódicos podridos, puso a la mujer en su

regazo y empujó con los pies a su novio, hasta que llegó junto a Elizabeth.

–Es todo tuyo –le dijo, asintiendo con la cabeza.

Khalil pasó los brazos alrededor de la mujer. En su gargantilla se leía la palabra "Rosa" y el *shilmulo* susurró en voz baja aquel nombre. Besó sus rojos labios y olió vino en su aliento. Acarició su suave cuello, le buscó el pulso con la lengua y clavó profundamente los dientes. *Bella, suave, dulce*, pensó. Poco después, dejó de pensar y simplemente disfrutó. Largo tiempo después (*nunca es lo bastante largo*, maldijo el Ravnos en silencio), apartó la boca de su cuello.

Lamió la herida, observó cómo se cerraban los dos agujeros y comprobó el color de la mujer. Imaginó que sería una rosa blanca durante un par de semanas, pero estaba totalmente seguro de que no tenía un cadáver entre los brazos. *Bueno*, murmuró con satisfacción, *es muy bella; puede que dentro de un mes la encuentre de nuevo*. Saciado, se recostó contra el muro y observó a la Setita. *Repugnante. Ni siquiera se ha movido hacia él*.

La nariz, la boca y la garganta de Elizabeth ardían con el olor de la sangre. Khalil apestaba a ella. Su aliado rebosaba sangre. Incluso parecía que una niebla roja flotaba tras sus ojos y su cuerpo...

Una vez, tras sufrir una intoxicación alimenticia que le había impedido ingerir alimentos de verdad durante una semana, Liz había experimentado los primeros cuchillos del hambre en su estómago. Recordó cómo le temblaban sus manos cuando acercaba la cuchara a la boca y cómo sabía la compota de manzana cuando su cuerpo llevaba días alimentándose de sí mismo. Durante las dos últimas noches, aquella sensación (duplicada, triplicada) se había arrastrado por su cuerpo. Ahora, con ese fuerte olor en sus fosas nasales, el hambre se había convertido en un objeto vivo que daba latigazos en su estómago. *No lo haré*, pensaba, sin nombrar aquello que rechazaba. *Esto está mal. Mejor morir con el sol que...*

–¿Tienes escrúpulos? –la voz de Khalil la conmovió, pues estaba repleta de compasión e inquietud. Cuando Liz levantó la mirada, su rostro reflejaba una especie de esperanza.

Su compañero asintió, reconfortante.

–La primera vez es muy duro, querida.

Cogió medio ladrillo de entre los escombros y lo levantó. Elizabeth se quedó paralizada... Khalil destrozó el cráneo del hombre, que se agujereó cómo una cáscara de huevo. Materia gris y ósea saltó y moteó su desgarrada piel y su rizado cabello moreno. La sangre empezó a inundar el terrible agujero... y se detuvo. Liz miraba fijamente el pecho inerte del bailarín. *No respira*. Observó la mano izquierda de la mujer, que seguía en el mismo lugar en el que Khalil la había dejado tras haber reparado en ella. En su dedo corazón brillaba un anillo de compromiso. *Iban a casarse... Ella lo amaba. Intentó rescatarle... pero ya no habrá nada. Ojalá Dios permita que vayan a un lugar mejor, juntos*, imploró la Setita.

—Adelante, querida —dijo Khalil alegremente—. Ya no puedes hacerle daño.

Elizabeth se sentía asqueada y aterrada. Además, tenía náuseas. Su estómago se revolvió e inclinó la cabeza hacia delante para permitir que su cuerpo, vacío y seco, hiciera lo que debía hacer. Sus colmillos, irrefrenables y terribles, se abrieron paso a la fuerza entre sus encías y le cortaron la boca. Ésta se abrió por voluntad propia y sujetó, como una sanguijuela, el hombro aún caliente del hombre. Aunque había estirado los brazos para apartarlo de su lado, sus manos lo cogieron y lo acercaron un poco más. Elizabeth bebió, muy a su pesar, y se desesperó al ver que disfrutaba con ello.

Oyó un sonido cerca de sus orejas. Un chasquido. Palabras. Era la voz de Khalil. Sintió unos dedos firmes en los hombros que la apartaban del cadáver.

—Ya has tenido suficiente, querida. No debes saciarte —un espíritu perverso y pueril sollozó en el fondo de su mente, preguntándose por qué, si aquel hombre ya estaba muerto, no podía beberlo por completo.

Otros sonidos: unas cadenas. Sus esposas ya no estaban atadas al contenedor, sino que las sujetaban las manos de Khalil. El Ravnos tiraba de ellas y Elizabeth se levantó lentamente. El cadáver se alejó rodando de sus pies para descansar junto al cuerpo de la que hubiera sido su mujer.

Khalil arrastró a su prisionera para alejarla del callejón y la condujo de nuevo al almacén. En la esquina miró hacia atrás: el ladrillo

roto se había pulverizado sobre el cemento, junto a la cabeza suave e intacta del hombre. La Setita ignoraba por completo cómo debía alimentarse: sólo había abierto una diminuta vena y el estrecho flujo se había coagulado y detenido. Aquella noche no habría ningún cadáver. Oyó el tintineo de sus nuevas joyas en un bolsillo y sintió que la pesada cartera del hombre presionaba su cadera. Daba toda la impresión de que había sido un atraco... Desvió su atención hacia su compañera. Elizabeth caminaba sintiéndose confundida. Era evidente que estaba aterrada, que se sentía mortificada, que apenas lograba mantener la cordura... La chiquilla de Hesha se encontraba tal y como desearía ver a Hesha. Khalil se mojó los labios y sonrió. *Bien.*

MIÉRCOLES, 4 DE AGOSTO DE 1999, 2:12 AM

UNA GRUTA SUBTERRÁNEA, CIUDAD DE NUEVA YORK

La madriguera era un hervidero de voces, y eso irritaba a Calebros. Había pasado algo cerca de aquella estatua que tanto le gustaba, en la Catedral de San Juan el Divino... Sin embargo, no estaba seguro de qué había sucedido. Aunque habían transcurrido diversas noches, seguía oyendo susurros agitados en todos los túneles... especulaciones tan carentes de fundamento como las habladurías ociosas.

Reúne las piezas. Yo reconstruiré el rompecabezas. Eso era lo que su sire Augustin le había dicho siempre. Calebros había empezado a dar este consejo a sus propias crías, y sus polluelos parecían confiar en él.

Simplemente tenía que convencerse de que era cierto.

4 de agosto de 1999

Asunto: Disturbios en la Catedral de San Juan el Divino

31/7 - Ninguno de los nuestros fue testigo; estatuas deformadas; daños en las calles contiguas a lo largo de diversos bloques - ¿El trayecto recorrido?

Se ha hallado un cuerpo; malherido y quemado - Vástago, pero irreconocible.

~ No responde favorablemente al tratamiento.

1/8 - Cassandra vio a dos Vástagos merodeando por esa misma zona; no reconoció a ninguno de ellos.

SEGUNDA PARTE:

«SIERVO»

_____ 14 _____

MIÉRCOLES, 4 DE AGOSTO DE 1999; 10:52 PM

RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Ramona golpeó suavemente la puerta de acero del apartamento. A continuación, examinó ambos lados del pasillo y escuchó. ¿Abriría Khalil la puerta? ¿Estaría en casa? ¿Se habría mudado alguien más a ese lugar? ¿Qué habría dicho antes de irse, la pasada noche? Se mordió los nudillos y esperó. ¿Qué era ese ruido que oía debajo? ¿Pasos?

—¿Quién es? —afortunadamente, era la voz de Khalil.

—Soy yo.

Oyó el sonido de cerrojos descorriéndose. Khalil abrió

ligeramente la puerta y la miró por el espacio que dejaba la cadena. Asintió y la dejó entrar.

–Tienes buen aspecto –dijo–. Sobre la nevera hay un juego de llaves para ti. Están las de todas las puertas, excepto la del cerrojo del lugar en donde dormimos. Si quieres dormir allí, tendrás que llegar antes de que cierre la puerta.

Khalil miró el fajo de papeles que sostenía entre sus manos, dio media vuelta y se sentó ante un escritorio de mala calidad, situado junto a las ventanas negras.

–¿Tienes algún contacto bueno en la Camarilla? –preguntó, abriendo un cajón de archivos.

–No –Ramona le siguió hasta el escalón–. Mi banda intentó mantenerse alejada de todo eso.

–¿Sabes dónde puedo encontrar a alguien de la Camarilla? –ella sacudió la cabeza–. ¿Elíseo?

Ramona lo ignoraba.

–¿Territorio de la Camarilla? ¿Bares de la Camarilla? –Khalil golpeó con las uñas el escritorio.

TE DIJE A DÓNDE TENÍAS QUE IR.

–Simplemente estoy comprobando todas las opciones disponibles –respondió en voz alta. Ramona asintió a modo de respuesta. Khalil volvió a hablar, esta vez dirigiéndose a ella–: Voy a salir esta noche para buscar jugadores; alguien con quien podamos negociar. Ven conmigo.

Los ojos de la Gangrel se deslizaron lentamente hacia el sofá. La mujer encadenada estaba sentada en silencio, escuchándolos. Khalil se aclaró la garganta.

–Aquí estará bien. En realidad, estará más segura. A los de la Camarilla no les gustan los Setitas... en absoluto. Sin embargo, tú les gustarás...

Y con esa confusa advertencia, apremió a Ramona para que volviera a salir por la puerta.

JUEVES, 5 DE AGOSTO DE 1999, 12:13 AM

TURTLE BAY, MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK

–"Sexton's Dirty Secret" {*} –leyó Ramona en el rótulo que había sobre la puerta–. ¿Qué diablos significa eso?

{* N.d.T.: "El Sucio Secreto del Sacristán".}

–Es un club de la Camarilla. Probablemente pertenece a alguno de los eruditos. Es de los Ventrue, querida. Les gusta ser modestos e ingeniosos con su pequeño problema –la Gangrel parpadeó desconcertada–. Muerte, Ramona. Muerte.

Se alisó el pelo, echándolo hacia atrás, y siguió hablando.

–En inglés, "sexton" significa sacristán. Es quien se encarga de proteger el terreno sagrado, incluido el cementerio y la cripta, ¿sabes? Los muertos andantes son su sucio secreto.

–Oh.

–Probablemente, el propietario es inglés, pues se trata de una palabra sumamente anglicana.

MUY PERSPICAZ, comentó secamente la voz, debido a que había tenido que explicar eso mismo a Khalil aquella misma noche, un poco antes.

Se acercaron a la entrada y un portero de constitución fuerte los miró atentamente. Cuando aún se encontraban lejos de su alcance auditivo, esperando para entrar, Khalil murmuró a la muchacha:

–Intenta recordar esto: si alguien te pregunta... por ejemplo, si otro Gangrel se acerca y te da el apretón de manos secreto o algo y te pregunta sobre mí... dile que no estás segura del clan al que pertenezco, pero que, cuando me estoy quedando dormido, suelo murmurar sobre algo llamado Malkav, ¿de acuerdo?

–¿Por qué? ¿A qué clan perteneces?

–Soy independiente –respondió Khalil con arrogancia. En sus oídos oyó la risa de la voz y sus manos se tensaron con frustración.

Khalil se dirigió al final de la cola y Ramona le siguió con aspecto aburrido. Pronto, más futuros clientes se unieron a ellos. La nariz de la Gangrel se crispó, pues parecía que todas las personas que aguardan

para entrar estaban de luto. Casi todas iban vestidas de negro: látex negro, cuero negro o mallas negras... y todas tenían la piel muy pálida. Percibió el olor del maquillaje que cubría sus cuerpos: polvo de perla, maquillaje blanco, máscara pegajosa y brillo de uñas fresco. Ramona se apoyó en la pared e intentó mantenerse apartada de todos.

Monstruos, pensó.

La fila era un hervidero de voces. En la puerta de acceso al local había aparecido otro hombre que, tras mantener una rápida charla con el portero, pasó revista a la fila. El recién llegado era delgado como una anguila y tenía el cabello moreno y muy corto. Todas las personas maquilladas que esperaban en la cola lo observaron con ojos esperanzados y expresiones de indiferencia.

–Tú –dijo señalando a una mujer que, a pesar del calor, vestía un ceñido traje de terciopelo rojo–. Y tú...

Miraba a un chico muy atractivo que se había embadurnado los ojos de pintura negra.

–Vosotros dos –dijo señalando a Khalil y a Ramona– y aquel grupo de allí.

Cuatro personas que se encontraban al final de la cola se emocionaron ante su inesperada victoria. Los elegidos se dirigieron hacia la puerta, algunos de los olvidados se alejaron y los demás volvieron a colocarse en la fila para esperar un poco más.

Los ocho elegidos avanzaron por un vestíbulo estrecho y sucio cuyas largas paredes eran hileras de espejos. *Qué personas más precavidas*, pensó Khalil. *La situación debe de ser peor de lo que pensaba...* Sonrió. Las buenas guerras se convierten en buenos mercados. Una muchacha con el cabello blanco fluorescente les puso unas muñequeras sin pedirles identificación. A continuación, siguieron adelante con el resto del grupo, internándose en el club.

El Sexton's Dirty Secret, que ocupaba un edificio que había sido construido para el mundo de las finanzas, creaba la atmósfera de una capilla decadente y moribunda. Habían eliminado el techo del primer piso y lo habían reemplazado por uno inclinado, que partía del lugar que ocupaba el techo original en la parte derecha, y acababa en la parte izquierda de la segunda planta, como si fuera la mitad del techo de una catedral. La galería que discurría a lo largo de la elevada pared

había sido decorada como un coro; el DJ ocupaba una cabina de cristal que se alzaba sobre otra que imitaba un confesionario. La parte delantera de las barras eran tumbas, la pista de baile estaba cercada por barandillas de presbiterio y los asientos de las cabinas que había a su alrededor eran similares a los bancos de las iglesias, aunque sus exagerados respaldos se alzaban en muros altos e imponentes. Los labios de Khalil se tensaron mientras dejaba atrás a la multitud y se deslizaba hacia el centro oscuro y centelleante del local. La mayor parte de las personas que había en aquel lugar se comportaban como si realmente fueran humanos que estuvieran disfrutando tanto como les permitían sus trágicas almas. Algunas bailaban de forma extraña y sus rostros estaban ridículamente serios. El club parecía estar repleto de vi vos. Maldita sea su Mascarada, pensó el Ravnos. *¿Quién se está burlando de quién?*

Khalil tomó asiento en una de las cabinas. Si hubiera podido elegir, no habría ocupado ese lugar, pues los muros que sobresalían de los "bancos" le impedirían ver a cualquiera que se acercara desde los lados hasta que estuviera prácticamente encima de él. Sin embargo, de todas las mesas que estaban vacías, ésta era la que tenía mejores vistas de (y desde) las demás esquinas y rincones privados. Apoyó la espalda en el respaldo y se repantigó pomposamente a lo largo de todo el asiento. Ramona se deslizó en el de enfrente. La pobre intentaba parecer natural, pero era obvio que aquella multitud la incomodaba y que aquel espacio encerrado le provocaba ansiedad. Khalil sintió lástima de su inquieta compañera.

—Adelante. Ve a dar una vuelta por el local como si estuvieras echándole un vistazo. Es evidente que ese es tu estilo, así que sé tú misma. Ve a pedir algo en la barra... cualquier cosa excepto un Bloody Mary. Paséate con él. Regresa aquí en... no sé. ¿Media hora? Escúchame: no hables y presta atención si alguien dice algo sobre ratas de alcantarilla. Estamos buscando a una, a una muy grande. ¿De acuerdo?

Ramona se levantó agradecida. Khalil observó con satisfacción cómo se alejaba, prestando atención a todo lo que había a su alrededor. *Es tan buena como un anuncio de página completa en el Post.* Observó los rostros de todos aquellos que miraban demasiado a

Ramona e intentó determinar su condición (vivos o muertos, cordiales o recelosos, insignificantes o importantes), según la forma de aproximarse a ella.

ESTÁS PERDIENDO EL TIEMPO. YA TE HE DICHO CUÁL ERA EL SIGUIENTE MOVIMIENTO.

Khalil se humedeció los labios y se los tapó con la mano para ocultarlos.

–Déjame ocuparme de esto a mi modo. Mantente apartado de esto durante un rato... –murmuró en voz baja.

COMO DESEES. NO ME PREOCUPA EN ABSOLUTO EL MOMENTO EN QUE TENGA LUGAR EL CONTACTO, SIEMPRE Y CUANDO SE PRODUZCA ESTA NOCHE... DURANTE ESTA DEMORA, TÚ ERES EL ÚNICO QUE ESTÁ SIENDO MARCADO POR EL SHERIFF DEL PRÍNCIPE. Los músculos de la espalda de Khalil se tensaron y miró hacia la pista de baile, buscando a Ramona. *NO TE PREOCUPES. AHÍ VIENE.*

–¿Mike? –preguntó Khalil, como si hubiera reconocido a un amigo.

Un hombre bajo y corpulento, de largo cabello castaño, se detuvo y miró hacia el hueco de la cabina.

–¿Sí? –tenía los ojos cansados, de color gris pálido, y la nariz torcida–. ¿Le conozco?

–No, no –Khalil se irguió ligeramente y sonrió con confianza–. Un amigo mío me dijo que le buscara si venía a Nueva York. Un tipo de la universidad al que le gusta que le llamen el Mangosta. Me dijo "Si vas por allí, búscalos".

–¿Rick? Hace años que no le veo. ¿Qué tal le va? –Mike se sentó en el asiento que había enfrente de Khalil y su rostro poco agraciado esbozó una sonrisa–. ¿Consiguió acabar por fin aquella biografía de Kipling?

–La última vez que lo vi, había abandonado la poesía. Continuó estudiando su trasfondo *El Libro de la Selva*, las junglas reales de la época, la verdadera vida en la ciudad. En verdad, así es como le conocí, pues ambos teníamos un interés común por el tema. En Delhi, yo tenía un número de encantamiento de serpientes y él me ayudó a que fuera más "auténtico" para el negocio turístico –el Ravnos se

encogió de hombros—. Me gustaría volver a montar el negocio en este país, pero me está costando mucho encontrar cobras.

—Yo sé bastante sobre reptiles. Estoy seguro de que podré ayudarle.

—Gracias. Se lo agradezco. Lo único es que... estoy buscando una raza en concreto. Es muy rara; recién importada a los Estados Unidos. Los manipuladores la pasaron por la aduana y... simplemente desapareció.

—¿Se la han robado? —el tono de Mike era compasivo.

—O me la robaron, o escapó o se extravió. No lo sé.

—Tengo unos amigos que son bastante buenos encontrando cosas. Nunca han intentado encontrar una cobra... pero siempre hay una primera vez para todo —frunció el ceño—. Sin embargo, debo decirle algo antes de ofrecerle su ayuda: no siempre cobran en dólares, ya sabe... regulaciones monetarias, burocracia, el fisco...

Khalil asintió como si lo comprendiera a la perfección.

—No hay ningún problema. Últimamente he viajado bastante y no he cambiado todo el dinero que he ido recolectando durante mi viaje. Estoy seguro de que habrá una moneda u otra con la que podamos negociar.

—Perfecto —Mike se llevó a los labios la botella de cerveza, que estaba prácticamente vacía, y se levantó para irse—. Perfecto. Por cierto, ¿cómo puedo ponerme en contacto con usted, señor...?

—Khalil —respondió el Ravnos—. Todavía no he abierto mi oficina. ¿Tiene usted algún teléfono al que pueda llamarle?

—Por supuesto —Mike le pasó una tarjeta y se tambaleó, ligeramente borracho—. Sabe, debería hacerse con un busca, un teléfono móvil o algo. Aquí, todo el mundo tiene uno.

Dio un golpecito en el banco y empezó a alejarse.

—Dé recuerdos míos al Mangosta la próxima vez que lo vea, amigo.

Khalil apartó a Ramona de una conversación con el camarero y la condujo a la salida.

—¿Hemos conseguido lo que queríamos? —preguntó airadamente, molesta porque la hubiera sacado a la fuerza del local.

—Hemos hecho el contacto. Por esta noche, es suficiente.

JUEVES, 5 DE AGOSTO DE 1999; 3:54 AM

UN TÚNEL DE METRO OLVIDADO, CIUDAD DE NUEVA YORK

Mike Tundlight cruzó una puerta de servicio y descendió unas escaleras, hasta llegar a un viejo pasillo que estaba desmoronándose. Abrió una puerta para bromear con algunos amigos que se habían reunido alrededor de una mesa de póquer. Su rostro ya no estaba pálido, sino que era de color blanco gusano; sus ojos estaban inyectados en sangre desde el iris. Tenía el cabello moreno y alborotado y su corta estatura y su cuerpo grueso eran, claramente, el resultado de una columna vertebral retorcida sobre sí misma. Todos los jugadores, excepto uno, compartían su monstruosa fealdad. Le devolvieron el saludo con alegría y continuaron con el juego. Mike introdujo la cabeza en otra sala con algo más de deferencia.

–¿Estás ocupado? –preguntó al ocupante de la sala.

Umberto se rascó una ceja (que no estaba encima de su ojo) y parpadeó ante la luz de la pantalla de su ordenador.

–Un segundo –sus dedos huesudos danzaron ágilmente sobre el teclado–. ¿Qué sucede?

Con una mano movió el ratón y con la otra señaló vagamente el desvencijado sofá que había junto a la máquina.

–Acabo de llegar del Sexton's.

–¿La gente guapa se ha quedado hasta muy tarde? ¿Hay alguna novedad?

–Diversas conversaciones sobre la guerra –dijo Mike mientras se sentaba–, pero eso no es importante. Por la tarde enviaré un informe. Sin embargo, entró un tipo que podría ser relevante. Era indo-paquistaní o algo similar... del sur de Asia. Iba con una amiga que se llamaba Ramona. Él, o ellos, buscaban una serpiente... y creo que

se trata de la misma serpiente que estamos buscando nosotros. En verdad, parece que perdió su pista en la misma etapa del viaje.

Umberto apartó ambas manos del teclado y reflexionó.

–Si eso es realmente cierto, es muy interesante. ¡Cass! –gritó en dirección al pasillo–. ¿Puedes concedernos un minuto?

En el umbral apareció una mujer negra de piel rugosa. Llevaba diversas capas de sudaderas y faldas y en su puño izquierdo sostenía una baraja de cartas.

–Por supuesto. Me toca repartir. ¿Qué necesitas?

–Viste a los dos payasos que aparecieron en la catedral de San Juan la noche siguiente al disturbio. Descríbeselos a Mike.

Poco tiempo después, los tres Nosferatu estuvieron de acuerdo en que Khalil era el hombre del bar, además del de la catedral. Mike y Cass también creían que las dos mujeres que habían visto eran la misma... aunque una tenía una extraña herida abierta cuando merodeaba por la catedral. Sin embargo, estaban seguros de que no podía ser, de ningún modo, la que aparecía junto a Hesha en las fotografías que habían tomado en Nueva York. Umberto recopiló toda la información y se alejó por el pasillo. Mike Tundlight, Cassandra y una multitud creciente que esperaba para seguir jugando sintieron que sucedía algo importante (todos ellos eran expertos en *atmósfera*), y cuando Umberto regresó en menos de cinco minutos con nuevos y urgentes cometidos para todo aquel que se ofreciera voluntario, sus expectativas estuvieron más que satisfechas.

–Quiero un informe completo sobre Khalil y otro sobre la mujer. Si está vendiendo o traficando con información, quiero saber si es o no fidedigna. Mike, te reunirás con él tan pronto como consideres oportuno. Iré contigo –hubo una plácida sensación en el vestíbulo cuando Umberto mencionó el hecho de abandonar su ordenador– como tu humilde siervo, por si nuestro Ravnos intenta algo.

VIERNES, 6 DE AGOSTO DE 1999; 2:41 AM
UNA GRUTA SUBTERRÁNEA, CIUDAD DE NUEVA YORK

–Buenas noches, señor –dijo Umberto respetuosamente, desde las sombras. Una mano nudosa y retorcida le tendió un fajo de informes mecanografiados. Tinta roja y débiles sellos invadían los folios. El Nosferatu apoyó los folios en una carpeta cuya cubierta estaba provista de una débil luz y echó un vistazo a las notas manuscritas.

»Baltimore sigue con las conferencias... no hay noticias nuevas. Sin embargo, he conseguido los succulentos documentos de identidad de los dos que fueron anoche al club del viejo Vetealacama...

Unos ojos grandes y muy abiertos parpadearon.

–La mujer es Ramona chiquilla de Tanner; Tanner es el chiquillo de Horrock, etc. Es una Gangrel de reputación decente y posición moderada... Él parece ser un hombre de acción, de modo que hemos hecho un llamamiento a SchreckNET para saber dónde puede estar ahora. Probablemente, Ramona es Pilar Ramona Salvador. Su nombre aparece en el expediente del caso de una niña desaparecida en Los Ángeles: hija de una familia hispana pobre que vivía en un barrio de aquellos en los que suceden todo tipo de cosas. Apenas tuvo cobertura en la prensa y la policía no investigó el caso en profundidad. Sus padres han puesto una piedra conmemorativa en su parcela familiar de México y rezan por su hija perdida –las sombras susurraron ligeramente–. Lo sé. La vieja historia de siempre.

»Khalil Ravana, por otra parte, es un Ravnos de Bihar de tres al cuarto. Bueno, tiene un largo historial. –Acercó un informe a la oscuridad. A continuación, añadió triunfante: – La última vez que fue visto se encontraba en una discoteca de Calcuta, sentado en una mesa junto al famoso Hesha Ruhadze.

–Reúnete con él.

VIERNES, 6 DE AGOSTO DE 1999; 9:12 PM

TURTLE BAY, MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Ramona mantuvo la distancia con Khalil mientras se aproximaban al club. Vestía una camiseta gris carbón y unas mallas que había cogido prestadas del armario de la mujer silenciosa. Él se había comprado una brillante camisa de seda con un intrincado estampado en azul, blanco y dorado (muy cara y muy llamativa). Si Khalil quería una mano adicional, ella estaría preparada, pero si quería convertirse en un objetivo, ella estaría en cualquier otro lugar. Observó cómo se contoneaba delante de ella, meciendo la funda de cuero negro del teléfono móvil que pendía de su cinturón, y apartó la mirada. Al llegar a la puerta cerrada y oscura, llamó dos veces sin vacilar y la puerta se abrió inmediatamente. Apareció una camarera con la que Ramona recordaba haber hablado, que vestía ropa bastante corriente (la noche anterior llevaba unas mallas negras). Tras darles la bienvenida, la mujer los condujo a la galería.

Mientras el Ravnos y la Gangrel subían las escaleras, dos personas seguían sus pasos por las escaleras opuestas. La camarera llegó a la zona superior y se hizo a un lado unos instantes para que todos pudieran verse bien entre sí. Mike Tundlight comparó sus rostros con los que recordaba haber visto en el club, y Umberto con los de la fotografía de la niña desaparecida y la de un informe de vigilancia. Khalil reconoció a Mike y, tras observar a su acompañante, que estaba envuelto en diversas capas de tela de los pies a la cabeza, se dio cuenta de que tendría que tratar con un segundo Nosferatu obviamente inferior... pues era incapaz de ocultar sus deformidades mediante la magia. En cuanto la camarera estuvo segura de que no estallaría ninguna pelea, empezó a moverse de nuevo. La galería tenía cinco puertas, todas abiertas de par en par. Al pasar delante de la primera, Ramona miró hacia el interior y vio un espacio vacío: cuatro paredes de yeso, un techo blanco de yeso y un suelo blanco de vinilo. Cuando el grupo se detuvo ante la puerta del centro, la camarera recitó como un autómatas:

—Todas las salas son iguales. Son libres de examinarlas si así lo

desean. Escojan una con la que todos estén de acuerdo. Los cerrojos sólo pueden utilizarse desde el interior y yo no poseo ninguna llave. Tampoco permaneceré en el edificio. La administración no se hace responsable de la seguridad de sus huéspedes, simplemente asegura un terreno neutral en el que puedan reunirse. En caso de hostilidad, daños al club o daños al personal, la administración tomará medidas contra la parte o partes agraviantes, por el bien de su propia reputación.

Observó a Mike, que estaba a su lado.

–Abrimos a las diez treinta –añadió, mientras empezaba a alejarse–. El señor Vetealacama me ha pedido que intenten haber acabado para entonces.

–Bien –Mike sonrió–. ¿Escogemos una sala? No creo que tengamos ninguna preferencia.

Khalil se deslizó hacia la puerta del centro. Mike lo siguió, seguido por la persona envuelta, y Ramona fue la última en entrar.

En cuanto estuvo en el interior de la sala, la mujer agradeció la brillante ropa de su compañero, pues rompía la monotonía. La sala era idéntica a la primera y los muebles, ahora que podía verlos, no eran demasiado animados: unas sencillas sillas de plástico transparente y una sencilla mesa de plástico transparente. Lo único que había allí, aparte de ellos, que no fuera transparente o clínicamente blanco, era un espejo de medio metro de lado que había tras la puerta. Deseó haber pasado la noche bajo el suelo pues, al menos, así podría haber ensuciado aquel lugar. Sintiendo incómoda, se sentó junto a Khalil.

Éste se sentó aparentemente tranquilo, aunque en su mente la voz mantenía un comentario continuo. Desde que se habían apeado del taxi de Mukherjee, apenas había tenido un momento de silencio para pensar.

INSISTE EN VER QUÉ LLEVA EL SEGUNDO HOMBRE BAJO LA ROPA. AUNQUE NO LLEVA NADA, DEMOSTRARÁS QUE ESTÁS TOMANDO LAS PRECAUCIONES NECESARIAS.

–¿A su amigo le importaría quitarse algunas capas de ropa?
–dijo Khalil a Mike, señalando al extraño–. Simplemente quiero asegurarme de que no lleva ninguna estaca escondida. Por supuesto, no es más que un simple formalidad.

–No hay ningún problema –Mike ayudó a su compañero a levantarse de nuevo y le privó de su abultada túnica exterior. Ramona, que no estaba preparada para lo que veía, se quedó boquiabierta.

–No llevo nada en las mangas –dijo Umberto, de modo reconfortante. Su voz era bastante normal, aunque resultaba difícil precisar dónde tenía los labios. Su piel se aferraba a los huesos en algunas zonas, se combaba en su esqueleto en otras y había muy poca carne entre ellas.

–¿Usted puede enseñarnos su bolsa? –sugirió educadamente; entonces, Ramona descubrió que su boca discurría en diagonal por una mejilla.

Khalil abrió la bolsa. Mike cogió el teléfono, lo hizo girar entre sus dedos y se lo devolvió.

–Me alegro de que haya seguido mi consejo. Ha facilitado en gran medida esta reunión, ¿verdad?

A TRABAJAR. EMPIEZA PREGUNTANDO POR HESHA. NEGOCIA LOS DETALLES DE...

–Bien, caballeros. ¿Podemos empezar? –preguntó Khalil mientras el segundo Nosferatu volvía a taparse el cuerpo—. ¿Han realizado algún progreso en la caza de serpientes?

–En este lugar podemos hablar con franqueza –respondió Mike—. Está buscando a Hesha Ruhadze, ¿verdad?

–Sí.

–Suponga que sabemos dónde está. ¿De qué le serviría?

MENCIONA EL OJO. ESTARÁN PREPARADOS PARA...

Khalil ignoró la voz de su amo.

–Mike, me temo que le di una impresión equivocada la otra noche –dijo esto a modo de introducción y se dio cuenta de que le gustaba cómo había sonado—. Conozco respuestas y usted recopila respuestas. Necesito algunas cosas.

En el fondo de su mente, advirtió que la presencia hacía una pausa. No estaba segura de hacia dónde quería dirigirse Khalil, y éste también lo ignoraba.

–¿Qué tipo de cosas?

–En primer lugar, Hesha Ruhadze. Quiero encontrarlo –su amo se relajó—. Quiero saber todo lo posible sobre él; a cambio, compartiré

todo lo que sé sobre el funcionamiento interno de su organización.

NO, CÁLLATE INMEDIATAMENTE.

–En segundo lugar, como voy a tener que quedarme aquí demasiado tiempo mientras sus chicos lo buscan, quiero terrenos de caza y la promesa de que el sheriff del Príncipe no se entrometerá. Además, necesito algo de dinero para los gastos. También quiero información sobre Nueva York, sobre los Setitas que hay en este lugar, sobre la estructura de la Camarilla y sobre qué es lo que el Sabbat considera su territorio. En tercer lugar, quiero información sobre un Toreador llamado... –se sobresaltó y tuvo que callarse.

NO DIGAS ESE NOMBRE. NI SE TE OCURRA.

–Quiero... –volvió a empezar.

OBEDÉCEME, IMBÉCIL.

Ramona lo miró fijamente. La sangre goteaba por su nariz y sus ojos se desenfocaron.

–No importa. No importa. Sólo esas dos cosas –osciló débilmente una mano a modo de negación.

Mike y Umberto se intercambiaron una rápida mirada.

–¿Qué nos ofrecerá a cambio?

–Ustedes son quienes tienen... la emergencia –consiguió decir el Ravnos entre aquel dolor continuo y vengativo.

VOY A DESTRUIRTE POR TU INSOLENCIA, MUCHACHO.

–Esto se ha convertido en un mercado de vendedores, donde la oferta es mayor que la demanda. Están bajo una sangrienta tormenta –se irguió en la silla–. Y yo soy el hombre que vende los paraguas.

SI INTENTAS VOLVER A ENFRENTARTE A MÍ, TE ATRAPARÉ PERSONALMENTE Y RECLAMARÉ MI SANGRE... TE ROMPERÉ LOS HUESOS CON MIS DIENTES Y SORBERÉ SUS TUÉTANOS MIENTRAS SIGUES CON VIDA.

Khalil se levantó y la voz siguió gritando, furiosa.

Mike sacudió la cabeza.

–No estoy seguro de comprender de qué está hablando. Acaba de pedirnos diversas cosas pero no nos ofrece demasiadas razones para que se las demos. Khalil, mis amigos querrán saber qué puede hacer usted por nosotros.

Khalil rió en voz alta. Podría resistir. Le dolían los oídos por las

advertencias y la furia; le costaba oír su voz y la de Mike, pero tenía la impresión de que una de ellas carecía totalmente de sentido. Sin embargo, el agarre del viejo bastardo era débil. Podría resistir.

Con el ceño fruncido y mirada profunda, Ramona miró hacia la mesa, abrió la boca y dijo bruscamente:

–Si encuentran a Hesha, les diremos cómo curar las heridas provocadas por el Ojo. Si ignoran qué es el Ojo, es que no saben nada –se puso en pie y cogió por el brazo a su tambaleante compañero.

–Explicaré su... afirmación a mi gente. Les llamaremos.

–Bien –respondió Ramona–. Háganlo rápido.

Ayudó a Khalil a cruzar la puerta, incapaz de oír las risotadas que resonaban en la cabeza de su compañero. Éste no opuso resistencia; se mantuvo en silencio, petrificado por la magnitud de su humillación, y dejó que la Gangrel lo guiara.

En cuanto estuvieron en la calle, se volvió hacia él.

–¿Qué diablos ha pasado? ¿Te has vuelto loco? No has hecho nada de lo que me dijiste anoche. Dijiste que hablarías de la forma de curar a Hesha. ¿Qué cojones te ha pasado? –sacó un arrugado pañuelo del bolsillo de sus pantalones y secó la sangre del rostro de Khalil. El Ravnos apenas se dio cuenta... entre las burlas de su amo y el sonido que inundaba su mente, la voz hablaba de nuevo.

ESTÚPIDO. ESTÚPIDO. MIL VECES ESTÚPIDO. SUFRIRÁS MI IRA HASTA QUE TU CORAZÓN SE FRÍA POR EL ESFUERZO. LA PEQUEÑA CHIQUILLA DE NUESTRO ENEMIGO... DE LA QUE TE ADVERTÍ QUE TE ALEJARAS... HA HECHO MI VOLUNTAD SIN QUE LA INSTIGARA MÍNIMAMENTE. TRIPLE BASTARDO DE BABUINO. Y ESO QUE TE DIJE QUE PODÍA TRAICIONARTE... Sus risas le impidieron finalizar la frase.

–Quería una oferta mejor –murmuró Khalil–. Sé demasiadas cosas valiosas, viejo bastardo.

Ramona dejó caer los brazos inmediatamente.

–¿Me estás llamando bastarda? ¡Serás hijo de puta!

Pero los ojos de Khalil no la miraban a ella, sino que se dirigían hacia Oriente, hacia Calcuta.

ADELANTE. PELEA CON ELLA. ME GUSTARÍA VERLO.

Sabía que en la agenda de su amo no había nada anotado para

él, excepto, quizá, su supervivencia. Sin embargo, la criatura nunca le había hecho la menor promesa de ello. De alguna forma, tenía que conseguir alejarse de su poder. Se juró a sí mismo que lo haría e imploró a los dioses en los que no creía que le dijeran cómo se había sometido a ese monstruo.

Preocupada, Ramona le apremió.

—Venga, hombre. ¿Qué te pasa?

Khalil no respondió. Avanzaron por la acera juntos, alejándose del club. A su alrededor se arremolinaban grupos de personas que se reunían para cenar y bebedores tempraneros. La muchacha, que no comprendía nada, intentaba ayudarlo y en diversas ocasiones impidió que chocara contra las farolas. Los bloques avanzaban en un silencio sobrecogedor.

Finalmente, Khalil dejó de caminar y su cabeza se despejó de la voz... del dolor. Las calles estaban abarrotadas. Había mortales por todas partes, caminando, conduciendo, comiendo, bebiendo, riendo, peleando. Realmente, América era la tierra de las oportunidades. Tantas personas que podían ser privadas del dinero, los bienes o cualquier otra cosa que deseara. Este pensamiento le animó... el pensamiento y el hecho de haber desafiado a su amo. Más o menos. Khalil empezó a tener una cálida sensación en su interior.

Se detuvo. Ramona dio un par de pasos más antes de darse cuenta.

Khalil descubrió que aquella cálida sensación no era consecuencia de su orgullo recién encontrado ni de aquella calurosa y apacible noche, sino que procedía de su bolsillo.

Introdujo la mano y sintió el radiante calor de la gema (la piedra que inexplicablemente había absorbido su sangre unas noches antes). Empezó a correr.

—¿Qué diablos? —Ramona, que acababa de llegar a su altura, le siguió refunfuñando.

Khalil intentaba evitar con poco entusiasmo al resto de los peatones. Ignoró los comentarios de los neoyorquinos y se abalanzó hacia la siguiente esquina. La piedra cada vez estaba más caliente. Miró a su izquierda para cruzar la calle (más fría) y a continuación, a su derecha, a la acera (más caliente).

Corrió diversos edificios más... cada vez estaba más caliente. La piedra parecía guiarlo hacia delante. Se obligó a detenerse en las intersecciones y esquivar el tráfico. Más caliente. No estaba seguro de si había perdido a Ramona o si ésta, simplemente, había dejado de maldecirle.

La piedra estaba increíblemente caliente, pero el calor no quemaba.

Y entonces la vio: estaba al otro lado de la calle, llamando a un taxi. En medio de la multitud empapada en sudor, una mujer lo miraba fríamente, tan indiferente a la ola de calor como él. Sus labios carnosos y maquillados aún estaban fruncidos por llamar al taxi. Llevaba su largo y espeso cabello negro peinado hacia atrás y adornado con cuentas y trenzas. Vestía un traje de brillantes tonos rojos y púrpuras, algo entre un sencillo vestido de campesina y un traje de corte medieval, y llevaba una serie de pañoletas y bandas enrolladas alrededor de su cuerpo. Bajo toda aquella ropa, era oscura y genuinamente bella, aunque estaba bastante demacrada y amargamente triste.

—¿Khalil? —Ramona consiguió alcanzarle en el bordillo.

Casi se había olvidado de ella. Ramona lo miró desconcertada, levantando las cejas. Siguiendo su mirada, Khalil advirtió que la piedra emitía un color rojo crepúsculo a través de sus delgados pantalones.

—¿Te alegras de verme? —preguntó Ramona.

—Quédate aquí —susurró Khalil a la Gangrel—. Tengo que hablar con alguien.

Se dirigió a grandes pasos hacia la calle, sin acabar de creer que aquella mujer estuviera al otro lado. Cuando un taxi se detuvo delante de ella, se le hizo un nudo en el estómago, pero la mujer hizo gestos para que se alejara y esperó por él.

—¿Khalil?

Él asintió y avanzó ansiosamente hacia ella.

—Imaginé que eras tú. Qué sorpresa —exclamó en su idioma nativo. Extendió el brazo y acarició su bigote con una uña pintada.

Khalil empezó a sonreír... y entonces sintió una sacudida de pánico. Las últimas personas de la Tierra a las que deseaba ver en aquellos momentos era a las de su raza, pero él y Ghose no habían

sentido la necesidad incontrolable de asesinarse mutuamente, así que, seguramente, Mary también estaría a salvo. Khalil la cogió de la mano y la abrazó a modo de bienvenida... para mantener sus uñas bien lejos de su rostro. Fue consciente de que Ramona les estaba observando desde el otro lado de la calle y de que la mujer Ravnos estaba observando a Ramona.

–Hola, Ravana. Hacía años que no te veía. La última vez fue en Delhi, ¿verdad?

–Hola Mary. Fue en Delhi –cogió su brazo. Mientras hablaban, pasearon dando la vuelta a la manzana–. ¿Qué estás haciendo en Nueva York?

Ella se encogió de hombros.

–Viajando. Déjame pensar... de Delhi a Londres, de Londres a Hong Kong... si quieres vivir mucho tiempo, mantente lejos de allí, amigo. De Hong Kong a California, de California, a Nueva York... más o menos. –Movié los brazos con un gesto grácil para despedirse del resto del siglo–. Ahora dime, ¿dónde estabas tú cuando acabó el mundo? Y no intentes decirme que estabas aquí.

Cambiando de tono, añadió:

–Porque yo estaba aquí.

–En la India –admitió Khalil.

Mary levantó las cejas.

–¿Sobreviviste en India? ¿Dónde? –preguntó, medio en broma.

–En un pequeño pueblo –respondió brevemente, con modestia.

–Oh, ya veo que, para salvar tu alma, no puedes decirme la verdad –le dio un codazo.

–No sabía que hubiera algo en juego, Mary.

Continuaron andando durante un rato sin hablar.

–¿Quién hubiera imaginado –dijo ella, finalmente– que Khalil Ravana sobreviviría a la India? Y por otra parte, ¿quién hubiera pensado que yo sobreviviría a Nueva York? –suspiró con fuerza–. Sin embargo, aquí estoy. La "Reina gitana"... *la Romni* más anciana de los Cinco Municipios.

Sujetó con más fuerza el brazo de Khalil y, cuando éste la miró, vio que una delgada lágrima de sangre se deslizaba por su mejilla. Le ofreció su pañuelo (recordaba vagamente que alguien lo había

presionado contra su mano hacía un rato) y le limpió la cara.

–No hay nadie más –Mary sollozó silenciosamente–. Salí del trance el sábado por la noche, con la cabeza de Andreas en mis manos. Él era el último. Nunca imaginé que sería capaz de luchar de esa forma. –Volvió a secarse los ojos–. A todos ellos les hice un bello funeral... He pasado toda la semana cerca de sus hogares... –dieron la vuelta a la cuarta esquina y empezaron a avanzar por la calle en la que se habían encontrado. Cuando volvieron a ver a la Gangrel, Mary le preguntó: – ¿Quién es tu amiga *gaji*?

Introdujo el extremo manchado de sangre del pañuelo en su boca y lo chupó.

–Un pequeño gusano forastero. Una mujer agradable. Nadie le ha dicho ni una sola palabra sobre la contienda ni sobre nosotros. No le expliques nada –le advirtió. Brevemente consideró la opción de hablarle sobre el otro Ravnos que acababa de llegar a la ciudad, pero decidió que se guardaría la información para él, al menos de momento–. Lo único que le he dicho es que soy independiente.

–Muy bien. Si alguien lo supiera, podrían hacernos desaparecer en menos de una semana.

Khalil se aclaró la garganta.

–Han sido golpeados con bastante fuerza –hizo señas a su compañera y ésta se unió a ellos–. Ramona chiquilla de Tanner, esta es Mary... ¿Hoy tienes apellido, Mary?

–Tinker. Mary Tinker. Sin embargo, me temo que para los clientes soy Madame Alexandria. Ahora soy médium... me has pillado con el traje de trabajo. Hoy en día es un negocio muy próspero, e incluso legal. Si pasáis algún día por mi tienda, os adivinaré el futuro.

La Reina de Nueva York tendió una mano a la Gangrel y asintió educadamente.

–Creo que conozco a su sire, joven... un poco. ¿Qué tal está?

–Muerto –respondió Ramona misteriosamente.

Mary sonrió con dulzura y se levantó un poco las faldas para moverse.

–¿Acaso no lo estamos todos?

DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 4:26 AM

UNA RED DE TÚNELES Y CAVERNAS, CIUDAD DE NUEVA YORK

Cassandra Washington avanzaba energicamente por el pasillo enlosado de su casa compartida. A diferencia de sus semejantes, caminaba totalmente erguida, manteniendo la postura perfecta con la que le habían educado (y golpeado) en la vida. Se frotó los ojos fatigada. Era hora de acostarse, y bastante tarde para ella. Aunque el jefe los había mantenido ocupados las últimas noches, por ahora no tenían nada que enseñarle. No había ni rastro de Hesha y habían sido incapaces de encontrar a sus pocos contactos "Ravnos" fiables... Por otra parte, tampoco habían tenido suerte buscando a los perversos diablos. Además, la guerra entre la Camarilla y el Sabbat por el "control" de tantísimas ciudades seguía obstaculizando el avance de otros proyectos más interesantes. Empezaba a sentirse menos como una periodista y más como una teleoperadora: las últimas noticias de Buffalo, el memorando de Charleston, los movimientos de Atlanta, la situación en Washington, una llamada precipitada a Richmond, la fecha y el lugar en Baltimore...

Cass dejó atrás su oficina y resopló. Al pasar junto al borde del agujero había prestado atención, por si se aproximaban amigos o enemigos. Dobló la esquina, vio que la habitación de descanso estaba vacía y apagó las luces. Al volver a levantar la mirada se sobresaltó: al final del vestíbulo, en el umbral de la puerta, se tambaleaba una aparición inesperada. Las manos de su antiguo eran de color rojo brillante, estaban cubiertas de icor negro y sujetaban con fuerza el batiente de la puerta y un arrugado puñado de folios.

—Cassandra... —dijo él con voz áspera.

Preocupada, corrió hacia él, apagando las luces a su paso.

—¿Qué ha sucedido? Iré a buscar a Umberto...

—No, ven conmigo —tiró suavemente de su brazo.

Cass se dejó llevar hacia el viejo ropero, dejaron atrás la

desmoronada pared posterior y accedieron a la pequeña gruta que el viejo Nosferatu había convertido, hacía mucho tiempo, en su guarida. Los ayudantes del antiguo habían pulido el suelo, primero con cincel y después con martillos perforadores; sin embargo, los pasos que habían dado los metódicos pies de su propietario lo habían dejado perfectamente liso. Cass vio viejas cajas de madera, etiquetadas en papel, apiladas junto a la puerta; junto a ellas se alzaban archivos de latón y roble; un poco más arriba había envejecidas versiones metálicas de éstos y, un poco más allá, relucientes y modernos archivos ignífugos. A la derecha, generaciones de mesas y escritorios se alineaban al muro de roca. La más nueva (y a pesar de todo, antigua) se encontraba al final de la hilera, y la única silla de la sala hacía guardia a su lado.

—Mira —limpió la mesa con un golpe omiso de sus largos brazos. Montones de papeles revolotearon hasta el suelo. Cass rescató una pila, la dejó sobre el escritorio contiguo y se agachó para recoger el desorden del suelo.

—No te preocupes de eso ahora —dijo su guía. Sostuvo la máquina de escribir y sujetó la lámpara de la esquina, pero por todo lo demás, le obedeció.

Él dejó sus papeles sobre la mesa y los ordenó con sus manchadas manos. Cass descubrió que eran manchas de tinta negra y roja y se relajó. No era sangre. Las garras nudosas golpearon temblorosamente el texto mecanografiado.

—Sígueme desde el principio hasta el final —rechinó el viejo Nosferatu—. Durante el solsticio, entregamos el objeto, supuestamente el Ojo de Hazimel, a un Setita de Atlanta. Sabemos que esto sucedió porque Rolph, que hizo la transferencia, sobrevivió al ataque del Sabbat —cogió otro folio y señaló las palabras—. En la batalla, perdimos la pista del agente Setita que lo cogió, pero cuando volvió a aparecer, ya no lo tenía. Rolph también ha confirmado esta parte. El Setita Vogel trabajó para el Setita Hesha, llamado Ruhadze. Nunca fue a Atlanta. Mientras Rolph redactó sus informes, ningún agente que hubiera enviado Hesha podría haberle arrebatado el Ojo a Vogel. Suponemos que Hesha nunca lo tuvo, pero perdimos su pista.

—De acuerdo —dijo Cass, asintiendo.

–Tenemos a alguien investigando al Sabbat. No hay indicios de que posean algo parecido y estamos seguros de que no dudarían en utilizarlo si lo tuvieran. Tenemos muchos más agentes en la Camarilla. Si ellos lo tuvieran, deberíamos asumir que a estas alturas ya lo habrían utilizado, al coste que fuera, para defender sus ciudades. Por lo tanto, hemos perdido por completo la pista del Ojo.

–Sí, supongo que sí.

–Esta noche –dijo el antiguo, recostándose gentilmente en su vieja silla de cuero– he recibido un informe de nuestro agente de Baltimore. El justicar Gangrel, Xaviar, ha regresado esta tarde de la reunión de la Camarilla. Los extranjeros se reunieron en las montañas para combatir algo diferente al Sabbat. Según Xaviar, todo el grupo fue aniquilado por un Vástago con poder sobre la carne, la tierra, la piedra y la roca. Este guerrero tenía un ojo más grande que otro. Xaviar también afirma que las emanaciones de ese ojo eran más letales que el conjunto de todos sus poderes.

Cassandra se apoyó en el escritorio.

–Mierda.

–Xaviar pensaba, dijo que pensaba, que los Gangrel habían luchado contra un Antediluviano despierto. Si está en lo cierto, eso podría significar el fin del mundo. Las Noches Finales.

Lentamente, la Cainita pensó en las implicaciones.

–Pero podría tratarse simplemente del Ojo de Hazimel.

–Exacto –dijo el antiguo.

Se levantó.

–Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Ambos se dirigieron lentamente hacia el vestíbulo en ruinas; el antiguo se apoyaba con fuerza en los hombros de Cass.

El refugio estaba amueblado con literas para cuarenta personas, de las cuales trece estaban ocupadas. Las ratas jugaban sobre otras cuatro. En cinco descansaban cadáveres en diversos estados de descomposición y recuperación. En otras tres (tras unas gruesas barras de acero electrificadas) había cuerpos "sanos", atados y encadenados a las viejas literas de hierro. Seis ojos airados observaban con rencor a los recién llegados, y los labios de un hombre empezaron a moverse. Su mandíbula, en cambio, no lo hizo,

pues estaba bien amordazada por los prudentes vigilantes. En la cama número trece (una litera superior) descansaba una diminuta figura, libre e ilesa, que miró hacia abajo alegremente cuando se acercaron los dos monstruos.

–Hola Cassie. Hola Señor C.

–Hola, Ratón. ¿Qué tal está tu paciente?

El sarnoso fajo de piel rosa y gris se desenroscó, apartó a una rata y se sentó.

–Igual de viejo. Igual de viejo.

Ratón dio un golpecito a un interruptor situado en un cable de extensión amarillo y la luz inundó la litera que había debajo de él. Se retorció y forcejeó hasta que quedó colgando del extremo del pie de la cama y, entonces, tiró bruscamente de la manta verde, destapando a su compañero de litera.

–¿Confirmación? –murmuró el antiguo.

Cassandra se acercó un poco más. La cosa que había sobre el colchón podrido también parecía haberse descompuesto. Su carne tenía la textura del poliestireno derretido: burbujeante, disuelta, evaporada. Sus huesos eran visibles y parecían de masilla gris. Cass buscó a tientas la luz. Un poco menos... en ángulo... allí.

Podía ver la superficie del esqueleto, que brillaba débilmente. Tras vacilar unos instantes, preguntó:

–¿Ha sido uno de los nuestros? Me refiero a que antes no tenía este aspecto... ¿Qué ha sucedido?

–Podía ponerse en pie –dijo Ratón–. Llevaba zapatos de verdad. Yo también vi las huellas. Ahora tiene charcos en vez de pies.

–¿No es una víctima de los Tzimisce?

–Quizá –respondió el muchacho–. Pero vi cómo se alejaba el otro tipo. Estaba haciendo lo mismo con un trozo de piedra mientras se iba. Nunca he oído que un Chimy hiciera eso.

Cass se sentó en la cama contigua. Apoyó los pies cerca del cuerpo y volvió a iluminarlos.

–Es el mismo tipo de herida que Ramona tenía en la mejilla.

–¿Estás segura?

–No.

Su antiguo pestañeó tan sólo una vez con sus grandes y tristes

ojos. Mantuvo la mano apartada de la luz y jugó con ella, subiéndola y bajándola por los brazos, las piernas, la aplastada cabeza en forma de calabaza y el torso aplanado y marchito.

—¿Podemos ir a buscar a ese tal Khalil y traerlo? Si esto es una herida causada por el Ojo, él lo sabrá. Mike y yo podemos ocuparnos de él, conseguir que hable. Odio estos métodos, pero si esa cosa anda suelta por la ciudad...

—No puedes traer a un Ravnos —dijo su compañero—. Si habla, mentirá, y si pensamos que está mintiendo, dirá la verdad y nos sentiremos confundidos. Si queda libre en cualquier lugar que nos pertenezca... habrá problemas; si escapa, o si los demás oyen hablar de esto, se apiñarán a nuestro alrededor. Y en cuanto a lo de ocuparnos de él, los Ravnos no son...

Se detuvo cerca de lo que había sido el esternón de aquel hombre.

—...manipulables, del modo al que estás acostumbrada. Cada clan posee un punto débil que esconde, o un objetivo que persigue, o un secreto que puedes descubrir para chantajearlo. Pero un Ravnos saca el máximo partido de su debilidad, no tiene planes y no le importa cuánto sabe la gente sobre él. Son las únicas personas realmente imprevisibles, porque son las únicas que tienen la costumbre de actuar en su propio y peor interés. ¿Cuchillo?

Cass depositó uno en su mano y el antiguo lo deslizó cuidadosamente sobre la piel del esqueleto. El paciente en letargo estaba inmóvil.

—Allá vamos —con un corte rápido y curvo, la cuchilla tropezó con una pequeña roca roja. Volvió a moverlo y apareció un disco de latón del tamaño de una moneda. Los dedos del viejo Nosferatu frotaron el tejido esponjoso y recorrieron los signos grabados en el metal.

—Sí —dicho esto, volvió a dejar el disco en el cuerpo—. Sí. Ahora podemos estar seguros. Muy bien, Cass. Ratón, saca a este hombre del pabellón y llévalo aun cuarto mejor... de seguridad. Cass, cancela la búsqueda de Hesha Ruhadze. Ya lo tenemos aquí.

DOMINGO, 8 DE AGOSTO DE 1999, 11:54 PM

RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Khalil estaba nervioso, pasándose el teléfono móvil de una mano a otra. Se negaba a ser él quien llamara. Por cuadragésima vez lo dejó sobre la mesa, intentando calmarse. *Malditos sean los Nosferatu, malditos sean los Gangrel*, pensaba. *¡Y maldito seas tú!*, gritó a la voz de su cabeza.

AÚN ES POSIBLE ARREGLAR LA SITUACIÓN. TU REBELDE INCOMPETENCIA HA PUESTO EN PELIGRO MIS PLANES. RECIBIRÁS UN CASTIGO POR ELLO, TE LO ASEGURO. SIN EMBARGO, DE MOMENTO, PERMÍTEME QUE TE EXPLIQUE QUÉ DEBES HACER SI LLAMAN LOS NOSFERATU. La voz de la mente de Khalil canturreó árida. El Ravnos estiró el brazo y volvió a coger el teléfono. La luz estaba encendida, tenía batería. Apretó un botón para comprobar si había línea y lo apagó rápidamente, por miedo a que las ratas de alcantarilla llamaran justo en ese momento. A sus espaldas, Ramona paseaba nerviosa. Su humor impregnaba la habitación: estaba tensa, fiera, atrapada, obligada a la inactividad. Esto no hacía ningún bien a Khalil; sus suaves pasos se movían al mismo ritmo que la voz de su cabeza, y descubrió que también él había empezado a lanzar y recoger el teléfono al mismo ritmo. Tras decidir ignorar las instrucciones de su amo, se concentró en romper el modelo. Observó con atención la caja negra mate y se obligó a cambiar las cosas rápidamente, pero...

—¡Siéntate, por el amor de Dios! —gritó a su compañera. Los suaves pasos se detuvieron justo detrás de él, y supo que sus manos podían agarrarlo fácilmente del cuello. Transcurrió un largo segundo. Entonces, la vieja silla de oficina crujió mientras Ramona caía sobre ella. Khalil se sentó, dejó el teléfono y miró a su alrededor. Elizabeth, quieta y silenciosa sobre el sofá, le estaba observando. Él le devolvió

la mirada con el rostro inexpresivo e intentó calmarse. Sólo habían pasado dos noches. ¿Qué significaban dos noches para los muertos?

ESTA NOCHE, TIENES UNA OPORTUNIDAD PARA...

Ramona empezó a mecerse en la vieja silla y el mecanismo chirrió al mismo ritmo que el cántico de la voz.

De repente, el teléfono sonó.

_____ 21 _____

LUNES, 9 DE AGOSTO DE 1999, 3:27 AM

UNA GRUTA SUBTERRÁNEA, CIUDAD DE NUEVA YORK

–Así que, ¿qué opinas? –preguntó Mike.

–Creo –dijo Calebros– que, obviamente, no debemos revelar nada sobre Hesha.

Ningún Nosferatu había sugerido comerciar con información falsa. Para los traficantes de secretos, eso era el beso de la muerte.

–¿Los terrenos de caza? ¿Interceder ante el Príncipe?

–Es posible –respondió Calebros mientras se rascaba su deforme cabeza–, pero no estoy seguro de que ese tal Khalil... aunque posea los conocimientos... sea el único recurso. Hesha también tiene que saber cómo se curan las heridas que causa el Ojo de Hazimel, pues según tengo entendido, ha estado buscándolo durante siglos.

–Si consigue salir del letargo...

Calebros asintió.

–Si consigue salir del letargo.

–¿Podemos estar seguros de que realmente está en letargo?

Parecía... bastante peor que eso.

–¿Seguros? Nunca hay nada seguro. Nunca.

COPIA DE ARCHIVO

9 de agosto de 1999

Asunto: Khalil Ravana (véase información biográfica)

K.R. ofreció conocimientos sobre la curación de las heridas provocadas por el Ojo de Hazimel a cambio de 1) terrenos de caza/concesiones del príncipe; 2) información detallada sobre Hesha Ruhadze, sus posesiones /operaciones /etc.

Credibilidad: K.R. podría tener acceso a esa información (supuestamente, Hazimel era un antiguo Ravnos), pero los informes sugieren que es una persona inestable.

Hesha podría poseer la misma información - o podría no recuperarse sin ella.

*~ Demorar este asunto y explorar otras vías de información.
Tratar con K.R. como último recurso.*

MARTES, 10 DE AGOSTO DE 1999, 2:16 AM
RESTAURANTE NAWAB DE BENGALA,
MANHATTAN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Khalil maldijo en voz alta. En teoría, se suponía que las cosas no funcionaban de esa forma; el otro Ravnos y su familia eran quienes debían ayudarle a él, no a la inversa.

Una hora antes, de lo sismica que había sido su reacción cuando por fin sonó el teléfono, había estado a punto de sacudir al vecindario. Pensó que, finalmente, las ratas de alcantarilla le proporcionarían cierta información. Sin embargo, era Sarat, el taxista, quien le había llamado. El hombre bengalí habló rápido y sus palabras

fueron prácticamente incomprensibles por el miedo.

–Amigo mío, por favor, ha sucedido algo terrible. Nuestro hermano mayor se ha ido de nuestro lado. Sin su protección, estamos perdidos. Por favor, díganos qué debemos hacer.

–¿Se ha ido? ¿Qué significa eso?

–Tiraron la puerta abajo y lo apresaron... muchos, muchos diablos... y golpearon a nuestro hermano y desgarraron su carne, y ahora no nos habla. ¡Oh, no puede estar muerto! ¡Prometió que no nos abandonaría en esta tierra extraña! Los diablos danzaron y gritaron sobre la carne de nuestro Hermano Mayor y mi primo Prasad también está a punto de morir... y no sé qué debo hacer. Ahora somos su familia. Ayúdenos, por favor...

¿Diablos? ¿Ghose en letargo? De momento, Khalil era incapaz de imaginar qué había sucedido, pero su instinto le hizo pensar en las posibilidades que podía oír en las abyectas súplicas del mortal.

ESTÚPIDO INMUNDO, LOS "DIABLOS" SON, PROBABLEMENTE, LOS DEL SABBAT. NO NECESITAS A ESOS HUMANOS, Y SI ME PRESTARAS UN POCO DE ATENCIÓN YA TE HABRÍAS DADO CUENTA. TAMPOCO NECESITAS A ESE IMBÉCIL LLORICA DE GHOSE. NO PIENSES EN ESTO NI UN SEGUNDO MÁS. OLVÍDATE DEL MORTAL.

Sin embargo, Khalil ignoró sus palabras. Tras reconfortar a Sarat, se dirigió rápidamente al restaurante Nawab de Bengala. Dejó a Ramona en el apartamento con Liz, pues sólo hubiera sido un obstáculo para sus planes.

Cuando llegó a la puerta, pudo ver por la ventana que el restaurante estaba en orden: las sillas estaban dispuestas sobre las mesas, boca abajo, y no había ningún indicio de que hubiera habido una pelea en su interior. Quienesquiera que hubieran atacado a los Mukherjee habían dado rienda suelta a su ira en el piso de arriba, donde vivía la familia.

Khalil también descubrió que habían dejado abierta la puerta principal. Entró y, con cautela, avanzó por la inmaculada zona del comedor y la cocina. Las escaleras posteriores habían sido construidas con tablones gruesos, de modo que no crujían ni chirriaban. Sin embargo, eran poco profundos y muy estrechos, y se

incrustaban en una diminuta porción de la estructura. *Fueron contruidos para los americanos antes de que engordaran demasiado*, pensó Khalil. *Perfectos para un tipo esquelético como yo*.

Silenciosamente, empezó a subir las escaleras.

Tras dos pequeños tramos, llegó a un descansillo y continuó subiendo. Dos tramos más arriba, las escaleras acababan. En este lugar ya había señales del ataque: la parte superior de la puerta estaba salvajemente astillada y completamente fuera de sus bisagras. Aunque habían vuelto a levantar la tabla de madera destrozada para bloquear la entrada, Khalil podía oír un gran alboroto al otro lado. Llamó una vez con suavidad y las voces que hablaban atropelladas en el interior se detuvieron al instante. El rostro aterrorizado de Sarat miró por un agujero de la puerta, situado aproximadamente a la altura de la rodilla.

–Amigo mío, ¿eres tú?

Khalil sonrió compasivo.

–Por supuesto que soy yo, los diablos no llaman a la puerta. ¿O ahora lo hacen?

Con algunos gruñidos y rascadas, movieron la puerta desde el interior y Khalil pudo contemplar los daños. Realmente era impresionante. El barato mobiliario de madera del apartamento había sido reducido a astillas. La sangre había salpicado la pared del fondo como si fuera un Jackson Pollock monocromático. En la habitación del fondo una mujer lo observaba, con los ojos negros abiertos de par en par, intentando en vano mantener a sus espaldas al niño que había dejado entrar a Khalil en el restaurante la primera vez. Otra mujer estaba acucillada en el suelo, arrodillada en un charco de sangre que se extendía sobre las desnudas tablas de madera pulida. Gimiendo y suplicando, intentaba vendar un terrible corte que había rajado el abdomen de Prasad Mukherjee desde la ingle hasta el esternón. La sábana desgarrada que sostenía estaba totalmente empapada en sangre. Alrededor del muslo de Sarat habían enrollado un trozo de lo que parecía ser la misma sábana, también salpicado de sangre.

Sangre... Khalil olfateó el aire sintiendo un hambre inesperada. Sangre mortal, de las heridas que habían recibido Sarat y su primo. Sin embargo, también percibía algo mejor: sangre vieja, sangre de

Ghose... Intentó controlarse con todas sus fuerzas. No podía atemorizar a aquellas personas. Todavía no, de ningún modo. Se obligó a hablar con delicadeza.

–Sarat, amigo. ¡Es terrible que te hayan herido! ¿Dónde está Ghose?

–Allí. Oh, Khalil. Solía decirnos que nunca moriría, pero me temo que los diablos han podido con él. Rápido, por favor, ayúdame... –Sarat se arrastró, con la cara pálida por la ansiedad y el miedo, y señaló otra puerta. Con dos pasos rápidos, Khalil llegó hasta ella y la abrió.

La masacre generalizada no había llegado a esa habitación. Ghose estaba tumbado, hecho un ovillo, sobre una alfombra que, aparentemente, había sido utilizada por Sarat o una de sus mujeres para arrastrar el cuerpo hasta allí. En verdad, incluso el niño podría haberlo hecho con bastante facilidad: aquel cuerpo destrozado y marchito no podía pesar más que una cesta grande de la lavandería. Khalil se inclinó sobre el miembro de su clan y lo tocó cuidadosamente, aunque ya sabía qué iba a encontrar.

–¿Está muerto, amigo Khalil? No respira, su corazón no late y está frío, pero ya sabes cómo miente... Decía que era inmortal y que no necesitaba de esas cosas, pero ahora tampoco se mueve ni habla. Estoy terriblemente asustado por todos nosotros.

Las ruedas de la mente del Ravnos dieron vueltas mientras buscaba qué podía decirles. Era obvio que Ghose no había iluminado a su familia con ciertas peculiaridades de su existencia vampírica... por no hablar de cómo había exagerado al hablar de su longevidad.

–No, Sarat, tu hermano mayor no está muerto, pero ha sufrido graves daños y los diablos lo han torturado con severidad, tanto física como espiritualmente. Está... durmiendo. Ahora, tú y tu familia tenéis que protegerlo tal y como él os protegió a vosotros durante tanto tiempo... hasta que pueda recuperar su alma de guerrero. Dime, ¿dónde descansa Ghose durante las horas del día? Tenemos que esconderlo de los demonios mientras esté debilitado.

Sarat se deslizó por la pared y cayó al suelo, extenuado y aliviado.

–Hay una trampilla debajo de la cama –dijo–. Allí abajo.

Khalil deslizó el armazón de la cama de hierro fundido hacia un

lado. Tal y como le habían dicho, había una trampilla que accedía a un espacio aseado, en forma de ataúd, que había debajo del suelo. Ignorando la mirada vacía de los aletargados ojos del vampiro, enrolló la alfombra sobre el encogido esqueleto antes de depositar el bulto en el agujero y volver a cambiar el aspecto de la habitación. De momento, todo iba bastante bien.

—Aquí estará bien durante un tiempo. No tienes que preocuparte de nada. Yo cuidaré de él y de tu familia. Ven, voy a ocuparme de ti y de tu primo. Al fin y al cabo, ninguno de vosotros es inmortal.

Aquí hizo un poco de trampa. Confiaba en que Ghose no había explicado nada a los Mukherjee, aparte de la naturaleza del letargo. Si podía convencer a Sarat y Prasad para que tomaran algo de su propia sangre, estaba seguro de que sus heridas se curarían. Sin ella, probablemente Prasad moriría. De momento, no había ninguna necesidad de explicarles los efectos secundarios de convertirse en ghouls.

Khalil levantó al estremecido mortal por el brazo, sonriendo para reconfortarlo, y lo condujo cojeando a la habitación de enfrente. Sí, ahora todos tendrían un nuevo hermano mayor.

Khalil descansaba lánguido en una vieja butaca. Había cerrado los ojos e intentaba ignorar las quejas que canturreaba su malhumorado amo. En ocasiones éste se detenía... y el joven Ravnos abría los ojos ligeramente esperanzado... pero entonces la lengua de aquella voz, afilada por miles de años de inactividad, empezaba a martillearle de nuevo.

Ramona se había ido. Lo hizo a primera hora del martes, pues se sentía incapaz de permanecer inactiva. Había intentado convencer

a su compañero y sacarlo de aquella atmósfera oscura y extraña que le había invadido... pero no había insistido demasiado. Tampoco había regresado aún. *Puede que esté muerta*, pensó Khalil, sin preocuparse demasiado. *Quizá Mary la atrapó y se la comió. Y puede que Mary también me atrapé a mí y me coma*. En conjunto, parecía una idea excelente. Ahora Mary tenía poder. Poder de verdad. No había ningún viejo y malvado bastardo que mirara continuamente sobre sus hombros y gritara dentro de su cabeza. Probablemente en su cuerpo había suficiente sangre fuerte, y el diablo era incapaz de arrastrarse por su mente. Dios, daría todo lo que fuera por volver a gozar de esa libertad...

Un sonido apenas perceptible llamó su atención. Sus ojos sin brillo se desviaron hacia el sofá en el que estaba sentada su silenciosa prisionera, absorta en sus libros y papeles. Cuando dio la vuelta a una página descubrió que aquel era el sonido que oía. Khalil volvió a sumergirse en su desdicha. Por pura inercia, continuó observándola y un nuevo tren de pensamientos se puso en marcha, lentamente.

Hesha Ruzhade es una serpiente muy poderosa, pensó. *En Calcuta, yo era mugre bajo sus pies. Prácticamente no era nada para él, como tampoco soy nada para este jodido bastardo. ¿Y cuál es la diferencia que hay entre nosotros? Yo soy un tipo astuto, pero él es un antiguo o algo muy similar: Y entre Ravana y yo hay unos ocho o nueve ancestros, y para qué hablar de los que hay hasta el Rey de los Diablos o Caín.*

Hesha siempre ha tenido ventaja porque su sangre es más densa que la mía. Khalil se levantó y su mirada apagada permaneció fija en Elizabeth. Elizabeth... una generación más joven que Hesha, aunque sólo el Diablo sabría cuántas generaciones más vieja que Khalil, por muy pocas noches que hubiera vivido. Lentamente, avanzó por la habitación dirigiéndose a ella, mientras abría inconscientemente la boca, mojaba sus labios y deslizaba su cuerpo contra el sofá al acercarse. Saltó como un gato y se sentó, con las piernas cruzadas, sobre el estrecho brazo del sofá.

El Ravnos miró fijamente a la Setita, como un buitro. Por primera vez, pensó en ella como si fuera un escalón en el camino hacia el éxito, no una carta de cambio. Le gustó la idea. Pensó en encontrar a

Hesha con sus dientes aún manchados por la sangre de su chiquilla. De repente, se dio cuenta de que tenía la boca abierta y que prácticamente babeaba. La cerró de golpe.

NO TOMARÁS SU SANGRE, CACHORRO REBELDE. TE LO PROHÍBO.

¡Vete! Puede que seas un antiguo, pero sigues pegado al barro de Calcuta... no permitiré que sigas convirtiéndome en tu esclavo. Soy un Rom libre y puedo hacer lo que me plazca.

Unos instantes después, Elizabeth giró la cabeza y lo miró con frialdad. Khalil se mordió la lengua, molesto por el hecho de que pudiera seguir ignorándolo incluso cuando él estaba pensando en destruirla... que pudiera estar calmada mientras él ansiaba su sangre. Ella no le temía... en absoluto. Sus manos se convirtieron en puños. Los ojos de la mujer miraron hacia abajo, advirtieron sus nudillos tensos y entonces volvió a mirarle a la cara. Las uñas afiladas de Khalil se clavaron en la tapicería. Elizabeth levantó una ceja.

–Maldita seas, zorra. Di algo –siseó.

El rostro de Elizabeth era completamente inexpresivo.

–¿Por qué no me dices nada? Súplica por tu libertad. Pídeme que te deje ir. Pregúntame qué pretendo hacer contigo.

Pero ella seguía callada.

Khalil la golpeó.

–¡Di algo!

Volvió a golpearla.

–Suplícame clemencia. Suplícame.

La golpeó con fuerza suficiente como para romper una mandíbula humana. En sus ojos asomaron chispas, pero mantuvo la cabeza erguida y continuó callada.

Khalil flexionó los dedos hacia atrás y obligó a sus garras (de dos centímetros y medio, sucias y oscuras) a salir de sus vainas, a quince centímetros de los ojos de Liz. Puso una mano en su garganta y la otra en su cara.

–Suplica piedad.

Elizabeth lo miró sin expresar ningún tipo de emoción.

–¿Acaso tienes?

NO TIENES NI PIEDAD NI SENTIDO COMÚN, ESCLAVO.

Finalmente, los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par, mientras Khalil empezaba a retorcerse de dolor y se alejaba rápidamente del sofá y del súbito y estruendoso fuego de su mente.

* * *

Transcurrieron diversas horas en calma antes de que tuviera lugar la siguiente explosión.

Khalil paseaba, masajeándose su dolorida cabeza y mirando a su prisionera, al mismo tiempo que intentaba ignorar la voz... Dios, desearía estar loco para que hubiera voces y algo de variedad, pero solo oía rugir a aquella cosa de Calcuta.

¡ESCÚCHAME!

Sintió cómo sus entrañas saltaban alrededor de su corazón para estrangularlo. Gritó. Notó que la Setita observaba cómo se humillaba, pero no le importó... corrió hacia la pared, atrapado como una rata, y golpeó la cabeza contra ella.

—¡Ya basta! —gritó Khalil; se arañó las manos con los ladrillos. El verdadero dolor de sus palmas, su cabeza, sus nudillos... apenas pudo eliminar la tortura de sus entrañas. *No es real*, juraba desesperado, *no es real, noesrealnoesrealnoesreal*. En su furia y su miedo, el mantra resbaló de su boca hacia la sala.

—¿Qué no es real? —preguntó Elizabeth bruscamente.

ESTO ES REAL.

Khalil gritó y se dirigió, tambaleándose, hacia la cocina. Agarrado a la encimera, observó sus puños que trazaban profundos surcos en la fórmica. Sus ojos se apresuraron a encontrarse con los de su prisionera. Estaba en pie, acercándose a él tanto como sus cadenas se lo permitían. Compasión... ¿por parte de ella? En un destello, sintió que lo comprendía. Estaba asustada. Había estado asustada todo el tiempo. Ocultaba el miedo que sentía del mismo modo que él le ocultaba a ella el control de su amo... ¿pero qué bien les hacía a cualquiera de los dos? A Liz le traicionaba su débil corazón, y a Khalil su débil voluntad.

SOY REAL, gritó la presencia en su cabeza. Khalil permitió que la tormenta de aquella voz aullara por toda la habitación, que la pudieran

oír sus oídos y los de la Setita, las ratas, los ratones y las cucarachas.
¡TE DESTRUIRÉ SI CONTINUÁS DESOBEDECIÉNDOME!

–Por Dios –susurró Elizabeth–. ¿Quién...?

¡ESTÚPIDO MISERABLE!

El hecho de que las ventanas no se rompieran les pareció un milagro. El retumbante ruido continuó construyendo palabras, pero ninguna vibraba en sus timbres.

¿CÓMO TE ATREVES? Khalil cayó al suelo; las odiosas palabras salían por su boca y tuvo la impresión de que desgarrarían su cuerpo con su violencia. **¡ELLA NO DEBE OÍRME! LAS SERPIENTES NO DEBEN CONOCER MI EXISTENCIA... ¡VAS A CONSEGUIR QUE NOS QUEMEN A TODOS! SIENTO TU MENTE, BASTARDO, SIENTO QUE ESTÁS LUCHANDO CONTRA MÍ.**

Con movimientos lentos, pesados y dolorosos, Khalil se arrastró hacia Elizabeth. Aunque ésta no podía comprender qué estaba sucediendo, le ayudó a subir al sofá y le cogió de los hombros, intentando calmar sus contorsiones.

¿ÉSTA ES LA IDEA QUE TIENES DEL VALOR? ¿TU NOCIÓN DE DESAFÍO? ¡QUÉ HUMILDE ERES! ¡ERES UN PERRO, UNA PULGA, UN GUSANO!

Y el cingaro se retorció y gimió como un animal herido. La cruel voz empezó a hablar en un idioma que Liz desconocía.

–¿Khalil? ¿Khalil? –la Setita palmeó con las manos las orejas del *shilmulo*, pero éste la apartó. Liz intentó, sin tener ninguna idea en mente, correr hacia el taller... pero los hierros de sus piernas la sacudieron con fuerza hacia atrás. Cayó y su espalda golpeó la mesa de cristal, que volcó. Papeles y libros cayeron a su alrededor. El mando a distancia también debió de estrellarse contra el suelo, pues, de repente, una música suave los envolvió. Buscó a tientas el mando para apagar la música, pero se detuvo al ver el cambio que había experimentado su carcelero. Sus ojos se habían abierto, aunque sólo ligeramente. Subió el volumen y Khalil asintió, desesperado. Se levantó de un salto y le arrebató el mando de las manos. Violines y estrofas inundaron la sala. El idioma extraño estaba prácticamente amortiguado por el sonido.

–Haz algo que pueda ver –pidió Khalil, jadeando.

Elizabeth escogió una baraja de cartas de entre los pocos entretenimientos que Ramona le había proporcionado. Se pasó la goma por la muñeca y dio la vuelta a la carta superior...

–Jota de diamantes –gritó Khalil.

–Cuatro de espadas –aulló Liz en respuesta. Giró la segunda carta.

–¡Jota de diamantes!

–Diez de tréboles.

–Jota de diamantes.

–Reina de espadas.

Continuaron. Elizabeth barajó y cortó una y otra vez, pero Khalil siguió viendo la carta equivocada cincuenta y tres veces de cincuenta y cuatro. La música y (cuando pensaba en ello) la televisión bramaban a su alrededor, pero la mayor parte del tiempo no parecía haber ninguna diferencia. Khalil se encogió al final de una vuelta, destrozado por los dolores imaginarios, pero Elizabeth le apremió a continuar. Sus esfuerzos por ver la carta real bajo la imaginaria consiguieron alejarlo un poco más de los castigos de su amo. Intentó con todas sus fuerzas escuchar o leer los labios de Elizabeth... y logró establecer otro nivel entre sus sentidos y la mentira. Se concentró en ignorar el dolor interno (*no es real*, se recordaba a sí mismo una y otra vez) y la voz (era real, pero cuando se concentraba de verdad, era menos real que los informativos, la música o las rápidas respuestas de la Setita). Por fin consiguió no pensar en nada más que en los relucientes puntos rojos y negros que había enfrente de él.

–Jota de diamantes.

–No.

–Jota de... –era una figura... era un... rey. Finalmente, preguntó: – ¿Rey de tréboles?

La siguiente carta volvía a ser la enjoyada jota, pero ahora sabía que podía invertir el truco. Una hora más tarde, había conseguido recuperar el control de sus ojos. Apagó la televisión y descubrió que las voces se habían detenido un poco antes. Desconectó el equipo de música y descubrió que su cuerpo sólo le dolía allí donde el muro y los ladrillos habían dejado sus marcas.

–Ahora, viejo tirano... –dijo al aire vacío.

¿HAS ACABADO?

–Sí, y tú también.

–Muerte a los tiranos –murmuró Elizabeth, que volvía a estar cómodamente sentada en el sofá, escuchando la mitad de la conversación.

¿CUÁL ERA EL PROPÓSITO DE ESTE JUEGUECITO?

–No soy tu esclavo. Si me tratas con algo de respeto, seguiré trabajando para ti, como un Rom libre. Si me das lo que quiero, te daré lo que quieres.

¿HAS HECHO ALGUNA VEZ ALGO PARA GANARTE MI RESPETO, ESCARABAJO PELOTERO ENGREDIDO?, dijo la voz. TU OBSTINACIÓN ME HA HECHO PERDER LA PACIENCIA. QUIZÁ DEBERÍA DEJARTE SOLO CON TUS LASTIMOSOS MEDIOS.

Khalil parpadeó y se humedeció los labios. A continuación, se dirigió a la librería y pasó la mano por las cubiertas de los libros.

–Hay una copia de la Declaración de Independencia en el diccionario –sugirió Elizabeth con lucidez–. Y también del Manifiesto de Emancipación.

El Ravnos la miró con recelo. Le estaba ayudando y ahora tenía algo por lo que mantenerse unida a él. Por muy dulce que fuera aquella noche, Liz era una Setita y, con el tiempo, se aprovecharía de él. No podría evitar revelar el secreto que envolvía a Khalil... y además, como era la chiquilla y la esclava de Hesha, se lo explicaría todo. Ahora no habría forma alguna de que pudiera utilizarla para rastrear a Hesha y hacer que ambos se reunieran, a no ser que se asegurara de matar a uno de ellos "accidentalmente" cuando se encontraran. ¿Debía seguir adelante y beber su sangre? No, podría ser útil en caso de que el estúpido antiguo decidiera volver a molestarle. ¿Cómo tenía que ser de fuerte su sangre para poder expulsar al monstruo? Por otra parte, estaba seguro de que la voz que había en su cabeza deseaba matar a Liz, ahora que estaba al corriente de su existencia. Pero no quería darle esa satisfacción.
Mierda.

Los Nosferatu no habían llamado. Aquella puerta estaba cerrada. Encontró lo que estaba buscando y lo cogió: un listín telefónico.
Encontraré a esa serpiente sin la ayuda de nadie. Hojeó las Páginas

Amarillas, buscando adivinos. Mary podría explicarle quién era cada persona de la ciudad. Si tenía la Visión (algo poco probable aunque siempre posible en *un shilmulo*) podría señalarlo con un dedo desde donde estuviera sentada.

Buscó "Adivinos y médiums" en el primer volumen de las Páginas Amarillas y lo tiró al suelo mientras cogía el segundo (que iba de la M a la Z). Encontró a Madame Alexandria en un anuncio que ocupaba una cuarta parte de la página, y en el que ofrecía todo tipo de servicios, desde "Astrología" hasta "I Ching". Su dirección, su teléfono y su página web aparecían en negro sobre un fondo azul cielo, y la lista de servicios llenaba tres columnas en verde, entre las que se había dibujado una rueda de dieciséis radios. Khalil rió entre dientes. Durante décadas, Mary había capeado las leyes de adivinación anti-cíngaras por todo el Imperio Británico. Y ahora atraía a sus clientes con un anuncio diseñado sobre la bandera de los Rom. No tenía ni idea de que se hubiera vuelto tan internacional...

Arrancó la página y volvió a dejar el volumen en su estantería. A continuación, se agachó para coger el primer tomo (de la A a la L) y dejarlo en su sitio. Vio que el otro libro había quedado abierto por las páginas de locales nocturnos: "Los Caballeros de Gala, Club de Bailes Exóticos", "El Asador de Gary" y "Gehena".

Gehena. Khalil volvió a mirar. Estaba escrito en letras mayúsculas, inmensas pero delgadas. El fin del mundo, el ascenso de los Antediluvianos, era el nombre de un bar. *Resulta divertido*. Khalil siguió leyendo. "Deja atrás al rebaño". "No se permiten cámaras ni vídeos". El Ravnos parpadeó; era una forma extraña de decirlo, y también resultaba extraño que gastaran espacio para decir eso en las Páginas Amarillas. Las frases "Entretenimiento para adultos en vivo" y "Buffet libre cubierto" estaban tan juntas que resultaba difícil decir dónde acababa la primera y empezaba la siguiente; ambas líneas podrían leerse como "Buffet libre de adultos en vivo" y "Entretenimiento cubierto". "Abierto desde la puesta del sol hasta el amanecer, siete noches a la semana". Khalil se quedó con la boca abierta. Nadie podía ser tan descarado... "Club 666; Fiesta con DJ La Bestia cada viernes". Miró el número de teléfono que había al final del anuncio: 718-722-2288. Cogió su móvil y, frunciendo el ceño,

pronunció la palabra. 718–SABBATT.

–Mierda –dijo Khalil, y empezó a reír en voz alta–. Mierda...

Resultaba divertidísimo. Era terriblemente obvio. Era sumamente estúpido. Era brillante: el Sabbat había abofeteado en la cara al príncipe de la Camarilla con su presencia, estableciendo un punto de contacto sin el aburrido Elíseo y las normas... Iría aquella noche para ver si era cierto o no. No podía serlo, pero tenía que...

Los cerrojos de la puerta empezaron a abrirse. Los gritos y las risas de Khalil se detuvieron de golpe.

Ramona entró, sucia de polvo y mugre. Empezó a cerrar la puerta de nuevo, lanzando una mirada a su compañero.

–¿Alguna noticia? –preguntó, con un tono que reflejaba que no esperaba ninguna.

–Sí –respondió Khalil casi a gritos–. ¡No!

Sonrió de oreja a oreja.

–No, el Nosferatu no ha llamado para celebrar otra reunión. Pero sí, tengo noticias. Vamos a salir. Vamos a ver a la competencia y a empezar un pequeño juego.

Resultaba alarmantemente sencillo entrar en el Gehena. Khalil, con la máxima confianza que pudo, condujo a Ramona escaleras arriba hasta un muelle de carga, dejaron atrás a un apiñado grupo de fumadores y se sumergieron entre la muchedumbre. Nadie los detuvo. Avanzaron entre los bailarines, los mirones y los borrachos y descansaron en el calmado remolino causado por un amplificador de casi dos metros de altura.

–¿Por qué siempre tenemos que reunimos con la gente en los jodidos bares? –gritó Ramona en su oreja.

–¿Acaso hay algo más que esté abierto toda la noche... y repleto de monstruos? –la Gangrel sacudió la cabeza y Khalil siguió gritando, esta vez más fuerte – ¿Quién diablos va a darse cuenta de que hay un par de muertos en este lugar?

Miró a su alrededor al decir "en este lugar".

Los pies de Khalil sentían la música a través del suelo de hormigón; sus oídos sufrían. La decoración era básicamente de metal: láminas de aluminio estriado en el techo, mesas de acero de dos centímetros de espesor y objetos de hierro forjado más parecidos a los artefactos de tortura medievales que a las sillas. Todo ello dirigía el sonido hacia la sala y la resonancia hacía que resultara imposible seguir la música y que sólo el ritmo pudiera sobrevivir. Miró hacia el techo y descubrió otros niveles de suelo que le bloqueaban la visión. Empujó a Ramona hacia una escalera de caracol y forcejeó con la muchedumbre para subir.

La mayoría de los clientes iban vestidos de negro; sin embargo, era un negro diferente al que vestían los que esperaban en el exterior del Sexton's Dirty Secret. Los del Sexton vestían negro de luto, negro cuervo, negro Hamlet, negro crepé... era un negro deliberado y romántico, o desesperado y nihilista. En cambio, los clientes del Gehena vestían negro calcinado, negro hierro, negro alquitrán, negro carbón, negro muerte... simplemente negro.

En el segundo nivel (en uno de ellos), diversos entresuelos y plataformas parecían soldarse y unirse aleatoriamente al viejo armazón de acero del edificio. Era un lugar tranquilo desde el que podían observar la masa de cuerpos que se retorcían en la pista... o peleaban.

Khalil blasfemó en voz baja cuando vio sangre y dientes en la pista de baile. Un cuerpo cayó sobre la multitud y media docena de personas se abalanzaron sobre él. Seguramente eran los amigos del chico destrozado, que intentaban rescatarlo. Una chica, innegablemente mortal y que gritaba a todo pulmón presa del pánico, intentó huir hacia la puerta. Otra mujer bloqueó su camino. Aparecieron más personas y Khalil dejó de poder ver el pequeño drama. Obviamente, ninguno de los testigos se preocupó en absoluto de lo que estaba sucediendo. El *shilmulo*, a pesar de lo curtido que

estaba, empezó a temblar, se alejó de la barandilla y, de forma inconsciente, se acercó un poco más a Ramona. Hombro con hombro, el Ravnos y la Gangrel continuaron subiendo las escaleras.

En el tercer nivel, Khalil vio unas salas cercadas por cortinas negras. Tras dudarlo unos instantes, se dirigió a la más grande. La puerta interior estaba vigilada, no por un portero grande y fornido, sino por una adolescente delgada y bajita. Su lánguida mirada se posó una vez sobre Khalil y dos sobre Ramona, para después volver a perderse en la distancia.

–Pasen.

–Gracias, nena. –Khalil se obligó a parecer más seguro de lo que en realidad estaba.

En el interior de los muros de cristal y las cortinas de lona negra, la gente hablaba entre susurros. Pequeños grupos de hombres, mujeres y niños estaban sentados en sofás, alrededor de las mesas.

Cuando entraron, todas las miradas de la sala se volvieron hacia los recién llegados. A continuación, a medida que el interés por ellos empezó a desvanecerse, las miradas se fueron desviando poco a poco hasta que, por fin, todos los grupos regresaron a sus asuntos como una entidad completa.

Khalil sintió hielo en la nuca y dio un paso adelante, sonriendo con algo de sangre fría para ocultar su repulsión. Ramona estuvo a punto de pisarle los talones, de tan cerca que estaba, pero a Khalil no le importó en absoluto. Casi le resultaba reconfortante tenerla a su lado.

La sala volvió a cobrar vida. Las personas se levantaban, se movían y se unían a otras conversaciones. Una mesa que había junto a la pared se llenó y los taburetes de un mueble desaparecieron para que se sentaran grupos más grandes. Por casualidad, un cómodo sofá confidente quedó libre en el centro de la sala. Al verlo, el *shilmulo* maldijo en voz baja, pues era el único lugar en el que podían sentarse. El Sabbat, tan limpiamente como un prestidigitador, le acababa de obligar a hacer esa jugada.

Ramona y Khalil se dirigieron lentamente hacia el doble sofá. Se sentaron separados de forma automática, renunciando a la proximidad física para poder ver en ambas direcciones. Dejaron un lugar vacío

junto a cada uno de ellos; el Ravnos vio que su compañera se sentaba de tal forma que impedía toda posibilidad de que alguien se sentara a su lado. Él dejó su bolsa sobre el asiento y se recostó ligeramente, para que nadie pudiera sentarse al suyo.

¿Y ahora qué?, se preguntó. Con cada segundo que pasaba, esta cruzada le parecía menos brillante. La escena de su derecha cambiaba constantemente y le resultaba difícil seguir la pista de los rostros y sus movimientos; en cualquier momento podría surgir una sorpresa. A su izquierda había una confusión de personas sentadas alrededor de una mesa. Las etiquetó en su mente: un tiburón abúlico, un gato que se escabullía, una tortuga estoica, un mono charlatán, un gallo que se pavoneaba y un perrito patético. El lenguaje corporal de aquellas personas, por sí solo, bastaba para enervar al *shilmulo*. Los animales se tocaban entre sí demasiado: manos, piernas, palabras, miradas y bocas se entrelazaban en la cabina. El perro y el gato acariciaron al tiburón y se sentaron un poco más lejos, juntos; el gallo alardeó y dejó que el mono le acariciara la cara y el cabello. Khalil se dio cuenta de que los estaba observando atentamente cuando el joven gallo, como un pájaro, le devolvió la mirada con sus ojos pequeños y brillantes.

—¿Qué cojones quieres? —preguntó el hombre desde su asiento. Las manos del mono se apartaron bruscamente. De repente, todo el grupo estaba observando a Khalil.

El Ravnos sostuvo la mirada con el más orgulloso: recordó que los gallos de pelea eran, al fin y al cabo, pollos... y que cuanto más alardeaban, más débiles eran sus picotazos... *Pero no mires al tiburón...*

—A ti no —respondió Khalil, burlón. Miró de arriba abajo al hombre y vio que éste se molestaba. Entonces, volvió a mirarlo y éste dio un paso hacia atrás. El Ravnos sonrió y se humedeció los labios—. Definitivamente, a ti no. Tengo que hablar con alguien... importante.

El gallo se abalanzó hacia delante; el perro se sacudió y le siguió para no quedarse atrás; el tiburón estaba preparado... pero se recostó perezosamente en su asiento. El gato tocó al mono con la punta del pie y el mono cogió a los dos luchadores por los hombros y les susurró algo. Toda la mesa miró hacia el otro lado de la sala, más allá de

Khalil, y guiñaron los ojos con respetuosa satisfacción.

El estereotipo perfecto de aristócrata colonial miraba, entre su larga nariz, a los intrusos. Instantáneamente, el gitano que había en Khalil se indignó.

–¿Y bien? –preguntó el hombre de cara alargada, con una voz infinitamente cansada–. ¿Qué es lo que quieres? Puedes hablar conmigo.

–¿Eres el jefe de este lugar? –exclamó Khalil, reflejando una evidente incredulidad.

–Lo soy –respondió el aristócrata con cautela, mientras observaba a Khalil y a Ramona como si fueran insectos clavados en una sala de exposiciones.

Khalil sonrió de oreja a oreja.

–¿Te importa que lo compruebe? –sacó un pequeño espejo redondo de plástico de su bolsa y lo puso bajo la mano del hombre. Su piel gris se sonrojó un poco por la cólera... pero el espejo lo reflejó. Khalil sacudió la cabeza y carraspeó–. No, creo que no lo eres.

A sus espaldas, surgió una mujer de entre la multitud que rió como las campanas al viento. Vestía un mono plateado que realzaba su cuerpo esbelto y pálido. Tanto sus ojos como su cabello, negros como el azabache, eran espectaculares.

–Siéntate, Jean-Paul –sugirió afablemente–. ¿Quién se cree que es este tipo para saber el elevado puesto que ocupas en nuestros consejos?

Arrancó el espejo de las manos de Khalil y sus brillantes uñas blancas no mostraron ningún reflejo.

–Relájense todos –insistió, sonriendo al gentío que había a su alrededor: los animales, Jean-Paul y dos intrusos... que ahora eran, sin lugar a dudas, sus invitados.

–Bueno –dijo la mujer plateada acercándose al borde del asiento de Khalil–. Soy Yve y él es Jean-Paul.

Jean-Paul se quedó de pie en un extremo del asiento de Ramona.

–Tienes pinta de ser un hombre que se propone algo. ¿Para qué has venido a este lugar?

–Tengo un par de cosas que merece la pena negociar y hay

algunas cosas que deseo. Me gustaría hacer un trato.

–Ya veo –Yve cruzó sus largas piernas y lo observó con curiosidad–. ¿Qué tipo de "cosas" traes a mi mesa?

–Tengo cierta información... –Khalil se detuvo de forma significativa– sobre el Ojo de Hazimel, ese objeto de fama tan terrible. Puedo decirte cómo curar las heridas que provoca.

Los ojos negros de Yve se abrieron ligeramente, pero su voz permaneció indiferente.

–¿Qué te hace pensar que no sabemos ya todo lo que tenemos que saber sobre ese Ojo? Cuéntame más, si tienes la bondad.

–Puedo ofrecerles una forma de rastrear el Ojo –*no es transferible*, pensó, *pero esta preciosidad no tiene por qué saberlo*–. Información sobre cómo utilizarlo y cómo detenerlo cuando ya no lo necesitas.

Siguió hablando, entusiasmado por la atenta expresión de su compañera.

–Fragmentos olvidados de las leyendas que hablan sobre él; la verdadera historia sobre su origen; el relato de todo lo que ha hecho desde que llegó a América –Khalil cruzó los brazos con suficiencia. En caso de necesidad, incluso podría darles algo de lo que había prometido.

–Si realmente sabes todo eso, ¿por qué... –Yve buscó las palabras adecuadas – no buscas tú mismo el infame Ojo?

Se acercó un poco más; parecía genuinamente interesada.

Khalil sonrió. Que alguien con conocimientos sobre el tema le preguntara eso tan seriamente era prácticamente un cumplido.

–Siento un saludable respeto por mi pellejo –respondió, encogiéndose de hombros–. Además, vosotros sois quienes tenéis quejas contra los veteranos, si es que sabes a qué me refiero. Alguna noche tendréis que ir a por ellos, asumiendo que contéis con alguien más duro que J.P. para resistirlo...

Khalil observó con escepticismo a Jean-Paul, que no se estaba divirtiendo en absoluto.

–...el Ojo puede ser un arma poderosa. Y allá donde hay uno, es obligatorio que haya otro. Saber cómo curar las heridas puede ser muy conveniente –Khalil se acarició el bigote con orgullo–. Además...

–¿Hay más?

–Soy un hombre de mundo, Yve. Veo cosas.

–¿Y qué cosas has visto? –su hombro rozó el de Khalil.

–¿Qué puedo esperar a cambio? –la miró.

–¿Qué quieres? –Las largas pestañas de Yve coquetearon con él, prometiéndole un gran pacto.

–Para empezar, dinero.

–Bien, eso es bastante barato –guiñó un ojo–. Dinero para nuestro nuevo amigo, Paul.

El aristócrata metió una mano en el bolsillo de su largo abrigo negro y sacó una gruesa y anticuada cartera. Echó un vistazo a su interior y sacó todo su contenido (casi dos centímetros de billetes de cien dólares). Los depositó, con gracia, sobre la mesa, delante de Khalil.

Éste los cogió sin contarlos y mantuvo la mirada fija en su anfitriona.

–Sangre de la Camarilla.

–Oh, me gusta. Para magia o para...

–Para lo otro. Los príncipes americanos desovan hijos como si fueran conejos, ¿verdad?

–Sí, la verdad es que así es. Especialmente en Nueva York. Podemos marcar un conejo joven para ti con bastante facilidad. En este lugar, Michaela no puede mantener las manos apartadas del dinero y son muy pocos los que pueden luchar. Por supuesto, en cuanto hayamos leído el testamento de uno de ellos, el tema de atraparlo será problema tuyo –volvió a sonar su risa de campanas–. En realidad, serás tú quien nos esté haciendo a nosotros un favor, querido Khalil. Pide algo difícil.

–Seguridad mientras me encuentre en Nueva York.

Sus cejas se levantaron.

–Eso será más difícil de conseguir. Me ocuparé de ello... –se detuvo, reflexionando–. Seguramente podremos hacer algo. Escoltas en nuestro territorio, un refugio bastante seguro durante tu estancia... Por supuesto, sería mucho menos complicado si fueras uno de los nuestros.

La modulación de su voz era una pregunta y una invitación, no

una afirmación. Antes de que Khalil pudiera responder, sacudió la cabeza, descartando el tema.

–Simplemente piensa en ello. Como ya sabrás, hay... beneficios considerables.

Ramona se aclaró la garganta ruidosamente y rompió la atmósfera que se había creado. Khalil vio que le estaba mirando y volvió a hablar. Aunque no dijo lo que la Gangrel estaba esperando, éstas eran las personas que podrían conseguirlo.

–Quiero a Hesha Ruhadze.

Las cejas de Yve volvieron a levantarse. Jean-Paul simplemente parecía perdido.

–¿Ruhadze? –repitió cuidadosamente. Khalil asintió–. Ah. Hesha abn Yusuf.

Ahora le tocó a Khalil parecer sorprendido. Yve miró primero a un hombre y luego al otro, y a continuación explicó:

–Un Setita negro, calvo y arrogante. Viajó mucho por Europa durante el siglo pasado. ¿Cómo lo quieres?

–Apaleado, quemado, estacado y expuesto al sol.

–¿Y quieres su cabeza sobre una bandeja de plata?

–Si os resulta más sencillo...

–Somos crueles, ¿verdad?

Khalil recordó la mano negra de Hesha clavándole una estaca cuando estaba a punto de atrapar a su presa; la educada voz de Hesha sermoneándole; la humillante espera de Chicago, aguardando a un hombre que no llegó nunca; el hecho de que, si Hesha no hubiera arrebatado el Ojo en Calcuta, la voz no hubiera exigido los servicios de Khalil. No podía permitir que la serpiente siguiera con vida.

–Llámalo así, si quieres –respondió rápidamente. Lanzó una mirada de advertencia a Ramona, que parecía estar deseosa de hablar–. ¿Puedes hacerlo?

–Tendré que consultarlo con mis compañeros; se trata de un Setita que tiene cierta... reputación. Y aquí hay un templo muy fuerte...

–se encogió de hombros–. Podemos matar a cualquiera, pero la cuestión es que tenemos que saber si lo que nos ofreces merece tanto la pena como para arriesgarnos a aliar a las serpientes con la Camarilla.

»¿Te importa –añadió, levantándose– que lo discutamos unos instantes?

Ramona se movió nerviosa y lanzó una mirada de advertencia a Khalil, quien también sintió que le recorría un escalofrío por la espalda. Aún cordial y con confianza, levantó la mano para detenerla.

–Puedo hacer algo más que eso. Toma, es mi teléfono... llámame cuando decidáis qué podemos hacer los unos por los otros, y cuándo lo haremos –se levantó–. Mi amiga tiene otra cita esta noche y no me gustaría que no pudiera asistir.

Yve cogió su tarjeta y sostuvo la mirada de su huésped unos instantes. Parecía decepcionada; el Ravnos no sabía si sentirse halagado o asustado.

–Te llamaremos. Te llamaré. Decidamos lo que decidamos. De todas formas, creo que podremos ayudarte.

Khalil hizo un reconocimiento del camino de salida: estaba despejado y Ramona ya se encontraba junto a la puerta. *Sin despedirse*, pensó. Siguió su ejemplo.

* * *

En el exterior, de camino a casa, Ramona cogió a Khalil de la manga e intentó verle la cara. La suya reflejaba tristeza.

–Quieres que acaben con Hesha. Me dijiste que simplemente íbamos a intentar encontrarlo. Y le dijiste a Liz que ibas a llevarla con su novio. ¿Qué diablos está pasando?

Khalil sabía que esto iba a suceder. Desde que habían salido del nido del Sabbat, había ido pensando en una respuesta que Ramona pudiese aceptar. Separó sus garras de su ropa y le respondió pacientemente.

–Hesha ató a Liz con su sangre. Ella simplemente cree que lo ama. Si lo matamos, la liberaremos, ¿de acuerdo?

¿Qué sabes sobre los vínculos de sangre? ¿Acaso ignoras que Liz no es más que una esclava para él? Él fue quien la encadenó y la dejó expuesta al sol... Sin embargo, Liz se arrastraría para besarle los pies si la dejáramos libre. ¿Acaso crees que me gusta tenerla encerrada? –sintió un pequeño escalofrío–. En realidad, él hubiera

preferido... No pienso utilizarla para rastrear a Hesha sabiendo lo que le hizo –añadió–, pero tampoco puedes dejar que sepa qué es lo que estamos haciendo por ella pues, probablemente, el vínculo de sangre la volvería loca intentando detenernos. Pero no podemos liberarla, pues correría a sus brazos.

Ramona no dijo nada, pero la tensión se relajó. Khalil se humedeció los labios y sonrió satisfecho en la oscuridad.

* * *

Jean-Paul, pálido, se volvió hacia su compañera.

–¿Es un Ravnos, verdad?

–Oh, Jean... ¿cómo puedes saberlo?

–Lo sé. Maldito chucho gitano.

–Tienes razón, pero es muy retrógrado por tu parte decir esas cosas.

Paul tembló de rabia.

–¿Por qué le has hecho caso? Podrías haberle clavado una estaca, haberlo interrogado, haberlo llevado a... –movió la palma de la mano horizontalmente, en un gesto tan significativo como poner un dedo delante de la garganta.

–Jean-Paul, lo sabes perfectamente. Si tocas a un Ravnos sin tomar precauciones, todas las sanguijuelas gitanas del continente acamparán ante la puerta de tu casa y te perseguirán.

–Por si no te has dado cuenta, últimamente no hay demasiados Ravnos en los alrededores. Una de tus manadas alardeaba de haber despellejado anoche a un viejo cingaro en su refugio –Jean-Paul levantó sus palmas abiertas–. Pero yo no he visto que haya habido repercusiones.

–¿Qué crees que podría ser?

–Si ese perdedor está implicado, no puedo creerme que sea una trampa. Nadie que vista así de mal puede ser peligroso.

–Sin embargo...

–Pero, ¿por qué diablos has negociado con esa basura? Yve, el simple hecho de hablar con él es rebajarse –sus largas y pálidas manos se acercaron a ella para acariciar su espalda.

La Lasombra vio cómo su compañero se iba apagando.

–Además, tú también eres de sangre azul. ¿Dónde estabas cuando los *intrigantes* estaban ocupados en tu castillo? Jean-Paul, ¿no has oído nunca decir aquello de que a una persona se le tiene que dar más cuerda? ¿Qué hay que dejar que el acusado se condene solo? Si dejas que un hombre presionado hable todo lo que quiera, acabará por contarte mucho más de lo que quería. Tranquilízate.

Lo dejó a solas un momento para intercambiar unas palabras con los jóvenes que ocupaban la cabina de al lado, los que habían tenido el primer contacto con su nuevo problema. Éstos la escucharon con entusiasmo y abandonaron en grupo la sala. A continuación, Yve regresó con Jean-Paul y, tras reflexionar unos instantes, lo llamó.

–Jean.

–Sí –respondió malhumorado.

–Habla con el arzobispo de mi parte. Háblale de nuestro visitante... Cuéntale lo que nos ha explicado Khalil sobre el Ojo de Hazimel y pregúntale si realmente existe –Jean-Paul la miró fijamente, incrédulo. A continuación se alejó con paso majestuoso para hacer lo que le había pedido.

E Yve, una vez sola, se sentó y se quedó mirando pensativa el espejo que Khalil se había dejado.

Khalil estaba tumbado, aún somnoliento, sobre la cama de Elizabeth. Sostenía la cartera con ambas manos, calculando, mediante el tacto, el número de dólares crujientes y tiernos que había en su interior. De repente, un sonido estridente inundó sus oídos; buscó a tientas su teléfono móvil mientras intentaba recuperar la consciencia.

–Hola –murmuró. Un tono monótono (el de la línea) le

respondió. Aquel sonido estridente se repitió. ¿Otro teléfono? ¿Quién tenía otro teléfono? Ramona no había dormido en el apartamento... y, además, Ramona no tenía teléfono. Sonó un cuarto timbre, un chasquido y entonces, el mensaje del contestador automático canturreó hasta emitir un pitido.

–¿Lizzie? ¿Estás ahí? Soy Amy... Amy Rutherford. Antonio ha intentado hacer una entrega en tu apartamento esta mañana, pero no ha podido entrar. Me ha dicho que le ha parecido ver otro cerrojo en la puerta. ¿Es eso cierto? Y que las ventanas estaban pintadas de negro. La tía Agnes no lo sabe todavía, pero pronto lo sabrá y me gustaría saber qué debo decirle... y a mi madre. ¿Lizzie? ¡Coge el teléfono! ¿Tienes algún problema? ¿Necesitas ayuda? ¡Lláname! –un silencio frustrado llenó el intervalo–. ¡Quienquiera que seas! ¿Dónde está Elizabeth Dimitros? ¿Por qué ha pintado las ventanas? ¿Por qué la puerta está atrancada? ¡Está invadiendo una propiedad privada! Coja el teléfono o llamaré a la policía.

Khalil salió de la habitación rodeada de cortinas con los ojos llenos de lágrimas y vio que Elizabeth, encadenada al extremo incorrecto del sofá, forcejeaba desesperadamente con sus grilletes para alcanzar el teléfono. La voz continuó hablando, con más suavidad.

–Liz. El servicio de Hesha no responde; sólo consigo que me pasen con la secretaria de su secretaria. ¿Qué está pasando? ¿Acaso los terroristas os han encontrado? ¿Estáis bien? Por favor, que alguien responda a este mensaje y... –la cinta se acabó y cortó sus palabras en medio de la frase.

–¿Una amiga tuya, Lizzie?

La Setita se giró y miró cautelosamente hacia él. Khalil era incapaz de saber si estaba resentida con él o preocupada. Adoptó una expresión inquisitiva, cautivadora y condenable para contrarrestar la de Liz. Aquella noche se sentía muy superior, y eso se debía en gran medida al fajo de billetes que llevaba en el bolsillo. Nunca antes había tenido la oportunidad de comprobar los límites de su avaricia. Qué agradable era encontrar finalmente algo ilimitado para lo que estuviera capacitado. Además, aquella llamada telefónica... también le había proporcionado algunas ideas.

Presionó el PLAY y volvió a escuchar la patética voz mortal.

–Rutherford... Rutherford House es el lugar donde trabajas, ¿verdad? Antes de morir, por supuesto –se dirigió al estudio de Elizabeth y examinó las antigüedades que había sobre su mesa de trabajo.

–¿Esto es de plata de verdad? –preguntó, levantando una bandeja–. Parece muy valiosa.

–Para un coleccionista... –admitió cuidadosamente la Setita.

Khalil observó la mesa donde estaban el ordenador y los archivos. Se agachó delante de los estantes y rebuscó entre el desorden en el que los había dejado durante la mudanza. Recordaba haber visto una carpeta con el título de "Seguros"... ahí estaba. La abrió y siguió con la sucia uña de su dedo índice una lista de tasaciones y primas.

–Parece que una gran cantidad de dinero va a parar a la Antigua Casa de Rutherford. A Amy, ¿Es amiga tuya?

–Es... simplemente mi jefa.

–Parece estar muy orgullosa de ti.

–Probablemente, sólo está preocupada por el apartamento –Liz intentó eludir el tema.

–Y por eso tu mesa de trabajo está repleta de tarjetas y cartas en las que la despedida es: "Te quiere, Amy".

Elizabeth no respondió.

–Bien, podrás verla dentro de poco. Vamos a hacer una visita a los Rutherford, tú y yo. Una de estas noches.

La Setita levantó la cabeza, sorprendida.

–¿Por qué?

–Cuando estemos allí, me indicarás algunos objetos. Objetos valiosos.

–No pienso ayudarte.

–Oh, claro que lo harás. Soy un terrorista. Amy lo ha dicho. Los terroristas matan a las personas cuando éstas no hacen lo que se les pide –tiró al suelo los archivos y se sentó de un salto en el asiento que ella solía ocupar–. De modo que harás lo que yo te diga, y lo harás a la perfección. Me ayudarás a entrar y a salir. Me explicarás todo sobre los sistemas de seguridad y recordarás todos y cada uno de los

jodidos detalles. Utilizarás esa lengua bífida que tienes para explicar una historia plausible a tu amiga... o te quedarás sin amiga para siempre.

Dejó que sus palabras se asentaran en la cabeza de Liz.

–Y no intentarás hacer trampa ni jugar sucio conmigo, ni antes ni después. La dirección particular de la querida Amy también está sobre tu escritorio.

Relajándose un poco y sintiéndose satisfecho por el efecto, Khalil se recostó en la amplia silla que había enfrente del asiento de Liz. Dejó pasar cierto tiempo, pensando en las cifras de las carpetas de seguros, las pequeñas trampas y las ilusiones que podría tener preparadas cuando llegara el momento y los problemas que podrían surgir. Sus ojos de azabache volvieron a posarse sobre la chiquilla Setita, y se estrecharon pensando en aquella baza.

–Estás pálida, muchacha. Supongo que si no vamos a cazar esta noche, no me servirás de ninguna ayuda –abrió las esposas y desenrolló la cadena de la columna. Ella no hizo ningún movimiento. Khalil la apremió, tirando ligeramente de ella–. Ven.

Elizabeth siguió sentada donde estaba. El pelo le caía sobre la cara, ocultando su expresión. Khalil se preparó para golpearla por su rebeldía, pero pensó en la voz y vaciló. Observó la posición de sus hombros y vio desesperación, no resistencia.

–¿Te sentirías mejor si te dejara morir de hambre? –preguntó, intentado hacer una broma... intentado sujetar con la mano el puño que ya tenía preparado.

–¿Me moriría? –preguntó ella, tranquilamente y sin interés.

Es completamente una cría... no sabe nada de nada, pensó Khalil despectivo.

–No –replicó–. Pasarías aproximadamente una semana agonizando de hambre y dolor; a continuación te arrugarías y te enrollarías hasta que oleras sangre. Entonces irías a por ella, querida, sin importante a quién o a qué pertenecía; beberías hasta la última gota y te sentirías desconcertada durante unos segundos. –Inclinó la barbilla, pensativo–. Podrías recuperar el control después de haber asesinado a... digamos... dos personas. Adultas, por supuesto. Sin embargo, es más probable que sean los niños los que husmeen por

las grutas y los edificios antiguos y todo eso...

–Iré –dijo Elizabeth con los dientes apretados y con la imagen de los jóvenes amantes destrozados en el oscuro callejón brillando en sus ojos–. Iré.

SÁBADO, 14 DE AGOSTO DE 1999, 10:30 PM

BROOKLYN HEIGHTS, BROOKLYN CIUDAD DE NUEVA YORK

–Ramona –dijo Khalil, mientras avanzaban por el pavimento, buscando alguna presa.

–¿Sí? –la Gangrel mantuvo la mirada en la calle; estaba hambrienta.

–Búscame un perista, uno con clase.

–¿A qué diablos te refieres cuando dices "con clase"?

El Ravnos bajó la voz.

–Estoy planeando algo grande –delante de ellos, una mujer se dirigía sola hacia... ¿podía ser un bar?–. No puedo seguir yendo a aquella vulgar tienda de empeños. Necesito un hombre que pueda manejar *artículos* de calidad.

Hizo una curva en su camino para acercarse al bar. Ramona se detuvo de golpe, mirándolo de una forma que ahora ya le resultaba familiar. *¿Qué diablos habré dicho esta vez?*, se preguntó Khalil.

–¿Por qué crees que sé algo sobre esa mierda? Procedo de una buena familia, hijo de puta. No soy una ladrona... no voy por ahí robando mierda a no ser que sea absolutamente necesario...

–Pero conoces Nueva York mucho mejor que yo –respondió. Se encontraban delante de la puerta del bar y pudo ver, desde allí, que la mujer se había sentado sola–. Ya he encontrado a mi presa. Ve a buscar la tuya y reúnete conmigo en la oficina de correos a medianoche; si no vienes, iré sólo a la reunión.

* * *

El taxi se detuvo enfrente de un pequeño restaurante de Manhattan vistosamente decorado. Sarat Mukherjee acercó el coche al aparcamiento, apagó el motor, salió y le abrió la puerta a Khalil... una cortesía que Ramona no le había visto hacer antes. Al ver que el indio no volvía a entrar en el taxi, Ramona lo miró extrañada.

–¿Va a venir con nosotros? –susurró a Khalil.

El hombre se dirigió rápidamente al establecimiento, prometiéndoles que estaba todo preparado y que esperaran un minuto, por favor.

–Por supuesto. ¿Por qué no? El restaurante es de su primo.

–¿Vas a meter en esto a tus amigos? No puedo creerte. No puedes permitir que se enfrenten a este tipo de peligro...

–¿Qué peligro, querida?

Articuló la palabra sobre el capó del coche:

–El Sabbath.

–Ya están en peligro, cariño. Están vivos. Me conocen –sonrió con maldad y pasó bajo el arco de la entrada.

La Gangrel lo siguió sintiéndose culpable. Una camarera vestida con un sari apareció para darles la bienvenida y un niño pequeño que estaba bajando las sillas para la cena le dedicó una sonrisa curiosa y resplandeciente. Sarat, Khalil, un hombre vestido con un traje y otro que llevaba un delantal blanco hablaban cerca del centro de la sala. Ramona no podía entender el idioma (ni siquiera podía adivinar de cuál se trataba), de modo que se sentó pesadamente junto a una mesa cercana a la puerta. El niño se acercó a ella y limpió la mesa, con una sonrisa radiante que mostraba sus dientes (dos de adulto, uno de leche y un agujero en el que sólo asomaba una fina línea del esmalte). Ramona pensó en un ciclista (un miembro del Sabbath al que había visto por última vez con la mandíbula medio salida de la cara), pensó en el Gehena, en la esquelética chica de la entrada, en el chico con el que Khalil había intercambiado palabras, en Yve y en el estirado Jean-Paul... y volvió a levantarse.

–Khalil, tenemos que hablar –los cuatro hombres se volvieron

para mirarla.

–Eso mismo es lo que he venido a hacer, querida –echó una ojeada al reloj–. Eso es lo que estaba haciendo. Los emisarios del Sabbath llegarán en un minuto y los Mukherjee y yo tenemos que ultimar los preparativos.

Dijo otra frase en aquel extraño idioma y el cocinero, la camarera y el niño empezaron a mover los muebles.

–¡Khalil! Tienes que sacarlos de aquí antes de que lleguen los malditos "comisarios".

Su compañero se giró lentamente para mirarla.

–¿Tienes escrúpulos, cariño? –echó un vistazo a su alrededor: había una mesa y dos sillas en medio de la sala y dos grandes mesas redondas a ambos lados de la puerta, rodeadas cada una por seis sillas–. Van a sentarse contigo mientras yo hablo con el pez gordo. Aunque se vayan, el pez gordo sabrá que han sido ellos quienes nos han preparado esta cena. ¿Realmente quieres sentarte sola enfrente de uno de los tipos que conocimos la otra noche?

Ramona cerró los puños en una agonía de miedo y autocontrol. Con gran esfuerzo, logró decir:

–Envíalos a casa.

Khalil se acercó más a ella, riendo.

–Viven aquí. Sarat y su familia viven en el tercer piso y el dueño del restaurante en el segundo. Sacaré al niño de la vista, si eso es lo que te inquieta.

Ramona espetó algunas frases selectas que había aprendido en el barrio de Los Ángeles en el que se había criado.

–Mientras eso signifique que sí, de acuerdo. Ahora siéntate, cariño –volvió a dirigirse al hombre del traje y las luces del restaurante perdieron intensidad. La familia Mukherjee (sólo los adultos) ocupó sus asientos junto a Ramona y Khalil se sentó en una de las sillas que había en la mesa central.

Poco después, la puerta se abrió y las campanillas que pendían en lo alto repicaron débiles.

Khalil observó, tan fríamente como le fue posible, mientras el tiburón y el gato entraban en la sala. Tras comprobar la disposición de las mesas, llamaron por señas a un pequeño rostro que había junto a

la entrada. Entonces entró el mono y el perro sostuvo la puerta para el resto del grupo: la tortuga y el gallo y, finalmente, detrás de todos ellos, Jean-Paul.

Su gélida mirada se detuvo en Ramona, los ayudantes de Khalil, la mesa para seis vacía y el asiento que había quedado libre para él en la mesa central. Olfateó el aire con evidente disgusto. Chasqueando los dedos, ordenó al grupo que ocupara sus asientos. Tras observar cuidadosamente su silla, se sentó y empezó a hablar sin saludar ni hacer ninguna introducción.

—Respecto a Hesha, estamos deseosos de realizar ese encargo, pero el hombre ha desaparecido. Incluso existe la sospecha de que, si no hemos podido encontrar su pista... es simplemente porque ya no existe.

Khalil frunció el ceño ligeramente.

—No lo creo. Si así fuera, lo sabría.

Jean-Paul pareció sorprendido.

—¿De verdad?

SÓLO LO SABRÍAS SI YO TE LO DIJERA, SAPO INMUNDO. Y TENDRÁS QUE MENDIGAR ANTES DE QUE LO HAGA.

Khalil ignoró la voz; este asunto sólo le incumbía a él.

ESTÁS MÁS QUE BIENVENIDO A TU "ASUNTO", CHIQUILLO. ESPERA Y VERÁS.

El Sabbath levantó una ceja y continuó hablando.

—Por supuesto, si lo encontramos, cumpliremos nuestra parte... pero para protegernos de un trabajo infructuoso, debo preguntarle si, en caso de que ese hombre haya encontrado su segunda y definitiva muerte, respetará el precio que hayamos fijado, sea el que sea.

—Sí, siempre y cuando lo demuestren.

—Por supuesto.

Jean-Paul sacó un pequeño cuaderno de cuero y un bolígrafo de oro.

—¿Puede decirnos algo sobre las últimas actividades de Ruhadze? ¿Algo que pueda ayudarnos en nuestra búsqueda?

—¿Quieren que les proporcione información?

—Queremos saber quienes son sus enemigos Setitas, sus amigos, socios, hábitos, cacerías... Cualquier cosa que pueda

ayudarnos.

La expresión del Ravnos se agrió.

—Para eso, tendría que dejar algo definitivo sobre la mesa.

Puede que no lo encuentren y entonces, ¿qué conseguiría yo si les proporcionara esa información a cambio de nada? Ya sabe que se trata de una serpiente que goza de una posición privilegiada. Desde dentro.

La boca del aristócrata se torció. Arrancó una hoja de su libreta y escribió un nombre, una descripción y una dirección. Jean-Paul deslizó el papel sobre la mesa y dijo amablemente:

—Ésta es la última niña del príncipe. Echa de menos a su mamá y a su papá, pobrecita. Duerme en el refugio de Michaela, por supuesto, pero la mayoría de las noches visita su antiguo hogar, después de que se apaguen las luces. Si va a este lugar, la verá. ¿Es suficiente?

Khalil leyó la nota, sonrió y asintió. Dobló el papel y lo guardó en su bolsa. A continuación, con cuidado, ignorando los airados rugidos de la voz de su cabeza, explicó todo lo que sabía sobre Hesha Ruhadze. El Sabbat (es *un Ventrue renegado*, decidió Khalil. *Este petimetre no puede ser nada más que eso*) apuntó todo lo que le decía. Hizo algunas preguntas y el Ravnos respondió a casi todas con sinceridad. Evitó, cautelosamente, todos y cada uno de los puntos relacionados con Elizabeth y el interés que tenía Hesha en ella... no quería que aquellos animales hicieran una visita al apartamento que había convertido en su refugio.

—Excelente —dijo Jean-Paul—. Ahora, hablemos del Ojo. No estamos preparados para discutir el pago de su oferta. Supongo que imagina lo difícil que resulta juzgar la magnitud de la deuda en la que podemos incurrir.

Khalil sonrió. ¿Qué precio tenía el Ojo de un vampiro Antediluviano? O de un Matusalén, dependiendo de la historia que creyeras.

VOY A AVISARTE POR ÚLTIMA VEZ. ERES JOVEN Y ESTÚPIDO Y PRETENDES ENTROMETERTE EN LOS ASUNTOS DE TUS ANTIGUOS. SI NEGOCIAS ESAS COSAS SIN QUE YO DÉ EL VISTO BUENO, LO LAMENTARÁS.

–Existen ciertas lagunas en nuestros conocimientos. Ya sabe lo difícil que puede ser discernir entre la verdad y la fantasía con estos objetos fabulosos. Esperamos que pueda explicarnos algo más sobre el Ojo. Para despertar el apetito de mis socios, necesito un poco menos de leyenda y un poco más de realidad. No estoy seguro de que ellos sean conscientes de la importancia de ese objeto –Jean-Paul suspiró y sonrió ligeramente, con afectación. Daba la impresión de que se estaba tomando el Ojo con seriedad, a pesar de las remilgadas dudas de sus superiores.

Khalil se dio cuenta de que no se estaba burlando de él. Los ojos del Ravnos parpadearon una vez y miraron a Jean-Paul con sorpresa, pero aparte de eso no mostró más signos del miedo que sentía, y que prácticamente lo había dejado paralizado. *Al fin y al cabo, no saben qué es el Ojo. Esto no puede estar sucediendo. No me lo creo.*

–Realidad... leyenda; es difícil establecer la diferencia, ¿verdad? Puedo decirle de qué han hablado mis compañeros... –Khalil empezó a narrar la leyenda que afirmaba que el Ojo de Hazimel se había convertido en el Mal de Ojo del folklore mortal. Mientras hablaba, pensaba en el paso en falso que había dado. Había asumido que el Sabbat estaba al tanto de la existencia de aquel objeto, que era consciente de todo lo que estaba haciendo y de los estragos que había causado el monstruo que lo poseía. Sin embargo, lo desconocían por completo; si no, la criatura francesa de rostro amarillento no estaría dando vueltas al tema de esa forma.

Khalil empezó a explicarle cómo Hazimel había sacado su propio Ojo de su tumba. *Todo lo que sepan sobre él será lo que les haya explicado yo.* ¿Por qué habían creído en el peligro que suponía cuando les contó la verdad sobre él? ¿Por qué le iban a dar todo lo que pidiera si no daban ninguna credibilidad a su información? O peor aún, puede que le dieran todo lo que había pedido, pero que rechazaran su forma de pago. Lo único que tenía Khalil era información. Se asustó al pensar qué más podrían considerar esas criaturas un pago en especie. Si el Sabbat no apreciaba su valor real en relación con el Ojo... su sólida posición de negociación se vería restringida por la ignorancia de su enemigo. Su seguridad radicaba en su valor... y este valor, a parte del Ojo, se encontraba en su clan (que

había desaparecido), su información sobre Hesha (que ya había revelado) y su sangre, que era un bien que prefería que siguiera perteneciéndole.

En lo más profundo de su consciencia, podía oír aquella risa odiosa y burlesca extendiéndose por áridas distancias.

¡Cállate, viejo monstruo venenoso!

Jean-Paul acabó de escribir, miró la hoja y volvió a deslizar el bolígrafo en su manga.

—Creo que a partir de ahora todo irá muy bien —se levantó—. Nos pondremos en contacto con usted en cuanto haya algún avance en el tema de Hesha o en el del... Mal de Ojo. Debo decirle que ha sido un placer trabajar con usted. Debo confesarle que tenía ciertos reparos en hacer negocios con un cingaro... Rom, ¿así es cómo se llaman entre ustedes, verdad?

Khalil se levantó.

—Algunos de nosotros.

—¡Cómo cambian los tiempos! Un Ravnos y una Gangrel trabajando juntos... un hombre como usted recurriendo a mi organización en busca de ayuda... ¿Está teniendo algún problema para encontrar a sus compañeros de clan en Nueva York?

—No —respondió el Ravnos con brusquedad.

—Es extraño —murmuró el Ventrue, haciendo unas señas a sus guardias—. Muy extraño. Buenas noches, monsieur Khalil.

* * *

Más tarde, después de que el taxi de Sarat los hubiera dejado en la calle, delante del almacén, Ramona miró de reojo a su compañero. Era moreno, holgazán, ladrón...

—*Gitano* —dijo en voz alta.

Khalil dejó de buscar las llaves y la miró con resentimiento.

—¿Por qué no puedes buscar a tu propio perista, cingaro? Pensaba que tu gente lo había convertido en un arte.

—"¿Tu gente?" —sonrió con tristeza—. No me gusta nada destruir tu sentido del romance, querida, pero "mi gente" es tan honrada como cualquier persona sudaca, hispana o negra.

Los ojos de la mujer llameaban.

–Tú también tienes sangre mestiza, ¿verdad, cariño? ¿Conoces a tu padre?

Vio que había dado en el blanco, pues las garras de Ramona se afilaron ligeramente. Él recapituló, adoptando un tono menos acusador para proporcionarle una respuesta.

–A no ser que haya un golpe de suerte fabuloso, no voy a encontrar ningún perista retorcido en ninguna de las tribus en las que estoy, ni siquiera en una de las ciudades más grandes del mundo. Y si ella o él fueran reales, nos hubieran catalogado de *shilmulo* en el mismo momento en que entramos por la puerta. "Mi gente" ve pequeñas cosas como esa. "Mi gente" también goza de cierta fama por ello –hizo una pausa–. Y el hecho de que sea un ladrón no significa que mi familia o mi tribu lo sean... Ellos eran hojalateros. Hojalateros pobres e insultados.

–Lo siento –murmuró Ramona.

–Sólo porque un *shilmulo* no pueda evitar dar un poco de brillo a la verdad, o coger algo que nadie estaba usando...

–He dicho que lo siento.

YA BASTA DE DEBILIDADES FAMILIARES, CORNEJA. NO ESTARÍAS METIDO EN ESTE LÍO SI NO HUBIERAS ESTADO TAN OCUPADO ALARDEANDO DE TU ESTUPIDEZ Y HUBIESES HECHO ALGO MÁS DE CASO A TUS ANTIGUOS. ABRE LA PUERTA Y CÁLLATE.

El sol se hundió bajo la curva de la tierra. Los dioses del día le siguieron y dejaron libres a los de la noche, a sus fieles y a sus esclavos, para que hicieran lo que quisieran.

El Setita llamado Hesha Ruhadze despertó y supo que la insoportable cara de Ra se había ido a otras tierras. Estaba rígido. Dolorido. Había estado durmiendo... ¿cuánto tiempo? Sus extremidades, boca y ojos se negaban a obedecerle; estaba tan inmóvil y tan indefenso como un muerto de verdad. Vagas sombras flotaron por su memoria y recordó al Toreador, las estatuas y el Ojo en el cementerio de la iglesia. ¿Podía haber sobrevivido a eso? ¿O a los amaneceres que habían transcurrido desde entonces? Esto debía ser Duat, la vida después de la muerte, y su dolor, el castigo por fracasar en sus obligaciones para con Ma'at, Set y el honor de Henem...

Sintió que algo hacía presión sobre su rostro. Sus dientes estaban separados (era una sensación extraña, pues no estaba haciendo fuerza) y un chorro de sangre (su corazón se agitó) se escurría por su boca. Un hambre desesperada alejó cualquier pregunta de su mente: el flujo se detuvo y paladeó el regusto. Fresco, cálido, débil y desagradable. Otra corriente de vida corrió por su garganta... y fue la suficiente para devolverle su plena consciencia. Ratas. Estaba bebiendo ratas. Acercaron a sus dientes un tercer y combativo roedor y, obediente, agradecido, resentido, dio cuenta de él.

Empezó a percibir unos ligeros sonidos de movimiento en la oscuridad (o la ceguera) que lo rodeaba. Y una conversación:

–Tráeme unas cuantas más...

–Llama al Monstruo... Si empieza a moverse, me iré corriendo, no pienso sujetarlo.

–Que alguien vaya rápidamente a decírselo.

Trajeron más ratas y a continuación hubo silencio. Hesha se quedó a solas dentro de su cuerpo y concentró su mente en la lenta y difícil reparación de los huesos y la carne.

Elizabeth Dimitros mantuvo el puñado de llaves en su mano y vaciló. Físicamente estaba desencadenada, pero mentalmente... Khalil había tenido el placer de anunciarle que todos los hombres, mujeres y niños que paseaban por la calle eran sus rehenes, y que sus vidas dependían de lo bien que se portara. Ahora se encontraba delante de la puerta trasera de la tienda de antigüedades, del negocio de los Rutherford, tal y como había hecho miles de veces antes. Si tan solo fuera por la mañana...

Amy Rutherford era su mejor amiga, a pesar de la diferencia de edad que había entre ellas. Incluso le hubiera gustado ver a la tiránica señorita Agnes o a la autocrática señora Rutherford, pues hubiera sido como regresar a la normalidad. Le hubiera encantado que Amy le hubiera sermoneado, que Agnes la hubiera intimidado o que Hermione Rutherford la hubiera ignorado...

Sin embargo, no habría más mañanas para Elizabeth. Rezó fervientemente, implorando que ningún miembro del personal estuviera dentro, que los Rutherford estuvieran en Londres, que Amy se hubiera ido a casa... y metió la llave en la cerradura.

Khalil se adelantó, vio la alarma y se la indicó. Señor, si tan sólo supiera si dentro de la tienda había alguien: podría disparar la alarma silenciosa desde aquel lugar... podría encerrarlo y esconderse... la policía llegaría... *y sería asesinada*, pensó. Liz introdujo el código y su secuestrador la miró con aire inquisitivo.

—El almacén se encuentra a tu izquierda; en su mayor parte hay muebles y cuadros. Las oficinas, las salas de restauración y el acceso a las salas de exposición están arriba, por esas escaleras que hay delante de nosotros.

—Ve tú delante.

Elizabeth subió las escaleras lentamente, pensando aún en la forma de librarse de Khalil. Si las oficinas no estaban iluminadas, seguro que el personal y sus compañeros se habían ido a casa. Sin embargo, al abrir la puerta del piso superior, las luces estaban encendidas. *Mierda*. Dobló la esquina y allí, saliendo de su oficina para saber a qué se debía ese ruido, tropezó con la señora Rutherford...

sustancial, consentida, con la cara estirada; parecía un reptil cortés con un caparazón elegante.

–Señorita Dimitros –el seco tono de Hermione reflejaba que era una sorpresa desagradable. Confío en que haya venido a explicar sus actos de vandalismo en el apartamento que fuimos tan generosos de confiarle.

Liz se sobresaltó y, durante un fugaz segundo, se sintió agradecida al pensar en el monstruo que tenía a sus espaldas. *Que Dios me perdone y haga que se sienta asustada, que no la asesine...*

–La señorita Dimitros no ha venido a explicarle nada, vieja loca –Khalil empujó a su prisionera hacia delante con brusquedad y amenazó a la señora Rutherford con un largo e impresionante cuchillo–. Sigue caminando. Baja las escaleras.

–¿Hermione? ¿Qué sucede ahí fuera? –Liz reconoció la voz aguda y educada de la señorita Agnes. *Hay dos... Por favor, que Amy se haya ido...* imploró. Sin embargo, sabía que Agnes y Hermione nunca enviaban a los jóvenes a casa si ellas seguían trabajando.

–Tú también, abuelita –Khalil osciló el cuchillo y obligó a ambas mujeres a avanzar por el pasillo.

–Liz... ¿dónde están los objetos de valor? –preguntó, mientras colocaba la hoja de su cuchillo en el cuello rodeado de perlas de la señorita Agnes–. ¡Respóndeme!

–Gira a la derecha y baja las escaleras hasta la sala de exposiciones.

–¿Hay algo que deba saber?

–Hay tres botones de alarma. En el mostrador de consulta, en el panel del interruptor de la luz y tras el batiente de la puerta.

–¡Elizabeth! –era la voz de la señora Rutherford; Liz era incapaz de mirarla... sólo podía seguir al *shilmulo*, al cuchillo y a sus antiguos miedos por las escaleras.

–¿Lizzie? –Amy la llamó, incrédula.

–Tranquila, Amaryllis. Tenemos un problema –dijo la señora Rutherford con voz serena.

–¿Amaryllis? ¿Amy? Recibí tu mensaje –Khalil sonrió y la reconoció como la persona que aparecía en una fotografía del apartamento–. ¡Eh, Liz! ¿Por qué no me dijiste que era la mujer del

marco del extremo de la mesa?

Khalil las llevó hasta el centro de la sala, lejos de las paredes, las mesas y los teléfonos.

–Empecemos. Siéntense en el suelo, señoras. Pongan las manos donde pueda verlas. Atalas –ordenó a la Setita– de manos y pies.

Liz se acercó lentamente a la bolsa que Khalil le había obligado a llevar y sacó de su interior, a regañadientes, cuatro grupos de esposas.

–Date prisa o tendré que cortar en rodajas a una de ellas.

Elizabeth intentó darse prisa.

Agnes primero... pues aún recordaba las lecciones de educación de la anciana mujer: *siempre debes saludar en primer lugar a la mujer más anciana de una fiesta, Elizabeth, para mostrarle respeto*. La señorita Agnes le dedicó una mirada gélida.

–¿Por qué estás haciendo esto? –siseó.

–Me vendiste a Hesha Ruhadze. Hesha me abandonó...

–¿De qué está hablando? –Hermione, altiva y decidida a tratar esta crisis como si fuera simplemente una caída en la bolsa o un incendio en el almacén, le ofreció sus manos de forma regia. Liz las esposó y a continuación se arrodilló para pasar el acero alrededor de los tobillos de seda de su anciana compañera – ¿La vendiste, Agnes?

–Sí –respondió Amy, sosegadamente.

–Eso no es lo que sucedió, niña impertinente. El señor Ruhadze necesitaba un experto en restauración y yo accedí a enviar a la señorita Dimitros con él. Tomé esta medida por su propia seguridad. Ruhadze me aseguró que unos terroristas la habían marcado como objetivo debido a una antigüedad que ella...

–¡Ya es suficiente! Basta de charla, Lizzie... éstas están demasiado sueltas. Te advertí que no intentarás hacer trampas. Ve a la esquina. –Khalil cogió un rollo de cinta adhesiva de su bolsa, la pasó alrededor de las Rutherford y selló la fina boca de Agnes, que estaba pálida de rabia. A continuación, advirtió a la señora Rutherford: – No quiero que diga ni una sola palabra más, a no ser que le pregunte.

Rió y empezó a despojarlas de sus collares, pendientes, relojes,

anillos...

–Deja que se queden con los anillos de boda –suplicó Elizabeth.

–Eres una sentimental –le acusó, quitándoselos de todas formas –. Cállate, joder.

Miró a su alrededor.

–Cámaras. ¿Por qué no me lo advertiste? ¡Apágalas!

–No puedo. No tengo las llaves de la sala de seguridad.

–¿Quién las tiene?

Nadie dijo nada. Khalil se volvió rápidamente y la acuchilló.

Elizabeth dio un paso hacia atrás, dio media vuelta y cayó al suelo. Miró su brazo sobrecogida: tenía un corte largo y curvado en la parte carnosa de la parte superior del brazo. Era como mirar un diagrama anatómico en un libro, pues el músculo, el nervio, el tendón y el hueso estaban totalmente al descubierto. Sin embargo, había muy poca sangre. Mientras la miraba, la herida empezó a cerrarse delante de sus ojos. Intentó ponerse en pie. Había oído un grito, ¿había sido ella? *No, ha sido Amy*. Liz se levantó, algo débil. La señorita Agnes estaba sentada rígida, con el rostro totalmente inexpresivo. La señora Rutherford, pálida y sobrecogida, estaba explicándole a Khalil dónde podía encontrar su juego de llaves y la sala de seguridad, a la vez que consolaba a su llorosa hija política con sus esposadas manos. Amy lloraba y temblaba sobre el hombro de la madre de su marido. El Ravnos las amenazó una vez más y subió rápidamente las escaleras que conducían a las oficinas.

Hermione Rutherford fue la primera en advertir que Elizabeth se había levantado.

–¿Señorita Dimitros? ¿Está... bien? ¡Qué...!

–¡Lizzie!

–Amy... –La Setita se acercó para coger la mano de su amiga.

–¡Te ha cortado!

–Lo hizo –de pronto, Liz descubrió que estaba hambrienta y se alejó –. Ahora estoy bien.

Ninguna de ellas lo comprendía; ¿Qué podía decirles?

–Me siento un poco débil. No... no os acerquéis más. No es seguro.

–¿Qué te ha pasado?

–¿Dónde está Hesha Ruhadze?

Sin apartar la vista de las escaleras, Liz habló lo más rápido que pudo.

–No os pongáis en contacto con Hesha. Está tan podrido como este tipo. También os debéis mantener lejos del apartamento, pues Khalil lo ha convertido en su base. Ha venido aquí a robar todo lo que pueda. Intentad sacarle al seguro todo lo que podáis, pero no enviéis a nadie a por él. Cualquiera que se acerque a él morirá.

–¿Y qué sucede contigo?

–No podéis ayudarme; simplemente, no le hagáis enfadar.

–Hizo una pausa, intentando oír si regresaba el *shilmulo*, y entonces se le ocurrió una idea—. Una cosa más. Llamad al profesor Kettridge y explicadle lo sucedido. Quizá él pueda hacer algo por mí...

Khalil empezó a bajar alegremente las escaleras y la Setita se alejó de un salto de las mujeres. Liz advirtió que la bolsa que llevaba colgada del hombro estaba más llena, probablemente gracias a las carteras de las Rutherford. También vio que llevaba una palanca en la otra mano. Khalil empezó a saquear la habitación.

Los gustos del Ravnos eran tan básicos como los de una urraca. Saltó sobre una exposición de porcelana china de un millón de dólares para coger un reloj que sólo valía una décima parte. Cogía cualquier cosa que llevara gemas, brillantes, plata u oro, pero dejaba todo lo demás. Se acercó a un estuche de metal, lo abrió con la palanca y se volvió hacia su guía para alardear.

–Esto es muy sencillo. ¿Por qué diablos te habré traído?

–introdujo el contenido de los mostradores en la bolsa y cogió una pequeña estatua de la estantería superior—. Esto es oro, querida. Oro macizo. No tienes que ser un jodido experto para saberlo. –Se rió sarcásticamente y continuó hablando—. Es una mercancía excelente. Un tesoro.

Acabó con la sala en cinco minutos, pasó otros cinco escogiendo entre los mostradores de la mesa y finalmente rompió las pequeñas cajas de cristal para coger las joyas de su interior.

–Acaba de disparar la alarma silenciosa. Será mejor que se vaya inmediatamente –dijo la señora Rutherford con gélido desdén.

–Mierda. ¿Por qué diablos no me lo has advertido, Lizzie?

–No me has dado tiempo –Elizabeth miró a las Rutherford y cruzó los dedos. *Y no había pensado en esa trampa...*

El Ravnos observó con ferocidad a todas y cada una de las mujeres. A continuación cogió su teléfono y llamó al taxi que le estaba esperando en los alrededores.

–Sarat... ven a la puerta principal inmediatamente –gritó en bengalí.

–Cariño, date prisa y échanos una mano. –Liz abrió los cerrojos y dejó la puerta abierta mientras Khalil arrastraba la pesada bolsa por el suelo, tiraba la palanca y metía el cuchillo en el saco. El taxi se detuvo bruscamente a medio camino de la acera. Como Khalil estaba ocupado con la bolsa, Liz podía cerrar la puerta entre ellos y volverse con las Rutherford...

–1774 Church Hill Lane... –empezó a decir el *shilmulo*, a modo de burla. Era la dirección de Amy... y Elizabeth se vio obligada a entrar en el coche.

MIÉRCOLES, 18 DE AGOSTO DE 1999, 10:37 PM
RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

–Nadie levanta la cabeza –Khalil estaba sentado a solas. Sus pies colgaban sobre el extremo del tejado del almacén en el que estaba el apartamento de Liz (ahora de él). Cada pocos minutos, un coche pasaba por debajo—. Y todo el mundo tiene coche. Todo el mundo que es alguien. –Reflexionó sobre ello durante un minuto, hasta que pasó el siguiente vehículo. Finalmente concluyó: – Necesito un coche.

Le pareció una verdad fundamental. Por una parte, resultaba más sencillo dejar que fuera Sarat quien condujera, pues el taxista sabía moverse por la ciudad. Pero eso era algo que Khalil podía aprender con relativa facilidad, si se molestara en hacerlo.

En la calle de debajo, pasó una larga limusina negra... y a Khalil se le hizo la boca agua.

–Sarat podría conducir uno como ese.

DEBERÍAS CONSERVAR TU TESORO, CHICO. NO LO GASTES EN TONTERÍAS.

–¿Así que has vuelto? ¿Alguien te ha pedido tu opinión? Por otra parte, ¿acaso he dicho algo sobre comprar uno? Todo el mundo en América sabe hacer un puente –Khalil había visto suficientes programas de televisión nocturnos para saberlo.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó el fajo de billetes de cien dólares del que nunca se separaba.

–Además, ¿quién te crees que eres para decirme que conserve mis cosas? Ni siquiera fuiste capaz de proteger tu jodido ojo –para demostrar su desprecio ante el consejo de la voz, Khalil sacó uno de los billetes y lo dejó caer por el borde del edificio. La euforia inicial (pues un tipo obeso y calvo llamado Franklin intentó cogerlo) dio paso inmediatamente al pánico. Khalil se obligó a sí mismo a no abalanzarse tras el billete–. Y hay mucho más. Puedo hacer lo que quiera con el dinero que me he ganado con el sudor de mi frente.

¿CON EL SUDOR DE TU FRENTE...?

–Ya sabes –dijo Khalil con los dientes apretados–. No te imaginas lo agradable que ha sido que no estuvieras atosigándome a órdenes estas últimas noches.

NO SERÍAS NADA SIN MÍ.

–Tampoco era nada contigo. ¡Y ahora he conseguido ser algo por mí mismo!

¿LO ERES?

–Sí, jódete.

TIENES ALGO DE DINERO, PERO TE LO GASTARÁS. Y TIENES UN REFUGIO QUE, CON EL TIEMPO, TE ACABARÁN ARREBATANDO...

–Aquellas ancianas estaban demasiado asustadas para hacer otra cosa que ensuciar sus bragas. Los policías hubieran venido aquí anoche si alguien les hubiera llamado. Y tengo la intención de conseguir más dinero.

TIENES UNA SERPIENTE ENCADENADA QUE TE MORDERÁ

EN CUANTO TENGA LA OPORTUNIDAD. TIENES UNA EXTRANJERA IGNORANTE... ¡UNA EXTRANJERA! LA CAUSA DE LA DESGRACIA DE TU CLAN... Y UN GHOUL TAXISTA...

–¿Y qué tenía antes? Te tenía a ti diciéndome todo lo que tenía que hacer. Ahora soy yo el que lleva las riendas, así que ya te puedes ir a la mierda, Señor que Silba por la Cuenca del Ojo.

¿ASÍ ES COMO TE DIRIGES A TUS ANTIGUOS? SIN DUDA ALGUNA ERES TÚ QUIEN LLEVA LAS RIENDAS CON EL SABBAT, ¿VERDAD? PERO YA ME REIRÉ CUANDO VENGAN A POR TI. NO MERECE LA PENA PRESERVAR TU DÉBIL SANGRE.

–Bien, digamos simplemente que no tengo ninguna intención de regresar a Calcuta para que me pegues en las palmas de la mano con una regla.

No hubo respuesta. Khalil miró a su alrededor y se alejó, prudentemente, del borde del tejado.

Acabar con el control del antiguo no había resultado sencillo... ni agradable. El simple recuerdo del dolor revolvía el estómago del *shilmulo*. No estaba completamente seguro de que su antiguo amo no le "apremiara" a tirarse por el tejado y, aunque la caída no lo mataría, le causaría graves lesiones. Y no tenía ningún deseo de pasar noches y gastar sangre para recuperarse.

PERO PUEDE QUE NO SEAS TAN ABSOLUTAMENTE ESTÚPIDO COMO PENSABA.

Khalil no confió en el tono conciliador de la voz.

PUEDE QUE AÚN ME SEAS ÚTIL... DE UNA FORMA MÁS LIMITADA. Y YO, POR SUPUESTO, TE RECOMPENSARÉ.

Khalil vaciló.

–Cuándo hablas de recompensa... ¿te refieres a tú idea de recompensa o a la mía?

PARA EMPEZAR, PUEDO HACER QUE EL SABBAT DEJE DE FIJARSE EN TI. PUEDO DARTE CONOCIMIENTOS, PODER... YA SABES TODO LO QUE PUEDE HACER UN ANTIGUO...

–Humm. Eso suena a mi idea de recompensa. ¿Estás seguro de que no vas a prometerme una recompensa si soy bueno, para después clavarme en una pared o algo parecido...?

TIENES MI PALABRA.

–Sí, bien. Es un gran alivio –Khalil volvió a dudar. Sintió que estaba retrocediendo, tirando por la borda todos los avances que había conseguido... pero no tenía ninguna garantía de que la voz no pudiera, de alguna forma, obligarle a hacer lo que quisiera. Al menos de este modo podría opinar... y sería recompensado.

Sin embargo, se mostraba poco dispuesto a aceptar que, en el fondo, su brillante plan para negociar con el Sabbat no había sido tan bueno.

–De acuerdo, pero... pero quiero que cumplas con otra condición.

HABLA.

–No quiero que me vuelvas a llamar "gusano", ni "perro", ni "chico" ni nada de eso. Me llamo Khalil.

Silencio.

–No estoy bromeando. Me voy...

KHALIL.

A Khalil le gustó como sonó. Se estiró lenta, lujuriosamente, y se estalló los huesos los nudillos. Tenía todo el derecho del mundo a sentirse satisfecho: había obligado a un antiguo a hacer concesiones y sus activos eran bastante considerables, aunque la voz dijera lo contrario.

–¿Sabes? –dijo Khalil, pensando en esos activos–. No tengo ninguna intención de quedarme aquí para siempre.

POR SUPUESTO QUE NO.

–Y Ramona no sabe lo suficiente como para poder hacerme daño.

AÚN NO.

–Y tú eres el que quiere que sujete a la serpiente. Personalmente, yo podría deshacerme de esa sangre Setita de alto octanaje.

SÍ, ES MUY SENSATO DESHACERSE DE LA MUCHACHA. AHORA, ESCUCHA. ESTO ES LO QUE HARÁS A CONTINUACIÓN...

–Creo que lo que quieres decir –dijo Khalil apuntando al aire con un dedo– es que tienes una sugerencia sobre qué debería hacer a continuación.

Hubo una pausa y un destello de cólera distante, como un

relámpago.

COMO QUIERAS... KHALIL. A PARTIR DE AHORA NO DEBES HACER NADA QUE ENFUREZCA A LA CAMARILLA...

–Pero está ese pollo Ventrue, la mujer de la que me habló la rana de Sabbat...

NADA QUE ENFUREZCA A LA CAMARILLA, ESPECIALMENTE A LOS NOSFERATU. ELLOS SON QUIENES TE PERMITIRÁN ENCONTRAR A HESHA. SÉ LO QUE LE HA PASADO, PERO AÚN NO HE DESCUBIERTO DÓNDE SE ENCUENTRA. OFRÉCELES EL CONOCIMIENTO NECESARIO PARA CURAR LAS HERIDAS PROVOCADAS POR EL OJO A CAMBIO DE QUE TE DIGAN DÓNDE SE ENCUENTRA.

–No sé si aún quiero encontrarle.

¿NI SIQUIERA POR SU SANGRE?

Eso llamó la atención de Khalil... pero también sabía que había montones de razones por las que Heshahabía sobrevivido lo suficiente como para hacerse viejo y poderoso.

–Tengo algo casi tan bueno como la sangre de Heshah encadenada allí abajo. No veo la necesidad de ir a por su sire.

NO HAY NINGUNA NECESIDAD. HESHA ARREBATARÁ EL OJO A ESE TAL LEOPOLD, Y ENTONCES HESHA ESTARÁ BAJO MI PODER. TE LO ENTREGARÉ.

–No parece que Leopold esté bajo tu poder.

SU MENTE Y SU SANGRE SON DEMASIADO DÉBILES. SE ESCURRE DE MI CONTROL COMO SI FUERA AGUA. HESHA SERÁ UN SIERVO MÁS COMPETENTE.

–De modo que tampoco podré deshacerme de Heshah.
TODAVÍA NO.

–Ni quedarme con su amada.
TODO A SU TIEMPO.

A Khalil no le gustó eso. Había mantenido a Liz con él para recordarle a su lejano amo que había sido capaz de romper con el control del anciano, pero ahora que habían regresado al punto en el que se quedaron...

–La gratificación instantánea es más de mi estilo.

QUIZÁ A LOS NOSFERATU NO LES MOLESTE QUE HAYA UN

CACHORRO DE VENTRUE MENOS.

Khalil aplaudió.

—¡Ahora te escucho!

JUEVES, 19 DE AGOSTO DE 1999, 2:08 AM

BAUER HOUSE, CIUDAD DE NUEVA YORK

Era uno de los espectáculos más nauseabundos que Khalil había visto en su vida... y eso que, en Calcuta, había vadeado por un mar de mierda que le llegaba hasta la cintura. En realidad, siempre que se había acercado demasiado al Ganges había vadeado por un mar de mierda que le llegaba hasta la cintura. Había visto sangre, flemas y todo tipo de fluidos corporales expelidos y rociados en diversas situaciones, desde la decapitación hasta el orgasmo y el frenesí de alimentación vampírica.

Pero aquella insulsa habitación sin vida era uno de los peores escenarios en los que había estado. La perfección clínica de los arreglos florales, las colchas suaves y gélidas, las repisas de las ventanas sin una mota de polvo... todo ello formaba un entorno tan extraño para el *shilmulo* que éste empezó a temblar, sin poder apenas soportar la espera.

Sin embargo, esperó. Bauer House era la dirección que el Sabbat le había proporcionado para que disfrutara... y él había obligado a su etéreo amo a que le permitiera visitarla. Suciediera lo que sucediera en sus futuros tratos con Jean-Paul, se apoderaría de su premio de sangre en cuanto pudiera. Al fin y al cabo, era un Rom astuto que estaba acostumbrado a vivir gracias a su ingenio. De alguna forma, este cingaro podría conseguir todo lo que quisiera. De alguna forma, sería capaz de engañar tanto al Sabbat como a su amo.

Khalil rió entre dientes cuando no oyó ninguna réplica

procedente de la atmósfera india. A pesar de las últimas dificultades, había luchado contra aquella vieja cabra hasta conseguir un empate temporal.

Estos pensamientos consiguieron mantener la mente de Khalil alejada de su desagradable entorno durante unos instantes. A su alrededor estaba todo aquello por lo que los Estados Unidos eran odiados y ridiculizados en las naciones más pobres del mundo. Pero no se debía a que todo lo que había allí fuera excesivamente caro, ni a que una de las paredes estuviera decorada con atractivas fotografías de las celebridades de Hollywood y héroes deportivos, sino a que la inquilina de la habitación, y por lo tanto, los inquilinos de la casa (pues ellos habían educado a la zorra que había vivido en aquel lugar), estaban excesivamente alejados de las realidades de la vida. Las verdades reales, como la sangre, la mugre y el terror.

El mundo es así en todos los lugares, excepto en esta habitación, pensó el Ravnos.

Se sentó con brusquedad sobre la cama, arrugando a propósito la colcha. Después blasfemó, se levantó y la estiró. Prefería cogerla por sorpresa; abalanzarse sobre ella cuando ésta ignorara que él estaba a sus espaldas. Quería hacerlo así porque estaba seguro de que era una zorra demasiado confiada, una mujer que estaba segura de saber todo aquello que fuera importante, y eso significaba que estaría segura de saber qué debía hacer a continuación, porque el mundo había sido concebido pensando exclusivamente en ella. Diablos, el día de paga de sus años mortales llegó cuando fue escogida, entre miles de millones de mortales, para convertirse en inmortal. Era obvio que la vida de la Tierra giraba dando vueltas a su alrededor.

Khalil, molesto, cerró el puño con fuerza. A continuación empezó a reír. Puede que hubiera una razón diferente a la sangre por la que quisiera (necesitara) hacer esto. Pero también se rió de eso, porque él no solía pensar en las razones que había tras las cosas que hacía. Al fin y al cabo, todo era consecuencia de sus instintos.

Palmeó la cama una vez más y se dirigió al gran armario que había inspeccionado con anterioridad. Dejó atrás las paredes repletas de fotografías recortadas de revistas. Al principio se sintió confuso,

pues entre las imágenes de cantantes, actores y deportistas que decoraban las paredes vio que una atractiva joven realizaba todas aquellas actividades con ellos. Tuvo que reconocer que esa mujer era bastante guapa: la piel de sus brazos y piernas era de color melocotón, bronceada por el sol. Llevaba su largo cabello atado o suelto y sus ojos azules miraban triunfantes en un campo de infinitos colores brillantes. Finalmente se dio cuenta de que aquella era la mujer a la que había venido a buscar esa noche, Tabitha Bauer. A pesar de vivir en Nueva York, era la típica rubia californiana estereotipada.

Se metió en el armario y cerró la puerta. Entrar en la casa le había resultado igual de sencillo. Había esperado a que los compañeros de la muchacha regresaran de cualquier acto de gala al que hubieran asistido como consecuencia de la desaparición de su niña un mes atrás. En el intervalo de los veintitantos segundos que habían tardado en desconectar la alarma, entrar en la casa y volver a conectar los aparatos de detección, el escurridizo *shilmulo* se había colado en su interior.

Un murmullo en la puerta de la habitación silenció los pensamientos de Khalil. Sus instintos se prepararon para actuar.

Era Tabitha, que había ido a visitar su antigua habitación, tal y como Jean-Paul le había indicado. La observó tenso mientras entraba en el cuarto y cerraba silenciosamente la puerta. Encendiendo una lamparilla de mesa, la muchacha se giró y abrió un cajón de una cómoda que había contra la pared. De ella sacó una camisola de flores. Dejándola sobre la almohada, Tabitha empezó a desvestirse. Sus largas y esbeltas piernas aparecieron desde los confines de sus sedosos pantalones. Acarició la colcha para alisarla después de dejar los pantalones sobre la cama, y alisó la manga de su blusa violeta mientras la doblaba y la dejaba sobre sus pantalones.

Khalil la observaba, pensando que éste era otro de los motivos por los que el mundo odiaba a los americanos: realmente era cierto que tenían a las mujeres más bellas del mundo. Casi podía oler la luz del sol que emanaba de la piel de Tabitha quien, a pesar de las semanas que llevaba viviendo entre los no muertos, conservaba un brillante bronceado.

Mientras se desabrochaba el sujetador, Tabitha se soltó el cabello. Era tan largo que cayó por su espalda y ocultó sus redondeados pechos y su flexible estómago.

Cuando se inclinó hacia delante para quitarse la ropa interior, Khalil salió de su escondite.

Tabitha se sobresaltó al oír la puerta del armario, pero se giró lentamente hacia su atacante, estrechando los ojos ante su engreída sonrisa.

–Ten cuidado, extraño. No sabes dónde te estás metiendo.

Era evidente que Tabitha no se había dado cuenta de que era un vampiro. Khalil tiró a la joven Ventrue al suelo, entre la cómoda y la cama. La muchacha gritó sorprendida, luchando contra aquella fuerza y velocidad sobrenaturales, pero él pudo amortiguar sus gritos con la camisola. Khalil la hizo caer de espaldas y se sentó sobre su suave y contorsionado estómago.

Ella murmuraba, suplicaba y blasfemaba, pero Khalil no pudo descifrar ninguna palabra, ni tampoco deseaba hacerlo. Mientras intentaba liberarse de él, Khalil chupó sus pechos y, a continuación, hundió sus ansiosos colmillos en la gran arteria de su axila izquierda, que había quedado expuesta cuando ella extendió el brazo.

Una dulzura increíble anegó su boca y empapó sus sentidos. Se echó hacia atrás tras dar dos grandes tragón la muchacha aún le golpeaba, pero ahora también temblaba. Khalil había asumido completamente el control.

–Gracias por afeitarte esta zona de tu cuerpo cariño –dijo Khalil–. Es otra de las buenas costumbres que tenéis los americanos.

Y entonces volvió a beber mientras su lengua exploraba las paredes de la arteria. A medida que la ambrosía de la vida entraba con fuerza en su interior, Khalil sintió que un hormigueo le recorría todo el cuerpo, desde la cabeza hasta los pies. Lamentó que los esfuerzos de la mujer fueran perdiendo energía a medida que él se hacía más fuerte, pues le gustaba aquella pelea.

Sin embargo, lo que más lamentaba de todo era que el flujo de su sangre se estuviera ralentizando. Los chorros se convirtieron en un goteo y lo que antes se había precipitado rápidamente hacia su boca, ahora tenía que succionarlo para que llegara.

En aquellos momentos, Tabitha estaba prácticamente inmóvil, de modo que se demoró en su carne como si fueran los restos de una colilla. Después, le apartó la camisola de la cara, pues aún le quedaba energía suficiente para mirar a su asesino.

—Simplemente se tiene que chupar, ¿verdad? —dijo Khalil con un gruñido, mientras volvía al ataque y extraía la última gota de su cuerpo, que fue la más brillante y sabrosa de todos los litros que había bebido. Aquella gota era la esencia de la luz del sol. Khalil sintió que el hormigueo de su cuerpo se convertía en calor, y entonces conoció los favores que se concedían a aquellos que devoraban a Vástagos de sangre más antigua. Diablerie.

Disfrutó de aquella sensación, pues transcurrió a cámara lenta. Y cuando se recuperó, lo único que quedaba de aquella muchacha genuinamente americana era una delicada silueta de cenizas tan suaves y sedosas como lo había sido su cabello.

Khalil se levantó, pero inmediatamente se detuvo y se acucilló, bajando la cabeza hasta el suelo. Inhaló y sopló con fuerza para esparcir el polvo por toda la habitación. Su meticulosa madre nunca sabría la razón por la que la habitación estaba tan polvorienta aquel jueves por la mañana del mes de agosto.

TERCERA PARTE:

«PEÓN»

Hesha, desde su lecho de enfermo, medio olió y medio vio una figura que se había detenido en el umbral de la puerta de su oscura habitación. Sopesó la forma y el olor: no era el pequeño que olía a sarna, el que le había llevado las ratas cada noche; tampoco era el hombre ocupado y risueño que solía bromear con el chico; ni era el tipo alto con ordenador portátil que solía sentarse y teclear sus visitas; ni tampoco la mujer que había examinado su cuerpo cada noche y le había llevado aguja e hilo de seda para ayudarlo a curarse. No era ninguno de ellos ni ningún otro que conociera, y eso que en aquellos momentos creía conocer a todas las personas de la madriguera por su olor, su voz o su complexión. Por lo tanto, se trataba de alguien nuevo... posiblemente "él", el jefe, al que todos los demás mencionaban de vez en cuando.

La figura rechoncha y encorvada encendió ligeramente las luces. Era un Cainita mucho más viejo que el resto: un antiguo Nosferatu que estaba envuelto, como una momia, por una capa con capucha... Parecía un leproso. En la actualidad, los jóvenes solían llevar abrigos y sudaderas, y cuarenta años antes recordaba haber visto sombreros y gabardinas. ¿Qué edad debía de tener éste?

La figura se aproximó un poco más, arrastrando los pies. Hesha consiguió ver un rostro deforme y unos ojos grandes y negros que ni eran idénticos ni ocupaban sus lugares correctos en sus cuencas, que eran demasiado redondas. Mientras unas órbitas de azabache se vertían sobre el rostro de Hesha, unos dedos nudosos, similares a garras, se acercaron y apartaron la manta. En ella había manchas de color rojo oscuro y marrón que seguían la forma del cuerpo del Setita. Hesha podía sentir que algunas de sus heridas aún no se habían cerrado; por ellas se filtraba toda la sangre que conseguía llegar hasta allí, que ahora se había endurecido en la tela. Atentamente, con el dorso de sus terribles garras, el antiguo examinó las terribles heridas y pareció decepcionado.

Se sentó en la silla que había a los pies de la cama del Setita y su ropa crujió. A continuación, miró (de forma no amenazadora) la cara de su paciente.

—Me han dicho que has recuperado la consciencia —era una voz ronca, probablemente de hombre.

Con cuidado, Hesha intentó hablar. De su boca salió un áspero y doloroso "Sí" que nunca hubiera reconocido como propio. Aunque no añadió nada más, el silencio se hizo interminable.

–Eres prudente. No has dicho el típico "¿Dónde estoy?" que, a mi entender, es la primera pregunta que suele hacer todo el mundo.

El Setita no respondió.

–¿Te importaría presentarte? –tras una breve pausa, el Nosferatu continuó–. De acuerdo, Hesha Cazador del Sol, Profeta de Henem.

–¿Quién... te ha dado ese nombre? –graznó el Setita enojado–. No lo profanes...

–Profeta del Tifón, si prefieres.

–Prefiero... y me gusta mucho más... Ruhadze –susurró Hesha.

–Como quieras. Puedes llamarme Calebros; todos mis jóvenes amigos me conocen por este nombre.

–Me honra –consiguió decir Hesha.

–¿Has oído hablar de mí? –el Nosferatu parecía alarmado.

–No –respondió el Setita, de forma significativa. Su anfitrión rió entre dientes.

–Ya veo que nos comprendes.

–Pensaba... que... sí.

–¿Qué dudas tienes ahora? Eras uno de nuestros aliados.

–Atlanta... –Hesha jadeó. Al hablar le dolía la parte superior del pecho y parecía tener problemas con sus pulmones–. La reunión de los Toreador... a la que me invitasteis a... asistir. –Esperó mientras intentaba coger más aire–. El Sabbat preparó una emboscada. Vogel fue asesinado por el Sabbat, o por vuestra... trampa. Fuera como fuera, eso hizo que se levantaran... sospechas.

–Ya veo –contestó Calebros–. ¿Y esas sospechas dieron lugar a algún tipo de desquite por tu parte?

–¿...disculpa?

–Desquite –repitió Calebros–. No contra nosotros, pues sospecho que eres demasiado astuto como para hacer algo tan directo y, francamente, parece necesitar nuestra ayuda con cierta frecuencia.

Hesha no podía hablar; tenía la garganta y la boca como papel calcinado. Sin embargo, Calebros pudo ver consternación en el rostro

de su paciente.

–Siempre he oído decir que tienes una mente detallista –dijo el Nosferatu, metiendo una mano en un pliegue de su capa y sacando lo que parecía un rollo de papel, como el de las cajas registradoras o las máquinas de sumar–. Permíteme que te refresque la memoria.

Calebros empezó a desenrollar el papel como si fuera un valioso pergamino y leyó en voz alta lo que decía la diminuta letra manuscrita en el anverso de los números púrpuras:

–Atlanta. Su socio, el señor Vogel, estaba presente. Cierta hechicero regente desapareció. Pareció haber implicaciones Assamitas. Resulta difícil confirmarlo, pues el Sabbat hizo que la capilla explotara poco después y el alto mando de los Tremere no suele devolvernos las llamadas... cuando sus asuntos internos están implicados. –El Nosferatu desenrolló el papel un poco más. Leía casi desinteresadamente, como si fueran los artículos de la lista de la compra–. Calcuta. Un hechicero con quien te pusiste en contacto fue atacado y asesinado cuando iba a reunirse contigo. El asesino era un Assamita. Está confirmado. También en Calcuta, Rani Surama, tras tu visita recibió un castigo bastante severo de su sire, el Príncipe Abernethie. Se nos ha informado de que Surama ya no está ni entre los vivos ni entre los no vivos. –Calebros desenrolló algo más de papel–. Quizá, la defunción de Surama es menos significativa, considerando que durante tu estancia en Calcuta, todos y cada uno de los Vástagos de la región de Bengala fueron misteriosamente aniquilados... con la única excepción de usted y un socio. Más cerca de casa, parece ser que dos Tremere, un regente y un representante del consejo, acabaron prematuramente sus servicios en Nueva York y Baltimore, respectivamente... dos de sus centros de operaciones. En ambos casos, se sospecha que hubo implicaciones Assamitas. Puede imaginarse mis dudas para reunirme con usted –añadió Calebros–. Tener una charla con Hesha Ruhadze parece estar reñido con la longevidad.

Hesha se aclaró con dolor la garganta y, educadamente, dio la espalda a su anfitrión para escupir una flema sangrienta y tejido de garganta carbonizado en otra dirección.

–Tres supervivientes... bengalíes.

Calebros comprobó de nuevo sus notas; a continuación, observó enigmáticamente a Hesha.

–Tres supervivientes –repitió Hesha, recuperando ligeramente la fuerza de su voz–. Un librero Nosferatu. Hablé con él antes y después... de lo que sucedió, fuera lo que fuera. Me prometió que se pondría en contacto con Bombay... sobre Atlanta.

–No hemos oído nada de eso –dijo Calebros.

Hesha dejó que su voz descansara. Ya no estaba en una posición que le permitiera explicar los errores de comunicación de los Nosferatu, así como tampoco lo estaba de comprender la gran agitación que había sacudido a Calcuta durante su estancia en aquel lugar. Además, no conocía ninguna razón que justificara las actividades Assamitas accidentales que parecían seguirle a él y a su personal como una sombra. ¿Podía ser que los hijos de Haqim también estuvieran buscando el Ojo? Fue un pensamiento inoportuno. Cuanto menos contacto tuviera con los Assamitas, mejor.

Fatigado, Hesha volvió a tumbarse en la cama. Estaba demasiado débil para poder defenderse. Los Nosferatu le habían cuidado hasta ahora, pero simplemente lo habían hecho para descubrir todo lo que sabía. Era evidente que Calebros se mostraba receloso... y Hesha no podía ofrecerle ninguna prueba que demostrara su inocencia. Si las ratas de cloaca sospechaban que tenía planes perversos, su convalecencia sería breve e infructuosa. *No son amenazadores*, pensó. Ésta era su única esperanza. Reconoció que había otros caminos que llevaban a la ruina... caminos de los que le resultaría más difícil desviarse si los seguía. Si los Nosferatu estaban interesados en él y la muerte de Vogel había sido una trampa, Hesha tampoco tendría ninguna oportunidad.

–La muerte de Erich Vogel –dijo Calebros rompiendo el profundo silencio, como si hubiera adivinado los pensamientos de Hesha–, creemos que fue accidental. No su muerte real, por supuesto... cualquier grupo del Sabbat con el que tropezara hizo lo que le hizo de forma totalmente intencionada... pero las circunstancias que le condujeron a la muerte no las planeamos nosotros. –Hizo una pausa–. ¿Vogel se puso en contacto después de entrar en el Gran Museo?

Hesha sacudió la cabeza. De hecho, él había intentado llamar a Vogel aquella noche pero, por alguna razón, sólo había conseguido que Victoria Ash cogiera el teléfono móvil de Vogel.

–Preparamos todo para que usted recibiera la invitación a la fiesta de la señora Ash –dijo Calebros–. Descubrimos el paradero de un objeto que usted llevaba varios años buscando y pensábamos devolvérselo. Aún no hemos olvidado el servicio que nos prestó en Bombay.

Hesha asintió, comprendiéndolo.

–El Elíseo del Príncipe Bennison parecía la oportunidad perfecta. Verá, el Ojo de Hazimel estaba escondido en una de las estatuas que la señora Ash había adquirido y que estaría expuesta en el museo.

Sólo con gran esfuerzo Hesha pudo mantener su aspecto cansado. El Ojo de Hazimel. Lo había tenido en sus manos... hacía varias noches, aunque no estaba seguro de cuántas habían sido. ¿Se lo habían dado a Vogel? Entonces Hesha no sólo lo había tenido una vez, sino dos.

–El Ojo fue entregado a Vogel –dijo Calebros– junto con una ruta de escape para que huyera del problema que estábamos esperando. Desgraciadamente, el problema que esperábamos no fue el que tuvimos.

El Nosferatu estrujó el rollo de papel que había estado leyendo y se lo metió en el bolsillo.

–O al menos, no fue el único que tuvimos. Esperábamos un asalto del Sabbath en el Gran Museo. Era la oportunidad perfecta para entregar el Ojo a su hombre. Sin embargo, lo que conseguimos fue un ataque total. Una guerra. Y que Vogel falleciera.

Hesha estaba tumbado sobre su espalda, escuchándolo impasible. Sin embargo, en su interior no estaba tan tranquilo. Se le estaba formando un nudo dentro del atrofiado órgano que, mucho tiempo atrás, había sido su estómago. El nudo había comenzado en el mismo momento en que supo que tanto él como Vogel habían tenido (y perdido) el Ojo... y cada vez se estaba haciendo más grande.

La noticia de la destrucción de Vogel (un acontecimiento que Hesha había asumido, aunque no confirmado, hacía diversas

semanas) era simplemente la capa más externa de la información, la cáscara exterior de una cebolla. Hesha estaba acostumbrado a ir quitando capas. Si tenía que creerse el relato de Calebros, el hecho de que Vogel hubiera muerto se debía a que alguien, algún Nosferatu, se había equivocado en sus cálculos. Y mucho. Alguien había hecho suposiciones carentes de base y éstas habían pasado por la línea de comunicación. Aquellos que ocupaban una posición superior (quizá el propio Calebros) se habían equivocado o habían sido incapaces de detectar las suposiciones incorrectas. Para la mayoría de los clanes, habría sido una vergüenza. Para los Nosferatu, que intentaban ser útiles para otros clanes y por lo tanto sobrevivían reuniendo e intercambiando información, había sido un peligroso golpe para su credibilidad.

Quita una capa. ¿Dónde estaba el error? El ataque del Sabbat había sido, de hecho, un ataque frontal contra la Camarilla americana, de modo que los Nosferatu ahora tenían que preocuparse de algo más que del tema de la credibilidad. El grupo al que apoyaban estaba a punto de ser aniquilado en gran parte del continente. De repente, la supervivencia le pareció una razón menos abstracta: si alguno de los clanes de la Camarilla sobreviviera a la disolución del grupo, el que tendría mayores posibilidades de hacerlo sería el de las discretas ratas de cloaca.

Quita otra capa. Los Nosferatu habían pensado que el Sabbat atacaría el Elíseo del Príncipe Bennison y, sin embargo, no le habían dicho nada. Seguramente, la ventaja del caos para completar una transacción con el criado de Hesha no era una razón suficiente para asumir ese riesgo. Indudablemente, los Nosferatu tenían otros planes. Así que la pregunta era la siguiente: ¿qué planes? ¿Qué beneficio era tan importante como para poner en juego la enemistad de un príncipe y arriesgarse a ser acusados de traición por el resto de la Camarilla?

Quita otra capa. ¿Por qué debería un antiguo Nosferatu (un ser familiarizado con el poder de la inferencia y la deducción) compartir esta información con un Setita? En este punto, el estómago de Hesha empezó a coagularse. ¿Por qué? La razón más probable sería la de descubrir todo lo que supiera el Setita y, en este caso (en el que el Setita en cuestión apenas tenía la fuerza necesaria para sentarse,

comer y, mucho menos, defenderse), le parecía bastante posible que el Setita no lograra abandonar nunca aquel lugar... y que, en breve, sus conocimientos murieran con él.

–Más tarde encontramos su ropa –informó Calebros.

La mente de Hesha volvió a centrarse en Vogel.

–Y después, su cadáver, a cierta distancia –continuó–. Un cadáver tuerto, vacío de sangre, que empezaba a convertirse en polvo. Estamos completamente seguros de que era su cuerpo.

Hesha sentía que cada nuevo detalle era como un escorpión que tiraban entre sus andrajosas sábanas, otro fragmento de información que jamás abandonaría aquella habitación. Si no, ¿por qué le estaba explicando tantas cosas? Entonces se le ocurrió otra respuesta posible. Calebros estaba intentado convencerlo, persuadirle de que las ratas de cloaca no habían jugado sucio. ¿Por qué el Nosferatu intentaba convencer a alguien a quien simplemente iba a destruir?

–Eso es lo que dice usted –dijo Hesha con dolor. Si en este punto aún importaba su buena voluntad, no estaría totalmente indefenso, aunque sólo podría defenderse con palabras. Forcejeó contra el deseo de sentarse y comprobar la expresión de Calebros. Pensó que, de todas formas, le resultaría difícil descifrar los deformes rasgos del Nosferatu. Se produjo una larga pausa.

–No se me ocurre ninguna forma de demostrárselo –dijo finalmente Calebros.

Hesha asintió y volvió a aclararse la garganta.

–En Calcuta... me reuní con Michel, el Tremere. Me debía un favor. Yo estaba buscando el Ojo... a alguien que había visto a través del Ojo. Un Assamita llegó hasta Michel antes de que yo supiera nada. Destruí al Assamita. ¿Su fuente no les comentó eso?

Calebros no respondió, sino que simplemente continuó mirándolo y escuchándolo.

–En lo que respecta a... la población de Vástagos de la región de Bengala –continuó Hesha, aunque su voz volvía a debilitarse–, me halaga que me culpe de ello... pero es algo que está mucho más allá de mis posibilidades.

Hesha sufrió un ataque de tos. Su garganta y su pecho ardían.

Tras unos instantes, el ataque pasó.

–No se me ocurre ninguna forma de demostrárselo –añadió, copiando las palabras de Calebros–. Conoce mi verdadero título. Los Assamitas representan una amenaza tan grande para mis responsabilidades como el Sabbat. Quizá incluso mayor.

Ambos antiguos, tanto el Setita como el Nosferatu, guardaron silencio durante largo rato. Contemplaron la oscuridad, sopesando sus recelos y los hechos. Para Hesha, la cuestión estaba sujeta a discusión. Aunque no creyera las palabras de Calebros (y todo lo que había dicho el Nosferatu parecía bastante coherente), estaba bajo la protección de las ratas de cloaca y su seguridad dependía de ellas.

Finalmente, Calebros habló.

–Parece que ambos tenemos nuestra propia historia. Además, los dos carecemos de medios para demostrar o desmentir nuestras palabras.

–Eso parece.

–También parece que el mejor interés de mi clan consiste en pasar el Ojo a un propietario menos, digamos, conspicuo que el que lo tiene en estos momentos. Hay pocas preguntas en lo que respecta a todo lo demás. ¿Aún sigue interesado en poseerlo?

–Sí.

Calebros se detuvo un momento.

–Entonces no veo ninguna razón por la que nuestra cooperación no pueda continuar.

–Tampoco yo.

–Y debo creerlo.

A través de la oscuridad, Hesha pensó que podía ver lo que parecía una sonrisa en el rostro del Nosferatu.

–Nosotros no olvidamos nuestras deudas, Hesha, Profeta del Tifón.

El Setita advirtió una señal de advertencia, pero decidió dirigirse a Calebros adoptando un tono de gratitud.

–Usted y su gente me han prestado un gran servicio.

–Confíe en mí –dijo Calebros, su voz no transmitía ningún tipo de ironía–. Preservar su mera existencia apenas se corresponde con la deuda de Bombay o el valor del Ojo. Sin embargo, me sentiría complacido si lo considerara como un pago parcial para compensar la

pérdida de su amigo Vogel en Atlanta. Allí tuvimos la suerte en contra; también estuvo en su contra en la catedral de San Juan.

–Puede que pronto se ponga a nuestro favor –sugirió Hesha–. Gracias, lo mismo digo.

–Supongo que estará deseoso de ponerse en contacto con sus criados –de algún lugar de entre los pliegues de su capa, el Nosferatu sacó un teléfono móvil–. Su arma favorita, supongo. Seguro que, en ciertas manos, es más poderosa que la espada.

El teléfono era plano y demasiado grande; tenía inmensas teclas brillantes de color amarillo verdoso: era el tipo de aparato diseñado para los incapacitados... un término que podía aplicarse a Hesha en aquellos momentos.

–¿Puede ver el dial? –preguntó su anfitrión. El Setita observó atentamente el grupo de teclas, entre sus párpados destrozados, y siseó afirmativamente. Levantó las manos (sólo la izquierda le obedeció) y empezó a marcar uno de los teléfonos directos de Janet con un dedo.

–¿Le importa? –Calebros señaló otra extensión (un teléfono negro de dos piezas de baquelita) y levantó el auricular.

Hesha intentó sonreír.

–Me sentiría más ofendido, creo, si ya no valiera la pena espiarme...

–Escucha, me dijiste que buscara un perista y lo hice –dijo Ramona malhumorada–. Si no te gusta, puedes buscar tú a otro, ¿de acuerdo?

Se recostó contra el asiento posterior del taxi. Estaba enfadada y

dirigía sus afiladas palabras contra Khalil, pero era consciente de las miradas protectoras que Sarat le dirigía por el retrovisor, desde el asiento del conductor. No le hizo ninguna gracia.

—O puede que Sarat pueda buscarte uno —refunfuñó para dar por finalizada la conversación; bajó la mirada hacia su regazo, pero su feroz energía se negaba a abandonar su cuerpo.

Khalil no estaba preparado para dejar a un lado su enfado, pero sabía que Ramona había puesto punto y final a la disputa y no quería hacerla llegar al límite. Al menos, hasta que estuviera seguro de que ya no le era de ninguna ayuda. Por otra parte, no podía permitir que fuera ella quien dijera la última palabra. Se tocó el labio y gruñó, suavemente.

—Bueno, es un perista lamentable que no puede permitirse nuestra mercancía; dice que es demasiado evidente que ha sido robada y no sabe si podría encontrar compradores, ni siquiera si este hecho no resultara tan evidente.

Ramona continuó mirando malhumorada el suelo del coche y Khalil se alegró de haber conseguido que se callara después de diez minutos de discusión. Pasaron otros diez minutos en silencio mientras Sarat regresaba a la ciudad.

Khalil observaba los rascacielos con la ridícula idea de divisar al perista que lo haría rico. Calculó que debía de haber cien mil dólares o más de mercancía robada en el maletero, y el hecho de saber que, al fin y al cabo, todo ello podía carecer de valor, le carcomía por dentro, como un escarabajo carroñero atacando carne podrida.

Entonces, mientras Sarat se detenía en un semáforo de la ciudad, un idiota jovial que se encontraba en medio de la abarrotada calle introdujo un ramo de rosas por la ventanilla medio abierta de Khalil.

—¿Rosas para su preciosa mujer? —preguntó el hombre.

El primer impulso de Khalil fue cortarle la garganta, pero una serie de pensamientos corrieron por su mente y se lo impidieron... Pero el hecho de llevar a rastras un cadáver por pleno centro de Nueva York no fue uno de los obstáculos en los que pensó.

En primer lugar pensó en Mary. La recordó en Delhi, muchos años atrás, bailando sensual con una rosa entre los dientes; éste era

uno de los recuerdos más genuinamente emotivos que poseía. Sin embargo, una parte del encanto de esta imagen era que aquella rosa le había hecho pensar en una boca goteando sangre ante una atestada casa de ganado. Khalil nunca había reído con tantas ganas como entonces... y así fue cómo conoció a Mary. Un poco más tarde, ella se había acercado a él para preguntarle por qué le había parecido tan divertido su baile.

Y en las rosas también vio una oportunidad de seducir a Ramona y hacer las paces. Ella siempre estaba excesivamente tranquila, y eso significaba que, o no tenía ni idea de nada, o sabía demasiado, mucho más de lo que imaginaba. Hasta que no demostrara lo contrario, tendría que asumir esto último.

De modo que Khalil sonrió cordial al vendedor.

–Por supuesto, amigo –dijo–. ¿Cuánto cuesta una docena?

–Sólo veinte pavos –respondió, mirando a Ramona–. Es muy guapa; hace bien en regalarle flores.

Khalil contempló al señor.

–Acabamos de tener una estúpida pelea –explicó–, y quiero demostrarle que no era nada serio y que yo estaba siendo un estúpido.

Mientras tanto, el Ravnos metió la mano en el bolsillo trasero, donde llevaba el anuncio de las Páginas Amarillas de Madame Alexandria. Sin mirar directamente el trozo de papel, Khalil leyó la dirección a Sarat y, a continuación, se lo tendió al vendedor de flores. Khalil sonrió magnánimo.

–Quédate con las vueltas, amigo, para que le regales algunas flores a tu amada. –A continuación cogió las rosas que le tendía el hombre, sacó una del ramo y pasó el resto a Ramona, sonriendo.

Cuando ella aceptó en silencio las rosas, Khalil volvió a tener que reprimir el impulso de aniquilarla y deshacerse de ella. Suspiró y dijo:

–Mierda. ¿Qué más tengo que hacer?

Cuando el semáforo se puso en verde y el coche empezó a moverse, Ramona le preguntó:

–¿De qué iba todo esto? Le has dado una página del listín telefónico para pagarle las rosas.

–Ramona –Khalil volvió a suspirar–, esta es la razón por la que tienes que estar conmigo. Conozco tantos trucos de los que no tienes ni idea... Con un pequeño movimiento de nariz, he conseguido que ese tipo viera ese trozo de papel como si fuera un billete de cincuenta dólares.

Se inclinó hacia delante.

–¿Recuerdas la dirección? –preguntó a Sarat.

–Estamos en camino –respondió éste, hablando por encima de su hombro.

–Bien –Khalil volvió a mirar a Ramona–. Lamento haberme quedado con una de tus rosas. Vamos a ir a ver a Mary.

Ramona acarició el papel de tisú que envolvía las rosas y respondió.

–No te preocupes. De todas formas, tengo una docena.

–¿Eh? –Khalil la miró–. Yo he cogido una.

–Debía de ser una docena de fraile –Ramona le mostró el ramo.

Khalil hizo algo más que contarlas: las fue tocando de una en una para asegurarse de la cantidad.

–Mierda. Este tipo de cosas no suceden por casualidad. ¿No lo entiendes? Esto es malo... muy malo. ¿Cómo lo llamáis aquí, *mojo*? Maldita sea.

Ambos guardaron silencio durante unos instantes mientras Sarat miraba por el retrovisor, nervioso, a su amo de sangre.

–Va a suceder algo malo –dijo finalmente Khalil.

Unos minutos más tarde, Sarat silbó.

–Ya ha sucedido algo malo, jefe. Lo siento.

Al instante, Khalil y Ramona se pusieron en guardia. Delante del taxi vieron una decreciente columna de humo que se alejaba de la carbonizada fachada de un edificio. Tres camiones de bomberos seguían aparcados en la calle, pero el tráfico ya se había reanudado, ahora que no podía salvarse nada más.

–Esta es la dirección que me había dado, jefe –confirmó Sarat.

El taxista empezó a reducir la velocidad mientras se acercaba al calcinado edificio. Había quedado totalmente destruido. La calle estaba empapada de agua y diversos riachuelos seguían cayendo del edificio y colándose por la rejilla del alcantarillado. Había bomberos

por todas partes, enrollando las mangueras y guardando el equipo.

–Muévete Sarat –dijo Khalil de pronto–. No pares el coche. No vayas demasiado rápido pero tampoco te quedes por los alrededores.

El Ravnos se hundió en su asiento y apremió a Ramona para que hiciera lo mismo.

Tal y como era costumbre en los taxis de Nueva York, Sarat deslizó su vehículo hasta el final de una hilera de coches que estaba pasando en una dirección antes de que un guardia permitiera pasar a los que esperaban al otro lado de la calle. Diversas bocinas y gritos del Bronx ovacionaron al taxista.

Aún agachado en su asiento, Khalil dijo:

–Maldita sea, Mary. Parece que alguien ha decidido saldar algunas cuentas por aquí.

VIERNES, 27 DE AGOSTO DE 1999, 10:12 PM

RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

La puerta del apartamento se abrió con fuerza, golpeando la pared. Milésimas de segundo después, Khalil la cerró con fuerza a sus espaldas.

–¡Mierda! ¡Ni siquiera sé por qué me molesto! –avanzó a grandes zancadas por la sala y lanzó el pequeño saco de lona que llevaba contra el mueble de la cocina. Cayeron algunas joyas de oro y piedras preciosas.

Ramona, ligeramente aburrida, se recostó contra una estantería.

–Deja que adivine –dijo–. Tu brillante idea de intentarlo con Sammy's Pawn 'n' Gun no ha servido de mucho.

–¡Ese idiota sería incapaz de reconocer las joyas de la corona aunque alguien se las metiera por el culo! Y créeme, tuve tentaciones de hacerlo –Khalil continuó dando vueltas por el apartamento, cogiendo y tirando al suelo diversos objetos de Liz.

Ésta estaba sentada en el sofá, sin mirar a Khalil y obviando por completo su presencia.

–De todas formas, no sé por qué necesitas tanto dinero –dijo Ramona.

–Lo necesito porque lo necesito –gritó Khalil; la fuerza de su frustración y su ira le sorprendió—. Y te recuerdo que soy yo quien sabe todo lo que está pasando. Sé que sales para olfatear los alrededores, pero no veo que hayas encontrado el Ojo.

Gritar a una Gangrel que podría cortarle la cabeza sin ningún problema no era bueno. Para tranquilizarse, cogió un libro de la estantería (un terrible texto de arqueología que parecía sumamente aburrido) y empezó a romper sus páginas y a tirarlas por todo el suelo.

Con cada página que rompía, conseguía recuperar algo de control.

–Por otra parte –añadió Khalil tras romper unas cuantas páginas–, ¿quieres quedarte para siempre en este basurero? ¡Qué desorden!

Indicó el montón de papeles rotos y estrujados que había en el suelo a su alrededor. Khalil sabía que debería intentar tranquilizar a Ramona, pero no podía apartar los ojos de Elizabeth... que seguía encadenada al sofá intentando no acobardarse con cada página del libro que rompía. Khalil tiró el libro, cogió otro de la estantería y empezó a destruirlo. Sus fosas nasales brillaban. La sangre Ventrue que había probado era dulce, pero podía oler la de Elizabeth... y era mucho más dulce.

Khalil observó despiadadamente a Liz.

–Te sorprendería saber lo bien que puede establecerse una sanguijuela si tiene suficiente dinero en el banco... –añadió, en parte para Ramona y en parte, para sí mismo:– su papaíto es así de rico. Las gallinas de cara pálida a quienes arrebaté mis preciosas baratijas también eran así de ricas. ¿Quieres contratar a un ejército para que vengue tus ofensas? ¿Quieres comprar un banco de sangre para no tener que volver a matar nunca más? ¿Iniciar un culto para adorar el terreno que pisan tus pies inmortales?

Rió con sarcasmo y se frotó los dedos ante el rostro de la Gangrel.

–Con dinero, puedes hacer todo lo que quieras, Ramona.

De repente, el Ravnos se giró, tiró al suelo el libro y cogió el saco que había dejado en la cocina. Lo balanceó delante de los ojos de su prisionera.

–¡Dime cómo vender esto! –tiró el saco a sus pies; las joyas, las figurillas y los relojes de oro cayeron por el suelo–. ¡Tienes que saberlo!

Los serenos ojos dorados de Liz se apartaron poco a poco de los objetos robados. Abrió la boca, vaciló y entonces dijo suavemente.

–No lo haré –miró a Ramona y después a Khalil–. Búscate a tu propio ladrón.

De nuevo, Khalil, rígido por la ira y su falsa hambre, empezó a temblar por la cólera.

–¿Qué es esto?

–Muerte a los tiranos –susurró Elizabeth.

¡*Dios!*, pensó Khalil. Le estaba incitando, pues sabía que no era él quien daba las órdenes. Pero ahora sí que lo hacía. Estaba trabajando a su modo. Decidió que, a partir de ahora, todo lo haría a su modo.

–¿Acaso quieres que regrese a Rutherford House? –gritó el Ravnos–. Puedo volver a ver a Amy... podría preguntárselo a ella.

Cogió su fotografía y rompió el marco delante de Elizabeth. Ésta retrocedió asustada.

–Creo que, si soy lo bastante persuasivo, ella me responderá.

Ahora, los fragmentos de vidrio cubrían a la Setita y al sofá. Khalil rompió en pedazos la fotografía y dejó caer los trozos sobre el regazo de su cautiva.

–Fred Summers, en Tribeca –respondió al fin Elizabeth, observando fijamente la fotografía destrozada–. Goza de bastante... prestigio.

Khalil, que se calmó al instante, sonrió y le dio unos golpecitos condescendientes en la cabeza.

–Así me gusta –dio media vuelta para coger el listín telefónico.

Elizabeth, que estaba recogiendo con cuidado los trozos de la fotografía de Amy y los fragmentos de vidrio mientras sus cadenas rechinaban, miró de reojo a Ramona. La mujer estaba sorprendida,

enfadada y molesta. Miraba enfurecida a Khalil e hizo un par de ademanes de acercarse a Liz para ayudarle a recoger los pedazos. Elizabeth depositó los trozos de la imagen en un cuaderno, lo cerró y se inclinó sumisa. Vio que la mandíbula de Ramona estaba fuertemente apretada y se recostó en el asiento, complacida por cómo iban desarrollándose las cosas.

*SÁBADO, 28 DE AGOSTO DE 1999, 11:09 PM
RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK*

El chasquido del cerrojo sonó tan fuerte como un trueno, y los crujidos de las bisagras fueron los más penetrantes que Ramona había oído en su vida. Se había ido cuando Khalil salió por la tarde para acudir a su cita en Tribeca, pero ella había regresado antes.

Cerró la puerta con llave y apoyó la espalda en ella. Elizabeth seguía sentada en el sofá y la estaba mirando. Sus cadenas estaban atadas alrededor y a través de un viejo radiador, además de a la columna.

—¿Quién eres? —preguntó tranquilamente Ramona.

Liz se sentó y continuó observando a la Gangrel durante medio minuto, antes de responder.

—Elizabeth Ariadne Dimitros.

Ramona sacudió la cabeza.

—Eso es simplemente un nombre... un nombre mortal. Ya no significa nada.

La mirada de Elizabeth se endureció, pero después suspiró y sus ojos se cerraron lentamente. Pareció desinflarse con el suspiro. Se había quedado sin todas las fuerzas para luchar, sin aquella rebeldía que era su armadura impenetrable contra Khalil.

—Tienes razón —contestó en voz baja.

La Gangrel se acercó un paso más.

–Yo soy Ramona chiquilla de Tanner. Yo... –se esforzó en buscar las palabras que la definían–. Yo vi cómo el Ojo destruía a mis compañeros de clan.

Elizabeth abrió los ojos de par en par, pero no dijo nada.

–¿Por qué estás aquí? ¿Cómo sucedió todo esto? –Ramona se acercó un poco más, se inclinó sobre ella y golpeó el suelo con la cadena.

La mirada de Elizabeth volvió a endurecerse. Empezó a decir algo, se detuvo y comenzó de nuevo.

–¿Por qué trabajas con Khalil?

–Esa cosa... el Ojo... está en la ciudad. Al menos lo estaba. Me dijo que podría encontrarlo.

–¿Y le creíste?

Ramona no respondió.

–Viste cómo destruía a tus compañeros de clan –dijo Elizabeth.

–Sí.

–¿Y no pudiste hacer nada para detenerlo?

–No –Ramona sacudió la cabeza. *Estaba demasiado asustada*, pensó.

–¿Y crees que Khalil puede hacer algo?

Ramona estaba erguida. Dio una patadita a la cadena con su pie deforme y se encogió de hombros.

–Quizá. Merece la pena intentarlo. No puedo darme la vuelta e irme –*No por segunda vez*, pensó mientras daba la espalda a Elizabeth y empezaba a rebuscar entre las diversas cosas que había sobre su banco de trabajo. Entre el desorden de rodillos de pintura y ropa había algunas joyas de oro que se le habían caído a Khalil.

–Te creo –dijo Liz después de unos instantes.

Ramona asintió.

–Bien –ni siquiera había pensado que pudiera cuestionar sus palabras–. Khalil me dijo que querías regresar con ese petimetre de Hesha.

Silencio. Ramona continuó inspeccionando el apartamento. Los minutos pasaron.

–No –respondió al fin–. Si tú y Khalil encontráis a Hesha, por favor, no le digáis nada de mí. Dejad que piense que estoy muerta.

Realmente muerta.

Sin embargo, eran sus palabras las que estaban muertas. Sin vida.

Ramona reconocía ese aletargamiento... el muro que sostenía un dolor demasiado doloroso para poder afrontarlo. Un dolor más fuerte que el que Khalil le había causado.

–Me dejó expuesta al sol –continuó Liz–. Éstas son tuyas.

Movió las esposas.

–¿Por qué?

–Para castigarme. Por rebelarme contra él. Iba a convertir a otra persona en lo que... en lo que somos nosotros. Y ese hombre, mi amigo, decidió que prefería morir antes que convertirse en esto. Por eso lo dejé. Y Hesha vino a buscarme. Está acostumbrado a tener todo lo que quiere. Me cambió y me dejó como un sacrificio a Ra... al sol. En realidad, Khalil me rescató –rió con amargura–. No estoy totalmente segura de que Khalil comprenda la situación. Creo que espera que Hesha le agradezca el hecho de haberme rescatado, o algo así.

–No creo que Khalil quiera hacer ningún trato con Hesha

–respondió Ramona–. Lo único que desea es matarlo.

Liz rió entre dientes.

–¿Khalil? ¿Matar a Hesha? Eso no sucederá nunca. Hesha es demasiado astuto, demasiado organizado, demasiado... demasiado perfecto.

–Ha recurrido al Sabbat para hacerlo.

Estas palabras parecieron desconcertar a Liz. No sabía qué era el "Sabbat" y Ramona sintió una ligera satisfacción por haber encontrado, por fin, a alguien que parecía saber aún menos que ella sobre aquello en lo que se habían convertido. Liz volvió a sumirse en su silencio protector. Ramona continuó examinando el apartamento y por primera vez pudo hacerse una idea de cómo era antes de que la energía destructiva de Khalil lo hubiera convertido en una prisión. Antes había sido un hogar. El hogar de Elizabeth.

Regresó junto al sofá. Volvió a inclinarse y recorrió con los dedos las cadenas de Liz.

–Hay cizallas en la estantería de mi taller –dijo Liz en voz baja,

casi susurrando.

–Lo sé –respondió Ramona–. Las he visto.

Se sentía incapaz de mirar sus ojos suplicantes, así que se levantó para acercarse al banco de trabajo. Contempló las cizallas y pensó en las cadenas que aprisionaban a Liz... y en el Ojo.

–Él sabrá que yo te ayudé a escapar –dijo Ramona. Podía sentir su culpabilidad, pero no era tan fuerte como la que sentía por las muertes de sus compañeros de clan–. Aún necesito saber todo lo que sabe.

–Lo que podría saber –dijo Liz, con mordacidad.

–Lo que podría saber. Lo siento.

Ramona empezó a rebuscar entre los objetos que había sobre el banco de trabajo. Ignoró las grandes cizallas, pero cogió otras herramientas más pequeñas de metal (unas eran parecidas a las ganzúas que utilizaban los dentistas y la otra era una especie de lima). Se las acercó a Liz.

–Estas herramientas estaban en el sofá, en los huecos que hay bajo los cojines, antes de que pasara todo esto, ¿de acuerdo?

Liz asintió, agradecida.

–Nunca fui una buena ama de casa.

Ramona deslizó las herramientas bajo un cojín. Liz cogió una de las ganzúas y empezó a ocuparse del agujero de la llave de la esposa que rodeaba su muñeca izquierda, mientras la Gangrel limaba un eslabón de la cadena que podrían ocultar en caso de que Khalil regresara.

la mejor forma de mantener la mente alejada de todo aquello en lo que no quería pensar... tanto de las cosas como de las personas. Era la segunda noche que lo hacía: intentaba mantenerse alejada del apartamento... y de Liz. Ramona era incapaz de mirarla. Las esposas habían resultado ser demasiado duras. Ninguna de las dos había sido capaz de forzar las cerraduras ni de limar aquel sólido metal. Ramona se había ido con la promesa de encontrar una lima más resistente.

Pero aún no había regresado.

Volvía a hacer una noche de verano, calurosa. Podía oler el sudor mortal, la sangre mortal... y eso era exactamente en lo que estaba intentando pensar, para olvidarse de los orgullosos aunque implorantes ojos de Liz.

Blasfemó para sus adentros. La pasada noche le había resultado más sencillo distraerse, pero esta vez no estaba demasiado hambrienta. Se movía por inercia... y no estaba funcionando.

El punto condenable de todo el asunto era que creía que podría aprender algo de Khalil, pero, ¿era justo privar a Liz de su libertad? Los muertos de Ramona exigían venganza, y existía la posibilidad de que su sire Tanner hubiera sobrevivido... de algún modo. ¿Pero era ésta la forma de ocuparse de todo lo que tenía que hacer?

Volvió a blasfemar. Se maldijo por su indecisión y maldijo a Tanner por haberla convertido en una depredadora. También maldijo a Khalil por la especie diferente de depredador que era y, finalmente, maldijo a Liz por ser una víctima... por haberse metido en medio.

La cacería. El olor de la sangre. Ramona se obligó a concentrarse. Aunque en el parque en el que se encontraba, en el que había pasado todo el día sumergida bajo tierra, no había demasiadas personas, pudo ver a una solitaria mujer sentada en un banco. Estúpida. Ramona hubiera preferido un hombre, como la pasada noche: se había alimentado de un proxeneta que necesitaría pasar varias noches en reposo antes de poder volver a abusar de sus chicas. Pero era evidente que esta mujer merecía un susto, por permanecer a solas en un parque de Nueva York durante la noche, sin importarle su seguridad. Puede que así fuera un poco más precavida en el futuro.

Ramona podía saborear su sangre mientras se acercaba en

silencio a la mujer por detrás. Lentamente, su consciencia empezó a dar paso a los instintos de la cacería.

Entonces, la mujer se levantó. Se volvió hacia la Gangrel y la miró directamente a los ojos. Ramona se había agachado para saltar sobre ella... para impedir que cualquier grito lograra salir de su boca... pero los labios de la mujer ya se habían abierto, y no para gritar, sino para hablar:

–¡Ramona! –dijo la extraña, quizá más nerviosa de lo que le hubiera gustado.

Ramona se quedó helada. Había pensado que la mujer era mortal, pero ahora no estaba segura. La Gangrel intentaba mirar en todas direcciones a la vez. ¿Una emboscada del Sabbat? Ya había tropezado con ellos antes y Khalil les había suplicado atención...

–Ramona, necesitamos hablar contigo –dijo rápidamente la mujer–. Mi jefe desea hablar contigo.

La mujer (que era baja, de complexión misteriosa y cabello negro) respiraba acelerada. *Respira*, observó Ramona. Al fin y al cabo, era mortal. Y estaba asustada... o al menos estaba luchando contra una descarga de adrenalina. Entonces, Ramona descubrió algo más. Sobre su nerviosa respiración y los latidos de su corazón, logró oír otro sonido: un zumbido... no, ahora que sabía qué debía escuchar, descubrió que era una voz. Pero no se oía demasiado bien. Era muy débil y... electrónica.

Ramona observó más detenidamente a la mujer y vio el diminuto audífono. Alguien estaba hablando con ella. Quienquiera que fuera, él o ella, había advertido a la mujer de su proximidad. Una mortal que no contara con ningún tipo de ayuda no la podría haber oído.

–Tu jefe... –dijo Ramona, mirando a su alrededor e intentando penetrar en las sombras–. ¿Quién es?

–Hesha Ruhadze.

Ramona siguió examinando la oscuridad, pero su visión penetrante fue incapaz de detectar a nadie.

–Eh, Hesha –por lo menos no era el Sabbat... si es que la mujer estaba diciendo la verdad. Sin embargo, no tenía que ser del Sabbat para ser malo. Hesha podría haber oído que Khalil estaba revelando sus secretos al Sabbat, y puede que pensara que Ramona era su

cómplice—. ¿Es de él la voz que se oye en tu oreja?

La mujer palideció mientras el zumbido se reanudaba, con rapidez y con furia.

—Oh, no... No exactamente.

—¿De quién es entonces?

El zumbido se hizo más fuerte. Era evidente que alguien estaba muy preocupado por lo que pudiera decir la mujer.

—Simplemente de unos amigos que me han acompañado para asegurarse de que regreso sana y salva.

Ramona vaciló. A pesar de los esfuerzos, no había sido capaz de localizar a aquellos "amigos". Supuso que, si tenían intenciones de atacarla, no habrían enviado a esa mujer a hablar con ella. Podrían haberle tendido una emboscada y haberla cogido desprevenida.

—Diles que salgan y se coloquen donde yo pueda verlos.

Oyó un zumbido mucho más intenso.

—No —dijo la mujer—. Quiero decir que no... van a hacerlo.

La mujer se llevó un dedo al audífono y escuchó con expresión de dolor.

—Pero garantizan que, si accedes a hablar con Hesha, no te sucederá nada.

—No acepto garantías de personas a las que no conozco.

La mujer frunció el ceño mientras el zumbido volvía a irrumpir. Se sacó el receptor del oído y dejó el aparato colgando de un alambre que salía de su cuello. El zumbido parecía estar muy enfadado.

—Me llamo Pauline Miles. Trabajo para Hesha. Mis amigos son Nosferatu. Ellos... y Hesha... garantizan tu seguridad.

Ramona se sentía perdida. Eran Nosferatu. Khalil se había reunido con ellos. Perteneían a la Camarilla... y los Gangrel formaban parte de la Camarilla. Si fuera verdad...

—De acuerdo —respondió al fin. A juzgar por el constante y airado zumbido que salía del audífono, Pauline había hecho enfadar a alguien... y mucho.

Ramona la admiró por ello.

LUNES, 30 DE AGOSTO DE 1999, 8:50 PM

RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Aquella noche, Khalil no disponía de tiempo para impacientarse por una llamada de teléfono. De hecho, le inquietaba recibirla demasiado pronto. Cuando el teléfono sonó, el sol acababa de ponerse y el Ravnos estaba abriendo los ojos y estirándose para desentumecer sus miembros tras un largo día de sueño estático. Miró a su alrededor inquieto. Estaba seguro de que el hecho de que le estuvieran llamando en ese preciso instante significaba que lo estaban espiando.

Echó una ojeada a la maleta del suelo. Seguía encadenada al viejo radiador y su cierre parecía intacto. Esto hizo que lamentara aún más aquella llamada, porque lo que realmente quería hacer era volver a contar el dinero que había en su interior y regodearse.

La otra noche, al darle el nombre de aquel perista, Liz había demostrado que valía su peso en sangre... y la noche anterior, Khalil se había aprovechado de ello. Quizá, la serpiente podría volver a demostrar su valía por segunda vez: la primera había sido con el dinero que le había permitido ganar; la segunda sería por la excelente variedad de su sangre Cainita. Sonrió al pensar en destruirla del mismo modo que a aquella princesa Ventrue. Liz era otra mocosa occidental que necesitaba que le dieran una buena y eterna lección.

El teléfono continuaba sonando; Khalil sacudió la cabeza, intentando liberarse de la neblina del sueño. A continuación, contestó a la llamada.

—¿Hum? —dijo el Ravnos por el diminuto receptor del teléfono móvil.

—¿Khalil Ravana? —preguntó una voz que reconoció como la del Nosferatu al que conocía como Mike—. Tenías razón, Ravnos. Se aproxima una tormenta. Creo que necesitaremos tus paraguas.

Khalil sonrió. Apartó el teléfono de su rostro unos segundos, temiendo que su sonrisa fuera tan grande que pudieran oírla.

Estúpidos, pensó *el shilmulo*. Ahora los tenía justo donde quería y podría utilizarlos a su antojo. Volvió a acercarse el teléfono a la boca.

Intentó ser diplomático, aunque tanto él como Mike sabían que era Khalil quien llevaría las riendas a partir de ese momento. Bien, podía permitirse ser diplomático porque ambos sabían quién estaba al mando.

—Lamento oír que tengan problemas. Por supuesto, puedo ser razonable en lo que respecta a mis requisitos de pago.

Khalil volvió a sonreír de oreja a oreja. No necesitaba a ningún Cainita de mil años de edad enterrado en el limo de Calcuta para manipular con facilidad a aquellos vampiros estúpidos. Todo aquel asunto sobre el poder de los antiguos y el control que ejercían en el mundo estaba, obviamente, sobrevalorado, así que no podría asfixiar a nadie desde la otra punta del mundo, tal y como había hecho con él su viejo amo la última vez que había hablado con Mike. Pero de todas formas, ¿quién necesitaba hacer eso en un mundo repleto de teléfonos móviles y ordenadores? En la actualidad, el cerebro triunfaba sobre la sangre.

Khalil se felicitó por formar parte de la nueva y mejor raza vampírica.

Mike había dicho algo.

Khalil hizo una pausa y a continuación preguntó:

—¿Qué has dicho, Mike? Ha habido algunas interferencias y no he podido oír qué decías.

Con una voz que seguía siendo tan educada que Khalil imaginó que las ratas de cloaca se sentían como si estuvieran atrapadas en un barril, Mike repitió sus palabras.

—He dicho que ahora estamos buscando a aquella serpiente a la que deseas dar caza y que tenemos algunas pistas buenas. Pistas tan buenas que creo que deberíamos fijar una reunión para mañana por la noche. Para entonces, podré ofrecerte información sólida.

Khalil sacudió la cabeza. Pobres Nosferatu, pensó. Estaban tan desesperados por conocer el remedio que preparaban sus encuentros antes de tener algo que ofrecerle a cambio. Pero estaba bien, porque ahora Khalil tenía otros planes.

—¿Mike? No te preocupes por la serpiente. Creo que ya

dispongo de la información que necesito respecto a ese asunto. No, creo que simplemente hablaremos de la transacción económica. Tengo información de calidad. Estoy seguro de que disponéis de suficiente dinero para pagar un precio justo.

Mike vaciló unos instantes.

–¿De modo que sólo deseas vender... el paraguas?

–Por supuesto –respondió Khalil–. Pero el precio es elevado, Mike. Te costará... un millón de dólares.

–¡Por Dios! –exclamó Mike–. No estamos hablando de rupias, ya lo sabes.

Khalil dudó unos instantes, un poco desconcertado por los cálculos que estaba haciendo en su cabeza.

–Medio millón.

–Por favor, creo que un cuarto de millón sería una cantidad mucho más razonable.

–Bien, por supuesto, pero no estamos hablando de un paraguas normal y corriente –argumentó Khalil–. Estamos hablando de un paraguas único y sobrenatural.

–Por esa cantidad –respondió Mike– podríamos construirnos un impermeable perfecto en cualquier otro lugar. ¿Qué tal si envío a alguien para que se reúna contigo mañana por la noche, con doscientos cincuenta mil dólares? ¿A las diez en punto?

Khalil guardó silencio unos segundos, como si estuviera sopesando la idea.

–De acuerdo. Eso servirá. Tu lacayo puede reunirse conmigo en Times Square. Estoy seguro de que tenéis más de diez mil túneles que recorren la ciudad entera y que se originan en ese lugar.

–Algo similar.

Khalil cortó la comunicación.

MARTES, 31 DE AGOSTO DE 1999, 3:49 AM

RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Ramona abrió la puerta. Sus ojos se encontraron con los de Liz y vio alivio en ellos.

–¿Khalil? –llamó Ramona.

Liz sacudió la cabeza.

–Ha salido. No sé adónde ha ido.

Ramona asintió. Cerró la puerta a sus espaldas y avanzó rápidamente hacia el sofá, donde Liz seguía encadenada. De inmediato, Elizabeth deslizó la mano entre los cojines y sacó una de las ganzúas para volver a intentar abrir sus esposas.

–Me temo que jamás seré una buena ratera –dijo Liz–. La vieja cerradura de una puerta es una cosa, pero esto es muy diferente... estas esposas fueron construidas para que nadie pudiera forzarlas. ¿Has encontrado otra lima?

–Tengo algo mejor –Ramona sostuvo en alto una llave.

Liz se quedó boquiabierta.

–¿De dónde diablos...? –el asombro de sus ojos se convirtió rápidamente en recelo–. Ha sido Heshu. Las cadenas eran de él. Lo has encontrado. Él te dio la llave.

Ramona se la tendió pero Liz se negó a aceptarla. No la tocaría jamás. Ni siquiera se dignaría mirarla.

–Sea lo que sea lo que te dijo, es mentira.

–Mira. No sé nada de eso –dijo Ramona–. Pero lo que sí que sé...

Cogió la muñeca de Liz y metió la llave en la cerradura de las esposas. La llave giró con un chasquido.

Liz miraba atentamente su mano libre, pero no parecía verla. Habló con rapidez:

–No puedes confiar en él, Ramona. Si te ha ayudado, sólo lo ha hecho porque quiere algo de ti. Quiere que regrese... por todo lo que sé, por mi experiencia... y por los sueños... Pero no porque yo le importe, pues sé perfectamente que no le importo. A él no le importa nadie; simplemente utiliza a las personas, a las cosas...

Ramona abrió la manilla que envolvía el tobillo izquierdo de Liz y

a continuación comprobó las otras dos cerraduras, para asegurarse de que la llave podía abrirlas.

–¡Eh, muchacha! Tierra llamando a Liz. No importa qué es lo que quiera Hesha. ¡Eres libre!

Desesperada, Liz miraba una y otra vez sus esposas abiertas y a su rescatadora. En sus ojos se empezaron a formar unas lágrimas rojas.

–Él me dejó aquí y ahora me libera. Siempre consigue lo que quiere –dijo en voz baja.

Ramona la cogió por el brazo.

–Eh. ¿Y aquello que me contaste sobre aquel amigo tuyo a quién Hesha quería? No dejaste que eso sucediera. ¿Lo recuerdas?

Liz parpadeó y asintió. Una lágrima de sangre se deslizó por su mejilla.

–En aquella ocasión, Hesha no consiguió lo que quería –repitió Ramona.

–No –respondió Liz; su voz recuperó un poco de confianza –. Fue Thompson quien consiguió lo que quería, no Hesha.

–Fuiste tú –Ramona zarandeó ligeramente a Liz –. Fuiste tú quien consiguió lo que quería. Puede que Hesha sea *El Hombre*, pero tú eres *La Mujer*. ¿De acuerdo? ¿De acuerdo?

Liz asintió. Por primera vez en muchas noches, sonrió e incluso rió un poco. Ramona también sonrió. Aquella mujer iba a conseguirlo... de alguna forma, lo conseguiría. Puede que Ramona jamás lograra que Zhavon regresara, pero Liz podría conseguir lo que quisiera.

Sin embargo, la preocupación no había desaparecido por completo del rostro de Liz.

–No permitas que te controle –le dijo entre más lágrimas y una desfallecida risa.

–Veamos. La única forma que tiene Hesha de conseguir lo que quiere es que yo también lo consiga. –A pesar de sus palabras, Ramona sabía que no sería tan sencillo, y se cuestionó el pacto que había hecho con Hesha.

Pero se les había acabado el tiempo. Oía pasos... las escaleras.

–Es Khalil –dijo Ramona. Cogió la llave y la depositó con fuerza en la mano de Liz –. Escóndela. Rápido.

A continuación, cerró las esposas de nuevo.

—Mañana por la noche tiene una reunión —le explicó—. Entonces podrás irte, ¿de acuerdo?

Elizabeth tardó unos instantes en comprender sus palabras. Estaba consternada viendo cómo volvían a cerrarse las cadenas, atrapándola de nuevo. Segundos después, asintió e intentó secarse las lágrimas. Ramona, mientras tanto, se dirigió al otro extremo de la habitación. Ambas se prepararon para ver a Khalil.

MARTES, 31 DE AGOSTO DE 1999, 9:45 PM
TIMES SQUARE, CIUDAD DE NUEVA YORK

Khalil estaba de pie, mirando uno de los diversos escaparates destartalados que había a lo largo del lado oeste de Times Square. Los cabarets y los sucios y escandalosos sex shops tenían cierto interés, al igual que algunos de los artículos que se exhibían en los escaparates. Sin embargo, lo que realmente interesaba al Ravnos eran los brillantes destellos de su propio futuro.

Estaba seguro de que su contacto Nosferatu también se encontraba en algún lugar de los alrededores. Khalil había llegado con un poco de antelación para reconocer el terreno antes de reunirse con su contacto, y para demostrarle al Nosferatu lo tranquilo y calmado que estaba... Así se lo pensaría dos veces antes de intentar engañarlo.

Por esta razón, el *shilmulo* se había detenido ante el espectral neón rojo de un rótulo en el que simplemente se leía "Condomes", y había empezado a alisarse sus negras cejas para que estuvieran perfectas. Despreocupado, continuó acicalándose hasta que su barba, su bigote y su cabello rizado ocuparon sus lugares correctos. A continuación se dispuso a alisar su nuevo traje negro (tan ultramoderno y tan espléndido), pero se detuvo una milésima de

segundo... y continuó alegremente con su tarea.

A pesar de su aparente alegría, empezó a sudar a mares en su interior. En el cristal del escaparate que le hacía las veces de espejo se reflejaba la imagen de Jean-Paul, el vampiro del Sabbat. La tensa sonrisa que se dibujaba en su rostro era sumamente significativa...

Khalil estaba seguro de que habría problemas.

–Bueno, bueno. ¿A quién tenemos aquí? –Jean-Paul lo miró a través del cristal.

Quizá la multitud que había en aquel lugar le impidiera recurrir a la violencia... pero Khalil descartó la idea de inmediato: en primer lugar, aquello era Times Square; y en segundo lugar, Times Square se encontraba en Nueva York, una ciudad en la era posible que los curiosos vieran una violación y decidieran participar en ella.

No es que Calcuta fuera el mejor lugar del mundo pero...

Khalil intentó parecer relajado, despreocupado.

–Jean-Paul. ¿Te gusta venir a alimentarte a esta zona? ¿O acaso has venido por otros asuntos?

Jean-Paul se limitó a sonreír de nuevo, con frialdad.

–Por supuesto que he venido por otros asuntos, Ravnos –dijo.

Khalil continuó mirando fijamente al miembro del Sabbat. Sin mover los ojos, podía discernir algunos movimientos que se producían en su visión periférica, pero las noticias no eran nada buenas para él: acababa de aparecer el zoológico que había etiquetado aquella noche en el Gehena. El tiburón nadaba lentamente, pero era obvio que podía oler la sangre. El gato daba suaves pasos y tenía un brillo depredador en sus ojos. El mono estaba quieto, examinando a su víctima. Incluso el perrito estaba allí, aunque ya no tenía el rabo entre las piernas. No era una buena señal. En absoluto.

La sonrisa afectada de Jean-Paul se acentuó.

–Hemos venido a... ver el espectáculo. Parece que, últimamente, se ha abierto la veda de Ravnos.

Oh, oh, pensó Khalil. Estaba en apuros. Continuó arreglándose la ropa y enderezó el collar de ónice y plata para que destacara contra el negro de su traje.

–¿Qué quieres decir exactamente?

Jean-Paul adoptó una expresión de falsa preocupación y dijo:

–Eso es exactamente lo que quiero decir. Los otros dos Ravnos que han estado en esta ciudad han desaparecido...

Desgraciadamente, la Camarilla se nos adelantó con aquella adivina gitana. Sin embargo, no ha sucedido nada de nada. *Rien*. No ha habido represalias. ¿No te parece extraño?

Por fin, Khalil se dio la vuelta.

–La verdad es que no, asquerosa sabandija –dijo, mirando directamente a los ojos de Jean-Paul, aunque sólo por un segundo. Entre Vástagos, resultaba peligroso que esas miradas se demoraran.

La expresión de Jean-Paul se ensombreció, pero Khalil continuó hablando.

–No, simplemente estamos esperando a saber quién piensa que puede aprovecharse de nosotros... y entonces tendremos un intercambio de palabras con cada uno de vosotros, gilipollas. Lo haremos de uno en uno y como queramos. Si deseas seguir adelante, ya sabes a qué te arriesgas, Jean-Paul. Y debo decirte que ésta es la única advertencia que tendrás. Sé que resulta bastante inusual recibir una advertencia, pero tú me indicaste dónde podía encontrar a aquel sabroso polluelo de Ventrue, de modo que debo tener cierta condescendencia contigo y tus sarnosos ayudantes.

Entonces, Khalil salió corriendo. Los animales prácticamente lo habían rodeado, pero el Ravnos se las arregló para crear una ligera ilusión de sí mismo, de pie, en el mismo lugar en el que realmente había estado, de modo que, cuando se movió, todos creyeron que se había quedado quieto. El truco visual no duró más que una milésima de segundo, pero fue suficiente para confundir a las bestias; Khalil consiguió lanzarse al suelo y rodar bajo las piernas del tiburón.

Ya se había levantado y se alejaba rápidamente cuando oyó la voz del gato.

–Ahí va.

–¿Por qué no lo estabais observando? ¡Id tras él, estúpidos!

–ordenó Jean-Paul, que también empezó a perseguirlo.

Khalil era fuerte y rápido; además, en todos los años mortales e inmortales que había pasado entre las multitudes de Calcuta, había aprendido mucho sobre las aglomeraciones. De todas formas, éstas eran las únicas ventajas con las que contaba. No había tenido la

oportunidad de examinar minuciosamente la zona y temía dirigirse hacia la dirección equivocada; además, no tenía demasiado margen para pensar, pues el gato y el perrito eran bastante rápidos y pronto empezaron a acortar la distancia que los separaba.

Tras dar unos cuantos giros y vueltas, Khalil se encontró en la calle y cruzó seis carriles, inmediatamente después de que la luz roja de los coches cambiara a verde. Se movió entre el tráfico todavía inmóvil que aguardaba a su lado de la calle y corrió hasta el otro lado antes de que aquellos vehículos se alejaran del cruce y lo alcanzaran. Lo cronometró correctamente, aunque diversos automóviles hicieron sonar el claxon cuando pasó por su lado. No miró hacia atrás para ver qué habían hecho los del Sabbath. Simplemente siguió corriendo, avanzando en zigzag por cada calle lateral o callejón que encontraba.

Pero su vertiginosa carrera lo condujo directamente hacia el problema: acababa de meterse en un callejón sin salida. Al menos, eso parecía. Vio una alambrada, de veinte metros de altura, con púas en la parte superior. El callejón continuaba al otro lado y se unía a una calle bulliciosa, donde centelleaban más semáforos y señales.

Empezó a escalar la valla, pero se dio cuenta de que no le daría tiempo; aunque fuera delante, los animales conseguirían atraparle. Justo entonces, oyó el eco de una serie de pasos a sus espaldas. No había tiempo para pensar.

Se colocó contra una pared y utilizó el velo de ilusión sobre sí mismo. Acucillado, parecía ser un montón de basura putrefacta... y para darle mayor verosimilitud, añadió un conjuro de hedor a la ilusión.

Y entonces el Sabbath apareció en escena.

—Mierda —siseó el gato mientras se detenía junto a la verja.

—¿Ha saltado? —gruñó el tiburón.

El gato ya había escalado hasta la mitad de la alambrada.

—¿Qué ves?

En aquel momento apareció Jean-Paul.

—Todos arriba. ¡Ahora mismo! ¡Quiero su sangre!

Sus ayudantes empezaron a escalar para obedecerle. El gato se deslizó entre las púas, saltó y continuó con la persecución. Los demás lo siguieron con más precaución, aunque tanto el tiburón como el perro se cortaron con el alambre. El perro gimió de dolor, pero el tiburón

aceptó estoico sus heridas.

–Comprobad todas las rejas y alcantarillas –gritó Jean-Paul a sus secuaces mientras descendían hacia el otro lado del callejón. A continuación, también él se dirigió a la alambrada, murmurando una maldición.

Tras echar un vistazo para asegurarse de que los miembros del Sabbat se habían ido, Khalil deshizo la ilusión y se abalanzó, por la espalda, sobre Jean-Paul. El Ravnos le golpeó la muñeca izquierda y su delgado cuchillo cayó sobre su palma. Con la otra mano, lo agarró por la garganta. Deslizó el estilete por la espalda de su víctima... clavándoselo una y otra vez.

Los ojos de Jean-Paul estaban abiertos de par en par por el dolor, el miedo y la furia. Intentó forcejear, pero el Ravnos lo estaba sujetando con todas sus fuerzas. Khalil empujó el rostro de su víctima contra la verja metálica y, en el punto en el que ésta se unía con la pared, le golpeó la cabeza contra los ladrillos. El sonido de los golpes inundó el callejón. Finalmente, el cráneo se partió y el Sabbat cayó al suelo.

Su cuerpo inerte apenas había rozado el pavimento antes de que Khalil volviera a saltar sobre él.

–No eres tan duro sin tu pequeño ejército, ¿verdad? –abrió la boca de par en par y clavó sus colmillos en el cuello de Jean-Paul. Entonces, saboreó una dulce corriente de sangre. Su cautivo forcejeaba instintivamente, intentado deshacerse de él, de modo que Khalil se detuvo y golpeó la cabeza del Sabbat contra el suelo unas veces más, hasta que éste se dejó de retorcer.

Entonces Khalil bebió... hasta que no quedó ni una gota.

Khalil aún sentía las mejillas sonrosadas y radiantes de energía cuando se sentó a la mesa frente al Nosferatu. Había sido su segunda diablerie... y descubrió que era algo que realmente podía acabar gustándole.

¿Tendría aspecto de ansioso al mirar a aquellas ratas de cloaca que estaban sentadas a su alrededor?

Estaba explicándoles su receta personal para curar las heridas causadas por el Ojo de Hazimel. Por alguna razón, ninguno de sus compañeros olía demasiado bien. Mike, que estaba tecleando en su ordenador portátil todo lo que decía Khalil, tenía el mismo olor de siempre pero... había algo más. Otro, que parecía un muerto andante repleto de heridas en carne viva y colgajos de piel, olía de una forma vaga y extrañamente familiar. Los otros dos apestaban por completo, pero como eran Nosferatu y la reunión se estaba celebrando en un túnel del alcantarillado, no le había cogido por sorpresa.

Khalil se sentía orgulloso y disfrutaba del calor de la sangre, de modo que aquellos olores simplemente le provocaron una ligera incomodidad.

—Así que se aplica una generosa cantidad de saliva humana en una cataplasma confeccionada con semilla de mostaza y albahaca —explicaba Khalil—. La mostaza expulsará el veneno y la albahaca purificará la carne dañada por el Ojo. Una vez aplicada la cataplasma sobre el paciente, se debe dejar hasta la siguiente luna llena y... Abracadabra: la herida desaparecerá.

Mike preguntó:

—¿La siguiente luna llena? Y si la cataplasma se aplica justo en la noche de luna llena, ¿se curan instantáneamente las heridas o es necesario esperar a que transcurra otro ciclo lunar completo?

Khalil reflexionó unos instantes.

—Es mejor prevenir que curar. Yo diría que hay que esperar todo el mes. Supongo que nadie tendrá demasiadas ganas de tener que moverse con las heridas provocadas por el Ojo... pues si no consigues curarlas por completo, éstas te van comiendo por dentro.

Mike asintió y lo apuntó en el ordenador.

—¿Eso es todo?

Khalil cruzó los brazos y esbozó una pequeña sonrisa.

—A no ser que tengáis más preguntas.

Mike depositó un maletín sobre la mesa, lo abrió y se lo acercó al Ravnos. Khalil tocó los billetes. No quería demorarse demasiado contándolos de uno en uno, pero imaginó que habría una cantidad suficiente para satisfacer diversas necesidades durante algún tiempo. Cerró el maletín haciendo un gesto de aprobación y se levantó.

—¿Necesitas que alguien te lleve hasta la salida? —preguntó Mike.

—Conozco el camino —respondió Khalil—. Nos veremos por la ciudad.

Saludó al monstruo y abandonó las catacumbas. Mientras avanzaba por los empapados túneles, Khalil rió entre dientes. Estaba seguro de que su mentira había funcionado. Iba a salir de aquel lugar sin haberles dado nada en absoluto y con doscientos cincuenta mil dólares en las manos. El Ravnos imaginó a las ratas confeccionando la cataplasma... siguiendo las instrucciones falsas que les había dado.

Además, no tenía ninguna intención de quedarse en Nueva York. Desaparecería antes de que pudieran descubrir la estafa. Sólo pensaba quedarse un poco más... en cuanto hiciera las dos visitas que le faltaban, desaparecería de la ciudad siendo mucho más rico, mucho más fuerte y mucho más independiente que cuando llegó.

La visita número uno consistía en regresar al apartamento, donde le estaba esperando aquella adorable sangre Setita.

Liz miraba fijamente la llave que descansaba a su lado, en el sofá. Su imagen la torturaba... del mismo modo que la había torturado en aquel gélido momento, cuando Ramona la había sostenido en alto. Todo le parecía demasiado irreal. Ramona tenía la llave... la llave de

Hesha... las esposas estaban abiertas... las esposas con las que Hesha la había atado la última vez que se vieron.

Hasta que Ramona no volvió a cerrar las esposas metálicas, no logró regresar a la realidad. Realidad... encarcelamiento. Entonces Khalil volvió y ella tuvo que esconder rápidamente la llave. Liz tenía la certeza de que Khalil la encontraría... de que, de alguna forma, averiguaría que la tenía en su poder. Y durante toda la madrugada y aquella noche, hasta que se fue, lo único que había podido hacer había sido quedarse tumbada sobre el sofá, paralizada por el terror, incapaz de reaccionar ante los viles comentarios de su secuestrador y sus ultrajantes preguntas. Durante todas aquellas semanas se había hecho experta en ignorarlo. Aunque Khalil podía chantajearla para sacarle información siempre que quisiera (solía amenazarla con herir a Amy o dejarla morir de hambre), el *shilmulo* no necesitaba saber nada más.

Sólo quedaba su gélida mirada... su perversa mirada de hambre.

Cuando Khalil se fue, Liz se obligó a esperar media hora más, antes de sacar la llave de su escondite entre los cojines. La había colocado a su lado y la contemplaba como si fuera una reliquia sagrada. Pero al igual que cualquier regalo del divino, sólo le mostraba sus propias carencias y miedos.

¿Adónde iría? Había pasado todas las noches de su muerte en aquel lugar... en su apartamento... encadenada. Tendría que encontrar un nuevo refugio en donde esconderse del sol... pero Khalil se había llevado su dinero.

—Piensa, Liz, *piensa* —al principio, su propia voz le resultó extraña, pero le obligó a regresar a la realidad, a pensar por sí sola. Khalil no había encontrado la llave de su caja de seguridad. Allí guardaba dos mil dólares... todo el dinero que había ahorrado, prometiéndose que sería para una escapada romántica, para preparar algo espontáneo cuando el hombre perfecto... sí el hombre perfecto... entraba en su vida.

Elizabeth rió en voz alta, dolorosamente. Ya no viviría ningún romance de cuento de hadas ni realizaría ningún viaje apasionado, nunca iría con su amado a Grecia ni a Egipto.

—Dios mío, Egipto no —volvió a reír... de hecho, no podía parar

de reír. Y entonces empezó a sollozar, pero se detuvo de inmediato, enfadada consigo misma, secándose las lágrimas y lamiendo la sangre de sus manos antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

»Piensa –se repitió, obligándose a calmarse. Respiró profundamente e intentó no advertir la extraña sensación que notaba cuando el aire entraba en sus pulmones. Echó una ojeada al reloj: ya había perdido demasiado tiempo. Había desperdiciado demasiado tiempo aquella noche, divagando... y demasiado tiempo durante las últimas semanas, al estar indefensa.

Cogió la llave y abrió las esposas que encerraban sus muñecas izquierda y derecha. A continuación, las de los tobillos. Al levantarse del sofá, sintió un arrebató de miedo... estaba segura de que Khalil regresaría en cualquier momento. Se abalanzó hacia su escritorio (su poderoso y sólido Sleipnir había vuelto a ser digno de toda su confianza) y abrió uno de los cajones laterales. Khalil no había descubierto el diminuto falso fondo de ese cajón. Sólo había dos objetos planos ocupando aquel espacio: una carta que contenía las únicas palabras cariñosas que su padre había decidido escribirle y la llave de su caja de seguridad. Cogió ambas cosas y se las metió en el bolsillo.

Se detuvo para echar un vistazo al apartamento y sintió un agudo dolor en su corazón. A pesar de los estragos que había causado Khalil, en aquel lugar seguía habiendo demasiadas cosas suyas: sus libros, sus cuadernos, sus herramientas. ¿Cómo podía dejarlo todo allí? Sin embargo, no tenía elección. Quizá el hecho de haber sido encarcelada en su propia casa le había resultado útil de alguna forma: si no se hubiera sentido aterrorizada y maltratada, nunca se hubiera obligado a dejar todo aquello que fue su antigua vida.

Con decisión, Elizabeth se encaminó hacia la puerta.

Pero cuando iba a introducir la llave el primer cerrojo, éste empezó a girar, aparentemente por voluntad propia... aunque en verdad lo hacía una llave utilizada desde el otro lado.

Retrocedió aterrorizada mientras los cerrojos se iban abriendo, de uno en uno, y la puerta se abría.

MIÉRCOLES, 1 DE SEPTIEMBRE, 12: 59 AM

RED HOOK, BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

–¡Que te jodan! –gritó Khalil a Liz, aunque ella no le pudo oír. El Ravnos balanceó las pesadas cadenas que había sujetado a un lado del monstruoso y monstruosamente feo escritorio que llenaba la habitación. De sus ojos saltaban chispas; con voz ronca murmuró: – Bien, está bien. Beberé la sangre de su calvo padre negro, y entonces ella estará bajo mi control. ¡Putas serpientes!

Volvió a golpear el escritorio con las cadenas.

A continuación, dio unos pasos y se sentó en el sofá. Las cadenas y esposas que solían aprisionar a Elizabeth A. Dimitros colgaban junto a sus pies. Intentó calmarse, pero tenía un apetito desmedido y desafiante, tenía un monstruo en el estómago que estaba furioso, pues le había sido negada la vieja sangre que Khalil había venido a reclamar.

Así que, finalmente, tendría que recurrir a la sangre de Hesha para culminar la fase de emancipación. Juró por las pelotas del Rey Rakshasa que ese momento no tardaría en llegar.

Había regresado unos momentos antes para descubrir que Liz se había ido. Tampoco estaba Ramona. La Gangrel no había estado con él cuando había podido serle útil, cuando el Sabbat iba tras él. De todos modos, al final tampoco la había necesitado.

–¡Que le jodan también a ella! ¡A partir de ahora, que se busque la vida!

Debería haber devorado a aquella jodida serpiente noches o semanas antes, pero había pensado que disponía de tiempo suficiente para conseguir más poder y buscar a Hesha.

Y ahora Khalil se había quedado sin tiempo. Hesha tendría que esperar una noche más, pero en cuanto tuviera la sangre de esa vieja serpiente, Liz tendría que hacer todo lo que él le pidiera. Puede que

incluso fuera mejor de esta forma. Podría entretenerse con ella más adelante.

Khalil se sentó echando humo por las orejas, pero lentamente empezó a advertir algo... algo extraño, algo que no era correcto. Se quedó inmóvil e intentó determinar qué era, exactamente, lo que había llamado su atención. No había nada... pero entonces volvió a notarlo.

Había algo en las sombras... alguien en las sombras... escondido. ¿O no estaba escondido? Poco a poco, Khalil se fue concentrando y pudo ver una silueta pequeña y lastimosa agazapada en la oscuridad, en la esquina de la puerta principal. La criatura era más parecida a una rata sarnosa que a un humano. Su cuerpo estaba formado por arrugados trozos de carne y un hocico alargado que, aparentemente, sólo contenía dos colmillos similares a los dientes de un conejo.

–¿Acaso tus feos amigos han decidido que quieren que les devuelva el dinero? –preguntó Khalil, en tono amenazador.

El Nosferatu (era demasiado grotesco para ser otra cosa) salió bruscamente de su escondite cuando Khalil habló. Empezó a temblar y entonces pudo verlo bien. Y empezó a comprender. En ocasiones (antes de que fuera tan viejo y sabio), había estado demasiado distraído o asustado para realizar trucos como el que le había salvado el pellejo la noche anterior. Aquella pequeña rata de cloaca, al ver su furia salvaje, había tenido un problema similar... un ataque de nervios... y no había sido capaz de esconderse bien.

–Has calculado mal el tiempo –dijo Khalil.

La criatura, que se había quedado petrificada, se tomó esas palabras como una señal para huir, pero Khalil se puso en pie tan rápidamente como él. Cogió la cadena y, bloqueándole el paso, la golpeó. El pesado extremo de las esposas cayó con fuerza sobre la criatura y cortó su piel, haciendo que brotara sangre. Khalil saboreó sus gritos de dolor. Dirigió contra el intruso toda la rabia frustrada que había reservado para Liz.

–¿Dejaste a mi serpiente en libertad? –gruñó Khalil, mientras su furia resurgía. Volvió a balancear la cadena; esta vez, los grilletes chocaron contra una de las muñecas del Vástago y desgarraron la mano con la que se estaba protegiendo el rostro mientras se encogía

acobardado y gritaba. Volvió a oscilar la cadena. Khalil estaba bastante seguro de que aquel animal no tenía nada que ver con Liz, pero eso no cambiaba las cosas: Liz se había ido, Ramona se había ido y Hesha no estaba allí... así que el Nosferatu tendría que cargar con toda la fuerza del disgusto de Khalil. Totalmente fuera de control, el Ravnos lo azotó con la cadena una y otra vez, hasta que la bestia, retorciéndose de dolor, quedó tendida sobre un charco de sangre. Aunque sus grandes ojos estaban medio cerrados por la hinchazón, miraban fijamente a Khalil.

Éste dio unos pasos en su dirección.

–Estabas en el lugar equivocado, en el momento equivocado –dijo, sacudiendo la cabeza. A continuación, se aproximó un poco más.

* * *

Poco después, el mutilado Nosferatu no era más que un montón de polvo y recuerdos. Khalil, tirado en el suelo, saboreaba la placentera sensación que había inundado su cuerpo. Se había alimentado de tres Vástagos en las dos últimas semanas... y dos habían sido aquella misma noche. Todos ellos lo habían infravalorado: la Ventrue chiquilla del privilegio, Jean-Monsieur-Gilipollas-Paul, y la rata. Aquello había aliviado ligeramente el dolor de la huida de Liz.

–Zorra ingrata –murmuró Khalil, estirándose sobre la alfombra y frotándose el vientre–. Después de todo lo que hice por ella...

Sin embargo, lo mejor aún estaba por llegar. Seguramente no ocurriría inmediatamente. Khalil ya había visto bastantes cosas de Nueva York y estaba listo para dirigirse a otras praderas más verdes y tranquilas. Praderas en las que no todo el mundo quisiera su pellejo. Pero sabía que alguna noche lograría atrapar a Hesha Ruhadze, y entonces... entonces Khalil probaría, por fin, la sangre del Setita.

*¿TIENES LA INTENCIÓN DE QUEDARTE AHÍ TUMBADO
HASTA QUE TODOS LOS NOSFERATU DE LA CIUDAD SEPAN LO
QUE HAS HECHO CON ESTA PATÉTICA CRIATURA?*

Poco a poco, Khalil se incorporó ligeramente hasta quedar apoyado sobre los codos. Sonrió, casi ebrio, y movió el dedo en el

aire.

–No me digas nunca más lo que tengo que hacer –su sonrisa desapareció y empezó a acariciarse el bigote, pensativo–. Pero tienes algo de razón.

Se puso en pie.

–No hay ninguna necesidad de quedarse aquí más tiempo.

El maletín (y todo el dinero) estaba a salvo, pero Khalil no pudo evitar recoger los anillos y piedras preciosas que había tirado varias noches atrás en un arrebatado de cólera. Mientras introducía estos diminutos tesoros en sus bolsillos, le empezó a preocupar el gran montón de polvo en forma de cuerpo que había en el suelo. Si deseaba alejarse estratégicamente de la ciudad, tendría que barrer los restos de la rata y dejarlos debajo de la alfombra para disponer de unas horas más.

Tras perder unos minutos buscando una escoba, Khalil tuvo que conformarse con un aspirador y se puso manos a la obra. Apenas llevaba aspirada una pierna cuando se dio cuenta de que la puerta del apartamento estaba abierta... y de que había alguien en el umbral. Un alguien muy alto.

Khalil dio media vuelta, blandiendo el aspirador como si fuera un cuchillo. El recién llegado (si es que era un varón) estaba envuelto de la cabeza a los pies en harapos y ropa raída. Y olía a rata de alcantarilla. A pesar de ese pequeño recuerdo de Calcuta, a Khalil no le gustó nada recibir aquella visita... especialmente si quien le visitaba era un Nosferatu.

–Permíteme adivinarlo –dijo el *shilmulo*, con una sonrisa tan encantadora como poco sincera–. Olvidé un punto.

Cuidadosamente, dejó el aspirador en el suelo.

El recién llegado, con el mismo cuidado, empezó a deshacerse de los harapos que cubrían su cabeza y su rostro. Tras quitarse un par de capas, Khalil se dio cuenta de que no era un Nosferatu.

–Hesha.

Los ojos del Setita oscilaron entre el montón de polvo incriminatorio y los grilletes vacíos del sofá, para volver a posarse en Khalil.

–Si le has hecho daño a Elizabeth...

Hesha no tuvo que acabar la frase, pues a Khalil le resultó bastante sencillo leer la expresión del rostro de su acusador. En unos segundos, su mente ya había preparado una docena de mentiras; sin embargo, en aquella ocasión, por irónico que resultara, consideró que la verdad sería su mejor carta.

–¿Esto? –Khalil señaló los restos que había a sus pies–. Esto no tiene nada que ver con tu novia. Nada de nada. No tienes que preocuparte.

Mientras hablaba, Khalil avanzó despreocupado hacia el gigantesco escritorio que ocupaba gran parte de la pared más cercana. Distraídamente, advirtió el mortecino aroma de Liz, pero en esos instantes se sentía menos preocupado por el hecho de que la Setita hubiera desaparecido que por el hombre que tenía delante.

–Lizzie y yo estábamos unidos... estamos unidos –Khalil levantó dos dedos cruzados–. Ya sabes, como *garam masala*.

Hesha no parecía especialmente reconfortado por la broma. Aunque Khalil tenía un cuchillo escondido en la chaqueta, ahora que se encontraba delante de Hesha tenía serias dudas sobre si debía recurrir a la violencia física o no. No importaba el color de las mejillas de Khalil ni el rubor vigoroso que le había proporcionado la vitae de los Vástagos, porque el Setita, en persona, era muy... imponente.

Sin embargo, momentos después, Khalil recuperó los ánimos: Ramona entró por la puerta y se detuvo detrás de Hesha. Khalil dejó a un lado su talante adulator, sonrió con desdén y se irguió por completo.

–Ramona... –dijo triunfal el *shilmulo*. Indicó con un dedo su garganta.

Ramona se apoyó en el marco de la puerta y le devolvió la mirada.

La sonrisa de Khalil desapareció por completo.

–Ramona, ¿qué parte de esto –volvió a señalar la garganta con el dedo– es la que no comprendes?

–Ella comprende muchas cosas –respondió Hesha, avanzando ominoso.

Eso era todo lo que Khalil necesitaba ver.

Con un rugido desafiante, el Ravnos dio media vuelta y cogió el

gran escritorio. Lo levantó del suelo y lo arrojó contra el cristal más cercano. La ventana pintada de negro se rompió en pedazos y Khalil se abalanzó hacia ella.

Hesha se acercó para intervenir, pero como sus movimientos estaban obstaculizados por todas las capas de ropa que llevaba, Khalil pudo dejarlo atrás rápidamente.

Sin embargo, Ramona no tenía ese problema. Moviéndose antes de que el escritorio cayera por la ventana, se abalanzó hasta el otro lado de la habitación y aterrizó sobre Khalil... y pasó completamente a través de él. Su falta de resistencia le costó el equilibrio y cayó al suelo. Se puso en pie en menos de un segundo y se preparó para volver a abalanzarse... ¿pero sobre qué? El gran ventanal estaba intacto y el escritorio seguía descansado contra la pared.

Khalil había desaparecido.

* * *

—No es ella —dijo Hesha, observando el polvo que había en el suelo—. Era un chico de Calebros. Un ratón. Les dije que no se preocuparan por el dinero.

—Te tomo la palabra.

Hesha parecía apagado. Quizá se debía al dolor que le causaba moverse. Se había quitado más capas de ropa y Ramona pudo ver que sus hombros seguían vendados y que algunas partes de las vendas estaban oscurecidas por aquello que exudaba de su cuerpo, fuera lo que fuera. La Gangrel había sido incapaz de mirar cuando Pauline presionó la raíz de azafrán ardiente contra algunas de sus heridas, pues sentía que ya había hecho bastante explicándoles cómo curar las heridas del Ojo. Además, su experiencia con el azafrán ya había sido bastante horrible. Ni siquiera quería pensar en el dolor que debía provocar aquel mismo tratamiento aplicado por todo el rostro de Hesha, su cabeza y la mayor parte del cuerpo. Se estremeció.

Hesha se dirigió a una silla y se sentó pesadamente. Fuera cual fuera el tratamiento al que se había sometido, lo había dejado debilitado. Unos ligeros temblores sacudían su cuerpo cada pocos minutos.

–¿Dónde está? –preguntó Hesha. Durante un par de segundos, Ramona pensó que su expresión de dolor podía deberse a algo más profundo que al dolor físico, pero entonces volvió a adoptar su gélida fachada.

–No lo sé –respondió. En parte era cierto, pues Ramona no lo sabía, no lo había querido saber. El trato consistía en que Hesha se aseguraría de que Liz estuviera libre. Había entregado a Ramona la llave en señal de su buena fe.

–Al menos –había dicho él– podrás liberarla tú misma.

Aparentemente, Hesha no esperaba que Ramona aceptara la oferta. Sin embargo, Liz le había dejado bien claro que no quería tener nada más que ver con Hesha... aunque lo había dicho con algo de melancolía. Ramona no confiaba tanto en Hesha como para arriesgarse a que le hiciera algo a Liz. Aquella pobre muchacha ya había tenido que soportar bastante... demasiado. De todas formas, Ramona había confiado en Hesha mucho más de lo que había confiado en Khalil, incluso en su primer encuentro, así que había regresado para llevar a cabo la segunda parte de su pacto con el Setita.

–Supongo que ahora estarás de acuerdo –dijo Hesha, aunque no fue totalmente capaz de borrar el tono de remordimiento de su voz – en que Khalil no es un aliado de confianza.

Ramona se encogió de hombros.

–No me coge demasiado por sorpresa –había observado de cerca cómo Khalil había mentido a los Nosferatu sobre la forma de curar las heridas causadas por el Ojo. Aunque éstos le habían dado el dinero... el dinero de Hesha... Khalil había mentido.

–Es una valiosa lección –dijo Hesha.

–¿Tan valiosa como doscientos cincuenta mil dólares?

Por primera vez, Ramona vio cómo se dibujaba una sonrisa en el rostro de Hesha.

–Si me ayudas a encontrar el Ojo, será mil veces más valiosa.

Ramona volvió a encogerse de hombros.

–Es tu dinero.

MIÉRCOLES, 1 DE SEPTIEMBRE DE 1999; 1:08 AM

EN UN COCHE, EN ALGÚN LUGAR DE BROOKLYN, CIUDAD DE NUEVA YORK

Elizabeth se sentó en el asiento de pasajeros tan agazapada que el cinturón de seguridad se clavaba en su barbilla. No lograba quitarse de encima la sensación de que le resultaría imposible escapar. En cualquier momento, Khalil aparecería en la calle para reclamarla, o Hesh... No, se dijo a sí misma. Hesh... nunca regresaría a por ella... la había ofrecido en sacrificio a Ra.

El conductor ni siquiera la había mirado. Estaba totalmente concentrado en la carretera... mucho más de lo que requería la conducción. Incluso cuando hablaba, mantenía sus ojos apartados de los de ella.

—Su amiga, Amy, tiene muchísimas ganas de verla —dijo Jordan Kettridge.

Liz sacudió la cabeza.

—No puedo. No puedo ir a verla. No después... de todo esto.

Amy había hecho lo que Liz le había pedido tras el robo y, en vez de llamar a la policía, había llamado al profesor Kettridge. Le había explicado lo poco que sabía y, cuando llegó de California, le había dado el juego de llaves del apartamento que había en Rutherford House. La buena de Amy. Pero Liz no podía enfrentarse a ella. Ni siquiera sabía si podría volver a verla en su vida. Al menos, no podría hacerlo hasta al cabo de mucho tiempo. De eso estaba segura.

—Lo comprendo —dijo Kettridge. Sus dedos sujetaban con fuerza el volante.

Liz lo observó. Estaba segura de que él sabía que lo estaba mirando; sin embargo, tenía la mirada fija hacia delante, como si estuviera haciendo grandes esfuerzos por ver la carretera... sólo la carretera.

—He... cambiado —dijo finalmente Liz—. Soy... uno de ellos. Como Hesh.

Era cierto... aunque no era totalmente cierto. Aunque necesitaba sangre para sobrevivir, nunca sería como Hesha.

—Lo sé —respondió Kettridge sin dejar de mirar la carretera—. Yo también he cambiado.

No parecía tan seguro de sí mismo como recordaba Liz.

—Yo... veo cosas. Cosas que antes sólo sospechaba.

Liz lo creyó. Lo había visto en sus ojos cuando abrió la puerta del apartamento: vio su alivio cuando la reconoció y, a continuación, vio cómo se sobrecogía al descubrir en qué se había convertido. Había apartado la vista y no había vuelto a mirarla desde aquel primer momento.

—Entonces, ¿por qué me estás ayudando? —preguntó Liz.

Por fin, Kettridge la miró. Sostuvo su mirada durante un largo instante. Cuando volvió a mirar a la carretera, ya no lo hizo para evitarla.

—No lo sé —respondió—. Confío en ti. Confiaba en ti. No creo que eso haya cambiado. Pero puede que sí.

Entonces, Elizabeth sintió que las lágrimas empañaban sus ojos. Esta vez fue incapaz de detenerlas. Kettridge le tendió un pañuelo que pronto quedó manchado de sangre. Recorrieron diversos kilómetros.

—¿Qué le digo a Amy? —preguntó Kettridge al cabo de un rato.

—Nada. No le digas que me has encontrado. Para ella, tengo que estar muerta —Liz hundió su rostro entre sus manos—. O cuéntale cualquier cosa. No me importa. No quiero pensar en nada de eso ahora. Sólo quiero... sólo quiero...

No pudo acabar la frase. No lo sabía. Quería estar con Hesha. No quería volver a verlo nunca más. Quería regresar a su antigua vida. Quería que le devolvieran su vida.

—Sigue conduciendo —dijo en voz baja.

Kettridge asintió y obedeció... alejándose de todo aquello que había conocido Liz.

...MARTES, 12 DE OCTUBRE DE 1999; 3:25 AM
AEROPUERTO O'HARE, CHICAGO, ILLINOIS

–Ve a buscar las maletas.

Sarat, alegremente, hizo lo que le pedía.

Con la boca apretada, Khalil respiró profundamente y saboreó los aromas de aquella ciudad que iba a convertirse en su nuevo hogar... o al menos, los aromas del aeropuerto de la ciudad que iba a convertirse en su nuevo hogar. Intentó ignorar el hecho de que realmente no hubiera demasiados olores peculiares, pues todos los aeropuertos americanos olían de forma bastante similar: al desinfectante que no lograba ocultar del todo el olor a grasa rancia en la zona de los restaurantes, al sudor de los demás pasajeros que desembarcaban del ojo rojo...

Ojo Rojo... Khalil lo había considerado un buen presagio, aunque no había ninguna duda de que tenía grandes deseos de abandonar Nueva York. Especialmente después de haber pasado más de un mes escondido en el sótano del amigo del tendero del primo de Sarat.

¿Y CUÁL PODRÍA SER?

–¡Eh! Si me hablas con amabilidad, te haré algún favor de vez en cuando –dijo Khalil, desconcertando a un hombre de negocios de ojos legañosos que había a su lado.

Mientras Sarat se acercaba rápidamente con las tres maletas (una de él y las otras dos, de Khalil), el *shilmulo* se sentía henchido de satisfacción, y en gran parte se debía al hecho de que, esta vez, para ir a Chicago, no había tenido que meterse en un diminuto baúl. Había llegado a América sin nada, como un esclavo, pero, con el sudor de su frente, había conseguido mejorar su posición. De forma instintiva, cogió la bolsa de mano que había dejado junto a sus pies. Estaba llena de dinero... el dinero que había ganado a pesar de los intentos que habían realizado los Nosferatu para recuperarlo... y a pesar de la visita de Hesha.

–Hum. Tendría que haberlo matado y haberme bebido su sangre cuando tuve la oportunidad –se dijo.

El legañoso hombre de negocios empezó a alejarse de él. Khalil

lo miró y sonrió. El hombre se quedó parado e intentó devolverle la sonrisa, poco convencido.

–¿Adónde vamos ahora, jefe? –preguntó Sarat, observando también al hombre de negocios que, tan pronto como Khalil desvió de él su atención, se escabulló entre la multitud.

–¿Qué adónde vamos? A buscar un hotel. Y mañana por la noche empezaremos a explorar la ciudad. ¿Crees que a tu primo le gustará este lugar?

–Dijo que los inviernos eran más suaves aquí que en Nueva York, ¿verdad?

–Oh, sí –respondió Khalil–. Son apacibles.

Sarat sonrió entusiasmado.

–Entonces a Prasad le encantará. Siempre ha dicho que Nueva York era una ciudad demasiado fría.

–Eso es lo que quería oír. Traeremos aquí a toda tu familia y montaremos una tienda en menos de una semana. Sé que a los de aquí les gusta el curry más que cualquier otra cosa. Ve a buscar un taxi.

Sarat se alejó tan rápidamente como pudo, sin dejar caer el equipaje; Khalil lo siguió a un ritmo más pausado.

Les gustara o no Chicago, lo que no le iba a gustar nada a la familia de Sarat era lo que iba a encontrar cuando levantara el suelo de la habitación de Sarat para recoger a su Hermano Ghose: en vez de un vampiro en letargo, sólo encontrarían una vieja alfombra llena de polvo.

Pero fue por una buena causa, pensó Khalil, pasando la lengua por sus labios.

PERO NO OPUSO NI LA MITAD DE RESISTENCIA QUE PONDRÁ HESHA.

–No podía quedarme en aquel sótano todas las noches. Y estaba hambriento. Por otra parte, la serpiente ya había perdido a su novia. Simplemente le estaba concediendo una pequeña tregua. En el fondo, tengo un gran corazón.

INTENTARÉ RECORDARLO.

–Sí, hazlo.

Khalil se había convertido en un hombre de familia. Había

conseguido que la familia de Ghose (al igual que la sangre del antiguo Ravnos) fuera ahora la suya y, mientras la sangre de Khalil corriera por sus venas, no lamentarían demasiado la muerte de su querido Ghose.

Delante, al borde de la acera, un poco más allá de aquella terminal que tenía la fachada de cristal, Sarat había detenido un taxi. Agarrando aún con fuerza su bolsa de mano, Khalil se montó en él y se preparó para disfrutar de su nueva ciudad, de su nueva riqueza y de su nueva libertad.

* * *

Muy lejos, debajo de Calcuta, unos dedos que eran poco más que huesos cubiertos con una fina envoltura de piel chasqueaban entre sí. Si a Hazimel le hubiese gustado hacer demostraciones físicas de emoción, habría sonreído en la oscuridad, sobre su trono de roca tallada.

El gusano de Khalil había actuado de forma admirable. Aquella mujer con carácter, la Gangrel, aún podría dirigir a Hesha hasta el Ojo. Sólo había sido cuestión de tiempo el que Khalil, con sus fanfarronadas y sus engaños, la hubiera obligado a distanciarse y a ponerse al servicio de la serpiente. Era algo totalmente predecible. Ya no había ninguna necesidad de que el joven *shilmulo* permaneciera en aquella ciudad.

Disfruta de las noches de tu juventud, Khalil, pensó Hazimel. Permítete creer que puedes romper mis ataduras con tanta facilidad... pues eso es lo que quieres creer. Acumula los tesoros de la carne, si eso es lo que te hace sentirte seguro.

Entonces, por fin, Hazimel sonrió. Y también rió... aunque apenas recordaba cómo se hacía. Para los oídos mortales, el sonido que brotó del que posiblemente era el Ravnos más antiguo que había logrado sobrevivir era más parecido a los frutos de la tortura que a los de la alegría. Sin embargo, para sus oídos, era un sonido muy dulce.

{Final vol.08}